降去神通

AVATAR

THE LAST AIRBENDER

THE SHADOW OF KYOSHI

F.C. YEE WITH AVATAR CO-CREATOR MICHAEL DANTE DIMARTINO

降去神通

AVATAR

THE LAST AIRBENDER.

THE SHADOW OF KYOSHI

F.C. YEE WITH AVATAR CO-CREATOR MICHAEL DANTE DIMARTINO

AMULET BOOKS · NEW YORK

LA SOMBRA DE KYOSHI

TRADUCCIÓN:
DIANA VAQUERA

*nota del traductor

Siguiendo la traduccion del libro anterior *El ascenso de Kyoshi* ahora tenemos la continuación de esta historia, con el mismo objetivo de que llegue a muchos otros fanáticos del *Universo Avatar*.

Todo ello sin fines de lucro.

De igual manera este es mi tributo a los creadores de esta serie y los demás contenidos a quienes agradezco por todo lo que hacen para nosotros sus fanáticos.

Espero que este libro les haga experimentar muchas emociones, ser testigos de cada paso que da Kyoshi en su temprano camino como Avatar y su lucha por la justicia y la paz del mundo. Buscando lo mismo para ella.

El haber leido y traducido estas novelas me hizo amar y entender a Kyoshi como no lo habia hecho antes, espero que muchos otros fanaticos experimenten lo mismo.

Gracias y no lo olviden: *Solo la justicia traerá la paz.*

DIANA BAZALDUA VAQUERA

NOTA DEL PUBLICADOR: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivos o muertos, establecimientos de negocios, eventos o lugares es totalmente coincidente.

Se han solicitado datos de catalogación en publicación que se pueden obtener de la Biblioteca del Congreso.

ISBN 978-1-4197-3505-9
eISBN 978-1-68335-798-8

© 2020 Viacom International Inc. Todos los derechos reservados. Nickelodeon, Nickelodeon Avatar: The Last Airbender y todos los títulos, logotipos y personajes relacionados son marcas comerciales de Viacom Internation Inc.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Ilustraciones de portada 2020 Jung Shan
Chang Book diseño por Brenda E. Angelilli

Publicado en 2020 por Amulet Books, una imprenta de ABRAMS. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, mecánico, electrónico, fotocopiado, grabación, o de otra manera, sin el permiso por escrito del editor.

Los Amulet Books están disponibles con descuentos especiales cuando se compran en cantidad para primas y promociones, así como para recaudar fondos o uso educativo. También se pueden crear ediciones especiales según las especificaciones. Para obtener más información, póngase en contacto con specialsales@abramsbooks.com o con la siguiente dirección.

Amulet Books es una marca comercial registrada de Harry N. Abrams, Inc.

ABRAMS The Art of Books
195 Broadway, New York, NY 10007
abramsbooks.com

Así que cuento esta historia mucho en paneles y entrevistas, pero quiero preservarla para la posteridad aquí. Durante un tiempo en el que no sabía lo que quería hacer con mi vida, y antes de haber escrito una novela, pensé en convertirme en escritor de televisión. Para convertirte en un escritor de televisión, tienes que demostrar tus habilidades escribiendo un guion especifico, un episodio de un programa que se está ejecutando, esencialmente, fan fiction. Acababa de ver el Libro Dos: Tierra del *ATLA* original, así que escribí un guion especifico donde Sokka se siente mal por no ser un Maestro Control, y encuentra un maestro genial para entrenarlo. En mi guion especifico, iba a aprender a luchar con Wing Chun[1] y artilugios (en retrospectiva, el resultado habría sido muy parecido a Asami).

Desde estos comienzos creativos, nunca habría soñado que, en el futuro, estaría estableciendo un canon para el mundo Avatar. En el sentido más verdadero, tengo que agradecerles a ustedes, a los fans, por esta oportunidad. Han mantenido su amor por este universo ardiendo brillantemente por más de una década, y lo más que podría esperar como compañero fan y autor es añadir a su disfrute. Estos libros están dedicados a ustedes. Muchas gracias a todos.

Sinceramente,
F. C. Yee

[1] Romantizado también como *win tsun/tchum* o *ving tsun.* Arte marcial chino para defensa personal.

ÍNDICE

PRÓLOGO 8
NEGOCIO INACABADO 12
LA INVITACIÓN 24
VIDAS PASADAS 34
LA REUNION 40
DIPLOMACIA CULTURAL 44
LA ACTUACION 58
LA DIRECTORA 69
HISTORIA ANTIGUA 76
EL ACCIDENTE 91
CONSECUENCIAS 99
EL RITUAL 107
EL SABIO DEL FUEGO 121
EJERCICIOS ESPIRITUALES 142
EL MENSAJE 147
INTERLUDIO: SUPERVIVENCIA 154
RESIGNACIÓN 158
DEBILIDAD 166
ESCALADA 173
LA COMPAÑÍA 179
EL BORDE 186
FORMAS DE VIDA Y MUERTE 192
LIMPIEZA 199
SEGUNDAS OPORTUNIDADES 204
AMIGOS PERDIDOS 210
INTERLUDIO: EL HOMBRE DEL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS 221
DE NUEVO EN CASA 229
LA REUNIÓN 247
EPÍLOGO 254
RECONOCIMIENTOS 258

LA SOMBRA DE KYOSHI

PRÓLOGO

—¡Chico!

Yun arañó su propio cuello hasta que se sacó sangre. La sensación de baba y dientes permanecía en su piel.

—¡Chico! ¡Deja de lloriquear!

Recordó a Jianzhu encendiendo el incienso. Recordó el olor dulce y pegajoso y la muerte que creaba en sus miembros. Veneno de gelatina, su entrenamiento se lo dijo. Recién había comenzado sus dosis con Sifu Amak.

Yun parpadeó y trató de darle sentido a su entorno. Sus manos se clavaron en musgo húmedo y poroso cuando debería haber sido el polvo de la ciudad minera bajo sus uñas. Estaba en un bosque de manglares. El cielo era del color del ácido.

Se arrastró alrededor, los jugos de un pantano le chupaban las rodillas. Los troncos de los árboles sin hojas se retorcían y retorcían tan alto como colinas, apenas de un color más claro que las siluetas. Protegido por el tejido suelto de las ramas, un gran ojo brillante lo miró fijamente.

Era el ojo que había hablado. El ojo que le dijo que no era el—

Un dolor, terrible y familiar, le arrancó el estómago y lo dobló en dos. Sus antebrazos chapotearon en el agua del pantano. El paisaje a su alrededor comenzó a temblar, no por la Tierra Control, sino por algo más crudo e incontrolable.

No lo era. Fin de la oración. No era nada.

Las aguas poco profundas bailaban, gotas de lluvia en un tambor, escupiendo en géiseres. La costa se balanceó, sacudiendo los árboles, golpeando y chocando entre ellos juntos como las astas de las bestias enzarzadas en combate. Yun golpeo su cabeza contra el suelo en una frenética corrupción de un estudiante inclinándose ante su maestro.

Jianzhu. Toda su mente era un nombre gritado, un solo tono chirriante en una flauta rota. Su cráneo golpeando contra el barro salobre. *Jianzhu*.

—¡Detente, mocoso miserable! — rugió el ojo. A pesar de su ira, se apartó de él, temeroso de su agonía. El suelo se apretó y se agitó, el latido del corazón de un hombre cayendo hacia su muerte, latiendo más y más fuerte antes del impacto final.

Yun *quería* que se detuviera. Quería que la angustia terminara. dolía tanto ver

todo por lo que había trabajado hecho trizas en chispas y polvo. Lo estaba destruyendo desde adentro.

Entonces déjalo salir.

El susurro le llegó con su propia voz. No de la del ojo. No de la de Jianzhu.

Pon el dolor afuera. Ponlo en otro lugar. En otra persona.

La rotura comenzó a sus pies, un pinchazo en la seda estirada. El desgarre nació en el agua y corrió hacia las orillas de la tierra como un rayo que agrietaba el cielo. El suelo se partió, liberando toda su tensión temblorosa en un rápido estadillo cataclísmico.

Y entonces... quietud.

Yun podía respirar de nuevo. Podía ver. El temblor lo había agotado, gastado su energía en la creación de una larga lesión en el suelo, una herida antinatural en el paisaje. El agua del pantano se vertió en la lesión, enmascarando una profundidad que sabía que no debería explorar.

Las cosas estaban mucho más claras cuando había alivio. Yun usó este momento de respiro para mirar a su alrededor. La arboleda mohosa no se parecía a ningún bosque que hubiera visto. La tenue luz en el cielo no provenía de un sol perceptible. Este lugar era un reflejo brumoso de un paisaje real, pintado con tinta que se había diluido demasiado.

Estoy en el Mundo de los Espíritus.

Se alejó del barranco que se extendía ante él, por no querer ser arrastrado por la fuerza del flujo del agua. Dándose la vuelta, se puso en pie en un lugar más seco utilizando las raíces expuestas de un árbol coriáceo. El aire olía a azufre y podredumbre.

El Maestro Kelsang le había hablado del Mundo de los Espíritus. Se suponía que era un lugar hermoso, salvaje, lleno de criaturas más allá de la imaginación. El reino de los espíritus era un espejo que se mostraba a sus visitantes, un reflejo de tus emociones, una realidad que se formaba de la proyección intangible de tu propio espíritu.

Yun flexionó sus dedos, encontrándolos tan sólidos como podían ser. Se preguntó si el amable monje había explorado alguna vez un pantano de pesadilla como éste. Nunca habían hablado de lo que pasaba si entrabas en el Mundo de los Espíritus mientras aún estabas en tu cuerpo.

El susurro de las ramas lo sobresalto y le recordó que no estaba solo. El ojo. Observó cuidadosamente desde la oscuridad del bosque, rodeándolo en apéndices translúcidos tachonados de lo que sabía que eran dientes humanos.

Había sentido su mordida en las montañas cuando había muestreado su sangre.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Un pánico palpitante corrió a través de las cámaras de su corazón. Yun sabía que estaba en un tiempo prestado. Trató de recordar cómo Jianzhu había llamado al espíritu.

—Padre… ¿Glowworm? [2]

El ojo se precipitó de repente más cerca, se encasillo en la brecha entre dos árboles cercanos. Yun gritó y cayó hacia atrás sobre sus codos. Cometió un error. Se había roto una barrera crucial e invisible diciendo el nombre en voz alta, y ahora estaba más conectado y vulnerable que nunca.

—Yo me llamo así —dijo el espíritu. La pupila del Padre Glowworm se movió inquietantemente, el iris se estrechó más. Su mirada tenía el peso de una lengua inquisitiva—. Ahora, niño, creo que me debes tu nombre.

Como un tonto, Yun había caído en el papel de los paletos de los cuentos folclóricos del Reino Tierra, él pobre peón de campo o leñador que cayó bajo una maldición o simplemente era devorado. Sólo podía pensar en cómo lo consumirían. Escarpado en pulpa, tal vez, y absorbido por la baba.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—Mi nombre es Yun—. Sus palmas estaban resbaladizas por el miedo. En algunos de esos cuentos, el estúpido chico sobrevivía por pura valentía. Yun ya era presa; su única oportunidad era convertirse en presa interesante—. Yo—yo—

Su aplomo le estaba fallando. Su maestría bajo presión que había impresionado al Señor del Fuego y al Rey Tierra, los caciques de las Tribus del Agua y los Abades Jefes de los Templos del Aire por igual, no se encontraba en ninguna parte. Tal vez Avatar Yun tenía la confianza para hablar de esto, pero ya no existía esa persona.

El Padre Glowworm se desplazó en los árboles, y Yun sabía que iba a morir si no decía algo rápido. Su mente saltó de nuevo a los momentos en su pasado cuando su destino estaba acunado en las manos de otra persona.

—¡Deseo someterme para ser considerado como su estudiante! —gritó.

¿Había alguna manera de que un solo ojo se viera sorprendido? El bosque estaba en silencio, excepto por el torrente de agua que caía.

—Yo… me arrodillare ante ti como un humilde viajero espiritual que busca respuestas —dijo Yun. Se movió para que su postura coincidiera con sus palabras—. Por favor, enséñame los caminos del Mundo Espiritual. Te lo suplico.

El Padre Glowworm se echó a reír. No tenía parpados que estrechar, pero su esfera se inclinaba hacia arriba en la dirección universal de diversión.

—Chico, ¿Crees que esto es un juego?

[2] Traducción del inglés para *Luciérnaga* o *Gusano de luz.*

Todo es un juego, pensó Yun, tratando de detener el temblor de su cuerpo. *Jugare este tan lejos como pueda. Sobreviviré un turno más.*

No había más Avatar Yun. Tendría que ser Yun el estafador otra vez.

—Difícilmente se me puede culpar por querer hacer preguntas a un espíritu más sabio que a lo mejor de la humanidad—. *En caso de duda, halagar la marca*—. Los mejores sabios del Reino Tierra no pudieron identificar al Avatar durante dieciséis años. Y, sin embargo, usted lo hizo en cuestión de segundos.

—Hmph. No peleas el tipo de batalla que Kuruk y yo peleamos y no eres capaz de reconocer el espíritu de tu oponente. Ya podía sentir a Jianzhu acercando su reencarnación a uno de mis túneles. Tenía que ser uno de ustedes niños.

Las orejas de Yun se animaron ante la palabra *túneles.*

—¿Tienes rutas al mundo humano? ¿Más de una?

El Padre Glowworm se rio de nuevo.

—Sé lo que estás haciendo —se burló—. Y no me impresiona. Sí, puedo crear pasajes al reino humano. No, no engañarás ni convencerás para que te envíe de vuelta. No eres el puente entre espíritus y humanos, muchacho. Eres la piedra que necesitaba ser lanzada por el escultor. La impureza en el mineral. He probado tu sangre, y no eres nada. Ni siquiera vale la pena esta conversación.

El ojo se deslizó más cerca.

—Puedo decir lo molesto que estás por la verdad —dijo en un tono dulce y relajante—. No lo estés. ¿Quién necesita la Avatariedad? Encontrarás tu propio uso, y tu propia inmortalidad. Una vez que me fortalezca con tu sangre, parte de tu esencia existirá dentro de mí, para siempre.

El problema con cualquier juego era que, finalmente, el oponente decidiera dejar de jugar. El Padre Glowworm de repente se abalanzó sobre Yun, girando en espiral a través del bosque, zarcillos de limo agarrando y separando los árboles como las cuentas de una cortina.

—¡Ahora, se agradecido! —rugió el espíritu—. ¡Porque estamos a punto de convertirnos en uno mismo!

NEGOCIO INACABADO

El hermano Po le dijo una vez a Kuji que el apodo de la espada *dao* era "el coraje de todos los hombres". Sostén la robusta cuchilla de corte que te permite atacar a un enemigo con abandono, y te sentirías más valiente de inmediato.

Kuji no se sentía más valiente cuando se apoderó del mango de su *dao* con las palmas húmedas y observó la puerta. Y su espada no se sentía muy resistente. Era un espécimen oxidado y astillado que parecía que se rompería si lo agitaba en el aire con demasiada fuerza. Como el miembro más joven de la Tríada del Ala Dorada, tuvo que esperar en la parte posterior de la línea, ya que las armas se repartían por turnos. Esta espada había salido del fondo de la caja.

—Ahora eres un verdadero soldado, ¿Eh? —alguien había bromeado en ese momento—. No como el resto de nosotros, hombres hacha.

El hermano Po estaba junto a la puerta sosteniendo su pequeña hacha, el arma favorita de la mayoría de los luchadores experimentados de la Tríada. Se veía tranquilo por fuera, pero Kuji podía ver su garganta subiendo y bajando repetidamente mientras tragaba, de la misma manera que lo hacía cuando iba a jugar con grandes cantidades de dinero en Pai Sho.

Si Kuji tenía confianza en algo para protegerse, era en el territorio de su pandilla—el bloque de la ciudad de Loongkau era prácticamente una fortaleza. En la superficie, Loongkau no se veía diferente de sus distritos vecinos del Anillo Inferior de Ba Sing Se. La parte visible en el bloque se elevaba un par de pisos al azar en el aire como un hongo en ciernes, desafiando la gravedad y la arquitectura sonora.

Pero era un secreto a voces que el complejo se extendía ilegalmente en el suelo capa por capa, muy por debajo de la superficie. Cada nivel había sido excavado por debajo del anterior sin un plan sólido o comprensión de la seguridad, apuntalado usando sólo soportes improvisados de chatarra de madera, ladrillo de barro, trozos de metal de oxido recuperados. Y, sin embargo, Loongkau se mantuvo sólido sin espeleología, posiblemente con la ayuda de los espíritus.

El interior del bloque era un nudo de giros y vueltas, escaleras y pozos vacíos. Las colmenas de apartamentos escuálidos apretaron los caminos disponibles en

estrechos puntos de movimiento. Loongkau estaba lleno de trampas naturales como la habitación donde Kuji y Po esperaban, que era una de las razones por las que los policías nunca entraron en el bloque de la ciudad.

Hasta ahora. El jefe había sido avisado sobre un ataque a la fortaleza del Ala Dorada ese mismo día. Todos los hermanos tomaron posiciones hasta que la amenaza desapareciera. Kuji no sabía qué clase de enemigo podía enfadar tanto a sus sabios. Según su suposición, se habrían necesitado más agentes de la ley de los que poseía el Anillo Inferior para sitiar Loongkau.

A pesar de todo, el plan era sólido. Cualquiera que intentara llegar a los pisos inferiores tendría que pasar por un cuello de botella estrecho que corría por esa habitación. Kuji y Ning podrían caer sobre un intruso, dos contra uno.

Y era poco probable que vieran acción, se recordó Kuji. El nivel anterior estaba siendo merodeado por Gong Corta Cuellos, el mejor asesino del jefe. Gong podía acechar y matar a un lagarto mangosta en su propia guarida de la selva. El número de cabezas que había tomado podría haber llenado un pajar—

Un estadillo vino de un piso arriba. No había sonido de una voz que lo acompañara. El pequeño apartamento dejo de sentirse como un territorio sosteniéndose y más como una jaula encerrándolos como animales en una caja.

Po hizo un gesto con su hacha.

—Los oiremos bajar las escaleras —susurró—. Ahí es dónde atacaremos.

Kuji inclinó la oreja en esa dirección. Estaba tan desesperado por escuchar cualquier señal que se acercara que perdió el equilibrio y tropezó. Po rodó sus ojos.

—Demasiado fuerte —silbó.

Como para probar su punto, alguien voló a través de la puerta, rompió las bisagras, y chocó con Kuji. Gritó y agitó su *dao*, pero en el mejor de los casos logró golpear a la persona en la cabeza con su pomo. Po agarró al atacante y levantó su hacha para atacar, pero detuvo su swing en el último segundo.

Era Gong Cortacuellos, inconsciente y sangrando. Sus muñecas se inclinaron en el camino equivocado y sus tobillos estaban atados con el propio alambre de su garrote.

—¡Hermano Gong! —Po gritó, olvidando su propia lección en sigilo—. ¿Qué pasó?

Desde la pared frente al pasillo en el que se suponía que se estaban centrando, un par de brazos con guanteletes irrumpieron en el ladrillo. Se envolvieron alrededor del cuello de Po por detrás en un estrangulamiento, cortando sus

LA SOMBRA DE Kuji

palabras. Kuji vio los ojos de su sabio en blanco con terror antes de que Po fuera sacado de la habitación directamente a través de la pared.

Kuji miró el vacío con estupefacta incredulidad. Po era un hombre grande, y en un abrir y cerrar de ojos, había sido tomado como la presa de un águila cuervo. El agujero por el que desapareció reveló sólo oscuridad.

En el exterior, las tablas del suelo crujían por el peso de una persona que caminaba, como si el silencio completo fuera una capa que el enemigo podía usar y desechar a voluntad. La pisada de botas pesadas se acercó cada vez más.

La entrada se llenó, oscureciendo la tenue luz de la sala, y una figura alta, increíblemente alta, entró. Una delgada línea de sangre goteaba de su garganta, como si hubiera sido decapitada y pegada de nuevo. Un vestido de seda verde ondulaba debajo de la herida. Su rostro era una máscara blanca, y sus ojos eran monstruosas rayas de color rojo.

Temblando, Kuji levantó la espada. Se movió tan lentamente que se sentía como si estuviera nadando a través del barro. La criatura lo vio balancear su espada, sus ojos en el metal, y de alguna manera, sabía que era totalmente capaz de poner fin a la acción. Si quisiera.

El borde del *dao* mordió el hombro de su oponente. Hubo un ruido de un chasquido, y un dolor repentino azotó su mejilla. La espada se había roto, la mitad superior rebotando en la cara de Kuji.

Era un espíritu. Tenía que serlo. Era un espíritu que podía pasar a través de las paredes, un fantasma que podía flotar sobre los pisos, una bestia impermeable a las espadas. Kuji dejó caer el mango de la espada inútil. Su madre le había dicho una vez que invocar al Avatar podría protegerlo del mal. Había sabido de niño que estaba inventando historias. Pero eso no significaba que no pudiera decidir creerlos ahora. En este momento, creía más duro de lo que creía en su vida.

—El Avatar me protege —susurró mientras aún podía hablar. Cayó sobre su espalda y se arrastró hasta la esquina de la habitación, cubierto completamente por la larga sombra del espíritu—. ¡Yangchen me protege!

La mujer espíritu lo siguió y bajó su rostro rojo y blanco al suyo. Un humano habría emitido algún tipo de juicio sobre Kuji mientras se acobardaba así. La fría indiferencia en sus ojos era peor que cualquier piedad o diversión sádica.

—Yangchen no está aquí en este momento —dijo con una voz rica e imponente que habría sido hermosa si no hubiera tenido una indiferencia tan clara por su vida—. Yo sí.

Kuji sollozó cuando una mano grande y poderosa lo agarró por la barbilla con

LA SOMBRA DE
reishi

el pulgar y el dedo índice. Fue suave, pero dio la seguridad de que podía arrancarle la mandíbula de la cabeza si así lo deseaba. La mujer inclinó su rostro hacia arriba.

—Ahora dime dónde puedo encontrar a tu jefe.

El cuello de Kyoshi picaba terriblemente. El garrote había sido recubierto de vidrio esmerilado, y aunque había logrado evitar ser cortada demasiado profundamente, pequeños fragmentos afilados todavía le irritaban la piel. Se lo merecía por ser tan descuidada. El hombre del cable de la banda había sido sigiloso, pero no al nivel de la compañía que solía mantener en sus días de *daofei*.

Hablando de eso, ella se había arriesgado al no incapacitar al chico como lo había hecho con sus sabios. Pero le había recordado a Lek. La forma en que su estúpida cara de bebé trató de convertirse en una máscara de dureza, su evidente necesidad de la aprobación de sus hermanos mayores jurados. Su pura e idiota valentía. Era demasiado joven para correr con una pandilla en los barrios bajos de Ba Sing Se.

No más excepciones por hoy, se dijo a sí misma mientras pisaba la oxidación de chatarra y escombros. Todavía tenía el hábito de etiquetar a cualquiera de su edad como niños y niñas, y el lenguaje la hacía inclinarse hacia la suavidad, lo cual era peligroso. Ciertamente nadie mostraría gracia a Kyoshi porque sólo se acercaba a los dieciocho. El Avatar no tuvo el lujo de ser un niño.

Ella caminó a través de un pasillo apenas más ancho que ella. Sólo las más mínimas grietas de iluminación llegaban a través de las paredes. Los cristales brillantes eran caros, y las velas eran un riesgo de incendio, haciendo de la luz un premio en Loongkau. Las redes de tuberías goteaban por encima de ella, acariciando el tocado dorado que llevaba a pesar del ambiente estrecho. Había aprendido a tener en cuenta la altura que añadía, y tener que agacharse había sido una realidad en su vida desde la infancia.

El olor a densidad humana flotaba a través de los pasillos, una mezcla de sudor y pintura seca. Sólo podía imaginar lo que los niveles inferiores ofrecían a la nariz. El bloque de la ciudad abarcó a más personas en sus límites que cualquier otra en el Anillo Inferior, y no todos sus residentes eran criminales.

Loongkau era un refugio para los muy pobres. Las personas sin ningún otro lugar donde ir se asentaron aquí y abrieron sus industrias, ganándose la vida

LA SOMBRA DE Kyoshi

como recolectores de basura, vendedores tipo "lo-que-se-cayo-del-vagón", médicos sin licencia, vendedores de bocadillos poco fiables y similares. Eran ciudadanos comunes del Reino Tierra tratando de salir adelante en los márgenes de la ley. Su gente, esencialmente.

Los confines sombreados del Bloque de la Ciudad también eran el hogar de un tipo más violento, y de la evolución de las pandillas del Anillo Inferior cuyas membresías se estaban hinchando por la afluencia del *daofei*. Los bandidos que ya no podían tener territorio en el campo huían de la cubierta de Ba Sing Se y otras grandes ciudades, mezclándose con la población, escondiéndose entre los mismos ciudadanos en busca de refugio con los que habían brutalizado en años pasados.

Esos no eran los de Kyoshi. De hecho, muchos de ellos estaban huyendo de *ella.* Pero dado que era igual de probable que un apartamento tuviera residentes asustados que no tenían nada que ver con su presa, Kyoshi mantenía la cautela en sus movimientos. La Tierra Control en una variedad de jardines arrancaría enormes trozos de los alrededores, causaría un colapso peligroso y dañaría a inocentes.

El interior se abrió a una pequeña zona de mercado. Pasó por una habitación llena de barriles que goteaban tinta brillante sobre el suelo—una operación de muerte en casa—y un puesto de carnicero vacío nublado con moscas zumbantes. El estudio de Jianzhu contenía sus notas sobre la situación política y económica de Ba Sing Se, y la pequeña referencia al Bloque de Ciudades señaló lo emprendedores que eran sus residentes. Curiosamente, también mencionó que la tierra en la que fue construida tenía algún valor debido a su ubicación prominente en el Anillo Inferior. Los comerciantes en el Anillo Medio habían intentado comprar el bloque en el pasado y desalojar a los residentes, pero los peligros de las pandillas siempre habían hecho que tales proyectos fallaran.

Kyoshi se detuvo cerca de una tina de orujo de mango estropeado. Este era su lugar. Ella hizo Tierra Control con una variedad de escombros de roca en un pequeño círculo y se paró sobre él. Cruzó los brazos sobre su pecho para hacer la sección transversal lo más pequeña posible.

Sin embargo, antes de irse, notó un pequeño objeto en la esquina. Era un juguete, una muñeca hecha de trapos rescatados del vestido de una bella dama. Alguien en el bloque había hecho un gran esfuerzo para coser una muñeca hecha de tela del Anillo Superior para su hijo.

Kyoshi la miró fijamente hasta que parpadeó, recordando por qué estaba aquí. Ella pisoteó con el pie.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Su pequeña plataforma de tierra, mantenida unida por su Tierra Control, se volvió tan fuerte como la punta de una barrena. Estalló a través de las tejas de arcilla y puntales podridos de madera, dejándola caer lo suficientemente rápido como para hacer que sus tripas se tambalearan. Se precipitó por el suelo y pasó al siguiente nivel, antes de hacerlo de nuevo, y otra vez.

Los manuales tácticos de Jianzhu señalaron que en las peleas cerradas la mayoría de las bajas ocurrieron en las puertas y escaleras. Kyoshi había decidido saltarse esas partes del edificio y seguir su propio pasaje. Contó catorce pisos, más de lo que había estimado, hasta que se estrelló contra el techo de una habitación que era tierra sólida debajo. El fondo de Loongkau.

Kyoshi se bajó de su plataforma, el polvo y migas de mampostería cayeron en cascada de sus brazos, y miró a su alrededor. No había paredes aquí, sólo columnas de apoyo que sostenían el gran peso de los niveles superiores. *Así que el bloque de la ciudad tiene un salón de baile*, pensó irónicamente. La extensión vacía era similar a las entretenidas salas de nobles ricos como Lu Beifong. Había un espacio como este en la mansión del Avatar en Yokoya.

Podía ver todo el camino hasta el otro extremo, ya que las paredes tenían trozos de cristal brillante, como si la luz para todo el edificio hubiera sido acumulada para esta habitación. Había un escritorio, una isla de madera en el vacío. Y detrás del escritorio había un hombre que no había renunciado a sus pretensiones desde que Kyoshi lo vio por última vez.

—Hola, Tío Mok —dijo Kyoshi—. Ha pasado un tiempo, ¿No es así?

Mok, el ex segundo al mando del *daofei* de los Cuellos Amarillos, miró sorprendido. Kyoshi era como una maldición de la que no podía liberarse.

—¡Tú! — Gritó, encogiéndose ligeramente detrás de los muebles como si pudieran protegerlo—. ¡¿Qué estás haciendo aquí?!

—Escuché rumores sobre un nuevo jefe que se asentó en Loongkau y pensé que sonaba muy familiar. Así que vine a investigar. ¿Escuché que este grupo se está llamando a sí mismo una Triangulo ahora? ¿Estoy en lo correcto? Algo con tres lados—. A Kyoshi le resultó difícil hacer un seguimiento. Los *daofei* que se canalizaban a las ciudades llevaron sus grandiosas costumbres en secreto y tradición al nivel de los delitos menores urbanos.

—¡La Tríada del Ala de Oro! — Gritó, enfurecido por su desinterés en sus rituales. Pero Kyoshi ya no se preocupaba por los sentimientos de hombres como Mok. Podía hacer cualquier berrinche que quisiera.

El tamborileo de pies se hizo más fuerte. Los hombres que Kyoshi había

pasado por alto en los pisos medios entraron en la habitación, rodeándola. Blandieron hachas, cuchillas y dagas. Los hombres de Mok habían preferido armas extravagantes cuando todavía vagaban por el campo, pero aquí en la ciudad habían cambiado las espadas de nueve anillos y los martillos meteoro por armas más simples que podrían estar escondidas entre una multitud.

Reforzado por más de dos docenas de hombres, Mok se tranquilizó.

—Bueno, chica, ¿Qué es lo que quieres? ¿Además de darles un vistazo a tus sabios?

—Quiero que todos entreguen sus armas, desalojen las instalaciones y marchen a un tribunal de magistrados para ser juzgados. El más cercano está a siete cuadras de aquí.

Varios de los hombres con hachas estallaron de risa. La esquina de la boca de Mok se movió hacia arriba. Kyoshi podría ser el Avatar, pero era muy superada en número y atrapada en un espacio cerrado.

LA SOMBRA DE

—Nos negamos —dijo con un exagerado giro de su mano.

—Muy bien, entonces. En ese caso, sólo tengo una pregunta—. Kyoshi miró alrededor de la habitación—. ¿Estás seguro de que son todos?

Los miembros de la Tríada se miraron el uno al otro. La cara de Mok se hinchó de rabia, enrojeciendo como una baya al sol.

No era la insolencia tanto como el pragmatismo, su instinto de orden y eficiencia se elevaba a la superficie.

—Si no, puedo esperar a que todos lleguen —dijo Kyoshi—. No quiero tener que volver y revisar cada piso.

—¡Desgárrenla! —Mok gritó.

Los hombres del hacha se abalanzaron desde todas las direcciones. Kyoshi sacó uno de sus abanicos.

Dos habrían sido demasiado.

Kyoshi pisó los cuerpos gimiendo. Uno de los miembros de la Tríada estaba demasiado quieto, ella lo empujo con su bota hasta que vio signos de respiración.

La túnica de Mok había volado en la pelea. Se las arregló para mover la silla en la que estaba sentado, unos centímetros de vuelo antes de que Kyoshi pusiera su mano sobre su hombro, presionándolo de nuevo en su asiento.

—No hay necesidad de levantarse todavía, Tío —dijo. Enemistad pasada o no, él todavía era mayor que ella.

Mok se agitó con una ira y un miedo que Kyoshi podía sentir a través de su agarre.

—Así que me vas a matar a sangre fría como lo hiciste con Xu. Que te destrocen los rayos y muchos cuchillos por matar a tus hermanos jurados.

Kyoshi se molestó, más de lo que debería haber estado, por el hecho de que Mok la llamara asesina. Ella y Xu Ping An habían accedido a un duelo, y el hombre inmediatamente trató de matarla. Una vez que ganó la ventaja, le había dado la oportunidad de ceder. El ex líder de los Cuellos Amarillos había demostrado por mucho que estaba más allá de la salvación.

Y, sin embargo, durante las noches de insomnio, pensó en Xu. El hombre vil infectó sus pensamientos cuando pudo haber estado soñando con aquellos a los que amaba. Pensó mucho en Xu, su peso en sus manos, y cómo, al final de su pelea, ella había *decidido*.

Kyoshi se despejó la cabeza.

—Todo vale en el *Lei Tai* —dijo. Justificar el acto en voz alta era una medicina amarga e ineficaz que se obligó a tragar de todos modos—. No voy a matarte. Tú y sus hombres se afianzaron dentro de los muros muy rápidamente para una banda de bandidos del campo que pasaron la mayor parte de su historia intimidando a los granjeros. Tienes un contacto en Ba Sing Se ayudándote, y quiero saber quién es.

Mok se puso rígido con determinación. El verdadero *daofei* nunca entregaba información a las autoridades, aunque les beneficiara.

—¡El día que chille ante ti, chica, es el día que-*aieee!*

Kyoshi le recordó que los tiempos habían cambiado desde que se encontraron con un apretón aplastante de sus dedos. Ella abollo los nervios de su brazo hasta que los términos de su nueva relación se asimilaron.

—¡Era alguien del Anillo Medio! —Mok dijo, una vez que dejó de chillar de dolor—. Usamos intermediarios; ¡No sé su nombre!

Kyoshi lo soltó y dio un paso atrás. Ella había estado esperando que le nombrara a un criminal del Anillo Inferior, un lugareño que tal vez le juró hermandad en el pasado. El Anillo Medio era el dominio de los comerciantes y académicos. Algo no cuadraba aquí.

Mok agarró su hombro y se alejó del escritorio.

—¡Wai! — Gritó a una puerta detrás de él—. ¡Ahora!

En su distracción, Kyoshi había olvidado al tercer hermano principal de los antiguos Cuellos Amarillos. La puerta estalló en una emboscada antes de que Kyoshi pudiera reaccionar.

El hermano Wai salió, cuchillo levantado, un gruñido en sus labios. No llevaba la correa de cuero que cubría su nariz cortada, y sin ella su cara demacrada tenía una apariencia de un cráneo. Wai había sido un hombre rápido y vicioso en sus días con los Cuellos Amarillos, y todavía lo era.

Pero cuando vio que la intrusa era Kyoshi, vestida con su maquillaje completo y vestimenta, jadeó y casi se detuvo en el aire. Wai fue uno de los pocos testigos que la había visto en el Estado Avatar, y la experiencia había superado al hombre espiritual. Dio un paso atrás para darle espacio, casi derribado por su hermano por la prisa, y se arrodilló. El cuchillo que había sido dirigido a Kyoshi un segundo antes, se puso a sus pies como una ofrenda.

—¡Oh, vamos! — Mok gritó mientras Wai inclinaba la cabeza hacia el suelo y se postraba ante el Avatar.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Kyoshi salió del bloque de la ciudad a la calle. El día se había vuelto más y más caliente. Un escuadrón de oficiales de paz, guardias uniformados de Ba Sing Se, la esperaba, haciendo fila en las alas a la izquierda y a la derecha de la salida. Los hombres más jóvenes que nunca habían visto al Avatar antes miraron a Kyoshi mientras salía de la oscuridad. Uno de ellos dejó caer su cachiporra y trato de recogerla.

Kyoshi pasó junto a los guardias de alto rango, ignorando los susurros y apenas reconociendo las reverencias, hasta que llegó al capitán Li junto a la puerta. Era un hombre de rostro cetrino que había estado en el trabajo demasiado tiempo, su jubilación se retrasó por deudas de juego.

—El cordón ya está instalado —le dijo a Kyoshi con el silbido de un fumador de pipas—. No ha habido problemas aquí hasta ahora.

La mayoría de los ciudadanos del Anillo Inferior se ocuparon de sus asuntos, ignorando la presencia de la ley, pero Kyoshi notó que algunas personas observaban con falso desinterés, probablemente observadores de otras organizaciones desagradables. Trabajar con el capitán Li significaba coquetear con una violación de los juramentos *daofei* de Kyoshi. Había jurado a su hermana mayor Kirima bajo una navaja sostenida por su hermano mayor Wong para nunca

convertirse en lacayo de la ley.

Pero Li había sido su herramienta, su informante, no al revés. Le había proporcionado la inteligencia que necesitaba para cerrar sus asuntos pendientes con Mok, y números para la limpieza una vez que terminara.

—¿Está asegurado el edificio? —Li preguntó, inclinando su gorra para secar su frente con su muñeca.

—Los miembros de la Tríada están caídos y listos para ser sacados —dijo Kyoshi—. Usted debe llamar a un médico.

—Voy a ponerme en ello —respondió Li en un tono aburrido que le hizo saber a Kyoshi lo en serio que se tomó la sugerencia. Puso los dedos en los labios y silbó.

—¡Muy bien, chicos! ¡Saquen a las alimañas de ahí!

Los guardias entraron en el bloque de la ciudad, libres para moverse rápido después de que Kyoshi había barrido los recovecos y rincones de peligro. Esperó pacientemente para ver los resultados de su trabajo. La Tríada del Ala Dorada necesitaba ser contada y catalogada a la luz del día. Ser arrastrado como mercancías secas haría que su mística volara en el viento. Ojalá.

Oyó voces fuertes y el sonido de una lucha que emergía de la oscuridad de Loongkau. Dos oficiales sacaron a un hombre que no había estado entre las tríadas que la habían atacado. Estaba mal vestido, pero un par de anteojos cayeron de su cabeza. Tenía que haber sido un joyero o un sastre para haber invertido en un dispositivo tan caro.

Una bota aplastó las gafas en el polvo antes de que pudiera decir nada. Con creciente horror, Kyoshi vio a otro grupo de oficiales salir, empujando a una mujer por la nuca. Sostenía a una niña llorando en sus brazos. El hombre con mala visión oyó los gritos y comenzó a agitarse más fuerte en las garras de los guardias.

No eran miembros de la Tríada. Era una de las familias pobres que vivía en el bloque de la ciudad.

—¿Qué están haciendo sus hombres? —Kyoshi le gritó a Li.

Parecía confundido ante su pregunta.

—Deshacerse del mal elemento. Ciertas personas han estado esperando para demoler esta monstruosidad durante mucho tiempo—. Se volvió vacilante, un regateador temeroso de separarse con demasiado de su dinero—. ¿Quieres… ¿Quieres parar? Si es así, tienes que hablar con mi hombre en el Anillo Medio.

El Anillo Medio. En un instante, ella entendió.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Alguien con grandes y lucrativos planes para Loongkau quería que los residentes se fueran de la manzana de la ciudad, pero necesitaba una excusa para hacerlo. Dejarían que las tríadas entraran primero para involucrar a la ley y al Avatar y luego sobornaron al capitán Li para que eliminara a gente inocente y criminal por igual.

—¡Detén esto! —Kyoshi dijo—. ¡Detén esto ahora mismo!

—Uhhh —Li se lamentó sin una mota de sinceridad—. Lo siento, Avatar, pero estoy actuando dentro de los confines de mi deber. Con razón, puedo desalojar estas premisas de los criminales según sea necesario.

—*¡Mamá!* —. Fue el sollozo de la niña lo que puso a Kyoshi al límite—. *¡Papá!*

Kyoshi tomo sus abanicos y los abrió. Ella levantó grumos de tierra desde debajo de la capa superior polvorienta, donde la arcilla todavía estaba húmeda y maleable. Los terrones del tamaño de un puño se dispararon, golpeando sobre las bocas y las narices de Li y sus oficiales, sujetando su piel como bozal.

Los guardias soltaron a la familia y arañaron sus rostros, pero la Tierra Control de Kyoshi era demasiado fuerte para ser resistida. Li se hundió hasta las rodillas, con los ojos desorbitados.

Tenían tiempo antes de morir asfixiados. Kyoshi puso de nuevo sus abanicos en su lugar y lentamente se acercó a cada guardia por turnos, quitándoles sus diademas uno a uno, comprobando los sellos cuadrados del Rey Tierra sujetos a la tela.

Las insignias de todos los funcionarios de Ba Sing Se tenían números de identificación grabados en ellos, un testimonio de la burocracia masiva de la ciudad. Estos hombres, a pesar de la disminución del suministro de aire a sus cerebros, podían entender el gesto de que ella tomara sus diademas y las metiera en sus túnicas para su custodia. Una visita a una sala de administración, y ella podría conocer sus identidades. Podría encontrarlos más tarde. La mayoría de los residentes de Ba Sing Se habían oído los rumores. Habían oído historias de lo que era Avatar Kyoshi y lo que le hacía a la gente.

Kyoshi guardó a Li para el final. Se había puesto morado en el tiempo que ella había tardado en hacer las rondas. Después de arrebatarle la diadema de debajo de su gorra, dejó caer la arcilla de su boca, y la de los demás al mismo tiempo. El escuadrón de Li cayó al suelo, jadeando para respirar. El capitán aterrizó de su lado y su inhalación tintineó como dados en una taza.

Se inclinó, pero antes de poder decir nada, Li le lanzó un nombre, con la

esperanza de comprar clemencia. Realmente no tenía carácter.

—¡Su nombre es Wo! ¡El hombre que me paga es el ministro Wo!

Kyoshi necesitó cerrar los ojos para que su frustración no se filtrara. Probablemente había una docena de ministros Wo en Ba Sing Se. El nombre por sí solo no tenía sentido para ella. La ciudad era demasiado grande. El Reino Tierra era demasiado grande. No podía seguir el ritmo de la corrupción que se filtraba de sus agujeros.

Ella tomo aliento.

—Esto es lo que va a pasar, Capitán —dijo tan tranquilamente como pudo—. Vas a despejar el bloque de las tríadas y nadie más. Entonces vas a encontrar papel y pincel. Me escribirás una confesión completa, detallando a esta persona Wo y cada soborno que tomaste de él. Cada golpe de la verdad. ¿Me oyes, capitán Li? Lo comprobaré. Quiero que viertas tu espíritu en esta confesión.

El asintió.

Kyoshi se enderezó para ver a la mujer y a su hija mirándola con ojos anchos y asustados. Empezó a acercarse a ellas, queriendo preguntar si estaban heridas.

—¡No las toques! — El hombre que había perdido sus gafas se arrojó entre Kyoshi y su familia. Con su ceguera cercana, no la habría visto tratando de ayudar. O tal vez lo había hecho, y decidió que ella era un peligro para su esposa e hija de todos modos.

Más lejos, alrededor de los bordes del cordón, más transeúntes se habían reunido. Se susurraron el uno al otro, las semillas de rumores frescos que se arraigaban en el suelo. El Avatar no sólo había destrozado a los ocupantes de Loongkau, sino que también había vertido su ira insaciable sobre los oficiales de la justicia del Rey Tierra.

Las miradas de los ciudadanos comunes y corrientes y la aterrada familia hicieron que la piel de Kyoshi se erizara con una sensación que hombres corruptos como Li o Mok nunca podrían imponerle. Vergüenza. Pena por lo que había hecho, vergüenza por lo que era.

Su maquillaje cubría el rubor en sus mejillas y camuflaba el surco en su frente. Le dio a Li un último empujón significativo y luego se alejó de Loongkau tan lentamente como había llegado, una estatua impasible que se dirigía de regreso al altar que le dio vida. Pero en realidad, debajo de su pintura, estaba huyendo de la escena de su crimen, su corazón amenazaba con convertir su pecho en polvo.

LA INVITACIÓN

Las personas que se quejaban de cuánto tiempo se tardaban en viajar a través de Ba Sing Se generalmente solían tener en cuenta la congestión. Eso no era un problema para Kyoshi. Las multitudes tendían a apartarse de su camino como la hierba ante la brisa.

Ella tenía otro atajo para explotar también. Era posible construir una balsa improvisada río arriba a lo largo de los canales de drenaje que iban desde el Anillo Superior hasta la Zona Agraria para el riego. Era extremadamente rápido, si podías soportar el olor.

Llegó al Anillo Medio por la noche. A pesar del diseño ordenado y las direcciones numeradas, luchó por encontrar su dirección en la uniformidad de las casas pintadas de blanco y techos de tejas verdes. Tomó senderos que la conducían a través de puentes pacíficos que se extendían por canales que fluían suavemente, y a lo largo de tiendas de té con olor a flores de jazmín y árboles derramando sus pétalos de color rosa pálido sobre las aceras. Cuando era una niña que vivía en las canaletas de Yokoya, Kyoshi solía imaginar un paraíso muy parecido al Anillo Medio. Limpio, tranquilo, y la comida al alcance de la mano en cualquier lugar que miraba.

Los dueños de las tiendas que barrían sus pisos la miraban con sorpresa, pero pronto regresaban a sus negocios. Pasó junto a un montón de estudiantes vestidos de negro que se miraban y se daban codazos entre sí para echar un vistazo, pero no escapaban de su mirada. Las personas que se sentían cómodas con su posición en la vida tendían a tener menos miedo. No podían imaginar el peligro visitando su puerta.

Kyoshi se deslizó fuera de la vista en una calle lateral oscurecida. Abrió una puerta sin letreros con una llave que guardaba en su fajín. El pasillo en el que entró estaba tan lleno de curvas y escaleras como Loongkau, pero mucho más limpio. Terminaba con un pasadizo en un apartamento sencillo del segundo piso, amueblado sólo con una cama y un escritorio. Esta habitación era una de las varias propiedades alrededor de las Cuatro Naciones que Jianzhu le había legado, y sirvió como una habitación segura donde podía dormir durante la noche cuando no quería anunciar su presencia oficial con el personal del Rey Tierra. Ella

LA SOMBRA DE Kyoshi

desabrochó sus guanteletes y se los quitó, arrojándolos a la cama mientras cruzaba la habitación.

Se hundió en la silla y tiró las diademas robadas en el escritorio, las insignias revestidas sobre la superficie como ganancias del juego. Ella fue más cuidadosa quitándose el tocado. Una brisa agitó su cabello suelto, proveniente de la ventana que le dio una amplia vista al atardecer del Anillo Inferior en toda su inmensidad y pobreza, las chozas marrones y las chabolas que se extendían sobre la tierra como cuero secando en el sol.

Era un diseño inusual para el apartamento. Muchas casas del Anillo Medio no tenían vistas al Anillo Inferior. Los comerciantes y financieros que vivían en este distrito pagaron para que no tuvieran que mirar lo desagradable.

Sus dedos se movieron solos, organizando las insignias en pilas ordenadas. Un dolor aburrido de agotamiento se asentó en su cabeza. Hoy había añadido otra complicación a la pila. Ella tendría que planear otra visita a Loongkau para asegurarse de que los residentes estuvieran a salvo dentro de sus hogares. Y ella tendría que seguir la información de Li, o de lo contrario el capitán y sus seguidores podrían esperar simplemente hasta que el Avatar hubiera pasado como una nube para que reanudaran sus actividades corruptas.

Sabía que era una batalla perdida. En el gran esquema de las cosas, señalar a un sucio policía en Ba Sing Se tendría tanto efecto como sacar una gota de lluvia del océano. A menos que…

A menos que ella hiciera un ejemplo con Li y con quien lo haya sobornado. Podría hacerles tanto daño que se correría la voz sobre lo que sucede cuando el Avatar te atrapa explotando a los indefensos para tu propio beneficio.

Sería rápido. Sería eficiente. Sería brutal. Jianzhu lo habría aprobado.

Kyoshi golpeó sus manos contra el escritorio, derribando las insignias. Se había deslizado una vez más en la mentalidad de su difunto "benefactor". Ella había oído sus palabras con su propia voz, los dos hablando con tanta unidad como se suponía que los Avatares eran capaces de hacer con sus vidas pasadas.

Abrió un cajón y sacó una toalla de mano que había estado descansando en un pequeño cuenco de linimento especial. Kyoshi arrastró el paño humedecido por el lado de su cara, tratando de limpiar las manchas más profundas junto con su maquillaje.

Un estremecimiento de repulsión corrió por la espalda de Kyoshi cuando pensó en cómo había asfixiado a Li con la misma técnica que Jianzhu había usado una vez en ella. Debería haberlo aborrecido, sabiendo exactamente lo que se

LA SOMBRA DE KYOSHI

sentía morir lentamente mientras tus pulmones se hundían sobre sí mismos. Al tratar con Li, se había deslizado tan fácilmente en la piel de Jianzhu como en sus ropas.

Las que *también* habían sido un regalo de él.

Ella golpeó su puño en el escritorio de nuevo y oyó que parte de la carpintería se rompía. Se sentía como si cada paso que daba como el Avatar estuviera en la dirección equivocada. Kelsang nunca habría considerado la violencia como política. Habría trabajado para mejorar la suerte de los residentes de Loongkau y el Anillo Inferior para que pudieran hacer frente a la dominación de la Tríada y la explotación del Anillo Medio. Habría actuado como su voz.

Eso era lo que Kyoshi tenía que hacer. En esencia, era lo que Kelsang había hecho por ella, la niña abandonada que encontró en Yokoya. Era el curso de acción correcta y sería el más eficaz a largo plazo.

Sólo tomaría tiempo. Mucho… mucho tiempo.

Un golpe vino de afuera.

—Adelante —dijo.

Un joven que llevaba las ondulantes túnicas naranjas y amarillas de un Nómada Aire abrió la puerta.

—¿Estás bien, Avatar Kyoshi? —El monje Jinpa preguntó—. Escuché un ruido fuerte y—*¡Aagh!*

La pila de cartas que sostenía voló en el aire. Kyoshi movió su mano girando y girando en un círculo de aire, acorralando los papeles con un tornado en miniatura. Jinpa se recuperó de su sorpresa y atrapó la pila de cartas desde la parte inferior del vórtice hacia arriba, volviendo a crear la pila, pero con las esquinas sobresaliendo en todos los ángulos.

—Disculpas, Avatar —dijo cuando había asegurado su correspondencia una vez más—. Me sorprendió su, uh —hizo un gesto a su propia cara en lugar de señalar groseramente a la de ella.

No había terminado de limpiarse el resto de su maquillaje. Probablemente parecía la ilustración de un médico de un cráneo con la piel a medio desgarrar. Kyoshi agarró la toalla para terminar el trabajo.

—No te preocupes por eso —le dijo Kyoshi mientras trabajaba la tela a lo largo de la esquina de su ojo, teniendo cuidado de no introducir el compuesto que disolvería la pintura en él.

Desafiando su orden, Jinpa todavía parecía preocupado.

—También estás sangrando de tu cuello.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Sí. Cierto. Con su mano libre abrió un abanico y apuntó la hoja al garrote alrededor de su garganta. Los fragmentos de vidrio en su piel se arrancaron bajo la fuerza de su Tierra Control y formaron una bola que cayó al suelo cuando cambió su enfoque a una jarra cercana.

Un pequeño remolino de agua salió del recipiente y se envolvió alrededor del cuello de Kyoshi. Era fresco y calmante contra la picazón de la herida, y ella podía sentir su piel tejiéndose junta. Jinpa la vio sanarse a sí misma, a la vez preocupado y horrorizado por la crudeza de sus primeros auxilios autoadministrados.

—¿No se supone que el agua curativa debe brillar? — Preguntó.

—Nunca lo he logrado—. Las bibliotecas de la mansión en Yokoya estaban llenas de amplios tomos sobre los usos médicos del Agua Control, pero Kyoshi carecía de tiempo y de un maestro adecuado. Había leído tantos textos como podía de todos modos, y las heridas que había estado acumulando como el Avatar le daban muchas oportunidades para practicar sobre sí misma.

Ella había hecho un voto. No importaba lo limitado que fuera su conocimiento, o lo defectuosa que fuera su técnica, nunca más volvería a ver a alguien que le importaba escapar delante de ella mientras no hacía nada.

Arrojó el agua de nuevo en la jarra y corrió un dedo sobre las marcas que le dejaron en el cuello. *A este ritmo voy a parecerme a la última colcha de retazos de la tía Mui.* Podía ocultar la cicatriz con más maquillaje o un collar más alto. Pero las quemaduras moteadas y curadas en sus manos, cortesía de Xu Ping An, le recordaron que se estaba quedando sin partes del cuerpo para herir y cubrir.

—¿Cuáles son las actualizaciones?

Jinpa se sentó y sacó una de las muchas cartas dirigidas al Avatar en las que ya había roto los sellos. Se le permitió el privilegio. Durante su primera visita al Templo del Aire del Sur como el Avatar, él la había ayudado constantemente con la planificación y la comunicación, hasta el punto de que sus sabios se encogieron de hombros y lo asignaron oficialmente a Kyoshi como su asistente. Sin su ayuda, ella se habría sentido abrumada hasta el punto de enloquecer.

—El gobernador Te humildemente presenta un informe de que la Villa de Zigan ha superado a su antiguo pico de población y ahora puede presumir de una nueva escuela *y* clínica de hierbas, las cuales son gratuitas para los habitantes más pobres del pueblo —leyó Jinpa en voz alta—. Huh. La familia Te no es conocida por su generosidad. Me pregunto qué le ha ocurrido al joven Sihung recientemente.

Que, efectivamente. Te Sihung había sido el primer funcionario del Reino Tierra en enterarse de que Kyoshi era el Avatar, justo después de que ella decidiera no asesinarlo durante una incursión *daofei* en su casa. Después de su revelación pública, ella le había dejado claro a Te que la deuda de vida que le debía todavía se aplicaba y ella continuaba observándolo. Saber que su poder no lo hacía inmune a las consecuencias parecía haber reforzado tanto su compasión como su habilidad como gobernador.

Las buenas noticias eran difíciles de llegar en estos días.

—¿Qué sigue? —preguntó a Jinpa, con la esperanza de más.

Sus labios se torcieron.

—El resto de las cartas son solicitudes de audiencia de nobles que ya has rechazado o ignorado.

—¿Todas ellas? —miró a la pila alta de papeles y frunció el ceño. Jinpa se encogió de hombros—. Rechazas e ignoras a muchos nobles. La gente del Reino Tierra no es más que persistente.

Kyoshi luchó contra el impulso de incendiar toda la pila de correspondencia. No tenía que leer todos los mensajes para saber que cada uno era una demanda del juicio favorable del Avatar sobre asuntos de negocios, política y dinero.

Se había enterado después de las primeras veces. Kyoshi aceptaría una invitación inocua para asistir a un banquete, presidir una ceremonia espiritual, bendecir un nuevo canal o un puente. Inevitablemente, su anfitrión, el gobernador o el mayor terrateniente—a menudo la misma persona—la acorralaba en una conversación lateral y suplicaba ayuda en asuntos materiales con los que nunca habrían molestado a Kuruk o a la gran Yangchen. Pero Kyoshi era una de las suyas, ¿no? Ella entendía cómo se hacían negocios en el Reino Tierra.

Ella lo hacía. No significaba que le gustara. Los sabios que le habían negado vehementemente su Avatariedad a pesar de la última voluntad y testamento de Jianzhu, nobles que afirmaban haber sido engañados después de verla hacer Tierra y Agua Control sobre sus cabezas con sus propios ojos, de repente se convirtieron en verdaderos creyentes cuando pensaron que podía ayudarlos a morder bocados más grandes de riqueza y poder en las interminables jerarquías del Reino Tierra.

El Avatar podría establecerse donde estaba una frontera provincial, y el gobernador podía reclamar impuestos de una rica tierra de cultivos. El Avatar podría acelerar una flota comercial a lo largo de su camino de forma segura, protegiendo la vida de los marineros, pero en última instancia asegurando un

beneficio masivo para sus mercantes. ¿Podría?

Kyoshi pronto aprendió a ignorar tales peticiones y centrarse en lo que podía hacer con sus propias manos.

—Esos mensajes pueden esperar —dijo. Ella secretamente esperaba que la pila de correspondencia se convirtiera en polvo si sonaba lo suficientemente fría y autoritaria.

Jinpa le dio una mirada suave, pero de reprensión.

—Avatar… si me permite, usted tiene que participar en la alta sociedad hasta *cierto* punto. No puede seguir posponiendo el liderazgo del Reino Tierra para siempre.

El Reino Tierra no tiene liderazgo, pensó Kyoshi. *Ayudé a matar lo más cercano a un líder que tenía*.

—Los deberes de su papel van más allá de ser un poderoso maestro —continuó—. Ha limpiado el campo de los grupos de bandidos más grandes, y es impresionante que haya sido capaz de localizar a esta persona Mok y evitar que lastime a más personas inocentes. Pero en este punto se está volviendo loca por golpear a los mismos hombres malos que ya ha golpeado en el pasado. ¿Es realmente raspar el fondo del barril criminal lo mejor que puede hacer por las Cuatro Naciones? Sin mencionar los riesgos que representa para su seguridad personal.

—Es lo que sé—. *Y es la única manera en que puedo estar segura de que lo que estoy haciendo es correcto.*

Habían tenido esta conversación antes, muchas veces, pero Jinpa nunca se cansó de recordárselo. A diferencia de los otros Nómadas Aire que había conocido, que preciaban el desapego del mundo, él constantemente la presionaba para que participara en un mayor nivel de discurso con la misma gente que buscaba explotarla. No era mucho mayor que Kyoshi, un poco al otro lado de veinte años, así que era extraño cuando hablaba como un tutor político tratando de guiar a un alumno descarriado.

—En algún momento, tendrás que pararte en un escenario más grande —dijo Jinpa—. El Avatar crea ondas en el mundo, lo quieran o no.

—¿Es eso un dicho entre tus misteriosos amigos de los que no me hablarás? — Replicó.

Simplemente se encogió de hombros ante su torpe intento de cambiar de tema. Eso era lo otro frustrante de Jinpa. No intercambiaría golpes con ella como Kirima o Wong. Le mostró demasiado respeto, un problema que sus viejos

LA SOMBRA DE KYOSHI

compañeros nunca tuvieron, incluso después de enterarse de que ella era el Avatar.

Se preguntó qué pasaría si el monje conociera a los miembros restantes de la Compañía de Opera Voladora. Ella podría imaginar a Jinpa ofreciéndoles ayuda para escapar del estilo de vida *daofei*. Probablemente habrían intentado robarle el bisonte.

Sólo había una cosa que podía hacer que hablara con los sabios.

—¿Ninguna de las cartas menciona al—

—¿Maestro Yun? No, desafortunadamente. Todavía no ha aparecido.

Kyoshi exhaló un largo siseo entre sus dientes. Durante el período en el que el mundo pensaba que Yun era el Avatar, había centrado un gran esfuerzo en tratar con la élite del Reino Tierra. Lo que significaba que eran las únicas personas que conocían su rostro. Sin una pista de alguien que lo reconociera, encontrar a un hombre en la totalidad del Reino Tierra era como buscar un solo guijarro en un pozo de grava.

—Vamos a tratar de aumentar la recompensa de nuevo.

—No sé si eso ayudará —dijo Jinpa—. Las figuras prominentes del Reino Tierra perdieron credibilidad como resultado de la identificación errónea del Maestro Yun. Si yo fuera ellos, no me gustaría que reapareciera. Me gustaría fingir que todo ese episodio nunca sucedió. Escuché que Lu Beifong prohíbe a cualquier persona en su casa, invitados incluidos, hablar de Jianzhu o de su discípulo—. Jinpa tenía una extraña cantidad de acceso a chismes políticos para un simple Nómada Aire, pero sus observaciones eran generalmente correctas. *Ese maldito espino Lu*. Como el apoyo de Jianzhu, el patriarca Beifong era igual de culpable a los ojos de Kyoshi por el error al identificar al Avatar, y continuó desechando cualquier otra responsabilidad en el asunto.

Ella le rogaba a Lu Beifong en persona que la ayudara a encontrar a Yun, esperando que el viejo tuviera alguna apariencia de apego como abuelo hacia él. En cambio, Lu reveló fríamente que la carta que Jianzhu había enviado a los sabios de todo el Reino Tierra proclamando que Kyoshi era el Avatar también decía que Yun estaba muerto. Entre las últimas palabras de Jianzhu y el confuso testimonio de Kyoshi del incidente en Qinchao, Lu eligió creer lo que era más conveniente para él. En lo que a él respectaba el escándalo se había resuelto solo. Una victoria para el *jing* neutral.

Jinpa le dio una sonrisa por simpatía.

—Nadie te está pidiendo que renuncies a tu búsqueda del falso Avatar, pero tal

vez—

—*¡No lo llames así!*

Su reprimenda resonó a través de la habitación. Pensando en la facilidad con la que Yun había sido abandonado, primero por Jianzhu, luego por Lu y el resto del Reino Tierra, la había puesto de nuevo en el límite. Jinpa evitó su mirada, bajando la cabeza. En el silencio incómodo movía el pie nerviosamente. No necesitaba agacharse para sentir los temblores por el suelo.

—Enviaré un mensaje de la descripción del Maestro Yun a todas las estaciones principales de control de pasaportes que pueda —dijo—. Es el trabajo de esos funcionarios hacer coincidir nombres con apariencias. Estarán prestando más atención que el espectador promedio.

Era una buena idea. Mejor que cualquiera que ella hubiera tenido hasta ahora. Se sentía doblemente mal por perder los estribos. Ella necesitaba disculparse por su arrebato, necesitaba dejar de tener tales arrebatos si ella y Jinpa acortaban alguna vez la distancia entre ellos.

Pero ella tenía miedo de lo que estaba al final de las amistades. Ella había sido un peligro para todos los compañeros que alguna vez tuvo. Y todavía no podía sacudir los recuerdos de un Nómada Aire que le brindaba chistes, calidez y sonrisas fáciles.

—Haz que suceda —dijo Kyoshi secamente.

Jinpa asintió. Luego hizo una pausa, como si se preguntara cómo enmarcar su próxima declaración.

—No abrí todas las cartas de hoy. Una de ellas vino por mensajero especial.

—La mitad de las cartas que recibimos son por 'mensajero especial' —se burló Kyoshi. Las entregas grandiosas con sobres sellados con *Urgente* y *Solo para ojos del Avatar* en tinta verde fuerte eran trucos comunes que los Sabios de la Tierra intentaron para llamar su atención.

—Este es genuinamente especial—. Jinpa metió su mano en la bata y sacó un tubo de mensaje que había estado guardando.

Era rojo.

El robusto tubo de metal estaba rematado con llamas doradas. En los alrededores del mobiliario del Reino Tierra del apartamento, el estuche de pergamino parecía una brasa en un bosque, amenazando con prenderse. Un ejército de sellos de cera protegía las costuras.

Jinpa se lo pasó con ambas manos como un objeto de reverencia.

—Creo que esto es del mismísimo Señor del Fuego Zoryu.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Su primera correspondencia directa de un jefe de Estado. Kyoshi nunca había conocido al Señor del Fuego, ni le había escrito antes. El único contacto que había tenido con el gobierno de la Nación del Fuego era el enviado que la había visitado en Yokoya poco después de que se supo la noticia de su Avatariedad. El ministro, bien vestido, la había visto levantar un mínimo de los cuatro elementos, asintiendo con la cabeza a sí mismo mientras marcaba cada uno por turno. Había saludado a Kyoshi, cortésmente se quedó a cenar, y luego se fue a su tierra natal a la mañana siguiente para informar de la nueva situación. Recordó haber apreciado la falta de dolor de cabeza que le dio el delegado extranjero en comparación con sus propios compatriotas.

Romper los sellos y abrir la caja se sintió como dañar un artefacto histórico. Kyoshi mantuvo la mayor parte de la forma original de la cera como pudo y desplegó el pergamino dentro.

La escritura fue directa y al grano, desprovista de los florecimientos que los funcionarios del Reino Tierra pensaban que eran necesarios para ganarse un favor de ella. Lord Zoryu necesitaba la ayuda del Avatar en un asunto de importancia nacional. Si ella viniera a visitar el palacio real como su invitado de honor para celebrar el próximo Festival de Szeto, una fiesta significativa en las Islas del Fuego podría explicar más en persona.

—¿Qué dice? —Jinpa preguntó.

—Es una invitación a visitar la Nación del Fuego—. Un debut en el escenario mundial. Se tragó el nerviosismo que de repente se agrupó en su garganta.

Jinpa la vio vacilando y junto las manos, suplicando.

—Esto es exactamente de lo que estoy hablando, Avatar. Las Cuatro Naciones no te dejarán permanecer fuera del ojo público para siempre. Por favor, no me digas que rechazarías al Señor del Fuego, de todas las personas.

Kyoshi reflexionó sobre ello. Dudó que el gobernante de la Nación del Fuego perdiera su tiempo con una petición frívola de ayuda. Y sus frustraciones con su propio país amenazaban con empujarla más allá de su límite. Un cambio de escenario podría ser necesario.

—Y es un festival por las fiestas —agregó Jinpa—. Incluso podrías divertirte. *Se* les permite disfrutar de vez en cuando, ya sabe.

Dejar que un Nómada Aire cayera en la diversión era el último argumento.

—Puedes escribir y decirle al Señor del Fuego que me siento honrada de aceptar su invitación —dijo—. Empezaremos a planear el viaje mañana. No creo que pueda manejar más negocios por hoy.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Jinpa se inclinó solemnemente, ocultando su satisfacción de que finalmente el Avatar estaba asumiendo sus responsabilidades.

—Nadie necesita un descanso más que el Avatar—. Salió de la habitación y se dirigió a la oficina que instalaron al final del pasillo.

Sola, Kyoshi miró el papel de color crema en silencio. Ella no le había mencionado a Jinpa la parte de la carta que inclinó la balanza a favor de la visita.

Fue una noticia muy específica al final del mensaje del Señor del Fuego. La ex directora de la Real Academia había regresado a casa después de una larga convalecencia en Agna Qel'a, la capital de la Tribu del Agua del Norte. También su hija. ¿Tal vez al Avatar le gustaría verlas, dado que las tres habían sido conocidas en Yokoya? Ciertamente deseaban verla.

Conocidas. Kyoshi no sabía que era posible sentir tanto alivio y angustia a la vez. Ella no estaba en la Nación del Fuego todavía y ya podía imaginar quién la estaba esperando, el resplandor andante de puro calor y confrontación. En la oscuridad de su agotamiento, un punto de luz brillante hizo señas.

Rangi.

Kyoshi dobló cuidadosamente el papel y lo metió en sus túnicas, cerca de su corazón. A pesar de los deseos de su asistente, no iba a dormir mucho esa noche.

LA SOMBRA DE KYOSHI

VIDAS PASADAS

El bisonte de Jinpa Yingyong sólo tenía cinco pies en lugar de los seis habituales. Cuando era un ternero había sido atacado por un depredador y perdió su extremidad delantera izquierda. Como adulto, la lesión hacía que se inclinara ligeramente a un lado cuando estaba volando, lo que requirió que Jinpa tirara suavemente de las riendas en la dirección opuesta de vez en cuando para mantener un curso recto en el aire.

Kyoshi se había acostumbrado a viajar en los arcos de Yingyong. El bisonte de Kelsang, Pengpeng estaba ocupada criando terneros propios en el Templo del Sur en un merecido retiro, y Kyoshi nunca había esperado que su relación fuera permanente. Pengpeng podría haber estado dispuesta a soportarla, puede incluso que le hubiera gustado, pero sólo un Nómada Aire podría asociarse con una de las grandes bestias de por vida.

Ella y Jinpa volaron un poco más bajo de lo habitual en su camino a la Nación del Fuego, cerca de las verdes aguas del Mar de Mo Ce, donde el aire era cálido y fácil de respirar. El hermoso clima lo permitía. Montones de nubes flotaban en el cielo azul, proporcionando pequeños espacios de sombra para que se sumergieran entre ellos.

Si Kyoshi se perdió algo de esos días después de que ella huyera de Yokoya en la espalda de Pengpeng, fueron estos pequeños momentos intermedios de viaje. La mayoría de la gente habría asumido que flotar en un bisonte con la brisa contra su rostro era relajante, pero para Kyoshi, el lado positivo era muy diferente. Tomar aire le dio la seguridad de que, por una vez, por defecto, estaba haciendo lo mejor que podía. No había maneras más rápidas de llegar de un punto a otro que en un bisonte del cielo. No tenía otras opciones por las que preocuparse.

Una bolsa sin asegurar comenzó a deslizarse de un borde del sillín al otro. Jinpa le dio otro tirón a las riendas, y Yingyong se enderezó. Kyoshi cogió el saco y lo metió bajo un amarre.

—¿Está bien? —preguntó—. ¿Necesita descansar?

—No, está bien —dijo Jinpa—. El chico perezoso se distrajo con una escuela de anguilas aladas. ¿Verdad, muchacho? ¿Quién es un chico perezoso y distraído

con poca capacidad de atención? —le dio a Yingyong un cariño afectuoso detrás de la oreja—. Pero si quieres parar, hay una oportunidad por delante con una pieza interesante de la historia. Una pequeña isla donde se dice que el Avatar Yangchen realizó su primer acto de Agua Control. ¿Quieres verlo?

Si quería, honestamente. Kyoshi tenía una intensa curiosidad por uno de los avatares más grandes de la historia, su predecesora de hace dos generaciones. Yangchen era la mujer que había hecho todo bien. Ella era el Avatar que, hasta el día de hoy, todavía era invocada por la gente para la protección y la suerte. Kyoshi a menudo deseaba entender el liderazgo de Yangchen como una verdadera erudita. Se había estado conformando con el conocimiento de su plebeyo sobre el bendito Nómada Aire que había logrado mantener con éxito el mundo en equilibrio y armonía.

Estudiaría el trabajo de Yangchen más la próxima vez que regresara a Yokoya. Tenía que haber materiales útiles en las grandes bibliotecas de la mansión. Ahora mismo, sin embargo, tenía prisa.

LA SOMBRA DE

—No necesitamos aterrizar. Voy a echar un vistazo desde arriba.

—Por supuesto, Avatar. Te avisaré cuando lleguemos.

Kyoshi se acomodó de nuevo en su asiento. La carta debajo de su chaqueta hizo un ligero roce contra la tela y un rasguño fuerte contra sus nervios.

No se había comunicado con Rangi en mucho tiempo. Los halcones mensajeros tenían problemas para soportar el frío extremo del norte, donde su madre Hei-Ran se había estado recuperando. Como nuevo Avatar, Kyoshi siempre estaba en movimiento. La mansión estaba tan lejos de la Tribu del Agua del Norte como podría estarlo un punto en el Reino Tierra. Parecía que el mundo había conspirado para mantenerlas separadas y silenciar sus voces.

Quería pensar en otra cosa. O hablar con otra persona. Todavía le resultaba difícil conversar casualmente con Jinpa, y una silla de bisontes era un asiento grande y vacío para una persona. Estaba más acostumbrada a luchar por el espacio con al menos otras cuatro personas, sacudiendo hombros, quejándose de a quién le apestaba el aliento por comer demasiada comida picante.

Después de un tiempo sintió que Yingyong se iba de lado, más profundo esta vez.

—Así que… ¿Dónde está esta isla? —preguntó a Jinpa mientras se balanceaba contra la barandilla. El mar era una sábana plana sin un lugar dónde esconderse como masa de tierra.

Jinpa se inclinó hacia el círculo y examinó el agua.

—Hmm. Todo lo que he leído decía que debería estar por aquí. No veo nada más que esa mancha obscura bajo la superficie.

—Mira, si no podemos encontrarlo, podemos irnos. No es importante…

—KYOSHI

Gritó cuando un rayo de dolor le atravesó el cráneo de una sien a otra. Se apoderó de ella por el cuello y le borró la vista. Sus manos se aflojaron y perdieron el control de la silla de montar. Kyoshi rodó por el borde y se cayó del bisonte, con las orejas llenas del sonido de su propio nombre.

Le dolió todo el camino hacia abajo. Un filo como dagas rebotó de un lado de su cabeza al otro. Encontró una salida en su columna vertebral donde podía saquear su cuerpo. Apenas era consciente de lo rápido y lejos que estaba cayendo en picada.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—KYOSHI.

Un hombre con una voz profunda llamó a ella, sus palabras destrozadas por el viento a toda velocidad pasando por sus oídos. No era Jinpa.

—KYOSHI.

El choque de agua salada fría al golpear el océano fue un alivio de la agonía acalorada. Perdió el sentido de arriba y abajo. Sus extremidades flotaban ingrávidas. Cuando abrió los ojos, no sintió ningún dolor.

Del infinito azul, una figura flotó frente a ella, reflejando su holgura en el agua, tanto como ella. Su forma era brumosa, una pintura de tinta sumergida en un río, pero sabía quién era la aparición vestida con pieles de la tribu del agua.

Avatar Kuruk.

—KYOSHI—NECESITO TU AYUDA PARA—

La voz del predecesor inmediato de Kyoshi en el ciclo Avatar era mucho más fuerte en el agua, su elemento nativo. Tronó entre sus oídos.

—KYOSHI—DEBES—NO PUEDO—PUEDES—

Una mano se sumergió a través del cuerpo de Kuruk, disolviéndolo en el líquido circundante como jarabe fino. Agarró las solapas de Kyoshi y tiró hacia la superficie. El agua salada, que no la había molestado hasta ahora, se le clavó en los ojos con fuerza. Olvidando que todavía estaba bajo la superficie, jadeó por el aire y le salpicó la garganta por sus problemas. Si el hechizo de Kuruk podría haber impedido que se ahogara indefinidamente, se había roto ahora.

Jinpa pateó hacia la ondulante luz del sol, sujetándola con fuerza con una mano. Al principio Kyoshi trató de ayudarlo nadando hacia arriba. Le tomó un tiempo vergonzosamente lento debatirse así para recordar que era una Maestra Agua rodeada de agua. Una rápida elevación de sus brazos y una burbuja rodante la llevaron a ella y a Jinpa a la superficie.

Estallaron en el aire y vaciaron el contenido de sus pulmones. Kyoshi tosió y tosió hasta que pudo respirar una vez más. Yingyong flotaba en el agua cerca, gruñendo de preocupación.

—¿Estás bien? —Jinpa farfulló—. ¿Estás herida?

—Estoy bien —dijo Kyoshi. El dolor de cabeza se había disipado en su mayoría en el océano—. Perdí el equilibrio y me caí.

—*¿Sólo caíste?* —Jinpa estaba tan visiblemente molesto con ella como un Maestro Aire podría estar.

Estaba levantando la voz. Estaba *frunciendo el ceño* hacía ella.

—Era Kuruk—. Kyoshi apretó los lados de su cabeza para atenuar el latido persistente. Su Agua Control les ahorraba la necesidad de pisar—. Estaba tratando de decirme algo.

—¡¿Avatar Kuruk?! ¿Tú... te comunicaste con Avatar Kuruk? ¡Parecía que estabas teniendo un ataque!

—Por lo general, no es tan malo. No fue tan doloroso el último par de veces.

La mandíbula de Jinpa amenazaba con desprenderse y caer en el océano.

—¿Estos episodios han sucedido antes y no me lo has dicho? ¡Kyoshi, que un Avatar se comunique con su yo del pasado se supone que debe ser una experiencia santa, no una convulsión potencialmente mortal!

Kyoshi hizo una mueca. Ella lo sabía. Ella sabía exactamente lo carentes que eran sus conexiones espirituales. Se había enterado por ensayo y error.

El Avatar de la Tribu del Agua se había manifestado ante ella en su forma completa exactamente una vez en el Templo del Aire del Sur, donde tuvo el descaro de pedirle ayuda antes de disiparse con la mayor rapidez. La había dejado inmóvil, sin saber qué hacer con una visión tan inútil.

Pero la experiencia le recordó que tuvo acceso a un montón de consejos mundanos en forma de sus vidas pasadas. Una vasta riqueza de experiencia y sabiduría estaba a su alcance, si sólo pudiera dominar su propio espíritu.

Kyoshi había tratado de llegar a generaciones anteriores del ciclo meditando en los lugares sagrados del Templo Aire del Sur, santuarios del Reino Tierra dedicados a los grandes Avatares como Yangchen y Salai, manchas de belleza

LA SOMBRA DE Kyoshi

natural en lo alto de las montañas y junto a los ríos que fluían. No esperaba que fuera fácil. Había leído que los espiritistas habían tomado vidas para adquirir las habilidades de meditación, trance e iluminación. Kyoshi se había preparado completamente para ser recibida por el silencio del fracaso cuando trató de comunicarse con su yo del pasado.

Sin embargo, para lo que no estaba preparada era para obtener fragmentos irregulares de Kuruk.

Y *sólo* de Kuruk.

Cada... *vez*.

Los resultados de sus meditaciones siempre fueron los mismos. Ella buscaría interiormente, intentaría armonizar con su pasado, y se encontraría con la forma manchada del Avatar de Agua escupiendo tonterías confusas. Era tan confiable como una piedra al caer al fondo de un pozo. Intentó descifrar su misteriosa petición, pero cualquier conexión que compartieron no era lo suficientemente fuerte como para que ella lo averiguara.

Y las sesiones a menudo dolían de una manera convulsiva y que la hacía rechinar los dientes. Por eso nunca le había pedido a un sabio que hubiera estado en el Mundo de los Espíritus que la guiara en la meditación. Temía la misma reacción que la de Jinpa si alguien la veía fallar tan fuerte y dolorosamente. Un Avatar que luchaba para llegar a sus vidas pasadas era una cosa, pero un Avatar que era violentamente rechazado y maltratado por el proceso como un ladrón atrapado colándose en la casa equivocada era otra. Kyoshi no necesitaba dudar más de su legitimidad de lo que ya lo hacía.

Eventualmente dejó de tratar de comunicarse. Ella no había sido la mayor admiradora de Kuruk de todos modos, y si él era la única vida pasada entre mil generaciones dispuesto a hacer contacto con ella, entonces ella podría prescindir. Pero a veces su predecesor forzaba el problema y aparecía espontáneamente.

—No es gran cosa —le dijo a Jinpa—. De vez en cuando, tengo una visión de Kuruk, o escuchó su voz. Nunca puedo descifrar lo que está tratando de decirme.

Jinpa no podía creer que estuviera hablando de eso como un mal dolor de rodilla antes de que lloviera.

—Kyoshi —dijo, invocando la tranquilidad de sus antepasados para evitar derrumbarse y llorar por su ineptitud—. Si un Avatar del pasado tiene un mensaje para ti, por lo general es de suma importancia.

—¡Bien! —Gritó—. ¡En la primera oportunidad que tengamos, encontraremos un gran maestro iluminado y voy a aprender a hablar con Kuruk! ¿Podemos

volver a nuestra *otra* misión prioritaria? ¿O de alguna manera vas a arreglar todo lo que está mal conmigo a la vez?

La mirada de dolor y decepción en la cara del monje lo confirmó. Kyoshi pudo haber sido un mal Avatar, pero también era una mala maestra para su asistente, una que no sólo gritó, sino que lo insultó. Ni siquiera Jianzhu les puso su bastón en la cara. Ella habría pensado que su experiencia en el otro extremo de la relación la habría hecho mejor en esto.

Y Jinpa la había salvado de ahogarse. Si hubiera estado usando sus pesadas túnicas y brazaletes en lugar de un traje de viaje ligero, ella podría haberse hundido demasiado rápido para que él la alcanzara.

—Lo siento —dijo ella—. Jinpa, lo siento mucho. No tengo derecho a hablarte así—. Se habría llevado mejor con Yun. Los dos se habrían convertido en amigos rápidamente y jugarían Pai Sho desde el amanecer hasta el anochecer—. Yo… desearía que estuvieras sirviendo a un Avatar más digno.

Su disculpa no parecía ser exactamente lo que estaba buscando, pero el asintió con su suave sonrisa habitual. Jinpa trepó a la corona de Yingyong y comenzó a escurrir su túnica mojada. Kyoshi suspiró y hundió su cara por debajo de la superficie, con la esperanza de que la vergüenza despareciera.

Vio algo bajo el agua que endureció su espíritu de nuevo.

La mancha oscura que Jinpa había visto desde arriba era un atolón destrozado y hundido, una isla destrozada y marcada por lo que sólo podía ser Agua Control de la más alta potencia. La estructura del arrecife estaba dividida y deshuesada, trozos gigantes de tierra esparcidos como canicas, y las franjas de coral habían sido molidas por un Agua Control inimaginablemente intensa.

Kyoshi reconoció bien las marcas reveladoras de la destrucción. Esta era la isla de Yangchen. Era el mismo lugar donde Kuruk y sus compañeros habían ido para que pudiera practicar entrando en el Estado Avatar por primera vez. Tal vez no lo sabían. O tal vez habían elegido un lugar asociado con Yangchen para recibir ayuda espiritual del gran Avatar del Aire. Pero Kuruk, en su lapso de control, había destruido el atolón y lo había hundido bajo las olas.

Un lugar sagrado para Yangchen y los Nómadas del Aire se había ido debido a su descuido. Cuando se tiró de nuevo a la silla de montar, Kyoshi trató de modelarse a sí misma después de la calma de Jinpa. Algunas opiniones muy desagradables corrían por su cabeza, y ahora mismo, cuanto menos pensara en Kuruk, mejor.

LA REUNION

Era extraño pensar que acercarse a una cadena de volcanes activos los haría sentir mejor, pero aquí estaban, acercándose a la Nación del Fuego.

Jinpa evitó sabiamente las columnas de humo nocivo que emanaban de los picos activos, pero guio a Yingyong sobre las térmicas intermedias, montando golpes de aire caliente en un curso sinuoso y juguetón. Fue suficiente para hacer que Kyoshi se olvidara de sí misma y sonriera.

Los grupos de asentamientos se podían ver en las islas más pequeñas, generalmente por las costas, pero a veces más arriba en las montañas, donde los pastizales y las granjas de té cultivadas a la sombra salpicaban las laderas. Las masas de tierra formaron una cola cada vez más gruesa que los llevó al cuerpo de la Isla Capital, donde la tierra se duplicó sobre sí misma para formar el Puerto del Primer Señor.

Se inclinaron más abajo para ver la ciudad que se había formado alrededor del puerto más grande de la Nación del Fuego ya preparándose para la próxima celebración. Hileras de linternas de papel rojo entrecruzaban las calles, en algunos lugares lo suficientemente gruesos como para ocultar completamente los carros y aceras de abajo. El fuerte chasquido de los vendedores martillando sus puestos de madera llenó el aire. Kyoshi vio un callejón superado por una carroza de desfile a medio terminar. Un equipo de bailarines practicó sus movimientos al unísono en lo alto de la plataforma.

—Esto parece una fiesta seria —dijo Kyoshi. Ella secretamente deseaba poder estar allí, entre sus compañeros plebeyos para las celebraciones, en lugar de asistir a una función estatal. Sin duda habría menos presión sobre ella.

—Ya sabes cómo son los lugareños de la Nación del Fuego —dijo Jinpa mientras saludaba a un grupo de niños que miraban en un tejado encantados de ver a un bisonte volar por encima—. Abotonados hasta el momento en que se sueltan.

Dejaron Ciudad del Puerto detrás y continuaron volando por la pendiente de la caldera que dominaba la gran isla. Los árboles y las enredaderas se aferraban tenazmente a las superficies empinadas y rocosas, y la humedad se hacía más

pesada como una manta.

—¿Deberíamos parar aquí y anunciarnos? —Jinpa preguntó. Señalando a las torres de vigilancia de piedra y bunkers construidos en el borde del volcán muerto.

Kyoshi negó con la cabeza. La impaciencia estaba subiendo en su pecho, el agua de la marea amenazaba con desbordar sus diques.

—La carta decía que debíamos ir directamente al palacio.

Por supuesto, los guardias con armaduras puntiagudas los vieron pasar volando sin apenas una reacción en sus caras inmóviles. Yingyong corono el borde, y la capital de la Nación del Fuego se reveló como el estallido de un fuego artificial.

Ciudad Real de Caldera. El hogar del Señor del Fuego y las más altas filas de nobleza en el país. Donde Ba Sing Se equiparó el poder con la expansión, Ciudad Caldera concentró su estatus como el punto de una lanza. Las torres se elevaron en el aire, rozando los hombros con sus vecinos de tejas rojas. Le recordaron a Kyoshi a las plantas que compiten por la luz del sol, estirándose cada vez más para que no quedarse atrás y morir.

Varios lagos relucientes y resplandecientes yacían a en el cuenco de la caldera, uno mucho más grande que los demás. Ella había olvidado sus nombres oficiales, pero fuera de la Nación del Fuego a menudo se les conoce como la Reina y Sus Hijas, famosas por su belleza cristalina. Se dijo que ningún barco los molestaba por el miedo a la muerte, pero Kyoshi ahora sabía que era un rumor tonto. Las barcazas de los faroles ya remaban a través de las superficies del espejo para prepararse para el festival.

En el centro de la depresión estaba el palacio real, severo y árido. Estaba rodeado por un amplio anillo de piedra beige desnuda que obligaría a cualquiera que se acercara a pie a estar inquietantemente expuesto a las murallas y torres de vigilancia. Sólo dentro de las paredes interiores un jardín se atrevió a echar raíces, y era tan escaso como la barba de un joven. Kyoshi sabía que era probablemente una medida de seguridad para evitar que ladrones y asesinos se movieran de árbol en árbol sin ser detectados.

Con las preocupaciones defensivas atendidas, el complejo del palacio en sí se centró en la grandeza sobre cualquier otra prioridad. Una aguja central apuntaba al cielo, flanqueada por dos pagodas doradas con un exceso de aleros hacia arriba, haciendo que pareciera como si los techos estuvieran adornados con garras de animales. Parecía más un gran santuario que una residencia. Los ángulos

pronunciados de la estructura habrían hecho difícil colarse desde arriba.

Kyoshi se abofeteó mentalmente una vez que se dio cuenta de que estaba revisando la casa del Señor del Fuego. Los viejos hábitos de la Compañía de Opera Voladora brotaban de su cabeza como semillas latentes después de una lluvia fresca.

—¿Sabes dónde se supone que debemos aterrizar? —Jinpa preguntó, interrumpiendo su ensueño—. Me siento un poco inseguro de volar sobre la pared. Supongo que a las familias que poseen ballestas montadas tienden a no gustarles ese tipo de cosas.

—La puerta principal, pero no demasiado cerca—. Como un antiguo sirviente Kyoshi sabía que a las clases superiores les gustaba que sus visitantes entraran en sus residencias de la manera correcta, que se sintieran asombrados y acobardados por una exhibición bien diseñada de cultura y poder. Y la familia gobernante de la Nación del Fuego era la clase más alta que conocía.

Yingyong se estableció en la avenida que dividía en dos el anillo de piedra. Desmontaron para caminar el resto del camino a la puerta. En el suelo, el bisonte tenía un paso rebotante de su pata delantera que dificultaba que los jinetes se quedaran en la silla de montar. El equipaje se le caería de los hombros si no estuviera bien atado.

Llegaron a la puerta de hierro inflexible y fuertemente enrejada. No había listones, mirillas u otros medios para mostrarse. Kyoshi se preguntó si se suponía que tenía que tocar antes de que un ruido de metal rompiera el silencio incómodo. En algún lugar dentro, los engranajes de maquinaria pesada mordieron entre sí, gimiendo por la fricción. La puerta se movió, no hacia afuera ni hacia adentro, sino hacia arriba.

Una chica estaba del otro lado, revelada por pulgadas, como si fuera demasiada persona, demasiada fuerza para que un mortal manejara todo a la vez. A veces Kyoshi creía eso. En su mente, el gran paisaje de la ciudad de Caldera y el palacio real no era nada comparado con el esplendor que se estaba revelando en este momento.

La puerta terminó su agonizante viaje con un pesado golpe metálico. El arco interior estaba iluminado con antorchas, ninguna de las cuales brillaba tanto como el par de ojos de bronce que parpadeaban sobre Kyoshi de pies a cabeza. Aparte de usar la armadura de un oficial de mayor rango que tenía menos púas y solapas colgantes y más adornos de oro, Rangi se veía igual. Su pelo negro como la tinta había crecido de nuevo a su longitud habitual. Su postura era tan rígida e

inflexible como Kyoshi recordaba.

Y todavía se envolvió en el mismo aire de superioridad incuestionable. Estar en presencia de Rangi era no cumplir con sus estándares. Unos pocos segundos de silencio fueron suficientes para hacer temblar a Kyoshi.

Sus peores temores se abrieron paso a la vanguardia. Había pasado suficiente tiempo para que Rangi se hubiera transformado en la *antigua* de Kyoshi. Exprofesora, exguardaespaldas, ex… todo.

La quietud del momento se rompió por un extraño ruido que Kyoshi había oído sólo una vez antes. Rangi riendo y atragantándose al mismo tiempo.

La Maestra Fuego se desplomó, apoyando su mano contra la pared más cercana, y jadeó en busca de aire como si lo hubiera estado sosteniendo desde que la puerta se abrió.

—Tuve que correr hasta aquí… todo el camino a través de los jardines… para que pudiera parecer impresionante al saludarte —silbó—. Tengo que estar fuera de forma.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Las bandas se rompieron alrededor del corazón de Kyoshi, dándole espacio para latir una vez más.

—¿Es así como lo has estado haciendo? —. Todo el tiempo que se conocían, Rangi a menudo la estaba esperando, ridículamente temprano, o aparecía de repente y dramáticamente de la nada en el último minuto. Sabiendo que simplemente había estado corriendo a toda velocidad de un lugar a otro, le dolía un poco la logística.

Rangi sonrió y asintió mientras recuperaba el aliento.

—Al menos no tengo que preocuparme de que otros lugareños me vean ahora mismo. El único punto ciego en las defensas está justo aquí, justo debajo de la propia puerta. Lo que significa que puedo hacer esto.

Ella se acercó y tiró a Kyoshi dentro de la pared, justo en un beso abrasador.

DIPLOMACIA CULTURAL

Kyoshi olvidó lo que se suponía que estaba haciendo. Donde estaba. Por dónde subió. Los recuerdos se desvanecieron ante el calor de los labios de Rangi. Las dos se fusionaron entre sí, aleadas.

Y luego, en una muestra suprema de crueldad en lo que a Kyoshi se refiere, Rangi lo rompió y dio un paso atrás.

—Bienvenida a la Nación del Fuego, Avatar —dijo, profesional una vez más. Alisó un mechón de pelo que se había caído de su lugar, pero de lo contrario actuó como si no le hubiera robado a Kyoshi su ingenio usando nada más que su boca.

El Avatar todavía se tambaleaba, demasiado aturdida para responder.

—Señorita Rangi —dijo Jinpa, rodeándola hábilmente para saludar a su anfitrión. Se inclinó, las palmas presionadas juntas al estilo de Nómada Aire—. Es bueno conocerte finalmente en persona.

Kyoshi se enrojeció a pesar de sí misma. Jinpa sabía quién era Rangi, pero no necesariamente quería que su asistente fuera testigo de sus momentos privados. *Primer día de la primera visita de Kyoshi a la Nación del Fuego*, ella podría imaginarlo documentando para la posteridad. *El Avatar besa inapropiadamente al amor de su vida mientras está en el umbral del lugar más fortificado del mundo*.

—Hermano Jinpa —dijo Rangi con una amabilidad que rara vez mostraba a alguien—. Me siento honrada por su presencia. Pueden dejar a su bisonte junto a la puerta mientras ustedes dos me siguen. Nuestros maestros de establos están capacitados en el cuidado de monturas de todas las naciones—. Ella se inclinó y le dio un guiño—. Les hice saber que los haría sufrir inmensamente si manejaban mal a su compañero.

Jinpa se rio hasta que una mirada de Kyoshi le dijo que Rangi no estaba bromeando. Su risa murió en su garganta. Volvió y aflojó las riendas de Yingyong.

—*Se un buen chico y quédate aquí* —le oyó Kyoshi susurrar al oído del bisonte, a lo que el animal soltó un gemido quejumbroso—. *Sí, sé que ella es*

aterradora. Estaré bien.

Una vez que Yingyong se instaló, Kyoshi, Rangi y Jinpa caminaron por el túnel. Había sido diseñado para matar gente. Pequeños agujeros pinchados a través de las placas de hierro recubrieron el pasadizo, aberturas diseñadas para dejar pasar flechas o disparos. El suelo era sólido pero hueco, lo que implicaba una caída repentina si los defensores tiraban de una palanca.

Una sola tos resonó a través de la sala antes de ser tragada por la fuerza. No había venido de ellos. Si cada hoyo de disparo tenía un soldado detrás, entonces toda una tropa los estaba viendo pasar.

Kyoshi miró nerviosamente alrededor de la garganta de hierro hasta que emergieron al otro lado de la pared en una plaza pavimentada que corría a través del jardín. La naturaleza cruda de la vegetación la despojó de cualquier efecto calmante. Un solo ministro los esperaba, vistiendo las sedas rojas y negras de una autoridad civil y la expresión infeliz de una persona quisquillosa.

LA SOMBRA DE KYOSHI

—Avatar Kyoshi —dijo. Su profunda reverencia hizo que su largo bigote gris cayera de su rostro—. Soy el Canciller Dairin, Historiador del Palacio Principal. En nombre del Señor del Fuego Zoryu, extiendo los saludos de nuestro país.

—El honor es mío, Canciller —dijo Kyoshi—. ¿Dónde está el Señor del Fuego? Su mensaje indicaba que tenemos asuntos importantes que discutir.

La cara de Dairin se puso más pálida.

—Esta… indispuesto en este momento. Verá al Señor del Fuego Zoryu esta noche.

Este fue un saludo más brusco de lo que Kyoshi esperaba. Aunque para ser justa, no tenía por qué criticar a nadie por su falta de diplomacia.

Rangi intervino para aliviar la incomodidad.

—Creo que el primer punto en la agenda es el tour por el palacio, Canciller —dijo—. Kyoshi me ha estado contando sin cesar cómo ha estado deseando aprender más de uno de los eruditos Avatar más importantes del mundo.

La adulación era como meter caramelos en la boca de un niño enojado. Dairin no podía mostrar lo contento que estaba por miedo a parecer tonto.

—Por supuesto —dijo, frunciendo el ceño más duro con todas sus fuerzas—. Les aseguro que es *muy* largo y completo. Por aquí, por favor.

Kyoshi y los demás recorrieron solemnemente los pasillos del poder como lo habían hecho sus predecesores desde la unificación de las Islas del Fuego. Los grandes salones del palacio estaban vacíos de una manera que sólo podía ser lograda por el personal del hogar observándolos, moviéndose fuera de su camino, guardias y sirvientes arrastrándose detrás de las esquinas para no ofender la vista del Avatar con su presencia. Kyoshi conocía muy bien *este* truco. Dio la ilusión de calma y soledad cuando el mantenimiento de una gran mansión requería el caos y el número de un ejército.

Mientras caminaban, fingiendo que estaban solos, Dairin señaló obras de poesía del Avatar del Fuego y política sobre pergaminos conservados en cajas de cristal transparente. Kyoshi asintió apropiadamente a las joyas y horquillas doradas usadas en sus vidas pasadas, metidas en nichos para su exhibición.

Sin juguetes, ella notó. Pero había un montón de *jians*, *daos* y dagas grabadas. Las reliquias de cada nación tenían sus propias personalidades, y el Fuego y el Aire no podían ser más diferentes.

Jinpa hizo preguntas a Dairin y rogó por las explicaciones de sus respuestas como un estudiante ansioso, los dos superando ligeramente a Kyoshi y Rangi. El guiño furtivo que le dio a Kyoshi sobre su hombro le hizo saber que estaba creando a propósito una oportunidad para que los rezagados hablaran entre sí.

Kyoshi realmente necesitaba darle un aumento. Ella no le pagó nada, el monje la sirvió fuera de algún deber autoimpuesto para el Avatar, pero, sin embargo, él merecía un aumento.

—¿Cómo está tu madre? —Kyoshi le susurró a Rangi. La última vez que vio a Hei-Ran, la mujer apenas se aferraba a la vida.

—Bueno, lo suficientemente bien como para que quiera hablar contigo esta noche, en tu recepción —dijo Rangi.

Como si esta visita no fuera lo suficientemente estresante. Aun así, Hei-Ran estando saludable era una bendición. Eso explicaba la facilidad de Rangi, su habilidad para retomar las cosas justo donde las dejaron.

—¿Quién es esta persona Dairin entonces? — Preguntó Kyoshi—. Pensé que había un ministro especial de la Nación del Fuego a cargo de manejar las relaciones con Avatar.

—Se supone que debe haber. Tampoco sé por qué Dairin fue el único funcionario enviado a saludarte. Tal vez el Señor del Fuego Zoryu tenga algunos problemas con su personal, pero no me atrevo a preguntar. Tengo algunos privilegios por mi conexión contigo, pero en realidad, sólo soy un primer teniente

LA SOMBRA DE Kyoshi

aquí en el palacio.

Kyoshi casi se ríe. "Sólo" un teniente, un rango por el que muchos adultos en la Nación del Fuego se esforzaron y no alcanzaron. La naturaleza casualmente sobresaliente de Rangi fue una de las muchas pequeñas cosas que Kyoshi extrañaba de ella.

—Háblame de tu asistente—. Rangi inclinó la cabeza en la espalda de Jinpa. ¿Qué había que decir?

—Es parte de una especie de club secreto de Pai Sho y a veces actúa todo lo contrario de un Nómada Aire. No lo he descubierto. Pero ha sido un buen…

—Y aquí estamos en la Galería Real de Retratos, dijo Dairin en voz alta —deteniéndose en seco.

Kyoshi casi choca con él y Jinpa. Rangi la estabilizo agarrando la parte posterior de su túnica. Podía imaginar la noticia del desastre que se extendía sobre la Nación del Fuego, el Avatar rodando sobre todo su séquito. El canciller no se había dado cuenta de lo cerca que había estado de ser pisoteado. Miró hacia arriba a las paredes con un orgullo que brotaba de su expresión.

—Podría pasar días aquí y nunca cansarme de ello —dijo.

Su reverencia era bien merecida. La sala de retratos era una de las obras de la artesanía más impresionantes que Kyoshi había visto. Pinturas de los Señores del Fuego adornaron un lado, llegando desde el suelo hasta el techo, triplicando el tamaño de sus sujetos de la vida real. Camuflados de rojo y negro con halos de oro detrás de ellos, los gobernantes de la Nación del Fuego miraron a su audiencia como una raza de gigantes.

Incluso un visitante primerizo como Kyoshi podía decir que se trataba de obras de arte que tardaban años, carreras en terminar. El retrato del difunto Señor del Fuego Chaeryu, la entrada más reciente en la galería no estaba completo. Plantillas donde las incrustaciones de oro y los tonos naranjas que aún no se habían llenado estaban repartidas por el fondo cerca de sus pies.

Rangi la llevó a mirar al otro lado de la galería. Frente a los Señores del Fuego estaban los Avatares de Fuego, pintados en tamaño y grandeza a juego, igualmente impresionantes en gloria artística. Estos retratos estaban más separados. A juzgar por la forma en que había aproximadamente un Avatar por cuatro Señores del Fuego, y cómo los huecos no eran perfectamente uniformes, Kyoshi adivinó que las semejanzas de sus predecesores formaban una línea de tiempo que se extendía por el pasillo.

La fiesta de observación se detuvo en Avatar Szeto, representado en su

característico sombrero de ministro alto. Donde la mayoría de las otras figuras sostenían una bola de fuego en una mano, Avatares y Señores del Fuego por igual, Szeto tenía un ábaco, representado con tanto detalle amoroso como cualquiera de las llamas o armas ilustradas empuñadas por sus compatriotas. Cada cuenta del instrumento de conteo estaba engastada con perla real, y fueron atornilladas a un cálculo que terminó en un número auspicioso.

En su otra mano empuñaba un sello gigantesco para licencia artística. Era poco probable que el objeto real hubiera sido tan grande o tallado en cinabrio sólido como se mostraba en la pintura. Szeto habría borrado lo que estaba escrito en el papel que estaba tratando de aprobar.

—Aquí tenemos el homónimo de nuestro festival —dijo Dairin—. La Nación del Fuego tiene una gran deuda con este hombre.

—¿Puede decirme más sobre Avatar Szeto? —preguntó Kyoshi—. Me temo que no sé tanto acerca de él como debería.

El canciller despejó la garganta para una larga conferencia.

—Durante los años de infancia de Szeto, la Nación del Fuego se tambaleó al borde del colapso, golpeada por la peste y los desastres naturales —dijo—. La ira de los espíritus era terrible, y el Señor del Fuego Yosor estaba en poca posición para detener la fractura del país a lo largo de las viejas fallas de los clanes.

—¿Los clanes? —Kyoshi preguntó.

Dairin suspiró, dándose cuenta de que tendría que cubrir algo de historia correctiva también.

—Cada casa noble de la Nación del Fuego desciende de uno de los antiguos señores de la guerra del período anterior a la unión del país. Es por eso por lo que los clanes nobles conservan ciertos derechos como la gobernanza de sus islas de origen y la retención de tropas domésticas. Durante el reinado del Señor del Fuego Yosor, los clanes pusieron a sus guerreros uno contra el otro, devastando el campo en inútiles intentos de obtener poder y recursos. Muchos historiadores, incluido yo, opinan que sin la intervención de Szeto, las Islas del Fuego se habrían separado, volviendo a los días oscuros de Toz el Cruel y los otros señores de la guerra de reunificación que causaron tanto sufrimiento a nuestro pueblo.

Kyoshi se sorprendió de lo mucho que esta historia sonaba como el levantamiento de los Cuellos Amarillos. Por lo que siempre oyó como plebeya, la Nación del Fuego era un modelo de armonía y eficacia, el contrapunto a las disputas políticas del Reino Tierra. La era de Szeto no estaba tan lejos en la distancia de la historia.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Ella no tuvo que fingir su interés o confiar en Jinpa para esta parte de la gira.

—¿Qué hizo para arreglar la situación? —ella preguntó.

—Solicitó un trabajo —dijo Dairin—. Aunque como Avatar sus necesidades materiales habrían sido satisfechas y sus decretos atendidos, Szeto tomó un puesto de gobierno como ministro de la corte real, técnicamente sujeto a las mismas reglas y regulaciones que cualquier otro funcionario. Se presentó a trabajar en el Capitolio y se sentó en un escritorio. Además, insistió en que su carrera avanzara al ritmo de sus logros en lugar de saltar a sus sabios sólo porque él era el Avatar.

—¿Y eso ayudó? —Kyoshi preguntó incrédula.

—Resultó ser una estrategia brillante —dijo Rangi—. En lugar de perseguir emergencias por toda la nación, concentró sus esfuerzos en un lugar central y extendió su influencia desde allí. Szeto era un burócrata, contador y diplomático extremadamente capaz. Y como trabajaba para la familia real, no había división en la autoridad legal y espiritual en el país. Sus victorias fueron las victorias del Señor del Fuego.

Dairin asintió, satisfecho de que los jóvenes de hoy estaban siendo educados adecuadamente sobre el pasado de su nación.

—Una vez que fue ascendido a Gran Consejero, Avatar Szeto fue capaz de poner fin a las hostilidades abiertas entre casas nobles rivales. Siguió una paz duradera, en la que continuó sirviendo a su país con dignidad y excelencia.

—Puso fin a la devaluación de las monedas —dijo Rangi—. Rescató a la economía del borde del desastre.

—Uno de los pergaminos que pasamos en el camino aquí decía que estableció los primeros programas oficiales para dar alivio al campesinado en tiempos de hambruna —dijo Jinpa.

—Y lo más importante, llevaba registros adecuados de todo —dijo Dairin. Se limpió la esquina de su ojo por costumbre, como si hubiera sido conmovido hasta las lágrimas en el pasado cuando pensaba en Szeto y se estaba asegurando en este momento—. En verdad, Avatar Szeto fue un ideal para que nosotros los funcionarios estuviéramos a la altura, y un ejemplo brillante de los valores de la Nación del Fuego en general. Eficiencia, precisión, lealtad.

Kyoshi miró con nueva admiración al hombre de cara larga y adormecido cuyo festival estaban aquí para celebrar. Le gustaba este tipo Szeto. O esta versión de sí mismo, por así decirlo. Una fuerte ética de trabajo y un ojo para la organización eran rasgos que ella respetaba. Tal vez debería haber intentado comunicarse con

él en lugar de centrarse en Yangchen tan a menudo.

Dairin amablemente permitió que su grupo se desviara hacia las piezas de arte que les interesaban. Kyoshi se acercó al retrato del Señor del Fuego Chaeryu de nuevo. Saber más sobre él podría ayudarla a congraciarse con su hijo, el actual Señor del Fuego Zoryu.

Kyoshi trató de interpretar algunas de las imágenes. El tema de Chaeryu parecía ser vegetación. Podía ver tallos de arroz asados, una recompensa de la cosecha. Había un contorno a lápiz aún por pintar, un arreglo floral detallado con dos flores brotando del mismo jarrón. En el recipiente, una gran camelia de piedra eclipsó en gran medida una peonía alada más pequeña.

Eso era extraño. Kyoshi conocía los conceptos básicos de los arreglos florales en el estilo de la Nación del Fuego, y ese tipo de espacio desequilibrado normalmente estaba mal visto. En la vida real, la planta más grande habría bloqueado la luz del sol de la menor y habría provocado que se marchitara.

—Canciller —dijo—. Tengo una pregunta sobre estas flores.

Dairin se tensó anormalmente ante la palabra *flores*. Se apresuró a su lado con una sensación de pavor, sin esperar a que ella le preguntara nada, y miró frenéticamente las plantillas como si esperaba algún tipo de revelación desagradable.

Le tomó un poco más de tiempo que Kyoshi ver los contornos, pero cuando lo hizo, su reacción fue inconfundible. El canciller se puso pálido y tembloroso, y gotas de sudor se acumularon en su nariz.

—*No hables de esto a nadie más que al Señor del Fuego* —murmuró Dairin bajo su aliento.

—Espere, ¿Qué? —Kyoshi lo había oído claramente, pero ella no entendía la convicción de vida o muerte en su voz.

El canciller aplaudió, el ruido agudo sorprendió a Rangi y Jinpa, que todavía estaban mirando otras pinturas.

—¡El tour ha terminado! —declaró. Sus ojos se dirigieron a la entrada de la galería, temerosos del espacio vacío—. Avatar, mis disculpas por parlotear cuando debe de estar cansada por su viaje. Le mostrare su alojamiento. Inmediatamente.

Los pisos y las paredes de los aposentos del Avatar en el Palacio de Fuego estaban tan cargados de antigüedades y obras de arte que podría haber pasado por un pequeño museo en sí mismo. Para el resto de su estancia Kyoshi podría esperar disfrutar de paisajes pintados en cinabrio, esculturas bermellón de aves acicaladas, tapices tejidos con hilos de carmín. El abrumador enrojecimiento del espacio hacía difícil distinguir las distancias en su interior. La habitación donde iba a dormir podría haber sido tan grande como el nivel inferior de Loongkau.

—Siento que estoy mirando directamente al sol —dijo Jinpa. Apretó las palmas contra los ojos y parpadeó.

—Me tomó un tiempo acostumbrarme a tanto rojo de nuevo —dijo Rangi. Se sentó en la esquina de lo que Kyoshi había pensado que era una gran plataforma elevada y rebotó suavemente, lo que significaba que el cuadrado acolchado escarlata era lo suficientemente ancho como para sostener un *Lei Tai* en la parte superior de la misma cama—. Agna Qel'a es lo mismo, sólo con hielo. Necesitas gafas especiales para moverte por las partes más brillantes o de lo contrario te quedarías ciego.

La mención del norte hizo que las entrañas de Kyoshi se apretaran. Era un recordatorio de hasta dónde Rangi había viajado para buscar tratamiento de los curanderos de la Tribu de Agua para el envenenamiento de su madre, y una advertencia de cómo las demandas sobre el Avatar podrían robar el tiempo en un abrir y cerrar de ojos. Kyoshi aún no había estado en el Polo Norte. Tuvo suerte de que Rangi no estuviera enojada con ella por no visitarla.

Pensó en mencionar las acciones crípticas de Dairin en la galería, pero no lo hizo, menos por preocupación por sus deseos y más porque ella y Rangi tenían cosas más importantes de las que hablar.

Kyoshi se volvió hacia Jinpa.

—¿Nos puedes dar un poco de tiempo a solas? — Preguntó, señalando la puerta.

—No tan rápido —dijo Rangi—. Informe por favor, hermano Jinpa.

El monje dio un paso adelante como un recluta del primer día y se dirigió a ella directamente, evitando por completo Kyoshi.

—Ella no ha estado comiendo correctamente a pesar de mis repetidas amonestaciones.

—Hmm—. Rangi apretó los labios juntos en desaprobación—. Ella puede ser así de terca.

—¡Oigan! —Kyoshi dijo—. ¡No hablen de mí como si no estuviera aquí!

LA SOMBRA DE KYOSHI

Jinpa continuó contando varias ofensas en su pulgar y sus dedos, doblándolos uno por uno.

—Apenas duerme. La encontraré desmayada hasta altas horas de la noche, encima de un libro, un mapa o un manual. No se da suficiente tiempo para recuperarse de sus heridas. ¡Y ella insiste en reaccionar a los informes aleatorios de violencia en todo el Reino Tierra en persona! ¿Sabes lo difícil que es administrar su horario cuando hace eso?

De todos sus temores por esta visita, Kyoshi no había estado preparada para este escenario, su asistente y su guardaespaldas se aliaron contra ella.

—¡¿Han estado escribiéndose el uno al otro a mis espaldas?!

—Sólo una vez —dijo Rangi—. Le envié una carta a Jinpa al mismo tiempo que envié tu invitación. Era la única manera de obtener una actualización veraz sobre si te has estado cuidando. Aparentemente, no lo has hecho.

—No lo ha hecho —confirmó Jinpa—. Todo lo contrario, de hecho. Si no supiera nada mejor, diría que está buscando intencionalmente las situaciones más peligrosas y arrojándose a ellas sin tener en cuenta su propia seguridad.

—¡Eso no es cierto!

—¿Oh, entonces supongo que te caíste con el cuello primero en un objeto afilado por accidente? —Rangi dijo. Un profundo ceño fruncido cruzó sus rasgos—. No creas que no he notado tus nuevas cicatrices. Es como si estuvieras arruinando mis partes favoritas a propósito.

Jinpa se limpió los ojos, la liberación lo emocionó.

—Ella es *tan* dificil —dijo en su puño, sollozando un poco.

Rangi se levantó de la cama y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Lo sé. Sé que lo es. Ella es la peor. Has hecho un trabajo heroico cuidando de ella, y estoy aquí para ayudarte ahora.

—*¡Yo* soy el *Avatar!* —Kyoshi dijo en un último recurso desesperado para protegerse de un nuevo juicio—. ¡No soy una niña indefensa!

La forma en que golpeó con el pie socavo su mensaje. Rangi y Jinpa se miraron el uno al otro. *¿Estamos seguros de eso? No, no lo estamos*.

A Kyoshi le dolía la cabeza. Había pasado largos meses construyendo fortificaciones a su alrededor, estableciendo una reputación e imagen de sí misma en el Reino Tierra como alguien con quien no se podía jugar. Rangi había tardado menos de una hora en la Nación del Fuego derribar esos muros e invitar a Jinpa a entrar.

La sonrisa creciente de Jinpa le dijo que esto era venganza, gloriosa venganza

LA SOMBRA DE kyoshi

envejecida como buen vino hasta el momento perfecto. Esta fue una venganza por todas las veces que ella le había ordenado dejar la conversación sobre sus lesiones o ignoró sus recordatorios para guardar los libros y descansar un poco. Finalmente descubrió lo que sentía por el joven que había estado allí en silencio en el fondo, proporcionando su cuidado con gracia y compasión.

Era un sucio soplón.

—¡No puedes hablar de mí así! —Kyoshi enfureció, señalando con el dedo a Jinpa. En el código *daofei*, los soplones eran castigados por rayos *y* cuchillos—. ¡Yo soy tu jefa!

—Eso puede ser, pero *ella es* claramente la que está a cargo—. Inclinó su cabeza calva hacia Rangi, positivamente alegre con el nuevo método de gestión de Avatar que le había sido dotado—. Si chillar es lo que se necesita para mantenerte saludable, entonces abofetéame con una pluma y llámame pollo de cerdo.

LA SOMBRA DE KYOSHI

—Vete —espetó Kyoshi.

Jinpa compartió otra sonrisa con Rangi mientras retrocedía por la puerta. *Mírala, tratando de ser dura. Qué adorable*.

Y luego, de repente, por primera vez en mucho tiempo, Kyoshi y Rangi estaban asolas.

Era como recibir un deseo de un espíritu antes de que estuviera lista. Kyoshi sintió la necesidad de elegir sus palabras cuidadosamente o de lo contrario su bendición desaparecería.

Rangi la ayudó con la selección.

—¿Cómo están las cosas en la mansión? —preguntó en voz baja.

Vivía allí junto a Kyoshi. Yokoya también había sido su hogar, hasta esa noche que huyeron juntas en la tormenta.

—Menos ocupada.

La mansión ya no era el lugar vibrante y bullicioso que era durante los días de sirviente de Kyoshi. Gran parte del personal había renunciado inmediatamente después de que los investigadores del Rey Tierra cerraran el caso de envenenamiento. Como la nueva dueña de la propiedad, Kyoshi no los reemplazó, no quería administrar una casa grande de todos modos, lo que dejó la

mayoría de los pasillos vacíos y los jardines desatendidos. Los aldeanos evitaron la mansión ahuecada y la llamaron un lugar de mala suerte.

—Tía Mui sigue ahí, haciendo lo que puede. No sé por qué no se ha ido todavía.

—Tú *eres* el por qué—. Rangi parecía afligida y frustrada, como si una vieja herida que debería haber sanado hace mucho tiempo hubiera sido pinchada demasiado duro—. Ella está tratando de apoyarte, Kyoshi.

Iba a decir más sobre el asunto, pero decidió dejarlo para otro día. Su siguiente tema necesitaba cada centímetro de espacio posible despejado a su alrededor antes de que pudieran acercarse. Durante un tiempo, los dos miraron el mismo parche de hilos rojos entretejidos en la alfombra.

Una vez más, Rangi saltó primero.

—¿Yun?

Una de las promesas que Kyoshi le había hecho a Rangi antes de abordar el barco con destino a los gélidos confines del norte fue que encontraría a su amigo, sin importar lo que hiciera falta. La declaración se había deslizado entre lágrimas y abrazos con tanta fuerza que los hombros de Kyoshi dolieron durante días. Los testigos eran los estibadores y marineros que se movían alrededor en el muelle, quejándose de su indiferencia hacia cualquier cosa menos entre ellos.

Pero en la extensión del Reino Tierra la fuerza de su voto se había disipado. Rápidamente se había enterado de que, sin algún tipo de ventaja, *era* funcionalmente imposible encontrar a una sola persona en las profundidades del continente más grande, incluso una tan famosa como Yun lo había sido. Ella no tenía un shirshu para rastrear su aroma, ni trigramas espirituales que leer para su ubicación. Preguntar a los plebeyos en las aldeas que visitó en el curso de sus deberes de Avatar si habían visto a un Maestro Tierra en particular era un ejercicio risible. *¿Mano gris? Claro, mi primo tiene un problema de piel como ese.*

Mirando hacia atrás ahora, sus grandes ambiciones se habían reducido a patéticas campañas de escritura de cartas a sabios que no tenían intención de ayudar. ¿Y por qué lo harían? Lu Beifong no era el único que prefería creer que estaba muerto.

—Pensé que si podía averiguar cómo sobrevivió, podría darme una pista —dijo Kyoshi—. Pero cada historia que encontré de personas secuestradas por espíritus era un cuento popular, y ninguno de ellos vive. No tengo una explicación de cómo volvió. *O por qué cambió.*

Se frotó los ojos. El aguijón de revivir sus fracasos le dificultaba ver bien.

—La información más cercana que pude encontrar fue un relato de un espíritu que poseía al hijo de un gobernador provincial durante la dinastía Hao. Dijo que un pájaro dragón voló a través de su cuerpo, alteró su apariencia física y le dio habilidades inusuales.

—¿Esa es la respuesta? —Rangi preguntó—. Tal vez las personas tocadas por los espíritus puedan pasar a través de los límites entre el Mundo Espiritual y el reino humano más fácil que los demás.

—Es difícil de decir. El texto no mencionaba el cruce entre mundos. Sólo que al niño le brotaron plumas y un pico cuando el pájaro dragón voló hacia él. Yun no se veía diferente por fuera cuando lo vi en Qinchao. Pero no es el mismo que antes. Sólo lo sé.

Kyoshi tenía ganas de gritar en sus aposentos rojos. Esto era lo mejor que había hecho por su amigo. Una vieja historia y una suposición descabellada. No podía fingir delante de Rangi. Todo el peso de sus esfuerzos inútiles y desperdiciados aplastados sobre sus hombros.

—Kyoshi… ¿Alguna vez has considerado que él se ha ido?

Ella analizó la pregunta de Rangi, confundida.

—¿De dónde?

—De nosotras—. Rangi tragó, las palabras la lastimaban mientras las decía—. Basado en lo que me has dicho, no creo que quiera ser encontrado.

Levanto una mano para cortar la protesta de Kyoshi.

—Piensa en ello. Hay muchas maneras en las que podría haber estado en contacto con el Avatar. Conoce a los sabios del Reino Tierra. Podría haber dejado un mensaje con ellos. El hecho de que tu *no hayas* oído de él todavía es revelador.

Kyoshi podía creer que los nobles del Reino Tierra querían meter sus cabezas en la arena cuando se trataba de Yun. ¿Pero Rangi? ¿Cómo podía?

—Estás hablando de olvidarlo —dijo Kyoshi, su respiración ya se estaba acortando en su pecho—. Borrarlo, como Lu Beifong y el resto de los sabios quieren hacer—. *Como quería hacer Jianzhu*.

—No, Kyoshi, no es así. Estoy hablando de dejar que nuestro amigo vuelva a nosotros cuando quiera, no cuando lo exijamos. Quiero que la gente que me importa tenga un momento de paz, en lugar de una obsesión por el otro.

—Dijiste que estaba sano cuando lo viste —dijo Rangi—. No creo que debamos preocuparnos por su supervivencia. Alguien tan talentoso como Yun

puede florecer en cualquier parte del Reino Tierra. Apostaría mi honor a que aparecerá cuando esté listo, y cuando lo haga, lo reprenderemos por todo lo que ha pasado.

—Y después —declaró con la fuerza de un nuevo juramento— tú, él y yo volveremos a Yokoya y tomaremos la cena más grande que la tía Mui haya cocinado. *Ese* debería ser nuestro plan.

Kyoshi forzó una sonrisa. Jianzhu. La casa de té en Qinchao. Cómo Yun había escapado de las garras de ese espíritu infernal para emerger una vez más a la luz del día. Podría haber sido posible desentrañar el nudo, siempre y cuando todavía estuvieran tratando con su viejo amigo.

Los tres juntos, como antes de que su Avatariedad cortara una esquina del triángulo. Quería que volvieran los viejos tiempos, más que cualquier otra cosa en el mundo. Pero en el fondo, tenía miedo de una verdad que el mundo seguía presionando sobre ella. Kyoshi rara vez conseguía lo que quería, si es que alguna vez lo consiguió.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Rangi vio que no iba a pasar. Se decidió por un rumbo diferente, acercó con un toque de balanceo en sus caderas.

—Ya sabes, la fiesta no será hasta dentro de unas horas—. Su voz se calentó y respiró. Ella extendió la mano y corrió su pulgar y dedo índice ligeramente sobre la solapa de la túnica de Kyoshi—. Tengo una idea de cómo sacar tu mente de tus problemas hasta entonces.

Una sonrisa tonta se extendió por la cara de Kyoshi. Se inclinó para que Rangi pudiera rozar los labios contra su oreja.

—*Entrenamiento de postura* —susurró Rangi. Su agarre en la ropa de Kyoshi de repente se convirtió en un garfio. En un movimiento rápido abrió los pies de Kyoshi y doblo con fuerza sus rodillas en una bisagra profunda.

—¡¿Sabes lo fácil que fue para mí hacerte perder el equilibrio en la puerta!? —Rangi gritó—. ¡No has estado practicando! ¡Pensé que podía confiar en que no te ablandarías en mi ausencia, pero me equivoqué!

Kyoshi tartamudeó con consternación.

—Pero… Pensé que estábamos…

—¡Lo que hacemos sin guía define quiénes somos! —Rangi parecía decidida a eliminar esos meses de ejercicios perdidos de la piel de Kyoshi, de una manera u otra—. ¡Veinte minutos sin descanso, o te devuelvo al punto de partida de tu entrenamiento! ¡Harás sentadillas calientes con lavados de academia de diez años! ¿Quieres eso? ¿No?

Cuando en ardor comenzó a extenderse a través de sus piernas y la parte inferior de la espalda, Kyoshi se dio cuenta de su error al venir aquí. Reunirse con Rangi significaba tener que lidiar con la persona más cruel y dura que conocía: el *sifu* de fuego del Avatar.

—¡Baja! —Rangi gritó.

LA SOMBRA DE
KYOSHI

LA ACTUACION

Kyoshi salió de sus aposentos sintiéndose más preparada para las pruebas que se avecinaban. Ella se había vuelto más hábil para empuñar las muchas capas de su atuendo y podía tirar de ellas sin ayuda ahora. Al entrar en el dormitorio, ella se ciñó su fajín como si se abrochara un escudo.

Rangi la esperó en una silla mullida, como si fuera un trono.

—Has hecho alteraciones —dijo, mirando las secciones donde los colores eran ligeramente diferentes en su memoria.

—Seguí arreglando la tela original, pero finalmente sufrió demasiado daño. Elegí nuevos patrones que me gustaron y me reemplazaron algunas piezas—. A pesar de la mala reputación de Kyoshi, los mejores sastres de Ba Sing Se se habían tropezado con sus propios pies para tener la oportunidad de vestir al Avatar. La publicidad gratis seguía siendo publicidad gratis.

Mientras tomaba a Kyoshi, Rangi aterrizó en un detalle que la hizo fruncir el ceño.

—Sin embargo, mantuviste la cota de malla. La hiciste más pesada.

El comentario estaba cargado. Kyoshi podía ver los pensamientos corriendo a través de la cabeza de Rangi. *¿Qué clase de peligros has estado pasando sin mí?* Trató de decir algo que pudiera aliviar la preocupación de su amiga.

—¿La seguridad primero?

Rangi suspiró.

—Kyoshi, es más que eso. Eres la invitada de honor esta noche. Podrías haber usado las mejores túnicas del mundo y en vez de eso escogiste la misma ropa con la que peleas. Esta es una pequeña recepción informal con un puñado de invitados por invitación personal del Señor del Fuego Zoryu. No irás a la batalla. No tienes que estar constantemente en guerra.

Kyoshi recordó la última vez que se permitió relajarse sin cuidado. Podía revivir cada detalle, con demasiada facilidad.

Había sido una tarde soleada en la aldea de Zigan, más brillante por haber sobrevivido y dispersado la amenaza de los Cuellos Amarillos. Sus manos curadas oliendo débilmente por la tintura de hierbas. Kyoshi caminando por la calle codo con codo con Rangi.

Y Lek.

A menudo se preguntaba cómo se sentía Rangi acerca de esos días, si su tiempo pasado con la Compañía de Opera Voladora era real o simplemente un manto del que había que deshacerse en el camino a ser un Avatar apropiado. ¿Rangi mencionaría al resto de los maestros de Kyoshi durante la fiesta? ¿Sus hazañas en la ciudad *daofei* de Hujiang, su incursión ilícita en la mansión del gobernador Te, serian historias divertidas? ¿O Rangi fingiría que su pandilla nunca existió? Ese viaje ciertamente no había durado mucho en el gran esquema de las cosas.

Kyoshi se aclaró su garganta de una amargura punzante y dolorosa.

—Supongo que no me vas a dejar usar mis brazaletes entonces.

—Por supuesto que no. Te conseguiremos unos guantes si quieres, pero en este país tus manos no son nada de lo que sorprenderse demasiado. La mitad de los asistentes esta noche tienen cicatrices de duelo escondidas aquí y allá debajo de su ropa.

—Tu no—. La piel de Rangi estaba intacta en todas partes que Kyoshi había tenido la suerte de verla.

Rangi resopló.

—Eso es porque no pierdo duelos.

Se levantó de la silla y giró, arremolinando su vestido para que pudiera inspeccionar su propio dobladillo desde todos los lados. Rangi llevaba un vestido de seda formal que le daba la apariencia barrida y elegante de un estambre que emergía de una flor de pétalos rojo sangre. Parecía más hermosa que un jardín después de una lluvia enérgica.

—Sé que suena frívolo y derrochador, pero las apariencias importan aquí en el palacio —dijo Rangi—. Los nobles de La Nación del Fuego se visten y actúan para representar su afiliación y rango de clan. Nuestros compañeros notan nuestras opciones más pequeñas y les asignan significado e intenciones.

Alisó un pliegue en la falda de Kyoshi.

—En lo profundo de las entrañas del Reino Tierra, nadie nos miraba. Así es

LA SOMBRA DE Kyoshi

como nos escapamos de la mitad de las travesuras que hicimos. Aquí en la Nación del Fuego, *todo el mundo* te está observando. Quiero que lo recuerdes. Todos. Están. Observando.

El estómago de Kyoshi gorgoteó por el creciente estrés.

—Así que no es como entrar en batalla —dijo—. Es peor.

Rangi no estuvo en desacuerdo.

—Tu ropa pasará por ahora, pero a medida que avancen las festividades, deberías elegir diferentes atuendos. Y no hace falta decirlo, pero no hay pintura facial durante las vacaciones.

Kyoshi iba a protestar, pero Rangi le dio un golpe en el pecho.

—La pintura es para hacer trabajos con nuestros hermanos y hermanas jurados —susurró, con los ojos brillando con recuerdos—. No para mezclarse entre los moradores y la gente cuadrada que no entiende el Código.

Kyoshi la miró fijamente. Luego, lentamente, deliberadamente, envolvió a la niña más pequeña en su abrazo y la besó en la frente. Rangi le devolvió el apretón con fuerza.

No debería haber ninguna duda en la mente de Kyoshi. La Maestra Fuego no había hecho oficialmente los juramentos, pero los miembros de la Compañía de Opera Voladora también eran sus amigos. Y los amigos de Rangi eran tan sagrados como el honor para ella. Kyoshi había pasado tanto tiempo sin su centro que casi se olvida de lo que se sentía. Rangi la hizo humana de nuevo, equilibrada y entera.

—Será mejor que te llenes de esto ahora —murmuró Rangi mientras Kyoshi rozaba sus labios contra ella—. Cuando estemos en público, *no* puedes tocar mi cabeza, ni mi cara o mi cabello.

Pero esas eran las partes favoritas de Kyoshi.

—¿En serio? Siempre me has dejado.

Rangi se separó de Kyoshi y arregló la disposición de sus horquillas.

—Eso es porque en el Reino Tierra no importaba, pero aquí, tocar la cabeza de alguien fuera de tu familia más cercana es uno de los gestos más irrespetuosos imaginables. Es mejor que evites tocar a nadie en general, incluyéndome a mí. Lo odio tanto como tú, pero ahora que estamos dentro de las puertas del palacio, tenemos que seguir el decoro.

Ella miró a Kyoshi con sospecha, después de haber estado en el extremo receptor de muchos besos en el cuero cabelludo debido a su diferencia de altura.

—Lo digo en serio. Manos fuera del cuello hacia arriba.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—¡Lo entiendo, lo entiendo!

Un golpe vino de fuera de la habitación.

—Avatar, señorita Rangi, es hora de irse —llamó Jinpa. Por su tono cuidadosamente medido, era obvio que estaba tratando de darles la mayor distancia posible. Se unieron a él en el pasillo.

El monje había elegido la versión de las túnicas tradicionales de Nómada Aire que se fijaban a un hombro y dejaba al otro al descubierto. Su brazo y el costado de su torso quedaron expuestos en un barrido desnudo hasta la cintura, revelando un sorprendente conjunto de músculos en el joven larguirucho.

—¿Qué? —Jinpa dijo ante su silencio.

—¿Demasiado pastoral? —Rangi se encogió de hombros—. Por lo general, la gente no se queda sin camisa en el palacio real, pero seguramente habrá excepciones para la vestimenta nacional. Está bien.

Kyoshi se alegró de que sus abanicos hubieran escapado de los comentarios. Descansaron en su fajín, pasables como la moda de la corte a menos que ella golpeara a alguien con su gran peso. Era irónico que primero pensara que eran menos útiles que una hoja. Necesitaría el consuelo que le proporcionaban, dada la desalentadora tarea que tenían por delante.

Exhaló a través de los dientes apretados.

—Muy bien. Vamos a conocer al Señor del Fuego.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—Ustedes dos son inútiles —susurró Kyoshi, haciendo todo lo posible para dirigir su ira por igual entre Rangi y Jinpa, quienes se arrodillaron a ambos lados de ella—. Los dos están despedidos.

—¡El Señor del Fuego Zoryu me prometió que serían de veinte a treinta personas, como máximo! —Rangi dijo a través de una sonrisa apretada—. ¡Una pequeña reunión!

—*¿Esto parece una pequeña reunión para ti?*

Más de quinientos pares de ojos dorados miraban al Avatar y a sus compañeros mientras se posaban en un estrado elevado que había sido erigido con una velocidad increíble en los mismos jardines anteriormente vacíos que habían observado desde arriba en Yingyong. Parecía que toda la nobleza reunida de la Nación del Fuego estaba presente, en posición de firmes, viendo a Kyoshi como su único objetivo.

En una fila inclinada a un lado, los percusionistas aullaban sobre sus mazos atronando contra los tambores del tamaño de los toneles de vino. Los músicos de *Erhu* tocaron sus instrumentos con tal ferocidad que un montón de arcos destruidos yacía detrás de ellos. Se echaron sobre sus hombros las víctimas de su actuación y sacaron otras nuevas de los carcajes cercanos sin perder un ritmo. La velocidad y la intensidad marcial de la música estaban en desacuerdo con la quietud tranquila, casi meditativa de los oyentes. Kyoshi no habría sabido si lo estaban disfrutando si no fuera por los ligeros asentimientos de aprobación que captó aquí y allá de los miembros de la corte más cercanos a ella.

Debería de haber sabido que algo andaba mal desde el principio. El canciller Dairin los había emboscado fuera de sus aposentos y los había llevado a través de una serie de pasajes desconcertantes, explicando que había habido un cambio de última hora en el programa. Ahora aquí estaban, ensordecidos y honrados en igual medida.

Después de haber apoyado algunos grandes eventos como sirviente, Kyoshi sabía que los anfitriones sólo se detenían de esta manera si tenían algo que probar. Pero no había nada por lo que el Señor del Fuego se sintiera inseguro, a menos que pensara que ella lo estaba evaluando sobre lo lujosamente que la festejó. Ella le aseguraría al Señor del Fuego Zoryu que este tipo de recepción era innecesaria, si alguna vez llegaba a su lado.

En este momento el Señor del Fuego estaba muy lejos, al otro lado del mar de nobles, anidado en una plataforma que reflejaba la de Kyoshi. A lo lejos sólo podía distinguir el borde dorado sobre negro de las hombreras de la armadura real que llevaba sobre sus túnicas y un par de sus rasgos más prominentes. Podía decir que el Señor del Fuego era un joven con una barbilla puntiaguda y una frente alta, y eso era todo por ahora. Entrecerrar los ojos para más detalles habría sido grosero, y detectable por toda la reunión.

Para hacer las cosas más incómodas, Lu Beifong estaba aquí, de todas las personas. El anciano se sentó cerca del borde de la multitud en un taburete plegable. Estaba rodeado por un pequeño grupo de sabios del Reino Tierra. Basándose en los rostros que ella reconoció, parecían ser escogidos a dedo únicamente en los criterios de a quién le desagradaba Kyoshi.

—Lo siento, Avatar —dijo Jinpa. Se movió de rodillas, no acostumbrado a la posición, en comparación con la forma en que los Nómadas Aire se sentaban con las piernas cruzadas para meditar—. Ninguna de mis fuentes indicaba que habría una delegación del Reino Tierra. Voy a tratar de evitar que te molesten con peticiones mezquinas.

La actuación terminó en una interrupción estrepitosa, los músicos gritando a todo pulmón una última vez al unísono. Los que estaban sentados tocando se pusieron de pie de un salto, sus brazos se extendieron de par en par, y los bateristas sostuvieron sus palos sobre sus cabezas como banderas de victoria. Posaron por un momento, respirando fuertemente.

La multitud respondió con aplausos educados que terminaron igualmente de manera abrupta. Si los artistas estaban decepcionados por la respuesta silenciada, no lo mostraron. Comenzaron a empacar sus instrumentos sin decir una palabra mientras los nobles reunidos se volvían el uno al otro. La música ensordecedora fue reemplazada por los murmullos de una conversación delicada.

—¿Eso es todo? —Kyoshi preguntó, sus palabras de repente sonaron demasiado fuerte. Miró detrás de ella para ver a Dairin indicando a los tres que bajaran de la plataforma. Se unieron al canciller en la planta baja—. ¿Qué sigue ahora? —preguntó.

—Según la etiqueta de fiesta jardín del palacio, ahora… se *mezcla* en la dirección general del Señor del Fuego —dijo Dairin, tan tenso como la Tía Mui antes de un banquete. Su bigote se movió por la tensión—. Él hará lo mismo. Esto permite que los dos se encuentren como iguales, tan perfectamente como dos hojas a la deriva juntas en la superficie de un estanque. Este método de recepción es uno de los más altos honores que la familia gobernante puede conceder a un huésped. Está más allá de mi posición permanecer a su lado.

—Bien —dijo Kyoshi. El objetivo era sencillo—. Ir a hablar con el Señor del Fuego. Lo tengo.

—¡No! —Rangi dijo, ya sabiendo lo que Kyoshi estaba pensando—. No puedes ir directo al Señor del Fuego Zoryu, o de lo contrario eso sería grosero para los otros invitados—. Detrás de la cubierta de la plataforma se apresuró a ajustar las solapas y el fajín de Kyoshi, cepillando pelusas y polen de jardín de la tela.

—¿Así que tengo que charlar con todos con los que me topo?

—*¡No!* ¡Sólo ciertas personas aquí tienen suficiente estatus para hablar en tu presencia!

Kyoshi se estaba desesperando.

—¿Cómo sabré quiénes son?

—Aquellos con derecho a acercarse al Avatar por sí mismos presentarán a los que no lo hacen —dijo Rangi—. Recuerda, entre los ciudadanos de la Nación del Fuego, el rango más alto siempre introduce a un rango más bajo. La introducción

es la coyuntura fundamental que marca el tono para el resto de la conversación.

Rangi vio la ansiedad en la cara de Kyoshi.

—*Puedes* dirigirte directamente a quien quieras sin prefacio incluyendo al Señor del Fuego. Ser recibido por el Avatar es una gran bendición. Pero te recomiendo *encarecidamente* que reserves ese honor para el Señor del Fuego Zoryu. Jinpa y yo estaremos a tu lado, pero no necesariamente podremos hablar a menos que la situación lo permita.

Había mucho que recordar.

—Voy a morir aquí, ¿No? —Kyoshi dijo con un gemido.

—No te preocupes, Avatar —dijo Jinpa. Dio un paso adelante y rodó los hombros—. Te he fallado una vez esta noche como tu chambelán. No volverá a suceder.

LA SOMBRA DE Kyoshi

A pesar de su valentía, Jinpa fue el primero en caer. Al entrar en la multitud, un pequeño círculo de cortesanos interesados en conocer a un Nómada Aire por primera vez rápidamente lo aisló del grupo. Aparentemente, hablar con un Maestro Aire era un juego justo para la mayoría de los asistentes.

Tuvieron que dejarlo atrás, tratando de responder preguntas sobre el Templo Aire del Este y su inusual arquitectura al revés. Kyoshi asumió que estaba improvisando muchos de los detalles internos, dado que el Templo Occidental albergaba sólo monjas.

Su exaltada condición de Avatar impidió que la gente se acercara a ella, pero no que la examinara. La corte se aseguró de proporcionar una cantidad respetuosa de espacio físico, creando una pequeña burbuja que se movía con Kyoshi y Rangi en su centro, lo que sólo hizo que las miradas sobre la parte superior de sus gafas, las miradas laterales, las calmas en la conversación a medida que pasaban eran más obvias.

Era profundamente inquietante. Kyoshi encontró su pulso subiendo, una mentalidad de *jing* neutral que no lograba calmarla. Tuvo que distraerse observándolos de vuelta, tomando notas mentales de la misma manera que lo hizo en sus patrullas a través de territorio peligroso.

Era la primera vez que veía tantos ciudadanos de la Nación del Fuego de alto rango en un solo lugar. La nobleza de este país favoreció modas más discretas que sus contrapartes en el Reino Tierra, eligiendo patrones rojos sobre rojo para

sus batas y vestidos. La amplia extensión de sus hombreras parecía la forma más común en que expresaban sus asociaciones. Podía ver sutiles sigilos geométricos impresos en las franjas de tela, o simples interpretaciones de flores y animales nativos.

Una imagen en particular que notó una y otra vez fue la camelia de piedra, en pequeños racimos o grandes diseños asimétricos o utilizada como bordes delicados. Una buena cuarta parte de los asistentes llevaba alguna forma de este, con mucho el grupo más grande. Al darse cuenta de que fue superada en número por una facción en particular, a Kyoshi se le erizaron los pelos del cuello antes de controlar su preocupación. Estaba entre la nobleza de la Nación del Fuego, no en un callejón trasero a punto de ser atacada por hombres con hachas de la tríada. La flor debe haber tenido un vínculo con el difunto Chaeryu como ella había visto en la galería, y los asistentes a la fiesta la usaron por respeto.

Los sirvientes pasaban entre ellos tan suavemente como las nubes, ofreciendo bocadillos de comida tan condimentados que los aromas a la deriva casi hacían que Kyoshi estornudara. Había brochetas de cola de buey de hipopótamo, rollos de kumquat oceánico, y trozos de peces de todo tipo, de aguas cercanas a las islas y de ríos tan lejanos que habrían tenido que hacer el viaje aquí lleno de hielo.

Kyoshi se negó a comer por los nervios. Esto fue lo mucho que había cambiado desde que se convirtió en el Avatar. Rechazar la comida. La joven Kyoshi le habría dado un puñetazo en la nariz por eso.

Rangi vio pasar algunos de los platos.

—Eso es extraño—. *Eso es extraño* era ahora su lema oficial para el viaje.

—¿Qué es? — Preguntó Kyoshi.

—No hay saetas de aguja de oro. Son una comida tradicional del festival de Szeto. Los hongos crecen en mazorcas superpobladas de grano, por lo que son simbólicos de una buena cosecha. No los veo en ninguna parte.

—¿Así que?

Rangi se volvió hacia ella con la mayor seriedad.

—Kyoshi, este es el palacio real. Si no los tenemos, nadie en el país los tiene. Esto no es una señal auspiciosa para la festividad.

El ligero puchero en sus labios contra el que estaba haciendo todo lo posible por luchar era adorable. Rangi siempre se esforzó tanto por ocultar sus debilidades, como si el "me gustan ciertas cosas" fuera poco profesional. Saber que tenía debilidad por un bocadillo en particular hizo que Kyoshi quisiera apretarla fuerte. La próxima vez que las dos visitaran Yokoya, le pediría al resto

LA SOMBRA DE Kyoshi

del personal de cocina que encontrara algunas saetas de aguja y las cocinara como lo hacían en la Nación del Fuego.

—Avatar —llegó un graznido de algún lugar alrededor del vientre de Kyoshi.

Miró hacia abajo para ver a Lu Beifong haciendo una breve reverencia. A pesar de que la edad lo confinaba a un asiento al otro lado de la multitud durante el concierto, había aparecido delante de ella como si hubiera robado los secretos de la Compañía de Opera Voladora. El viejo debe haber querido una transacción. Sólo los negocios podrían hacerlo tan positivamente animado.

—Maestro Beifong —dijo Kyoshi. Ella asintió un poco. Lu estaba tan arriba en la jerarquía del Reino Tierra como una persona podía serlo sin ser un rey, por lo que este encuentro estaba probablemente dentro de las reglas del decoro— Me… alegro de verle. ¿Cómo están sus nietos?

Un gran símbolo de jabalí volador había sido bordado en la túnica de Lu en un intento de ajustarse a las costumbres del clan de la Nación del Fuego, pero no tenía mucho gusto. Con sus dedos huesudos, Lu recogió un hilo de seda suelto del animal cosido y frunció el ceño. En algún lugar, un sastre iba a perder su trabajo.

—Numerosos y poco prometedores —dijo, lanzando el hilo al suelo—. Lo que no daría para que un líder talentoso naciera en mi familia, o un niño con buena cabeza para los números. Tomaría a un Maestro Tierra medio decente en este punto. Con la forma en que las cosas van, el nombre Beifong amenaza con deslizarse en la oscuridad.

—Ojalá los niños se ajustaran a las necesidades de sus padres —dijo Kyoshi, las palabras salieron como vidrio molido a través de sus dientes. Lu y los otros sabios sólo sabían que ella era huérfana y se contentaban con dejarlo allí. El toque del dedo del pie de Rangi contra la parte posterior de su pie le hizo saber a Kyoshi que probablemente se estaba poniendo roja y traicionando su ira. *Por eso necesito el maquillaje,* pensó ella.

—Sí, bien dicho —dijo Lu. Hizo un gesto a otro hombre del Reino Tierra a su lado. Esta persona era más joven, de cuarenta años, y obviamente había tratado de coordinar su traje verde y amarillo para complementar el de Lu—. Este es el gobernador Shing de la provincia de Gintong.

El parasito de Lu del Reino Tierra no se molestó con sutilezas. Se acercó con impaciencia, casi empujando a un camarero tratando de servir pequeños frascos de vino de ciruela.

—Avatar, tengo una queja. La desinformación que sembró entre mi pueblo durante su última visita a mis tierras ha dañado el funcionamiento de la ley y el

orden.

Kyoshi captó la forma en que los ojos de Lu la miraron. *Los buenos líderes no agitan la olla. No causan interrupciones.* El viejo sabio valoraba la estabilidad por encima de todo, y varias de las recientes escapadas de Kyoshi en el Reino Tierra no encajaban con su definición de conducta convirtiéndose en un Avatar.

Kyoshi revisó sus notas mentales. La provincia de Gintong estaba cerca de Si Wong, un matorral polvoriento que era relativamente improductivo y difícil de cultivar. Pero eso no significaba que alguien no pudiera intentar explotarlo.

—Ah —dijo ella—. Gobernador Shing. Ahora lo recuerdo. Estaba comprando tierras a precios difíciles a los campesinos que no podían labrar sus campos debido a las incursiones de los *daofei*, obligándolos a trabajar más tarde para ti como obreros en las granjas que solían ser suyas.

La exactitud de sus términos sorprendió a los hombres mayores. No se suponía que *dijera* hechos tan desagradables en voz alta en compañía educada. Se suponía que debía aludir a ellos, bailar alrededor del asunto, picotearlo como un pequeño pájaro de alimentación.

—Hmph —murmuró Lu—. Eso es un poco diferente de la forma en que me lo expresó, Shing. Me dijiste que estabas pagando un buen dinero para mantener tus tierras libres de bandidos.

—*Me* encargué del *daofei* en la zona —dijo Kyoshi—. Y una vez que terminé, les dije a los agricultores que consideraba que la propiedad de la tierra volvería al estado en el que estaba antes de que las Garras Esmeraldas pusieran un pie por primera vez en Gintong. Deshice el problema y sus secuelas.

—¡Tenía contratos vinculantes en esas tierras! —Shing dijo—. ¡Los compré legalmente! ¡Tengo la documentación!

Kyoshi pensó por un momento. Aquí era donde un Avatar de antaño, experto en diplomacia como Szeto y Yangchen, podría ofrecerle algo a cambio de calmar los ánimos y salvar las apariencias. Pero no pudo intentar imaginar una compensación adecuada. ¿Por qué Shing, un hombre poderoso, merecía explotar una catástrofe y hacerse más rico a expensas de sus ciudadanos?

Encontró las palabras saliendo de sus labios con facilidad.

—Bueno, Gobernador, si valora tanto los términos de negocios, puedo enviarle una factura por pacificar su provincia. Dados los resultados, mi costo sería el equivalente a suministros y salarios para un ejército mediano. Necesitaría el pago inmediatamente, en una suma global.

Detrás de ella, Kyoshi oyó el resoplido de la nariz de Rangi tratando

desesperadamente de no reírse. Shing parecía que necesitaba chupar una rana de madera.

—¡Estas son las tácticas de un estafador urbano! — Gritó—. Cuando dijeron que eras un criminal, al principio no me creía con los rumores, pero claramente…

—*¡Shing!* —Lu espetó—. Cuidado con cómo hablas con el Avatar. No estamos en nuestra patria.

El gobernador de Gintong se encogió ante la reprimenda de Lu. Hubo una pausa incómoda. La multitud cercana observó con alegría apenas oculta como la ruidosa gente del Reino Tierra se peleaba entre sí.

Lu suspiró y negó con la cabeza. Su corazonada parecía haber tomado en un ángulo más pronunciado.

—Me temo que debo retirarme temprano de las festividades —dijo—. Huesos viejos y demás. Fue un placer, todo el mundo.

Regresó arrastrando los pies hacia la entrada del jardín del palacio. Shing lo siguió unos pasos atrás, de alguna manera luciendo mucho peor que el anciano. Kyoshi pudo ver fácilmente a Lu separando a Shing del círculo de influencia de los Beifong después de esta noche, no por ninguna obligación moral, sino por una mala inversión que había puesto del lado equivocado del Avatar y avergonzado al Reino Tierra fuera de sus fronteras. Podría haber terminado toda la carrera del hombre.

Una vez que estaban solas de nuevo, Rangi se despejó la garganta y se inclinó.

—Por mucho que me encanta verte incendiar verbalmente a la gente, ten un poco más de cuidado. Esa misma conversación entre dos nativos de la Nación del Fuego podría haber terminado con un Agni Kai.

Kyoshi sabía que no estaba bromeando. La Compañía de Opera Voladora solía burlarse de Rangi sin piedad sobre el honor y otros valores de la Nación del Fuego en las profundidades aisladas del Reino Tierra, pero era cuando ella era la única Maestra Fuego en cientos de millas alrededor. Aquí, Kyoshi y Shing eran los extraños. La atmósfera sofocante hizo que fuera fácil creer que ninguna interacción era demasiado pequeña para tener significado.

—Esto no es un juego —le recordó Rangi—. Esta es una fiesta en el jardín. Hay apuestas.

—Lo haré mejor la próxima vez —dijo Kyoshi.

—Bien —Rangi se recuperó—. Porque aquí viene mi madre.

LA DIRECTORA

La llegada de Hei-Ran fue precedida por un silencio a través de la multitud cercana. Los nobles de menor rango se separaron para dejar pasar a la mujer que había enseñado a sus hijas. Algunos de ellos la saludaron enérgicamente, un recordatorio de que la madre de Rangi también había sido un comandante militar de alto rango en algún momento. Devolvió los gestos con miradas y asentimientos.

Kyoshi tragó saliva. Incluso sin las complicaciones de su Avatariedad temprana, este fue un reencuentro con alguien diseñado desde cero para juzgar y eliminar lo indigno de su presencia.

Hei-Ran se acercó lentamente, usando un bastón para ayudar a sus pasos. No se había molestado en vestirse con finura. El uniforme de desfile que llevaba mejoró la deliberación de sus movimientos. Su cabello, alguna vez negro sólido se mezclaba con hebras que se habían vuelto grises y rizadas.

Parecía mayor. Eso significaba finalmente parecerse a la madre de Rangi, sin duda, en lugar de su gemela. El fuego en sus ojos todavía estaba allí, tan claro y penetrante como siempre.

Kyoshi se inclinó, aunque sólo fuera para escapar de la mirada de la mujer por un momento.

—Estoy agradecida de verle con mejor salud. Directora —dijo.

—¿Y un poco sorprendida, al parecer? —Hei-Ran dijo.

Kyoshi se tensó. Se equivocó de cara. Una vez más, por eso necesitaba su maquillaje, para ocultar los matices de expresiones que no podía controlar.

Hei-Ran descartó su propio comentario.

—Tú no tienes que fingir. No puedo creer que esté despierta. Son trabajadores milagrosos, sanadores de la Tribu del Agua—. Ella suspiró infelizmente—. Sin embargo, apenas puedo hacer Fuego Control en este momento. Es como ser una niña de nuevo, tener que aprender lo básico y fortalecer mi fuerza. Un castigo apropiado, dado lo que les hice a ti y a Yun.

Kyoshi hizo una mueca. Una Maestra Fuego del calibre de Hei-Ran perdiendo

sus habilidades se sintió como una trágica pérdida para todo el mundo.

—Todavía no he descubierto quién fue el responsable de este crimen —dijo Kyoshi. En su opinión, los inspectores oficiales habían abandonado el caso prematuramente. No habían encontrado registros ni mensajes sobre por qué tantos miembros influyentes del Reino Tierra se habían reunido en Yokoya ese día, pero eso era sospechoso en sí mismo—. Pero lo juro, no lo dejare pasar.

El dolor recorrió la cara de Hei-Ran.

—Kyoshi, fue él. Fue Jianzhu.

La presa tardó un poco en ceder. El viejo odio de Kyoshi, acallado durante mucho tiempo, vino corriendo sobre los bancos una vez más. Se volvió hacia Rangi, quien le dio un gesto sombrío.

—Las víctimas en Yokoya eran sus enemigos que venían a derrocarlo como el amo del Avatar —dijo Hei-Ran. Su voz era tensa y ronca—. Nos atrapó a sí mismo y a mí en el intento. Ya sea por descuido, o para deshacerse de la sospecha, nunca lo sabremos.

Kyoshi cerró los ojos y se apoderó del mango de uno de sus abanicos. Tomo tanto tiempo para que los hilos de errores y hechos monstruosos dejaran de tejer hacia el futuro, para simplemente atarse y *terminar.* Tal vez nunca terminaron.

Un patrón diferente colgaba fuera de su alcance, uno donde Kelsang estaba vivo, Hei-Ran nunca había sido envenenada, y Lek todavía estaba enfadado en una casa de té deteriorada en Bahía Camaleón, anhelando un bisonte.

—Lo siento —dijo Kyoshi—. Si hubiera sido capaz de crear una llama cuando me probó…

Recordar su fracaso del pasado frente a Hei-Ran dolió aún más teniendo en cuenta lo mucho que Kyoshi disfrutaba de hacer Fuego Control en estos días. Las llamas llegaron fácilmente cuando hizo suyo el elemento nativo de Rangi, y sin embargo ella había sido tan inútil en ese entonces. Kyoshi pensaba a menudo en esa pequeña bola de yesca que no había podido encender. A veces la llevó a las lágrimas, lo que podría haber sido salvado de no haber sido por su debilidad.

—Lo siento —repitió.

Hei-Ran se rio, una risa corta y dura.

—*Lo sientes. Tú* te estas disculpando *conmigo*—. La indomable excomandante comenzó a estremecerse. Apretó los dedos contra sus ojos tan fuerte que parecía que estaba tratando de sacárselos. Rangi estuvo a su lado en un instante, estabilizándola.

Los transeúntes estaban tan sorprendidos como Kyoshi por la exhibición de

emociones. Pero Hei-Ran se recompuso antes de derramar cualquier lágrima. Kyoshi tenía la sensación de que este era el mayor grado de vulnerabilidad de la mujer.

—Kyoshi, *soy yo* quien necesita disculparse —declaró Hei-Ran con una grieta en su voz—. Siento mucho lo que te hice. Y por lo que permití que Jianzhu te hiciera a ti y a Yun. Podría haber puesto fin a lo que estaba pasando. Podría haber visto las cosas claramente si hubiera querido verlas. Nunca puedo hacer esto bien.

Kyoshi miró la mano de Rangi en el codo de su madre. Fue un pequeño gesto, el más mínimo toque, pero hizo que Kyoshi pensara en la forma en que ella había envuelto sus brazos alrededor de Kelsang una vez, mientras lloraba en un iceberg por sus errores. Era difícil de decir, dadas sus expresiones severas e inflexibles, pero aquí había una mujer atormentada por la culpa, siendo consolada y apoyada por su amorosa hija.

—Su recuperación es un buen comienzo —dijo Kyoshi.

Hei-Ran la miró, perpleja.

—Para pagar su deuda conmigo —aclaró Kyoshi—. Lo que le exijo, directora, es su buena salud continua. No voy a aceptar nada menos de lo que me debe.

—Kyoshi, este no es momento de bromas.

—Ella no está bromeando, madre—. La sonrisa de Rangi se desbordó de amor por ambas—. Ella es simplemente así. Ahora traga tu orgullo y acepta el decreto del Avatar.

Hei-Ran se rio de nuevo, aunque no había alegría en el sonido. Le dio unas palmaditas en la mano a su hija.

—Estoy bien. Ve a buscar a Sifu Atuat. Necesito un momento a solas con Kyoshi.

Rangi juntó sus talones y se fue a buscar a quien fuera esta persona de Atuat. Hei-Ran se recompuso y miró a Kyoshi. Cómo se las arregló para hacer eso desde su estatura más baja era un misterio.

—Kyoshi, quiero que sepas algo —dijo. La voz de Hei-Ran perdió lo que quedaba de su emoción anterior y se convirtió en un susurro frío e inquebrantable, simplemente midiendo e informando las dimensiones de la verdad—. Yo lo habría matado. Lo habría matado por lo que te hizo a ti, a Kelsang, a Yun y a mi hija. Quiero que lo sepas, Kyoshi. Quiero que lo *creas*. Si estuviera aquí, ahora mismo, mataría a Jianzhu frente a toda esta multitud.

El espacio entre Kyoshi y Hei-Ran cambió como el acero siendo sofocado, endureciendo en un diseño antiguo y bien entendido. Su verdadera reconciliación

LA SOMBRA DE Kyoshi

con la madre de Rangi yacía aquí, no en disculpas públicas entre lágrimas.

—Yo también —dijo Kyoshi.

—Buena chica—. Hei-Ran miró en la dirección en que se había ido su hija.

—Rangi… en el fondo, es amable. Ninguna cantidad de ejercicios o dificultades cambiará eso de ella. Lo que significa que hay lugares a los que nunca irá, lugares que están prohibidos para ella. Es posible que tengas que visitarlos en su nombre, para protegerla a ella y a los demás.

Kyoshi todavía luchó con las acciones que tomó como Avatar en defensa de la paz y el equilibrio del mundo. Pero proteger a Rangi era un asunto que la convirtió en un ser diferente, pequeño y como una rata suficientemente viciosa como para vivir dentro de una sombra delgada. Ella eligió sus palabras cuidadosamente para Hei-Ran, llegando a los límites de los que estaba segura.

—Sé exactamente qué hacer con cualquiera que lastime a su hija.

Los labios de Hei-Ran se aplanaron en una línea. Kyoshi sabía que esto estaba tan cerca de una sonrisa de aprobación total como la mujer alguna vez dio. Se miraron la una a la otra en mutuo acuerdo.

El silencio fue roto por alguien que accidentalmente empujo el codo de Kyoshi.

—No podía recordar si te gustaba el vino de ciruela o el licor de sorgo —dijo una mujer baja y regordeta con túnicas azules a Hei-Ran con una voz fuerte y penetrante. Ella empuñaba un vaso en cada mano, amenazando con derramar el contenido de diferentes colores—. Así que tengo las dos cosas.

Rangi la alcanzó como si hubiera estado persiguiendo a la mujer de la Tribu del Agua a través de la multitud en lugar de ir por ella.

—Kyoshi, ella es Sifu Atuat —dijo—. Sifu Atuat es la más grande de los sanadores del norte. Ella personalmente se encargó de la recuperación de mi madre. Esta aquí como nuestra invitada de honor en agradecimiento. Mientras ella este aquí, ella es parte de nuestra familia.

Hei-Ran empujó los anteojos ofrecidos lejos de su cara.

—Y sigo siendo tu paciente, Atuat. No debería estar bebiendo. Los otros médicos dijeron que retrasaría mi recuperación.

—Los otros médicos son cobardes —dijo Atuat—. Si tus entrañas empiezan a fallar, simplemente puedo traerte de vuelta a la vida como lo hice antes.

Se dirigió a Kyoshi, reconociendo al Avatar por primera vez.

—Soy tan hábil —dijo solemnemente. Era un asunto de gran importancia que Kyoshi entendiera los hechos—. Cuando la directora llegó a mi hospital, ella era

básicamente un cadáver envuelto en un sudario rojo. Para salvarla cogí el bolsillo de la muerte misma.

Kyoshi tuvo que comprobar que la buena doctora no estuviera ya borracha. No lo estaba. Ella era sólo… así.

—Usted debe ser una de las mejores maestras en el mundo entonces, independientemente del elemento.

Atuat levantó un dedo mientras drenaba uno de los vasos que había traído para Hei-Ran.

—Lo soy —dijo una vez que se lo había terminado—. ¿Sabes que a las mujeres en Agna Qel'a no se les permite aprender las formas de lucha del Agua Control?

Kyoshi no sabía eso sobre la capital de la Tribu del Agua del Norte, pero no importaba; Atuat iba a dar los detalles de todos modos.

—Yo digo que son los hombres a los que no se les permite aprender a sanar de *mí*. Cualquier idiota puede golpear a alguien con agua. *Golpeo* las vías de energía de los moribundos con agua de tal manera que viven por otro puñado de décadas.

Hei-Ran rodó los ojos.

—No la halagues —le dijo a Kyoshi, con la franqueza que uno sólo podría tener cuando se habla de un amigo—. Atuat es lo suficientemente arrogante sin elogios del Avatar.

Esto era asombroso. La ex directora de la Real Academia y la madre de Rangi llamando arrogante a otra persona. Kyoshi miró más de cerca a la mujer que justificaba tal descripción. Atuat era un poco más joven que Hei-Ran y se parecía a la tía Mui del cuello hacia abajo, pero había un borde en su cara y ojos azules claros que Kyoshi encontró familiar.

Rangi se dio cuenta de que intentaba ubicarla.

—Sifu Atuat es la hermana del Maestro Amak —explicó.

Así que eso era todo. El ánimo de Kyoshi se hundió. Ella no había estado en lo más mínimo cerca del misterioso y de mala reputación maestro de Agua Control, pero ella había estado allí cuando murió, apuñalado por la espalda por Tagaka, la reina pirata. Con tanta sangre manchando su pasado, tal vez Kyoshi realmente estaba tan maldecida como afirmaban partes del Reino Tierra.

—Siento mucho lo de su hermano —dijo.

Atuat suspiró.

—Gracias. Amak nunca iba a tener un final pacífico, por decirlo suavemente. Pero murió protegiendo a la gente. Eso es mucho más honorable que lo que

estaba haciendo antes.

Hei-Ran parecía que quería cambiar el tema del Maestro Amak.

—¿Dónde está su amigo Maestro Aire? — Preguntó a Kyoshi y Rangi—. Debería conocerlo.

Kyoshi estiró el cuello, tratando de ver dónde habían dejado Jinpa. Su multitud era aún más grande ahora, formando un círculo a su alrededor. El monje se concentró mientras extendía los brazos de par en par, realizando una hazaña de aire como en él Templo del Sur, levitando unos centímetros del suelo sin causar una tormenta en los alrededores. Kyoshi una vez se había levantado involuntariamente con una versión más grande mientras estaba en el estado Avatar, pero no podía hacerlo en circunstancias normales.

Jinpa dijo que el truco supuestamente había sido inventado por Kuruk. Se necesitó mucha habilidad y no tenía ningún uso práctico, así que Kyoshi le creyó. Mientras regresaba al suelo, su público de nobles aplaudió por la hazaña de la misma manera que lo habían hecho para la actuación musical desenfrenada.

Kyoshi se dio cuenta de que Jinpa se estaba divirtiendo, presumiendo ante los demás. No había tenido un verdadero descanso durante todo el tiempo que la había estado sirviendo.

—¿Alguien quiere intentarlo? — Dijo, indicando que podría levantar a un voluntario dispuesto.

—¡Yo! —Atuat rugió a través de la fiesta. Se subió a la falda para no tropezar y marchó apresuradamente hacia el Nómada Aire.

Hei-Ran pellizcó el puente de su nariz, un gesto de frustración que compartía con Rangi.

—Lo juro, es como tener una hermana sin control e impulsiva —murmuró. Cojeaba a su propio médico, olvidando despedirse de su hija y el Avatar.

La impactante falta de modales de la directora calentó el corazón de Kyoshi. Le gustaba Sifu Atuat, y su efecto en Hei-Ran.

Rangi parecía compartir el sentimiento.

—A veces pienso que hacer un amigo la curó más que cualquier otra cosa — dijo.

—¿Sabe ella acerca de nosotras?

—Por supuesto. ¿No era eso de lo que ustedes dos estaban hablando a solas? ¿Todo el discurso de *será mejor que trates bien a mi hija o de lo contrario…?*

Kyoshi supuso que había sido parte de la conversación, de una manera indirecta. Decidió no mencionar los detalles.

LA SOMBRA DE KYOSHI

—Avatar Kyoshi —dijo una voz profunda y confiada detrás de ella.

Se dio la vuelta para ver a un joven envuelto en oro real y negro. Su pelo estaba recogido hacia atrás, haciendo su frente grande más prominente, y su barbilla afilada estaba limpiamente afeitada.

Finalmente. Ella organizo sus rasgos en una expresión de bienvenida que, con suerte transmitía la cantidad correcta de respeto por un jefe de estado extranjero. Esta fue la introducción que tenía que hacer ella misma, sin ayuda.

—Señor del Fuego —dijo ella—. Gracias por su amable hospitalidad—. Mientras se preparaba, practicaba una y otra vez lo que diría. Por la forma en que la multitud calló, podía decir que muchos ojos la estaban observando—. No he estado mucho tiempo en la Nación del Fuego, pero ya me he estado asombrando varias veces por el esplendor natural de su país, y especialmente por la habilidad de sus artesanos.

—¿Oh, así que has visitado la galería entonces? — Dijo, sonriendo—. Es nuestro orgullo nacional.

Había un ligero tirón en la parte posterior del vestido de Kyoshi. Ella lo ignoró. Lo estaba haciendo bien ahora mismo y no quería perder su impulso.

—Lo hice. Podría decirse que se parece mucho a su difunto padre el Señor del Fugo Chaeryu. Que vuestro reinado sobre la Nación del Fuego sea tan glorioso como el suyo.

Una patada aguda en la parte posterior de su pantorrilla casi la hizo doblarse.

—*¡Kyoshi!* — La voz de Rangi era un chirrido estrangulado de mortificación—. *¡Ese no es Fuego Señor Zoryu!*

LA SOMBRA DE KYOSHI

HISTORIA ANTIGUA

La multitud se había congelado. Los camareros se habían congelado. El sol en el cielo detuvo su arco. Los cuerpos celestes nunca habían visto un error tan colosal en sus mil vidas de ver al Avatar.

—Debería presentarme —dijo el hombre que Kyoshi había confundido con el Señor del Fuego—. Me llamo Chaejin. El Señor del Fuego Zoryu es mi medio hermano menor.

Kyoshi miró a su alrededor frenéticamente buscando al verdadero Zoryu. Ella lo vio, abriéndose camino a través de la multitud en su dirección, superando a sus propios guardias. Ella confirmó que era él, como debería haberlo hecho la primera vez, comprobando su moño desde lejos. Ahí estaba, el tocado en forma de una llama de cinco lenguas. Definitivamente, *no* descansando en el cabello del hombre que estaba delante de ella.

Kyoshi hizo una mueca. Era como si este doble hubiera seleccionado su apariencia para causar confusión. Sus túnicas fueron cortadas para parecerse a la silueta de la armadura real, y el brocado de oro que colgaba de sus hombros era una sombra que ella pensaba que estaba reservada para el Señor del Fuego y su familia inmediata.

—Disculpas por el error —murmuró. Ella nunca había oído hablar de Chaejin antes y no tenía idea de dónde se ubicaba en la jerarquía de la corte.

—Es comprensible; linajes reales pueden ser confusos. Mi padre era el Señor del Fuego Chaeryu, pero nunca se casó con mi madre. Nos esforzamos mucho por ocultar nuestras indiscreciones aquí en la Nación del Fuego. Especialmente a los forasteros.

Ella estaba demasiado a la deriva. No sabía qué decir cuando se le presentaba información delicada como esta. Miró a Rangi en busca de ayuda. Pero a juzgar por su expresión de pánico, Rangi no tenía suficiente rango para hablar aquí. Ya había gastado todo su capital para advertir a Kyoshi de su error.

Kyoshi trató de leer lo delicada que era la situación mirando los rostros de los

asistentes de la fiesta cercanos. Los ciudadanos de la Nación del Fuego normalmente reservados parecían completamente horrorizados. La tensión se hizo más y más pesada hasta que finalmente su pequeña burbuja fue perforada por la llegada de Zoryu.

—Avatar Kyoshi —dijo el Señor del Fuego, inclinándose ligeramente por el esfuerzo—. El dobladillo de su túnica escandalosamente delicada estaba manchado de hierba, y su tocado se había inclinado fuera de alineación por su prisa de llegar allí. Su reunión había sido cualquier cosa menos un elegante fluir juntos como dos hojas en un estanque.

—¡Zoryu! — Chaejin dijo. Amablemente le dio una palmada a su hermano en la espalda—. Me preguntaba cuándo llegarías aquí. Me gustaría que conocieras al Avatar. Pensó que yo era el Señor del Fuego. ¿Te imaginas?

Kyoshi oyó a Rangi tomar aire con fuerza, y ella entendió por qué. Chaejin había robado el derecho de introducción, descuidando el título de su hermano y había tocado indebidamente al Señor del Fuego, todo bajo el pretexto de un gesto amistoso entre los miembros de la familia. Si la etiqueta de la corte era un lenguaje secreto, entonces finalmente se abría ante ella, ordenando conceptos y sílabas en oraciones que podía comprender.

—Qué divertido —dijo Zoryu—. Necesito hablar con mi invitado ahora, Chaejin—. La declaración podría haber sido una advertencia si se entregaba correctamente, pero la ligera grieta en el timbre del Señor del Fuego lo volvió inseguro y quejumbroso.

—¡Por supuesto, por supuesto! — Chaejin dijo—. Debes haber querido discutir los recientes fracasos de las cosechas. O los precipitados declives de las pesquerías. Si hay alguien que podría revertir la reciente fortuna de nuestro país, es el Avatar.

La tensión en el cuello de Zoryu llegó hasta sus sienes. Este debe haber sido el problema de importancia nacional que quería discutir con el Avatar, pero no en un lugar público de este tipo.

—Un malestar se ha asentado sobre la tierra desde la muerte de nuestro padre y las recompensas naturales que solíamos disfrutar durante su reinado han desaparecido —explicó Chaejin, a pesar de que nadie se lo había pedido—. Algunos de los sabios del fuego más viejos creen que los mismos espíritus de las islas son infelices y han alejado sus rostros de nosotros—. Le sonrió a Zoryu—. Yo, por supuesto, he argumentado lo contrario. La fuerza del gobierno de mi hermano no debe ser cuestionada.

LA SOMBRA DE Kyoshi

La forma en que Zoryu apretó los dientes y miró hacia otro lado le dijo a Kyoshi que había un elemento de verdad a las afirmaciones de Chaejin. Sin embargo, probablemente no la parte donde apoyó a su hermano.

Ella sabía lo que tenía que hacer. El favor del Avatar era el premio aquí, ¿No? Hombres como Shing viajaron a través de los mares para probarlo. El pequeño juego de insubordinación y disfraz de Chaejin era obvio en retrospectiva. Quería que Kyoshi le infundiera respeto y criticara al Señor del Fuego.

No le agradaba ser manipulada, especialmente por alguien que acababa de conocer. Ella entrecerró los ojos hacia Chaejin.

—Si hay un problema con los espíritus, lo resolveré en nombre del Señor del Fuego—. Su habilidad para comunicarse más allá del ámbito físico era muy deficiente, pero él no necesitaba saber eso en este momento—. Tiene todo mi apoyo como Avatar. Ahora, si no le importa, él y yo hablaremos en privado.

La boca de Chaejin se abrió.

—Creo que le pedí que se fuera —dijo Kyoshi. Normalmente esperaba más antes de dejar volar los comentarios de corte, pero este era un caso especial. Ella estaba al tanto de la actuación de Chaejin, y quería que los transeúntes vieran que sus esfuerzos no daban frutos.

Pero en lugar de sufrir la reprimenda como Shing, Chaejin brilló de felicidad.

—Creo que lo hizo—. Se inclinó y se alejó arrastrando los pies, apresurándose como si tuviera que ir a compartir la noticia de su conversación con un amigo.

Ese no era el efecto que ella quería. Kyoshi volvió a Zoryu. La miró como un pez destripado, incapaz de hablar.

—Kyoshi —susurró Rangi, casi catatónica, olvidando que el gobernante de su país estaba al alcance de ella—. Kyoshi… ¿Qué hiciste… ¿Qué acabas de hacer?

Ella no lo sabía. Se necesitó la laboriosa y apresurada llegada de Hei-Ran para dar una respuesta.

—Lo que ha hecho es seguir el desastre con una catástrofe —gruñó la directora una vez que se acercó cojeando—. Todos cállense y síganme, antes de que se avergüencen más.

Kyoshi se colocó detrás de Hei-Ran. Para su sorpresa, también lo hizo el Señor del Fuego. Aparentemente no había límite para la gente que Hei-Ran podía mandar.

Detectó sonrisas de lástima en los rostros de los nobles al pasar, pero no estaban dirigidas a ella, el extranjero ignorante que había hecho un desastre en las cosas. Estaban dirigidos a Zoryu, el hombre al que se suponía que todos aquí

debían respeto absoluto y lealtad. Cualquier fluidez que pensaba que tenía en la dinámica de la corte estaba siendo alterada.

Ella echó una última mirada a Chaejin, que ya estaba susurrando con entusiasmo a otro invitado. Blasonada en la parte posterior de la túnica del hermano del Señor del Fuego había una gran camelia de piedra, forjada en hilo de oro, destinada a ser vista como un faro. La interpretación era idéntica a la que había visto en la galería de retratos, sólo que sin su rival más pequeño. Una sola flor creciendo fuerte, sin competencia de la que preocuparse.

—¡Kyoshi, muévete! —Rangi susurró.

Dejaron atrás la masa de la multitud, dando vueltas alrededor de los terrenos del palacio. Por grande que fuera la fiesta, todavía había un jardín más vacío donde podían tener un poco de privacidad real en lugar de contar con personas que no husmearan.

La escasez de la huerta en flor era más atractiva desde el nivel del suelo. El espacio regular entre la cereza zankan y la glicina plateada daba la impresión de árboles rosados y blancos comprimiéndose en líneas y luego expandiéndose de nuevo a medida que su ángulo de visión cambiaba.

El Señor del Fuego se movió lentamente, al paso de Hei-Ran. Los guardias reales estoicos y silenciosos habían sido despedidos. Pero Atuat y Jinpa habían sido retirados de la fiesta. Kyoshi había arruinado el privilegio de permanecer sin vigilancia para todos en su grupo.

—Yo… Wow —murmuró Rangi a Kyoshi. Ella apretó los dedos a sus sienes—. Huh.

—Si insulté a esta persona Chaejin, lo siento —dijo Kyoshi en voz baja—. Pero él lo estaba haciendo mucho peor, y nadie lo criticó.

—No fue a Chaejin a quien insultaste; ¡Fue al Señor del Fuego! —Rangi podía ver que Kyoshi no lo entendía—. ¡Declaraste frente a una multitud que le solucionarías un problema nacional!

—¿No es mi trabajo?

—¡Sí, pero no se supone que debas expresarlo así! El buen funcionamiento de la Nación del Fuego proviene de la fuerza del Señor del Fuego, tanto real como percibido. Cuando lo ayudas, tienes que enmarcarlo como una asociación entre iguales. ¡Simplemente afirmar que vas a agitar la mano y hacer que todo sea

LA SOMBRA DE KYOSHI

mejor implica que el Señor del Fuego es demasiado débil para manejar el país por su cuenta!

Kyoshi tenía la terrible sensación de que esta información estaba enterrada en algún lugar en las bibliotecas de Yokoya. Ella podría incluso haber leído acerca de este mismo aspecto de la cultura de la Nación del Fuego, y simplemente olvidarlo. Podía tratar de absorber las reglas de la diplomacia a través del texto, pero no era lo mismo que practicarlas hasta que fueran de segunda naturaleza.

Una de sus vidas pasadas podría haberla ayudado con la información también, si no hubiera sido tan deficiente en la comunicación. Ella imaginó a Avatar Szeto viendo su error y arrojando su sombrero al suelo.

—Y para colmo, despediste a alguien delante del Señor del Fuego Zoryu —dijo Rangi—. El derecho de despido es la única costumbre más importante que el derecho de introducción—. Ella pasó su mano por la línea de su mandíbula—. Esto es Bahía Camaleón de nuevo. Cargas de frente, arruinas el lugar, y luego tienes que huir con la cola entre las piernas. Te dije *minutos* antes que tuvieras cuidado, ¿No?

Ser mordida por Rangi siempre iba a ser parte integral de su reencuentro. Kyoshi pensó que le había tomado más tiempo llegar a eso.

—Lo siento —murmuró.

No estaban tan callados como pensaban.

—No es culpa del Avatar —dijo Zoryu—. Es mía.

Se detuvo junto a un estanque de patos de tortuga. Los animales dormían tranquilamente sobre el agua tan clara que parecían estar flotando en el aire. Bajo un sauce había un banco de piedra, donde Zoryu se sentó, contemplando la escena pacífica.

—Una recepción más pequeña habría evitado esto, pero en el último momento pensé que necesitaba un espectáculo más grande para mejorar mi imagen.

En defensa al primer error de Kyoshi, Chaejin y Zoryu eran casi idénticos en la cara, hasta la misma frente prominente y la cabeza. A distancia, habría sido imposible distinguirlos. Pero de cerca, podía ver que el Señor del Fuego era más delgado, todavía un niño desgarbado debajo de sus voluminosas túnicas. Era como si alguien hubiera cosido dos copias del difunto Señor del Fuego Chaeryu, una con menos relleno.

El intento de Zoryu de aquietar sus rasgos de una manera real fue sólo medio exitoso. Al mirar al agua, sonrió con gracia a su reflejo como alguien que preferiría estar llorando.

LA SOMBRA DE KYOSHI

—Todo este desastre es totalmente mi error, no el de Kyoshi.

—¿Permiso para hablar más allá de mi posición, Señor Zoryu? —Hei-Ran dijo.

Saludó a medias.

—Concedido. A ti y a todos aquí.

—¡Es parcialmente culpa de *ella!* — Gritó. El ruido repentino despertó a los patos e hizo que se dispersaran al otro lado del estanque, cuacando mientras huían—. ¡O al menos usted tiene que declararlo! ¿Qué clase de Señor del Fuego se culpa preventivamente por todo?

Permiso o no, parecía demasiado cercano a Hei-Ran. A menos que Zoryu fuera un antiguo estudiante privado suyo. La relación maestro-estudiante era una de las pocas que traspasaron todos los límites.

—¡Ya no puedes ser ese niño deprimido al que solía enseñar! —La madre de Rangi espetó, confirmando la sospecha de Kyoshi—. ¡Actúa con la dignidad de tu posición! ¡Has dejado que Chaejin te pase por encima por demasiado tiempo sin repercusiones y ahora cree que puede salirse con la suya!

Kyoshi vio a Zoryu marchitarse bajo el regaño de Hei-Ran y sintió una dolorosa puñalada de reconocimiento.

—¿Así era en sus inicios? — Preguntó a Rangi en voz baja.

—¿Estás bromeando? —Rangi dijo con un bufido.

—¿Y qué es tan gracioso para usted, teniente? —Hei-Ran se volvió hacia su hija—. ¿Me estás diciendo que no se le ocurrió una táctica para evitar la situación? ¿Ni siquiera una diversión básica?

Rangi palideció de repente. Temblaba con un miedo que Kyoshi nunca había visto antes, ni cuando se enfrentó a un brutal campeón de *Lei-Tai* sin su Fuego Control o luchando contra un monstruoso shirshu.

—¡Eres responsable del Avatar en todos los aspectos, no sólo la seguridad física! — La hija podría haber sido buena regañando, pero la madre era la fundadora de toda la escuela—. ¡Su reputación se refleja en la tuya, y esta noche escuché a un hombre del Reino Tierra llamarla *daofei* en su cara!

Kyoshi y Rangi se miraron con los ojos anchos como platos. Habían guardado más de unos pocos detalles de su viaje a sí mismas. Que los rumores eran técnicamente ciertos y Kyoshi realmente era un *daofei* por juramento era un secreto que tendrían que trabajar juntas para mantenerse alejadas de la directora, por temor a que Isla Capital se incendiara.

—Yo también tengo la culpa —murmuró Hei-Ran—. No debería haberme

LA SOMBRA DE Kyoshi

marchado de tu lado, pero estaba distraída—. Miró a Atuat, que acababa de terminar un pincho de carne que se había llevado de la fiesta.

—¿Qué? — Dijo el médico de la Tribu de Agua, limpiando sus dientes con la astilla afilada de bambú—. No *he* ofendido a nadie esta noche. Francamente, encontré el comportamiento de todos los demás imprudente e impactante.

Jinpa, siempre pacificador, levantó las manos.

—Estoy muy confundido. Entiendo que los modales de la corte son importantes, pero ¿Por qué todos actúan como si el volcán más cercano estuviera a punto de entrar en erupción?

—Es porque el mismo problema por el que solicite la ayuda del Avatar ahora ha empeorado mucho —dijo Zoryu. Se volvió hacia Kyoshi—. Iba a explicar todo en circunstancias más privadas.

—Ahora es un buen momento —dijo Kyoshi—. Confío en todos aquí —. Ella estaba dispuesta a apostar por la discreción de Atuat.

Zoryu reorganizó sus túnicas para que no se arrugaran, consciente de ellas por primera vez esta noche.

—Mi padre, el difunto Señor del Fuego Chaeryu, era famoso por su excepcional fuerza, y... apetitos prodigiosos. Chaejin probablemente no es mi único medio hermano nacido fuera del matrimonio. Pero él es el que mi padre no podía ignorar por completo. Su madre es Lady Huazo, de la casa de Saowon.

—Los Saowon son un poderoso clan que controla la isla Ma'inka, en la parte oriental del país —explicó Rangi—. Es uno de los territorios más prósperos y fuertemente fortificados de la nación fuera de la capital. Lady Huazo no estuvo aquí esta noche, pero muchos de sus parientes sí. Ellos eran los que llevaban patrones de camelia de piedra, el escudo de la familia Saowon.

Basándose en las insignias que Kyoshi había visto, el Saowon superó en número a las siguientes dos fracciones más grandes combinadas.

—¿Qué hay de tu madre? — Preguntó a Zoryu—. ¿Dónde está?

—Mi madre era Lady Sulan del clan Keohso —dijo Zoryu, con los labios retorciéndose en una sonrisa triste—. Y nunca la conocí. Murió dando a luz a mí. Me han dicho que era una persona encantadora y maravillosa en todos los sentidos.

La garganta de Kyoshi se apretó en simpatía. Si la sangre real no pudiera proteger a un niño de quedar huérfano, ¿qué posibilidades tenían los desechados del mundo?

—Para evitar deshonrar a Lady Huazo y al clan Saowon, mi padre reconoció

oficialmente a Chaejin como su hijo —continuó Zoryu—. Pero de alguna manera también logró excluirlo de ser un miembro oficial de la familia real. Puso a mi medio hermano mayor en una posición poco clara cuando se trataba de la línea de sucesión, así que fue retirado del palacio. Enviarlo a los Sabios del Fuego era un método conveniente para deshacerse de una vergüenza para el Señor del Fuego, y mi padre prohibió que se hablara del asunto en la corte mientras estaba vivo.

Capto el ceño de desaprobación de Kyoshi antes de que pudiera disimularlo.

—Los Señores del Fuego y los Reyes Tierra hicieron cosas peores a sus hermanos en la Antigüedad. Y he asistido a actuaciones de sagas de la Tribu Agua con temas similares. En retrospectiva, con mucho gusto habría aceptado la parte del trato de Chaejin e intercambiado el gobierno por la soledad y el estudio.

—¡Deja de decir cosas así! —Hei-Ran espetó—. ¡La debilidad se practica y se aprende tanto como la fuerza! ¿Y si uno de los Saowon te escuchara?

Zoryu se encogió de hombros, un gesto que parecía extraño cuando era interpretado por la figura principal de todo un país. Sus robustas hombreras no fueron diseñadas para la ambivalencia y casi se tragan la cabeza mientras se levantaban.

—Es demasiado tarde para estar preocupado. Establecí el tono equivocado con Chaejin hace mucho tiempo. Después de la muerte de mi padre, cuando escuché por primera vez que el clan Saowon enviaba a Chaejin de vuelta a la corte como enlace del Templo Mayor, estaba encantado. Pensé que el compañero de juego de mi juventud estaba regresando. Mi único pariente vivo de sangre.

—Pero ser expulsado por nuestro padre lo amargó—. Zoryu se tocó un lado de su cabello, haciendo que su tocado se moviera—. Vino a mí queriendo 'su' corona. Chaejin aprovechó mi indulgencia inicial para mostrar a los clanes que es más rey que yo y lo ha seguido haciendo desde entonces. Esta noche fue sólo un ejemplo en una larga lista de golpes mezquinos y socavación.

—Los Saowon siempre han sido hábiles para dar forma sutil a la opinión pública —dijo Rangi. Habló con el cansancio de un veterano más apropiado para la edad de su madre. Kyoshi nunca la había visto actuar de esta manera—. Chaejin tiene una negación plausible. Podía decir que simplemente actuaba con la impertinencia de la familia y llevaba la ropa equivocada. Castigarlo por eso podría parecer una exageración y el Señor del Fuego caería aún más en estima.

—Esto es lo que Chaejin hace —dijo Zoryu—. Simplemente es mejor en este juego que yo. Y día a día se acerca cada vez más a ganarlo por completo.

—No lo entiendo —dijo Kyoshi—. Así que desea ser Señor del Fuego en

lugar de usted. Los insultos y las opiniones no pueden cambiar las leyes de la sucesión.

—Pueden cuando están respaldados por suficientes tropas —dijo Zoryu irónicamente—. Chaejin estaba diciendo la verdad: la Nación del Fuego lucha, Avatar. Las cosechas han estado al borde del fracaso durante dos años consecutivos. Los pescadores sacan las redes vacías desde las costas del puerto del Primer Señor a Hanno'wu. Tuvimos que sacrificar a la mitad de los pollos-cerdo del país debido a una enfermedad hace unos meses. Para la mayoría de la gente común, parece como si todo mi reinado hubiera sido maldecido por los espíritus de las propias islas.

Se frotó la nuca, otra inquietud que se volvió ridícula por su atuendo.

—Ahora, es posible que los clanes nobles no crean en las maldiciones, pero necesitan ingresos de sus feudos para pagar a sus guerreros domésticos. Si no pueden, entonces tengo un montón de luchadores muy enojados, desempleados y altamente entrenados en mis manos, de repente dispuestos a entender el concepto de 'El Señor del Fuego Chaejin'.

—Si me permites —dijo Jinpa—. El respeto por la voluntad de los espíritus es una cosa, pero las desgracias que estás describiendo parecen más allá del control de cualquiera. ¿Cómo puede la gente de la Nación del Fuego poner estos problemas a tus pies?

Zoryu resopló.

—Con gran facilidad. Mi padre era un patán poco inteligente, pero durante su gobierno cayeron las lluvias, los campos eran verdes, y los peces eran tan abundantes que podías sacarlos de los mares a mano. Por el contrario, he tenido que vaciar el tesoro real para evitar que algunas de las islas más pobres pasen hambre. La patria Saowon de Ma'inka está muy bien en estos días, lo que le da a mi hermano aún más credibilidad e influencia. Parece ser el hijo de Chaeryu mejor favorecido por los espíritus.

Kyoshi empezaba a entender.

—Usted me invitó aquí para reforzar su reputación dentro de su propio país.

—Tienes razón, Avatar. Por favor, no espero que chasquee los dedos y que los espíritus llenen los graneros de grano. Pero pensé que, si me apoyabas en solidaridad durante las festividades, podría ayudar a resolver algunos de los disturbios en el palacio.

Hizo una cara de anhelo de que algo saliera bien por una vez.

—Chaejin secuestró mi plan y sobresalió una vez más. Tú... prácticamente

LA SOMBRA DE KYOSHI

bendijiste su futuro reinado, Avatar. Frente a toda la cancha, nada menos.

—Ya veo —intervino Atuat, tocándose la barbilla pensativamente como si fuera la audiencia prevista de la explicación—. Pero estás hablando del conflicto como algo inevitable.

—¡Bienvenidos a la Nación del Fuego, todo el mundo! — Zoryu dijo con una sonrisa que era partes iguales de descaro y dolor profundo y arrepentido.

Hei-Ran le lanzó una mirada que podría abrirse su camino a través de una pila de escudos.

Zoryu tosió.

—Lo que quiero decir es que la historia de esta corona tiende a repetirse. El Señor del Fuego Yosor casi pierde el país en la guerra civil y sólo fue salvado por el Avatar de Fuego Szeto.

—Después de cierto punto se convierte en una cuestión de estrategia sobre los espíritus —dijo Hei-Ran. Miró fijamente al estanque, haciendo rodar su bastón entre los dedos—. En tiempos de agitación, todos los clanes menores quieren aliarse con los eventuales ganadores. Si los Saowon continúan creciendo en poder y reputación, entonces en algún momento tendrán suficientes partidarios para rebelarse abiertamente contra el trono.

—Chaejin trabaja en los tribunales, mientras que su madre Huazo consolida la riqueza y el poder en todas las islas —dijo Zoryu—. Mientras tanto, me faltan los recursos políticos y militares para controlarlos. El Ejército de Fuego en pie es una fuerza de élite, pero es pequeño. Para ganar en una batalla campal contra un clan tan grande como el Saowon, necesitaría que el resto de las casas nobles se comprometieron detrás de mí, y eso no sucederá sin una causa *extremadamente* justa.

Inflo las mejillas con frustración.

—Esto es lo que recibo por no querer derramar la sangre de mis compatriotas. He soportado los insultos de Chaejin lo mejor que he podido para no acelerarnos hacia la guerra civil. He cambiado mi imagen en pedazos, tratando de retrasar lo inevitable. Pero a los ojos de mi pueblo, no sé cuánto más honor me queda por perder.

Kyoshi reflexionó sobre la trampa en la que estaba el Señor del Fuego. Jianzhu una vez se había quejado con ella de que el Reino Tierra era demasiado grande para gobernarlo correctamente. Pero su tamaño significaba que podía sufrir lesiones graves en una cuarta parte y no sentirlas en la otra. La naturaleza del Reino Tierra era persistir, saliendo del paso de inundaciones, hambrunas,

LA SOMBRA DE Kyoshi

levantamientos de bandidos y gobernadores incompetentes.

La Nación del Fuego, por otro lado, era del tamaño adecuado para ser transformada y consumida por sus desastres. Kyoshi podría no haber sido una experta en política judicial, pero estaba bien versada en los movimientos de violencia y sufrimiento. Podía ver desde la visión de un bisonte del cielo la guerra que se extendía por el mapa de las islas, y entendía lo cruel que podía llegar a ser una lucha cuerpo a cuerpo para llegar al poder.

Zoryu parecía bastante astuto para Kyoshi, y bastante decente de corazón. Era sólo que… para ser una de las personas más poderosas del mundo, era notablemente impotente. Se le había dado un título en virtud de su nacimiento, y un mapa de su vida donde cada ruta conducía claramente a un destino oscuro y terrible.

Podrían simpatizar.

—Necesitamos diseñar una respuesta —dijo Hei-Ran—. Chaejin fue demasiado lejos esta noche. Queda mucho tiempo por la noche para mostrarle a él y al resto de los invitados dónde está la fila.

Ella giró alrededor para marchar de vuelta a la fiesta, pero el movimiento repentino la dejó tambaleante. Atuat la agarró antes de caer.

—*Necesitas* descansar —dijo suavemente el médico—. Has terminado por esta noche. Te llevaré adentro.

Hei-Ran negó con la cabeza y se agarró su bastón con más fuerza.

—Los niños no pueden quedarse solos. Mira lo que pasó.

La presencia de Atuat parecía explotar en tamaño. Atrás quedó la mujer poco seria y diminuta, y en su lugar se levantó un espíritu implacable del norte mismo.

—Eso es gracioso —declaró—. Pensé que había oído a uno de *mis* pacientes volver a hablarme sobre un asunto de salud hace un momento. Debe haber sido el viento.

Hei-Ran miro a su amiga con el ceño fruncido, pero como un Maestro Agua, Atuat cabalgó tranquilamente sobre la tormenta hasta que se desató. Finalmente, Hei-Ran suspiró rindiéndose.

—Muy bien.

—Monje —dijo Atuat—. Ayúdame a ayudarla, ¿Quieres?

Jinpa, acostumbrado a recibir órdenes de personas que acababa de conocer, agarró suavemente a Hei-Ran por el brazo. El y la doctora la llevaron de vuelta al palacio.

—Olvídate de tratar de reprender a Chaejin por ahora —dijo Hei-Ran sobre su

hombro—. No hagas nada hasta que podamos llegar a un plan. Quédate en el *jing* neutro.

Kyoshi los vio irse, fascinada. Alguien había logrado acobardar a la directora, la mujer a la que tanto Rangi como El Señor del Fuego Zoryu temían. Por esta lógica, Sifu Atuat debe haber respondido sólo a los espíritus de la Luna y del Océano.

—Parece que los 'niños' están solos —dijo Zoryu, frotándose los ojos.

Kyoshi miró a su alrededor. La repentina salida de Hei-Ran y Atuat había puesto en marcado contraste la relativa juventud de su grupo restante. La mayoría de los nobles que asistían a la fiesta esta noche tenían la misma edad que la madre de Rangi, o más.

—Supongo que tenemos que volver —dijo Zoryu—. Aunque personalmente preferiría pasar el resto de la noche leyendo o jugando Pai Sho. ¿Juegas, Avatar?

—Me lo preguntan a menudo—. No pudo evitar la nota de irritación en su voz. En las Cuatro Naciones, la gente equiparó la habilidad en el juego con la sabiduría. La hacía sentir como si su falta de habilidad fuera un defecto de carácter—. La respuesta es no.

Zoryu hizo una mueca.

—No quise decir nada con eso. Conocí más a tu predecesor durante el juego.

Tuvo que tomarse un momento para entender que estaba hablando de Yun, no de Kuruk.

—¿Te das cuenta de que Yun no era el Avatar antes que yo, técnicamente hablando?

Las esquinas de la boca de Zoryu giran en direcciones opuestas.

—Los sabios del fuego me censurarían por decir esto, pero de cierta manera, él era lo suficientemente Avatar. El Maestro Yun pulió mi imagen en la corte y movió más hilos diplomáticos para mí que cualquiera de mis ministros. Y me hizo olvidar mi posición, en el buen sentido.

—Tenía talento para eso —dijo Rangi. Sus ojos se perdieron en algún lugar entre los reflejos en el estanque.

—Sus visitas al palacio fueron la única vez que no sentí que estaba tan solo —dijo Zoryu—. Pero entiendo que era su amigo antes de que fuera mío. Mis condolencias a las dos. El mundo es más pobre sin él.

Un sentimiento tan básico, y sin embargo tan raro. Kyoshi podía contar los sabios en el Reino Tierra que lloraban por Yun; la persona, en lugar de distanciarse de Yun; el error.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—Gracias —dijo ella, su garganta se secó un poco—. Tal vez un día pueda ser tan de ayuda para ti como él.

—Quiero decir, dado lo gravemente que me has insultado esta noche, no hay otro lugar adonde ir —dijo Zoryu con una mirada que se dio cuenta de que debía ser un guiño. Yun y él incluso tenían sentidos del humor similares. Kyoshi se relajó por primera vez esta noche. Según las normas de nadie más que las suyas, ella y el Señor del Fuego habían tenido un buen comienzo.

La sonrisa desapareció de su rostro cuando consideró cómo darle la noticia a Zoryu de que la versión preferida de los acontecimientos del Reino Tierra era una mentira. Miró a Rangi, que se mordió el labio.

El hecho de que Yun estuviera vivo era demasiado para dejar caer sobre Zoryu esta noche, decidió Kyoshi. Tal vez alguna vez encontrarían más pistas. No tenía sentido decirle al Señor del Fuego que su amigo había sido tragado por el continente, olvidado, hasta que pudieran hacer algo al respecto.

Los tres caminaban de regreso a la fiesta, Rangi ocasionalmente tirando de la parte posterior de las túnicas de Kyoshi para asegurarse de que seguía la distancia requerida detrás de Zoryu. Había una completitud en su formación que apreciaba.

Recordó la advertencia del Canciller Dairin sobre las flores.

—Señor Zoryu —dijo ella—. ¿El sello del clan Keohso es la peonía alada por casualidad?

—Sí, ese es el símbolo de la familia de mi madre. ¿Por qué preguntas?

Ella le contó sobre las plantillas en el retrato de su padre, la flor de Saowon que ascendía sobre la de Keohso. Zoryu juró de una manera muy impropia de un jefe de Estado y araño el aire como si quisiera estrangular a alguien.

—Maravilloso. Ahora los artistas reales me están faltando al respeto —dijo—. Chaejin debe haber llegado a un acuerdo con ellos. Tendré que reemplazar a los pintores y tener las imágenes cubiertas antes de que cualquier intransigente de Keohso lo vea y se vuelvan locos. El otro objetivo de Chaejin es provocar a alguien en el clan Keohso para que cometa un acto inexcusable de violencia contra un Saowon. Entonces tiene la causa justa para iniciar un conflicto. La historia diría que estaba defendiendo su honor.

Zoryu suspiró.

—Las rivalidades entre clanes han sido un impedimento importante para el progreso de la Nación del Fuego desde sus inicios. El lado de mi madre de la familia desprecia a los Saowon y preferiría quemar el país que aceptar a Chaejin como su gobernante. A veces desearía poder abdicar, si no fuera por la violencia

que el Keohso crearía a mi paso.

Kyoshi continuó sorprendida por la franqueza de Zoryu. Tenía menos hambre de poder que algunos alcaldes de poca monta que había conocido en el Reino Tierra.

—Es una idea muy de Nómada Aire —ella dijo—. Huyendo, siguiendo el camino del *jing* negativo. Tal vez es un camino inteligente.

Escuchó el golpe de la mano de Rangi chocando con su propia frente.

—¡Espíritus de las Islas, Kyoshi, no puedes simplemente alentar al Señor del Fuego a abdicar!

—Por favor, no le diga a su madre que dije eso, teniente —dijo Zoryu, de repente y genuinamente preocupado—. Ella me daría una paliza por la idea. Todavía tengo sudores fríos cuando pienso en sus programas de entrenamiento.

Kyoshi se rio. Había pasado mucho tiempo desde que se había conectado con alguien de su edad. Era extraño pensar que podía relajarse alrededor de una banda de contrabandistas y el gobernante de la Nación del Fuego, pero nada en el medio.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—Nos estamos acercando a la fiesta —dijo Rangi en voz baja—. Entonces, ¿Podría pedir a las dos personas más importantes a las que serviré en mi vida que empiecen a *actuar apropiadamente?*

El Avatar y el Señor del Fuego se enderezaron, sin querer incurrir en su ira. La noche se había asentado y las antorchas se habían encendido para arrojar un suave resplandor sobre las festividades. La multitud todavía era densa, formando una arboleda de sedas rojas sobre el pabellón. El único sonido era el canto de los insectos a la deriva sobre el aire caliente. Una escena pacífica.

—Detente —dijo Kyoshi. Fue la sospecha de un *daofei* lo que la hizo detenerse, pero el sentimiento era fuerte—. Algo está mal.

—¿Qué es? —Zoryu dijo—. No oigo nada.

Rangi también lo había notado.

—Exactamente. Es demasiado tranquilo.

Se deslizó frente a Kyoshi y Zoryu, el orden de rango marchante ya no era tan importante como proteger sus cargos.

Las conversaciones que llenaron el aire antes se habían extinguido por completo. Los nobles estaban quietos, en silencio viéndolos llegar. Zoryu había hablado de un punto de inflexión donde perdió demasiados partidarios y los clanes se volvieron en su contra. Pero no había manera de que hubiera sucedido mientras no estaban. ¿Podría?

—¿Sabes lo que está pasando aquí? —le susurró a Zoryu. El negó con la cabeza.

Kyoshi avanzó por su cuenta para ver mejor. Los hombres y mujeres de la corte estaban enojados y confundidos, pero, sobre todo, estaban completamente aterrorizados. Estaban en una posición temerosa, rígidos como si sus vidas dependieran de ello. Un camarero llorando se movió para secarse una lágrima, pero rápidamente se compuso, moviendo sus brazos a sus costados.

Una familiaridad enfermiza floreció en la boca del estómago de Kyoshi. Ella había visto este tipo de comportamiento una vez antes, cuando la reina pirata del Mar del Este había sacado a los nativos del Reino Tierra de sus aldeas y los había obligado a hacer su voluntad bajo pena de muerte.

—¿Qué les pasa? —Zoryu llamó por el hombro de Rangi—. ¿Por qué están actuando así?

—Son rehenes —dijo una voz familiar—. ¿De qué otra manera se supone que actúen?

Kyoshi sintió que su pecho era apretado por poderosas mandíbulas invisibles, colmillos afilados que amenazaban con perforarla en todas direcciones. No había hablado en la casa de té de Qinchao. Escucharlo ahora, después de tanto tiempo, fue un conjuro que frenó sus sentidos.

En lo alto, Yun estaba sentado en el borde del estrado del Avatar, dejando que sus pies colgaran por el costado. Estaba vestido para la ocasión con finas túnicas de color verde y negro, luciendo como un príncipe secreto de las fábulas del Reino Tierra, escondidas hasta el momento de su gloriosa ascensión. Excepto por su mano. Todavía estaba manchada de un gris podrido, como una cosa muerta adherida a su cuerpo.

Yun le sonrió, la misma sonrisa fácil que conocía de sus sueños y pesadillas por igual.

—Me alegro de verte de nuevo, Kyoshi.

EL ACCIDENTE

A pesar de todos sus deseos desesperados, Kyoshi nunca había considerado lo que realmente le diría a Yun una vez que lo encontrara. Había sido como la cima de una montaña, visible cuando ella cerraba los ojos, alcanzable siempre y cuando ella ignorara el terreno intransitable entre ellos. Ahora que él estaba aquí, ella tenía demasiado miedo de hablar. La palabra equivocada podría perforar la ilusión y enviarlo lejos.

—Si te estás preguntando qué estoy haciendo aquí, tengo una invitación permanente para asistir a todos y cada uno de los Festivales de Szeto de mi buen amigo el Señor del Fuego —dijo Yun. Saludó alegremente a Zoryu, y luego fingió decepción por el silencio desconcertado que recibió a cambio—. Oh, vamos, Zoryu. ¿No me digas que la oferta fue anulada simplemente porque pensabas que estaba muerto?

—Yun —dijo Rangi—. Baja de ahí. Ahora—. Ella estaba tranquila y severa, como si lo hubiera atrapado recogiendo fruta de un árbol que no era de su propiedad. Pero al mismo tiempo, también movió parte de su cuerpo entre él y el Señor del Fuego.

Yun notó el movimiento y le dio una sonrisa ilegible.

—Hola a ti también, Rangi.

—Vamos adentro, Yun —dijo—. Vamos a hablar.

Arrugó la nariz.

—Eso habría estado bien, pero me temo que ya me he comprometido con una línea de juego diferente—. Señaló a una señora con un vestido rosa voluminoso cerca del estrado que se estremeció ante su atención—. Señora, haga una reverencia a mis amigos, ¿Quiere?

La mujer sollozó y levantó el dobladillo de sus faldas. Debajo, sus pies se habían hundido en el suelo, la tierra tragándola hasta los tobillos. Kyoshi se dio la vuelta, mirando a los otros invitados. Sus largas túnicas formales ocultaban sus pies de la vista, pero había pulgadas de tela agrupada en cada uno de ellos. Todo el grupo había entrado en arenas movedizas bajo la Tierra Control de su amigo.

—Tienes que darle crédito a la gente de la Nación del Fuego —le dijo Yun a Kyoshi—. Los amenacé *una vez* y les expliqué que, si se movían o hacían ruido, les haría arrepentirse. ¿Y sabes qué? ¡Fueron lo suficientemente inteligentes como para cumplir! ¡No tuve que hacer ningún ejemplo con ellos! ¿No te encanta la disciplina de esta gente?

Su expresión se oscureció.

—Los ciudadanos del Reino Tierra habrían fanfarroneado y gritado: *"¡¿Cómo te atreves?! ¿No sabes quién soy?*" Lo juro, Kyoshi, nuestros compatriotas pueden ser tan molestos a veces. Yo sólo…

Apretó las manos, haciendo un movimiento de torsión y chasquido. Fue un gesto de frustración similar al que Zoryu había hecho antes, sólo que esta vez Yun tenía todo un jardín lleno de gente a su alcance. La mujer de color rosa gritó mientras se hundía más en el suelo, hasta la cintura.

¿Cómo podía hacer esto? Mantener a la gente como rehén era una línea que Kyoshi pensaba que ella y Yun compartían, una distinción entre ellos y sus enemigos. La incursión de esclavitud de Tagaka había sido lo que provocó que Yun se enfrentara a ella.

—*¡Kyoshi!* — Rangi gritó.

Habían pasado lo suficiente juntas para que Kyoshi supiera exactamente lo que Rangi intentaba comunicar. *Haz algo*. *Descongélate*. *Ahora es tu oportunidad*.

Derríbalo.

Pero su cuerpo no se movería con la misma certeza que el de Rangi. Kyoshi tuvo que luchar contra su parálisis simplemente para sacar sus abanicos. Mientras buscaba a tientas sus armas, Yun saltó sobre su cabeza al suelo y se deslizó entre la multitud congelada.

Kyoshi corrió tras él, maldiciéndose a sí misma por tan torpe y terrible empate. Wong la habría repudiado de su linaje operístico si lo hubiera presenciado. Se movió a través del bosque de la gente y sintió el peso de sus miradas sobre ella, algunos suplicándole que los salvara, muchos la acusaban furiosamente por llevar esta miseria y humillación a su puerta.

—Así que, Kyoshi—

Ella se dio la vuelta, balanceando su abanico cerrado en un golpe de revés. Yun evadió el golpe inclinándose hacia atrás, usando a un ministro cercano de la Nación del Fuego como cobertura como un espadachín luchando a duelo en una arboleda de bambú, usando las plantas para controlar la hoja de su oponente. Kyoshi apenas detuvo su movimiento a tiempo antes de romperle la boca al pobre

LA SOMBRA DE Kyoshi

hombre.

Yun miró a su abanico y luego a ella, con los ojos muy abiertos, su postura todavía en ángulo.

—Bueno, esta es una primera vez para nuestra amistad —dijo—. Acabas de tratar de lastimarme.

Ella ignoró el ardor en sus mejillas y le lanzo el arma a su barbilla, pero él se balanceó sin esfuerzo para evitarlo. Ella sabía que había recibido entrenamiento de combate desarmado, de la propia Rangi tal vez, y se notaba en sus movimientos decisivos.

Apuntó una serie de puñaladas alternas en su cabeza y cuerpo.

—¿En serio? — Dijo, bailando con ella como si hubiera nacido un luchador que no se doblega—. ¿Después de tratar con Jianzhu por ti, este es el agradecimiento que recibo?

Las puntas de sus abanicos vacilaron. Yun había atravesado una roca por el pecho de Jianzhu, pero fue Kyoshi quien lo mantuvo en su lugar.

—¿Recuerdas la expresión de su rostro cuando murió? —Yun sonrió como si estuviera recordando los lirios de fuego en lugar de cuando los dos mataron a un hombre juntos—. Oh, lo embotellaría si pudiera.

En Qinchao, Yun había cumplido la intención de Kyoshi. Verlo recordar el hecho, y saborearlo así, fue como mirarse a un espejo que reveló su propia fealdad. Ella no podía escapar de las arrugas de los ojos de Yun, los contornos satisfechos de su boca. ¿Se había visto igual, parada frente al cuerpo de Jianzhu?

Se dio cuenta de que un oficial de la Marina de Fuego detrás de Yun inhalaba profundamente a través de su nariz, tratando de ayudarla con un disparo de precisión de fuego de sus dedos o boca. Trataba de ofrecerle otra oportunidad.

Kyoshi hizo contacto visual con el uniformado y negó con la cabeza. Era demasiado arriesgado. Tenía que convencer a su amigo.

—¿Por qué estás haciendo esto? — Gritó—. ¡Dime lo que quieres!

La reversión a sus viejos papeles lo calmó, el siervo tratando de satisfacer las necesidades del amo.

—Kyoshi —dijo gentilmente—. Quiero el mismo regalo que recibiste.

¿Avataridad? ¿La casa en Yokoya? Una que no podía dar, la otra le importaba tan poco que se habría ofrecido para elaborar una escritura de transferencia aquí y ahora. Vio su confusión y se inclinó para aclarar.

—Justicia, Kyoshi —susurró—. Quiero justicia. Todos los que me mintieron van a sufrir las consecuencias.

—Pero Jianzhu ya está—

Yun negó con la cabeza.

—Jianzhu era sólo el nombre más importante en una larga lista. Tu error, Kyoshi, fue que te detuviste en él. Mi error fue que no lo guardé para el final.

Yun se arrodilló y colocó su palma sobre la hierba. Inclinó la cabeza y tarareó.

—Los guardias han salido y rodean la fiesta. Finalmente. Esperaba reacciones más rápidas de los mejores de la Nación del Fuego.

Los ojos de Kyoshi se ensancharon. Pensó que había estado ganando tiempo, pero él había estado desperdiciando el de ella. Todo el espectáculo de atrapar a la corte donde estaban había sido una distracción para vaciar el palacio.

—Creo que es hora de que rinda respetos a mi viejo *sifu* —dijo Yun. Hizo un guiño a Kyoshi y se zambulló en el suelo. El suelo duro se lo tragó tan fácilmente como la superficie de un lago. Ella se arrojó tras él, escarbando en el agujero que dejó atrás. Estaba lleno de piezas fundidas sueltas y quebradizas como el túnel de un shirshu.

La desaparición de Yun fue la señal para que estallara el caos general. Los nobles estallaron en gritos, agitándose y tirando de sus piernas, tratando de liberarse. Los guardias del palacio se inundaron entre las filas de los huéspedes atrapados. Kyoshi se abrió paso hacia el borde de la reunión, sacudiendo el bosque de manos tratando de aferrarse a ella como una balsa salvavidas.

—¡Rangi! — En su pánico estuvo a punto de darle un codazo en la cara a un noble enojado antes de salir al claro una vez más—. *¡Rangi!*

A lo lejos, vio a Rangi empujando a Zoryu a los brazos de un escuadrón que llegaba. El aturdido Señor del Fuego desapareció en una falange de lanzas y picos. Sólo después de que Zoryu estaba a salvo dentro de la formación se separó y corrió hacia Kyoshi.

—¿Dónde está? — Rangi escaneó a la multitud en busca de Yun—. ¿A dónde fue?

Una larga lista. Todos los que le mintieron. Durante su tiempo juntos en Yokoya, Jianzhu había llenado la cabeza de Yun de mentiras sobre quién era y qué podía hacer.

Había alguien más. Alguien que le exigió que hiciera Fuego Control.

Hei-Ran.

—¡Entró en el palacio! —Kyoshi gritó—. ¡Rangi, va tras tu madre!

LA SOMBRA DE Kyoshi

Rangi perdió la compostura. Casi quemó a varios transeúntes con los chorros de llama que salieron de sus manos. Extendió sus brazos detrás de ella, usando la fuerza para aumentar la velocidad de sus pasos limitadores.

Kyoshi la siguió tan rápido como pudo. No tenía sentido decirle a Rangi que esperara. Una de ellas tenía que llegar a Hei-Ran antes de que Yun lo hiciera.

Pasaron junto a los nobles sorprendidos e indignados, muchos de los cuales querían abordar al Avatar por la desgarradora experiencia que habían vivido esta noche. Mientras se acercaban a la entrada del palacio, vio la salida del túnel de Yun. Ya había atravesado las puertas.

Salieron disparadas al pasillo, raspando pintura de las paredes y dejando senderos de humo en los pisos. Rangi la llevó a una sección del ala de invitados cerca de la galería de retratos que Kyoshi aún no había visitado, más sencilla que los aposentos del Avatar, pero aun profusamente decorada con adornos de la historia de la Nación del Fuego. Cuando llegaron a la habitación del final, Rangi trajo sus manos alrededor y abrió la puerta, casi sacándola de sus bisagras.

La fuerza de su entrada esparció un set de té por el suelo y envió las túnicas de Jinpa volando sobre su cabeza. Por el olor a harina tostada en el aire, había estado a punto de servir té a Atuat y a Hei-Ran al estilo Nómada Aire, utilizando ingredientes prestados de la cocina del palacio.

Atuat fue la primera en dejar de gritar de sorpresa.

—¿Qué les pasa a ustedes dos? — Dijo el médico—. ¡Pudieron habernos herido!

—¿Lo vieron? — Rangi dijo—. ¿Estuvo aquí?

—¿Ver a quién?

— *¡A Yun!* ¡Yun está aquí, en el palacio!

El nombre no encajaba para la doctora. Jinpa, una vez que sacó las capas volteadas de tela naranja y amarilla de su rostro, miró a Kyoshi, confundido de que el hombre sobre el que había estado escribiendo tantas cartas en el Reino Tierra estaba en la Nación del Fuego. Y Hei-Ran simplemente cerró los ojos para esperar.

Kyoshi y Rangi giraron para mirar hacia la puerta. Humeaba desde su entrada. El clamor de las campanas se podía escuchar, rebotando a través de los pasillos, señalando una intrusión.

Los segundos pasaron como caracoles de cricket. A Kyoshi se le ocurrió que si

LA SOMBRA DE Kyoshi

Yun no conocía el camino a la habitación de Hei-Ran, ciertamente le dejaron señales, un camino quemado y destrozado que conduciría directo a su objetivo. Pero el asalto nunca llegó. Escucharon un grito prolongado que sonaba como un pájaro siendo sacrificado torpemente. Rangi se agachó la oreja ante el sonido.

—Eso vino de la galería de retratos.

—Quédense aquí —dijo Kyoshi.

Se aventuró cuidadosamente en el pasillo en ruinas y camino tan silenciosamente como pudo a través del laberinto de pasillos, utilizando lo que podía recordar de las antigüedades exhibidas como puntos de referencia.

Llegó a la galería y fue recibida por la vista de Yun de pie en medio de la vasta sala, sosteniendo el cuerpo inerte de Lu Beifong por sus túnicas.

—El anciano tiene un par de pulmones encima —dijo Yun, cavando un dedo de su mano libre en su oreja.

Dejó caer a Lu al suelo con un ruido, el sonido de una cabeza rebotando contra una superficie dura arranco un estremecimiento de Kyoshi.

—Tome un camino equivocado —dijo Yun—. Me ganaste a Hei-Ran porque me equivoqué. ¿Puedes creerlo?

El rostro de Yun se distorsiono con una furia que Kyoshi nunca había visto en él, como si perder su camino en el palacio fuera una experiencia peor que cualquier otra que hubiera sufrido.

—He *estado* aquí antes. Muchas más veces que tú. Esa horrible habitación roja solía ser mía. Es curioso cómo funciona el destino, ¿No? Pero al menos obtuve un premio de consolación.

Pateó el cuerpo de Lu, doblándolo por el suelo. El líder de la familia Beifong había sido el *sifu* de Jianzhu, lo que significaba que era considerado también de Yun, por las reglas de la enseñanza del linaje y la deferencia.

—¿Sabías que, sin el respaldo del viejo forajido, Jianzhu nunca habría sido capaz de declararme el Avatar? — Dijo Yun, calmado por el acto de falta de respeto—. Lu fue en parte responsable de lo que nos pasó, a su manera. Terminar con él fue bueno, pero Hei-Ran será aún mejor.

No era él. No podría ser la misma persona. La cueva en la que había desaparecido había escupido un simulacro, un espíritu inhumano envuelto en la piel de Yun.

—¡Es la madre de Rangi! —Kyoshi lloró.

—Y Rangi es nuestra amiga. Esto tiene costos, Kyoshi. Creí que lo sabías. Después de Jianzhu, pensé que entendías el precio de la justicia.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Habló con tanta preocupación, como si estuviera consolando a una víctima de la inevitabilidad, a una persona atrapada antes de la inundación, el terremoto.

—Deberías llevarte a Rangi, para que no tenga que ver morir a su madre. Planeo terminar mi negocio en la Nación del Fuego antes del final del festival. Es su elección si ustedes dos están aquí para ello.

Kyoshi oyó pasos que retumbaban desde el otro extremo de la galería. El canciller Dairin había reunido a un contingente de guardias, bloqueando la salida lejana. Por la forma en que sus ojos se dirigían a las paredes, su primera prioridad era la seguridad de las pinturas, no el bienestar de nadie cerca de ellas.

Uno de los soldados dio un paso adelante para lanzar un aluvión de Puños de Fuego.

—¡No! — Dairin gritó, arrojándose sobre el brazo de la mujer—. ¡Sin llamas!

Yun quedó atrapado entre el Avatar y el guardia del palacio.

—¡Ríndete! — El capitán del escuadrón le gritó—. ¡Estás rodeado y no tienes nada para hacer Tierra Control!

Miró a Kyoshi una última vez antes de que en su rostro volviera de nuevo a la figura pública, el encantador, el director del circo. Levantó las manos para su nueva audiencia.

—De hecho, lo tengo.

Yun hizo señas con los dedos y en un lado de la galería, los Avatares de Fuego comenzaron a disolverse.

Las coronas de sus cabezas goteaban por las paredes, dejando detrás los claros respaldos de madera. Los colores brillantes de los retratos se desangraron de sus plantillas como cera lanzada sobre una hoguera y agrupadas en indistinguibles grupos de marrón rojizo que flotaban por el aire hacia las manos de Yun que esperaban.

—El pigmento en la pintura —explicó Yun—. Por lo general está hecho de rocas molidas.

—¡No! — Dairin gritó, sus miedos salieron a la luz de una manera que nunca podría haber imaginado—. *¡No no no!* — Los guardias detrás de él se congelaron, afligidos de horror por lo que estaban presenciando. Esto fue un asalto a algo más profundo que sus propias vidas.

Como si estuviera reforzado por su celebración, el poderoso Avatar Szeto se resistió más tiempo. Pero él también cayó, la pintura de su sombrero corriendo por su cara larga, fusionándose con los colores oscuros de sus hombros, luego su cintura, luego sus rodillas. Su gran sello de piedra se escabulló en el polvo de

LA SOMBRA DE Kyoshi

cinabrio, uniéndose a la creciente masa de pigmento flotando bajo el control de Yun. Un lado de la galería estaba ahora completamente en blanco. En lugar de los rostros sabios de sus Avatares, los retratos de los Señores del Fuego miraban una pared vacía.

Yun sostuvo el mejor trabajo de la Nación del Fuego en una mancha profana y turbulenta sobre su cabeza. Y luego, como un niño alegre al que se le permitió romper un frasco, lo arrojó al suelo. El pigmento explotó en una tormenta de perdigones endurecidos y fragmentos afilados y niebla cegadora.

Kyoshi logró proteger sus ojos antes de que los fragmentos voladores se incrustaran en sus antebrazos. Un trozo de pintura la golpeó con tanta fuerza en el abdomen que la tiró de espaldas y rompió un trozo de eslabones en su cota de malla y el metal brotó de ella como tripas derramadas. Sus jadeos sin viento no hicieron nada más que cubrir su boca con polvo rojo.

En el momento en que su visión borrosa se despejo y los vapores de la explosión de la pintura disminuyeron, Yun ya se había ido.

LA SOMBRA DE KYOSHI

CONSECUENCIAS

Las voces a su alrededor se fusionaron en un remolino de ruido indistinguible.

Kyoshi se arrastró hacia los gemidos de los heridos en el otro lado de la habitación, arrastrando senderos a través del polvo oscuro que cubría el suelo. Los guardias del palacio llevaban armadura, pero principalmente piezas ceremoniales. Vio caras laceradas, el revelador apretón de costillas rotas. Y esos fueron los afortunados, como ella. Algunos de ellos no se movían en absoluto.

El Canciller Dairin había estado completamente desprotegido. Encontró su cuerpo salpicado de pequeños agujeros, cada uno lleno de sangre. Trató de curar sus heridas con sus manos, pero no pudo cubrirlas todas. Ella no tenía agua para siquiera intentar curarlo.

Más guardias entraron por todos lados, gritando confundidos. Yun debió de haber escapado ya de su cerco. Kyoshi escuchó más de unos cuantos lamentos de angustia de los endurecidos combatientes por el daño a su cultura e historia.

—¡Fuera del camino! — Oyó a Atuat aullar—. ¡Denme espacio!

El médico de la Tribu del Agua se puso de rodillas junto a Kyoshi. En lugar de sacar agua de la piel en su cadera, empujo a los guardias caídos alrededor de Kyoshi con sus manos desnudas, examinando cada uno a su vez sólo por un breve momento antes de pasar al siguiente.

—¿Por qué no los ayudas? — Kyoshi gritó, sus manos todavía presionaban el torso de Dairin.

—Hay demasiados heridos. Tengo que evaluar quién puede ser salvado y quién no.

—¡El canciller se está muriendo!

Atuat echó un vistazo a Dairin.

—Ya se ha ido —dijo con tal neutralidad despectiva que hizo que Kyoshi pensara que estaba mirando al mismísimo Tieguai el Asesino—. No pierdas el tiempo con él.

Kyoshi había leído a la mujer completamente mal. Ella había asumido que el gran doctor lucharía por cada aliento de cada víctima. La amistad de Atuat con

LA SOMBRA DE Kyoshi

Hei-Ran había hecho que pareciera que sentir emociones por aquellos a quienes curaste era la clave de su salud. Pero aquí, ella estaba clínicamente priorizando, decidiendo destinos más rápido de lo que había elegido qué beber en la fiesta.

Kyoshi quitó sus manos del cuerpo inmóvil de Dairin, con sus túnicas pegadas a sus palmas por la sangre. Ella no sabía qué bendiciones daban los ciudadanos de la Nación del Fuego a los muertos. Ella esperaba que su disculpa susurrada al pobre hombre sirviera.

Atuat se quitó el odre de agua y se lo arrojó.

—Si conoces alguna curación, haz lo que puedas. Para los vivos—. El médico colocó sus manos sobre el pecho del guardia inconsciente que estaba examinando. El aire a su alrededor se enfrió lo suficiente, lo suficientemente frío como para que a Kyoshi le picara la carne.

—¿Qué estás haciendo? — Kyoshi preguntó, luchando contra un escalofrío.

—Bajando su temperatura—. Las sienes de Atuat palpitaron de concentración—. Retrasa todos los procesos del cuerpo, incluida la muerte. Pero si no me detengo en el momento exacto, sus fluidos se convertirán en hielo y destruirán sus propios órganos de adentro hacia afuera—. Después de unos escalofriantes movimientos de sus manos, se desplazó al siguiente guardia y comenzó el proceso de nuevo.

—Nunca he oído hablar de una técnica así —dijo Kyoshi. Congelar líquidos en sólidos era una habilidad básica de Agua Control. Incluso ella ya podía hacerlo. Pero nunca había considerado las sutilezas que se encuentran entre el agua y el hielo, ni las líneas borrosas entre los elementos dentro y fuera del cuerpo de una persona.

—Eso es porque requiere demasiada energía bruta para la mayoría de los Maestros Control. Y no dañar a nadie con tal poder requiere demasiado control. Mal uso de la técnica, aplicar la fuerza en el más mínimo exceso, y mata. ¿Así que tal vez debes callarte y dejar que me concentre?

Kyoshi tomó el agua de la piel y trabajó en quien pudo. Ella sabía sobre todo cómo detener el sangrado y hacer que las articulaciones volvieran a sus cavidades, y había suficientes llamadas en la habitación para sus habilidades simples. Mientras curaba las heridas superficiales y miraba la pared de Avatar de Fuego arruinada, un solo pensamiento golpeó su cabeza.

No era Yun el que había hecho esto. No podía ser. Si ella no estaba segura antes, la crueldad hacia Rangi y Hei-Ran, el vandalismo despiadado, la matanza casual de Lu y el Canciller Dairin lo habían dejado en claro.

Esta era obra del espíritu. La aparición que la había identificado como el Avatar y arrastrado a Yun a la oscuridad de una montaña se había apoderado de su mente. Nadie podía pasar por ese tipo de experiencia sin cambios. El Yun que conocía nunca sería tan cruel y destructivo.

Atuat terminó de enfriar a la última de las víctimas que consideraba salvables. Golpeó la pierna de un guardia cercano.

—Llévenlos a la sala del hospital, pero tengan cuidado —mandó—. En realidad, aún no están curados, pero sus cirujanos pueden empezar a trabajar en ellos ahora. Estaré allí para ayudar pronto.

Kyoshi sólo tenía una pregunta para la mujer.

—¿Puedes enseñarme esta técnica? — Salvar vidas, alejar a la gente del borde de la muerte, no hubo un uso más digno del control de los elementos en su opinión. Sólo la capacidad de mantener a alguien estable hasta que un médico de verdad llegara podría haber hecho tal diferencia en su pasado.

Atuat resopló con burla. Al principio Kyoshi pensó que podría haber menospreciado accidentalmente cuánto estudio tomó, pero resultó que Atuat lo veía desde un ángulo diferente.

—Cuando se trata de curar, *puedo* enseñarle a cualquiera cualquier cosa, en una fracción el tiempo del que normalmente toma —dijo—. Si tengo un estudiante de las cualidades adecuadas es un asunto diferente.

Se pusieron de pie, sólo para ver al líder del equipo de seguridad personal de Zoryu esperando al Avatar. La cara del hombre blindado se llenó de ira contenida y silenciosa, como si hubiera sido elegido a mano para representar la indignación de toda una nación. Sólo su deber le impidió estallar por las costuras.

—Podemos hablar de ello más tarde —murmuró Atuat a Kyoshi—. Creo que tienes asuntos más urgentes en este momento.

Kyoshi siguió al capitán de la guardia a través del palacio. Pasaron por un torrente de nobles furiosos que se dirigían en la dirección opuesta, una multitud que había sido recientemente despedida de una reunión insatisfactoria. Los cortesanos, que habían tenido tanto cuidado en su orden de expresiones durante la fiesta, murmuraron y se sisearon para sí mismos acerca de "nunca haber sido tan humillado" y "el niño siendo una desgracia para la corona". Algunos de los hombres y mujeres más lívidos llevaban la peonía alada, lo que significaba que

eran Keohso, el mismo clan que la madre de Zoryu.

El capitán se detuvo en un conjunto de enormes puertas de bronce e indicó que no se le permitía ir más lejos.

—¿Dónde están mis compañeros? — Preguntó Kyoshi—. ¿El teniente y la directora? — Tenía la sensación de que necesitaría la guía de los ciudadanos de la Nación del Fuego para lo que vendría después.

—Coordinando el encierro del palacio —fue la brusca respuesta. *Siendo útiles, a diferencia de ti*, fue el comentario silencioso adicional.

Kyoshi abrió las puertas, revelando la sala del trono, el mismo lugar donde el Señor del Fuego recibió su consejo de guerra. El techo de la gran sala estaba sostenido por cuatro imponentes pilares rojos con dragones de oro pintados girando alrededor de ellos hasta el cielo. En la parte de atrás, subiendo una serie de escalones estaba el trono de la Nación del Fuego, una plataforma plana y en bloque que habría dado poco consuelo al modelo. Un dragón esculpido gigante tejiendo a través de las espirales de su propio cuerpo se cernía sobre ella, amenazando con salir disparado de la pared. Supuso que, si se asomaba por debajo de la alfombra de seda roja que cubría todo el tercio medio del piso, podría encontrar aún más dragones mirando hacia atrás.

Un ministro rezagado la esquivo y pasó junto a ella, el último remanente de una audiencia que se había perdido. Era el hombre al que casi había golpeado con su abanico. Miró a Kyoshi y salió furioso, dejándola en la sala del trono con sólo otras dos personas. El Señor del Fuego y su hermano.

No era un buen momento para que entrara un extraño. Zoryu estaba pálido y encorvado, con los ojos medio cerrados como si la luz le estuviera causando dolor. Chaejin estaba a su lado, majestuoso y tranquilo. Un artista que capturara la escena podría fácilmente haber mezclado a los sujetos.

Esperó que Zoryu despidiera a Chaejin, pero la orden nunca llegó.

—¡¿Está vivo?! — Dijo el Señor del Fuego una vez que las puertas se cerraron—. ¿Yun estaba vivo, y ni un solo miembro de su país pensó en decírmelo? ¿Todos en el Reino Tierra decidieron ignorar este hecho juntos?

No sabía cuánta razón tenía. Y Kyoshi tenía la culpa más que cualquier Sabio de la Tierra. No pudo responder.

—¡¿Por qué él haría esto?! — El grito de Zoryu estaba dirigido tanto a los espíritus del cielo como a Kyoshi—. *¿Por qué?*

—Estaba atacando a la gente que le había hecho daño —susurró—. Lu Beifong, Hei-Ran, la gente que le dijo que era el Avatar—. La venganza sonaba

como una razón tan extraña, viniendo de sus labios, a pesar de que sabía exactamente la profundidad y la forma que podía tomar.

—Me informaron de lo que pasó en la galería —dijo Zoryu—. ¿Cuántos están muertos?

Kyoshi se obligó a recordar cuántos cuerpos Atuat hizo caso omiso en el suelo.

—Lu. Canciller Dairin. Dos guardias. Posiblemente más, dependiendo de si pasan la noche.

Zoryu se desplomó en la esquina de su trono. El acto lo hizo parecer un niño tratando de esconderse de ser llamado en un salón de clases. El manto de ser el Señor del Fuego era demasiado pesado para él en este momento.

—El canciller no se merecía esto —murmuró—. Ninguno de ellos lo merecía.

Chaejin reaccionó a la lista de bajas de manera muy diferente.

—Esto es terrible —dijo, frotándose la barbilla con movimientos exagerados—. ¿Un alto funcionario de la Nación del Fuego asesinado en el palacio? ¿Un dignatario extranjero bajo la hospitalidad del Señor del Fuego, asesinado? Por no hablar de la destrucción de nuestro patrimonio cultural y la humillación de toda la corte en el jardín. Las desgracias de nuestro país siguen aumentando. No puedo imaginar lo que pasaría si el intruso hubiera asesinado con éxito a la directora de la Real Academia.

Kyoshi notó que no contaba a los guardias caídos. Ya se había cansado de intentar jugar con el decoro.

—¿Qué estás haciendo aquí exactamente? — Espetó a Chaejin.

—Representar la voz de los sabios del fuego en respuesta a este atroz ataque a nuestra nación —respondió—. Y si puedo obtener una palabra por el clan Saowon también, entonces que así sea.

Chaejin bajó de las escaleras que conducían al trono. Probablemente no debería haber estado parado sobre ellas en primer lugar.

—Estaría mintiendo a mi Señor del Fuego si dijera que veo una salida a este desastre. Hemos sido gravemente deshonrados como pueblo. Hay llamamientos a represalias contra el Reino Tierra.

—El Reino Tierra—ella iba a decir que el Reino Tierra no era responsable, pero no podía terminar la frase—. El Reino Tierra no envió a Yun a dañar a tu país.

—Lo sé—. La bondad rezumaba de cada palabra de Chaejin—. Pasé los últimos veinte minutos asegurándole a la corte que nuestros amigos al otro lado del mar no tienen la culpa. Tomó un poco de trabajo, pero los he convencido.

LA SOMBRA DE Kyoshi

No tenía necesidad de mentir. Si todo lo que oyó esta noche era verdad, a Chaejin le benefició dirigir la ira de la corte hacia el Señor del Fuego, no contra una potencia extranjera.

Y debería haber sido Zoryu el que hiciera el trabajo diplomático. Kyoshi miró al Señor del Fuego, pero la presencia de Chaejin lo había comprimido en un hermano menor y nada más, incapaz de hablar sobre su hermano mayor. Los enfurecidos Keohso probablemente estaban enojados por Chaejin haciéndose cargo de la situación.

—Señor del Fuego, ¿Puedo hablar con su hermano a solas? —Preguntó. Acababa de llegar, pero estaba claro que no iba a obtener nada útil de Zoryu en este momento. Su cabeza se inclinó en una dirección imperceptible.

—Zoooryuuu —canturreo Chaejin, como si estuviera cantando a su hermano menor para dormir—. ¿Podemos ser despedidos?

Una ola débil. Bastante bien. Kyoshi se deslizó a través de las puertas pesadas y Chaejin se unió a ella fuera.

—Lamento que hayas tenido que ver eso —dijo Chaejin. Miró por el largo pasillo para confirmar que estaba vacío—. Mi hermanito no es el mejor bajo presión.

Kyoshi examinó su rostro.

—Todavía no puedo olvidar lo mucho que ustedes dos se parecen por no ser de la misma madre.

—Me han dicho que podría servir como su señuelo político. Todavía los tenemos aquí en la Nación del Fuego, ya sabes. El Ejército de Fuego vigila a los aldeanos al azar que se asemejan a figuras importantes. Sin embargo, no creo que ninguno de ellos haya sido puesto en servicio en el último siglo.

—Zoryu no me ha impresionado hasta ahora —dijo Kyoshi—. Tal vez él debe ser su señuelo en lugar de usted el suyo.

La frente de Chaejin se arqueó ante la implicación.

—En verdad, temo por él —dijo con cautela—. Si no puede llevar al perpetrador a la justicia rápidamente, los clanes ya no lo considerarán apto para ser Señor del Fuego.

—¿Qué pasaría entonces?

—Sería reemplazado—. Chaejin se detuvo para medir su reacción antes de continuar—. No tengo idea de con quién, fíjate. Pero ningún Señor del Fuego en la historia ha dejado el trono y ha vivido mucho tiempo después.

Kyoshi asintió lentamente.

LA SOMBRA DE KYOSHI

—¿Quién dice que eso no sería lo mejor? Nadie quiere cabos sueltos por ahí. Un solo gobernante popular sin oposición sería mucho mejor para la Nación del Fuego—. Ella se inclinó y le susurró al oído—. Sé lo que dije en la fiesta, pero en realidad, el Avatar trabaja con quien lleva la corona. No tiene que ser un débil como Zoryu.

Chaejin sonrió.

—Parece que puedo contar con tu respaldo en caso de que pase lo peor.

Eso parecía.

—Respóndeme esto —dijo Kyoshi—. Una vez que seas Señor del Fuego, ¿qué harás con las fortunas de tu país?

Su sonrisa vaciló.

—¿Perdón?

—¿Qué vas a *hacer?* Tú mismo me dijiste cuántos problemas tiene la Nación del Fuego. ¿Qué acciones tomarás para ayudar a tu gente?

Chaejin se encogió de hombros.

—Pensaré en algo. Estoy seguro de que una vez que un verdadero gobernante se siente en el trono, los problemas de nuestro pueblo se resolverán por sí mismos.

—Ya veo. Por lo tanto, serás mejor que tu hermano, y el orden natural de las cosas será restaurado por sí solo.

—¡Sí, exactamente! — Se deleitó por su comprensión—. Avatar, estoy corrigiendo un error. Este país es mío por derecho, no importa lo que mi padre haya torcido en la ley para declarar. Obtendré lo que se me debe, y si un poco de sangre debe fluir, entonces que así sea… eso…

Los restos de la sonrisa de Chaejin se desvanecieron. Sus ojos se estrecharon.

—Avatar, ¿Estás jugando conmigo en este momento?

—¿Jugando? No. Yo estaba formando una opinión—. La intriga judicial de la Nación del Fuego podría haber sido demasiado compleja para ella para navegar perfectamente, pero juzgar al personaje era más simple. En Chaejin vio a un hombre que quería el poder por su propio bien y estaba dispuesto a quemar su propio país para conseguirlo. Qué familiar.

Sabes qué hacer con esos hombres, se rio Lao Ge. Le molestaba muchísimo que pudiera imaginar sus susurros mejor de lo que podía escuchar las voces de sus vidas anteriores.

No iba a eliminar a un dignatario de una nación extranjera como su antiguo

LA SOMBRA DE KYOSHI

sifu podría haber querido. Pero ella iba a hacer todo lo que estuviera en su poder para evitar que un hombre miope y con derecho instigara una guerra civil para su propio beneficio. Era su deber como Avatar.

Chaejin sintió que su resolución se endurecía, del lado del que ella estaba bajando.

—Nada de lo que le he dicho se sostendrá sobre la corte, o en la corte. Denúnciame y sería tu palabra contra la mía. Eres el Avatar, pero eres un forastero.

—Lo sé. Voy a conseguir más de usted con el tiempo.

Frunció el ceño ante su franqueza.

—Recuerda mis palabras, el ataque al palacio conducirá a la caída de Zoryu si no tiene respuesta. Apoya a mi hermano si es necesario. Sólo retrasará lo inevitable. Ni siquiera el Avatar puede luchar contra la historia.

Kyoshi se volvió y caminó por el pasillo.

LA SOMBRA DE KYOSHI

—Tenemos un dicho en la Nación del Fuego —llamó Chaejin tras ella—. *El deshonor es como un pájaro en vuelo. Tiene que aterrizar en algún lugar.*

Era como ella esperaba entonces. La paz en la Nación del Fuego, proteger a Hei-Ran, todo giraba alrededor de un solo eje.

Yun.

EL RITUAL

Kyoshi flotaba en su gran cama en el océano rojo de los aposentos del Avatar. No podía decir cuántas veces había sido despertada durante toda la noche por sus sueños. Cada vez que sus ojos se abrían, miraba fijamente el techo pintado, su mente corría hasta que su visión se difuminaba en los patrones de remolino carmesí.

Ella estaba muy despierta y ya vestida cuando un sirviente vino a despertarla. Tampoco se sorprendió al oír que Rangi y Hei-Ran también estaban despiertas y esperando para hablar con ella.

El sirviente la guio a un balcón en una planta superior, con una pequeña mesa para el desayuno. La vista del amanecer estaba empañada por la pared gris que rodeaba el palacio, pero estaban lo suficientemente alto como para ver la luz asomándose sobre los bordes de la caldera. La capital de la Nación del Fuego que reside en un volcán inactivo era de conocimiento común, pero Kyoshi nunca había considerado cómo sería la vista desde dentro de la depresión hundida. Podría haber estado sentada en la palma de un gigante, con sus dedos de piedra amenazando con cerrarse a su alrededor.

Rangi y Hei-Ran ya estaban desayunando puré suave y verduras saladas. Las ardientes especias y aceites que habían untado en la comida de fiesta ahora yacían a un lado de la mesa en pequeñas ollas, para ser añadido al gusto. Incluso los ciudadanos de la Nación del Fuego se tomaron un descanso de los sabores picantes a primera hora de la mañana.

Kyoshi siempre se divirtió por la rapidez con que Rangi devoraba sus comidas, sus rasgos delicados en desacuerdo con su consumo voraz. Su madre no era diferente. Probablemente habían desarrollado un hábito en los barracones de comer lo más rápido posible para evitar perder el tiempo.

—Siéntate y come primero —dijo Hei-Ran a Kyoshi, señalando la comida con sus palillos—. Vamos a necesitar nuestra energía y escuché que tienes el hábito de saltarte las comidas.

Rangi vio cada bocado de Kyoshi, una nueva humillación provocada por los chismes de Jinpa. El Avatar ya no era de confianza para alimentarse

adecuadamente. *Voy a hacer que pagues por esto, monje,* Kyoshi pensó mientras masticaba y tragaba bajo el escrutinio de Rangi. *De alguna manera, algún día.*

Una vez que terminaron, Hei-Ran se inclinó hacia atrás en su silla y dejó que el silencio cayera sobre la mesa. Vio la luz extender su alcance a través de los jardines.

—Entonces —dijo ella—. Yun quiere matarme.

El sonido de los nudillos de Rangi apretándose se podía escuchar en la quietud de la mañana. Pero Hei-Ran lo declaró secamente, como si estuviera notando el color de sus servilletas. Un detalle en un informe oficial.

—Se escapó no sólo del palacio, sino de un cierre total de la caldera —continuó—. Todos los puertos de la capital han sido cerrados. Las festividades en La Ciudad del Puerto están en espera mientras la búsqueda continúa casa por casa. Sin embargo, todavía no hay suerte.

Kyoshi quedó impresionada y perturbada por la eficiencia con la que la Nación del Fuego podía llevar a cabo una cacería humana.

—Tal vez hay otro ángulo que podría ayudarnos a encontrarlo—. Ella les dijo su conclusión que había germinado en la galería y echado raíces plenamente de la noche a la mañana.

Había discutido la posibilidad con Rangi, pero Hei-Ran la estaba escuchando por primera vez.

—Crees que el espíritu que te identificó como el Avatar ha poseído a Yun —dijo Hei-Ran.

Kyoshi asintió.

—Jianzhu lo llamó 'Padre Glowworm'. Dijo que luchó con Kuruk en el pasado. Este espíritu podría estar controlándolo, o tal vez alteró su mente—. Se dio cuenta de que Rangi frunció el ceño profundamente, pero lo dejó pasar por ahora.

—Nunca he oído el nombre —dijo Hei-Ran—. Durante el tiempo que nuestro grupo pasó junto, las excursiones espirituales nunca fueron el foco de Kuruk, por decir lo menos.

Kyoshi deseaba que la gente dejara de bailar alrededor del mandato de Kuruk como el Avatar con eufemismos. Ella no vio lo que su predecesor había hecho para ganarse el favor.

—De vuelta en Yokoya desmonté las bibliotecas de Jianzhu, buscando menciones de un espíritu que se ajustaba a la descripción, pero no encontré nada. Esperaba que tuvieras algún recuerdo.

LA SOMBRA DE KYOSHI

—Mejor preguntarle al mismo Kuruk—. Kyoshi pensó que Hei-Ran la estaba ignorando hasta que recordó que se suponía que podía comunicarse con sus vidas pasadas. La declaración era literal.

Hubiera sido una tontería ocultar más sus problemas espirituales, así que apretó los dientes y confesó.

—No puedo —dijo—. No puedo llegar completamente a Kuruk o a ningún otro Avatar.

Para su sorpresa, no estaban molestas.

—Comunicarse con sus vidas pasadas es una de las hazañas más difíciles y complejas que un Avatar puede realizar —dijo Hei-Ran—. Se sabe que los métodos y experiencias exitosos varían entre generaciones. Yo no anunciaría tu problema, pero tampoco me golpearía a sí misma por ello.

Kyoshi estaba aliviada hasta los huesos. En un asunto con respecto a su Avatariedad rota y rocosa, al menos en un asunto, ella no tuvo la culpa. Qué diferencia hacia tener a alguien mayor *y* más sabio para darle consejos.

Hei-Ran miró por el borde del balcón y golpeó sus dedos contra la mesa.

—Tengo una idea —dijo—. Conozco a un amigo de Kuruk que pasó más tiempo con él después de que nuestro grupo original se separara. Solía ser un Sabio del Fuego que vive en la capital, pero en estos días mantiene un pequeño santuario en Chung-Ling del Norte. Es un experto en asuntos espirituales. Si alguien puede darnos respuestas, es él.

—¿Chung-Ling del Norte? — El nombre de la ciudad tenía algún significado que Rangi desaprobó—. ¿No podemos ir a los verdaderos Sabios del Fuego?

—Están en el bolsillo del clan Saowon —dijo Hei-Ran—. El Sumo Sabio es el tío abuelo materno de Chaejin. Pero mi contacto podría saber más sobre esta criatura Padre Glowworm, especialmente si tiene un vínculo con Kuruk. Si el Avatar luchó con éxito con él en el pasado, tal vez pueda ser derrotado de nuevo ahora.

La idea de que su predecesor fuera útil para Kyoshi era nueva, pero la llenó de esperanza. El amigo de Kuruk podría enseñarle cómo romper el hechizo bajo el que estaba Yun. Ella podría salvarlo. Esta era su ventaja, la que había estado perdiendo en el Reino Tierra.

—Tenemos que ir a Chung-Ling del Norte —dijo.

Rangi golpeó los puños en la mesa, haciendo que retumbaran los platos vacíos. La frustración que se acumulaba en su interior desde el comienzo de la discusión finalmente se había desbordado.

—¿Están ustedes dos escuchándose a sí mismas? — Gritó—. ¿El palacio fue atacado, y quieren ir en una persecución de un espíritu salvaje?

El optimismo de Kyoshi era demasiado frágil para soportar cualquier debate. Necesitaba a Rangi completamente detrás de ella, sin resistencias.

—¿De qué otra manera vamos a recuperar al viejo Yun? — Ella chasqueo.

—Kyoshi, mató a cuatro personas y profanó el palacio. Después de lo que hizo, ya no hay más 'viejo Yun'.

Ella no podía creerlo.

—¡Te estoy diciendo que está *poseído!*

La silla de Rangi chilló mientras se ponía de pie.

—¡Y hace un día, ni siquiera estabas segura de eso!

—Teniente —dijo Hei-Ran—. Contrólate.

—No, *madre*, no lo haré—. Su elección de palabras fue una réplica al uso del rango de Hei-Ran—. No voy a sentarme aquí tranquilamente y escucharte entretener a las salvajes conjeturas de Kyoshi sobre los espíritus en lugar de llegar a un plan defensivo para tu propia seguridad. Sé que ambas se sienten terrible por lo que le pasó a Yun. Yo también. Pero después de lo que todos vimos, sería totalmente tonto tratarlo como cualquier cosa, excepto como el peligro que es.

Sólo había una cantidad limitada de espacio en el balcón para que Rangi caminara de un lado a otro, pero ella lo hizo.

—Quiero decir, él no debería haber sido capaz de la mitad de las cosas que hizo anoche. Se infiltró en la capital, asesinó a Lu y frustró solo toda la fuerza de seguridad del palacio real. No tiene sentido. Yun es un diplomático y un talentoso Maestro Tierra, no una especie de asesino entrenado.

—Lo es —dijo Hei-Ran—. Es un asesino entrenado.

Rangi fue atrapada en medio del lanzamiento de la siguiente andada de su diatriba, con el dedo torcido hacia el cielo.

—¿Qué?

Tan metódicamente como si estuviera con armadura antes de una batalla, Hei-Ran se preparó. Tomó varias respiraciones profundas y controladas. Y luego le contó a Kyoshi y Rangi una historia sobre Yun que nunca habían oído antes.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Inmediatamente después de encontrar a Yun en Makapu, Jianzhu comenzó a preocuparse. El *daofei* y los políticos corruptos por igual se habían beneficiado enormemente de la ausencia del Avatar. La temprana muerte de Kuruk mostró lo desastroso que podría ser para el mundo si el ciclo se "renovara" en el momento equivocado. Yun necesitaba ser capaz de defenderse de los atentados contra su vida.

Su seguridad física no era la única preocupación de Jianzhu. La legitimidad del nuevo Avatar sería atacada con todos los trucos encubiertos en los libros. Yun y sus aliados inevitablemente sufrirían de calumnias, extorsión, robo de secretos. Tendría que mantener una vigilancia constante contra los intentos de desestabilizar su era del Avatar.

Los enemigos de Yun vendrían tras él como espías, sembradores del caos y asesinos. Y a los ojos de Jianzhu, no había mejor protección que asegurarse de que Yun poseyera esas mismas habilidades.

Ese había sido el papel del Maestro Amak en Yokoya, explicó Hei-Ran. El misterioso Maestro Agua había perfeccionado su oficio en los oscuros pasillos de Ba Sing Se, donde príncipes sonrientes asistían a fiestas juntos de día y libraban guerras ocultas de secretos y dagas entre sí por la noche. El Maestro Amak no sólo había entrenado a Yun para resistir el veneno, sino que también le enseñó a usarlo. El hermano de Atuat le había enseñado a eliminar a los enemigos a cuchillo y mano desnuda. Las lecciones se habían limitado a la teoría. Pero como en todos los temas salvo el Fuego Control, Yun había demostrado ser un estudiante talentoso.

Kyoshi trató de ligar lo que estaba escuchando con el chico que conocía. Yun había aborrecido la matanza de los Cuellos Amarillos por parte de Jianzhu, pero también había mencionado lo mucho que disfrutaba aprendiendo del Maestro Amak. Jianzhu debe haber estado trabajando lentamente en mover a Yun de lo abstracto a lo práctico. Quería otro sepulturero y estaba dispuesto a ser paciente para conseguirlo.

—Me hice de la vista gorda porque pensé que sería mejor para la protección del Avatar a largo plazo —dijo Hei-Ran—. *Siento mucho lo que le permití hacerle a Yun* —le dijo a Kyoshi. No se había referido al entrenamiento de Fuego Control.

Rangi estaba callada. Y tenía frío. No emanaba calor de su cuerpo. Su rostro era como hielo cubriendo un río, congelado hasta un espesor que enmascaraba lo que fluía por debajo.

Despreciaba a los asesinos. Cuando fue empujada al borde del abismo, Rangi había permitido que el Avatar trabajara con forajidos, pero no había mundo donde comprometiera su moral y su honor como su madre.

—Un espíritu no transformó a Yun en un monstruo —le susurró a Hei-Ran—. Ustedes lo hicieron.

—Lo siento—

Rangi agarró la mesa por sus esquinas. Se puso de pie, los músculos de la espalda se tensaron mientras levantaba el pesado mueble, platos y tazas que se deslizaban sobre la superficie lacada, y arrojo todo el escenario sobre el borde del balcón.

El aire de la mañana era pesado antes del accidente. En el momento en que la mesa golpeó el suelo de abajo, y los sonidos de la madera gimiendo y la porcelana salpicando como gotas de lluvia llegaron a ellas, Rangi ya se estaba yendo. Hei-Ran no se movió para detener a su hija. Se sentó frente a Kyoshi como si esto fuera una ocurrencia normal, un arrebato estándar.

Sin nada entre sus sillas para ocupar el espacio, Kyoshi se sintió sobreexpuesta.

—¿Alguien está herido? — Hei-Ran preguntó con calma. Kyoshi miró por encima de la barandilla y negó con la cabeza.

Hei-Ran apuntó con la barbilla a la puerta que Rangi había desaparecido.

—Debes ir a hablar con ella. Puede que seas la única persona que puede hacerlo en este momento.

—Necesito que me confirmes algo primero.

Hei-Ran leyó la tensión en el ceño fruncido del Avatar.

—Kelsang no lo sabía. Nos esforzamos mucho para ocultarle esos asuntos. Se habría enfrentado al resto de nosotros antes si se hubiera enterado.

Kyoshi estaba agradecida de oírlo. Pero no estaba de humor para perdonar.

—Y entonces tal vez el resto de ustedes lo habrían matado antes también.

No se molestó en buscar una reacción en los ojos de la mujer mayor, para ver si había herido con éxito al último miembro vivo de los compañeros de Avatar Kuruk. Se levantó para ir a buscar a Rangi.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Kyoshi se topó con Jinpa primero. Ya sabía que había una situación delicada.

—La señorita Rangi está en los establos —dijo—. Estaba cepillando a Yingyong cuando ella entró y se ofreció a ayudar. Ella, uh, parecía que necesitaba estar sola, así que deje que se hiciera cargo.

—Ella te dijo que te perdieras, ¿No?

Jinpa se encogió de hombros.

—Sali de allí antes de que mis túnicas empezaran a humear. Sólo asegúrate de que no tire del pelaje de mi bisonte cepillándolo con demasiada fuerza.

Kyoshi siguió sus indicaciones por los pasillos del palacio hasta que llegó a otra salida orientada al jardín. Revelaba una casa comunal independiente que olía a heno recién cortado. Un grupo de mozos de cuadra permanecía inactivo a cierta distancia del edificio, confundidos acerca de qué hacer con sus manos. Kyoshi sabía que les habían ordenado irse. Donde estaban marcaba el borde del radio de explosión de Rangi.

Ella fue al corral más grande y vio a Yingyong, su esponjoso bulto ocupando la mayor parte de la habitación del interior. Su silla colgaba de su espalda en un ángulo y sólo un lado de su piel estaba lisa y plana. Le gruñó a Kyoshi como si preguntara: *¿Alguien va a terminar el trabajo?*

El sonido de sollozo delató la ubicación de Rangi. La encontró por la segunda y tercera pierna derecha de Yingyong, sentada en el piso de heno, encogida en una bola. Los instintos de Kyoshi eran inclinarse y envolver a la chica más pequeña en sus brazos.

—¿Por qué no lo detuviste? — El tipo de agudeza en el tono de Rangi rara vez estaba dirigido a Kyoshi, pero ahora estaba fuera con toda su fuerza.

—¿A quién? ¿A Jianzhu?

—¡A Yun! — Rangi miró hacia arriba, con los ojos rojos—. ¡Vi lo cerca que estuviste de él en la fiesta y no hiciste nada!

Kyoshi sabía que sólo estaba arremetiendo por la ira, pero aun así no fue un golpe justo.

—¿¡Nada!? ¡Estaba de pie en medio de una multitud de rehenes!

—¡Así que saludaste con tus abanicos; buen intento! ¡Tú eres el Avatar, Kyoshi! ¿Se te ocurrió hacer algún tipo de *control de elementos?* ¡Tuviste tantas oportunidades de dejarlo caer por la fuerza y no las tomaste!

—Yo— Ella no tuvo respuesta por qué no trató de luchar contra Yun con agua o aire. Lastimarlo con los elementos, como ella le había hecho por reflejo a tantos hombres *daofei* y hombres hacha, no se le había ocurrido. Mirando hacia atrás,

incluso sus golpes con sus abanicos habían sido lentos y vacilantes.

La vergüenza dentro de Kyoshi se convirtió en algo hiriente.

—¿Qué debería haber hecho entonces? ¿Matarlo a sangre fría como hice con Xu Ping An? ¿Derribarlo como un animal rabioso? ¡Es nuestro amigo!

—¡Bueno, me alegro de que todavía tengas espacio para debatir! —Rangi gritó—. ¡Ya no puedo decidir cómo me siento acerca de Yun! ¡Me quitó esa decisión! ¿Y si *te hace daño,* Kyoshi? ¿Y si nos ataca de nuevo y tu dudas y él *te hace daño?*

Kyoshi golpeó la pared sobre la cabeza de Rangi.

—*¡No lo haría!*

El polvo goteaba del techo, atrapando los rayos del sol que se asomaban al establo. Desde donde estaba sentada, la voz de Rangi se volvió cada vez más pequeña.

—Tienes un agujero en tus túnicas que dice lo contrario. Si te hubiera convencido de que no usaras tu armadura, estaríamos en un lugar muy diferente ahora mismo. Tu estarías gravemente herida o peor, y habría sido mi culpa—. Bajó los ojos y se enroscó las rodillas más cerca—. No podría vivir con eso, como tampoco podría vivir con la pérdida de mi madre de nuevo. Acabo de recuperarlas a los dos.

Kyoshi se desplomó el suelo a su lado.

—Rangi, te lo juro, haré lo que sea necesario con Yun. No dejaré que haga daño a nadie más, mucho menos a tu madre.

Rangi examinó cada centímetro de la cara de Kyoshi, buscando sinceridad. Ella limpió la creciente humedad de sus propios ojos antes de que se convirtieran en lágrimas.

—Cuando abrió los ojos en el hospital de Atuat, empecé a esperar que el pasado terminara con nosotras —dijo Rangi—. Pensé que podríamos empezar a avanzar, cómo el calendario tradicional de Avatar cuenta los días. ¿Sabías que técnicamente es el seis mil cuatrocientos cincuenta y cuarto día de la Era de Kyoshi?

Contar los días en los que cayeron en la vida de un Avatar era un método formal y arcaico de cronometraje. Fue utilizado principalmente por historiadores o se presentó durante ciertas ceremonias espirituales.

—No se siente así —murmuró Kyoshi. No parecía que su Avatariedad hubiera comenzado legítimamente. Se sentaron allí durante mucho tiempo, sin decir nada. Deseando que las cosas fueran diferentes.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Kyoshi rompió el silencio.

—Tiraste una mesa desde el balcón.

Rangi se rio, un ruido estrangulado de liberación.

—Estoy en graves problemas. Podría haber matado a alguien. En el palacio real nada menos. ¿Y si el Señor del Fuego hubiera estado caminando por debajo de nosotros?

—Ya no tengo el título de la peor falta de modales en las Cuatro Naciones —dijo Kyoshi—. Y nunca, jamás voy a dejar que lo olvides.

Rangi se acercó y tomó su mano. Las cicatrices rojas viajaron por la muñeca de Kyoshi en patrones ondulados y ramificados como las venas de una hoja de palma, una muestra de cuando había luchado contra el relámpago.

—¿Mientras vivas? — Rangi preguntó solemnemente.

Kyoshi sonrió y asintió con la asunción.

—Mientras viva.

Rangi presiono sus labios contra la piel curada en los nudillos de Kyoshi. El beso selló la promesa de darse siempre un mal rato la una a la otra por el resto de sus días. Si Kyoshi tenía algún anhelo por el pasado, fue por esos momentos más simples cuando ella era el dolor de cabeza más grande y único de Rangi.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—Avatar, teniente, ¿Están ahí? — Zoryu llamó desde afuera—. Pido su presencia con respecto a cierto asunto.

La cabeza de Rangi se disparó desde el hombro de Kyoshi. Se miraron con creciente pánico. Tal vez había sido una mesa históricamente importante.

Pasaron por encima de Yingyong fuera del corral. Los asistentes habían sido despedidos. El Señor del Fuego las esperaba, vestido con una versión más ligera de traje de mañana de sus túnicas. Kyoshi se preguntó si le tomó tanto tiempo ponerse su ropa como a ella le tomaba ponerse su cota de malla.

—No me comporte bien anoche, inmediatamente después del incidente—, les dijo Zoryu. Luchó contra el impulso de mirar las puntas puntiagudas y rizadas de sus zapatos en lugar de mantener el contacto visual—. Debería haber tomado el mando de la situación. Debí haber sido yo quien hablara contigo en lugar de Chaejin. Lo juro, cuando se trata de mi hermano, siento que mi ingenio me abandona. Ciertas personas… te convierten en lo que eras antes.

Zoryu tenía sus defectos, pero era un gobernante que se preocupaba por su

nación. Con la ayuda de Kyoshi podría crecer hasta su corona.

—No necesitas disculparte —dijo.

—Bien, porque aparentemente a los fuertes Señores del Fuego no se les permite—. Suspiró—. He estado hablando con mis asesores y la situación sigue siendo terrible. La única oportunidad que tengo de evitar que la corte se vuelva contra mí es aprehender a Yun.

—Entonces queremos lo mismo —dijo Kyoshi—. Lo encontraré por los dos.

—Gracias, Avatar—. Se mordió el labio—. Sin embargo, esa no es la única razón por la que estoy aquí.

Se hizo a un lado para revelar a Hei-Ran de pie detrás de él, con Atuat a su lado. Las dos mujeres tenían sus espaldas rígidas, como si la ceremonia de repente hubiera invadido sus cabezas de nuevo.

—¿Qué significa esto? — Rangi dijo. Reconoció algo que no le gustaba en la postura de su madre.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—Atuat es mi segundo, y el Señor del Fuego es mi primer testigo —dijo Hei-Ran. Sin su bastón, lentamente, con cuidado, se hundió hasta las rodillas en la hierba. Ella movió sus manos delante de ella y desenredó un cuchillo afilado.

—¡No! — Rangi comenzó a avanzar—. ¡Madre, no!

Hei-Ran inmovilizó a su hija en su lugar con una mirada.

—Después de lo que he hecho, ¿Protestarías? Consistencia, teniente. Nadie puede escapar de las consecuencias de sus acciones. Esto tardó mucho tiempo en llegar.

Ella agarró su moño con una mano y colocó el borde del cuchillo en él con cuidado.

—Por no reconocer al verdadero Avatar —dijo, sosteniendo la mirada de Kyoshi—. Por no proteger a mi amigo Kelsang.

Hei-Ran miró al Señor del Fuego.

—Por dejar que mi antiguo alumno deshonrara a nuestra nación.

Y finalmente, Rangi.

—Por no ser digna de la estima de mi hija—. Con una rápida caricia Hei-Ran se cortó el manojo de pelo y lo tiró al suelo delante de ella. Sus mechones de seda oscura, salados con hebras grises, se hinchaban en su rostro y su cuello.

Rangi se estremeció mientras Atuat recogía cuidadosamente el moño cortado y doblaba un pañuelo de seda limpio a su alrededor. Había perdido su propio cabello, una vez, pero eso se debió a las tácticas de un enemigo, muy lejos en el Reino Tierra. Lamentable y traumático, pero más parecido a una lesión de guerra.

Hei-Ran había reconocido su deshonra personal en el corazón palpitante de su propio país, frente al Señor del Fuego.

—Ya está hecho —le dijo a Rangi con una sonrisa triste—. Ahora tienes el honor de esta familia en tus manos. Lo cuidaras mucho mejor que yo.

Con unos pocos movimientos más del cuchillo, Hei-Ran recortó el resto de su cabello para que coincidiera son las puntas cortadas, haciéndolo sorprendentemente corto, pero de alguna manera todavía enmarcando su hermoso rostro. Para esta familia, hacer las cosas de manera limpia y apropiada se aplicaba a todo, incluyendo rituales de máxima humildad.

Atuat tomó el cuchillo de Hei-Ran y la ayudó a levantarse. En cierto modo, el médico hizo el segundo lugar ideal. Haría lo que su amiga le pidiera, sin la vacilación que un noble de la Nación del Fuego podría tener al ver a una de sus figuras más ilustres caer de la gracia.

Rangi, por otro lado, estaba apopléjica. Le habían robado su impulso justo, le habían robado los bolsillos. No había nada que pudiera decir más a su madre con ira.

Hei-Ran dejó que su hija se agitara y echara humo otro minuto más antes de decidir que habían perdido suficiente tiempo. Dejar que los testigos expresaran su opinión, incluso los miembros de la familia, no parecía ser parte del ritual de cortar el moño.

—Muy bien, entonces. Chung-Ling del Norte—. Ella miró dentro del establo a Yingyong—. Veo que no han ensillado el bisonte correctamente. Cinco personas harán que el piso se mueva.

—¿Qué quieres decir con cinco personas? — Rangi logró decir—. ¿Qué quieres decir con Chung-Ling del Norte? No acordamos ir allí.

—Estabas molesta de que no estuviéramos discutiendo un plan para mi seguridad antes —dijo Hei-Ran—. Bueno, el procedimiento operativo estándar después de que un objetivo sea atacado es mover su ubicación. Deberías saberlo bien; así es como protegiste al Avatar de Jianzhu.

Hey-Ran se volvió hacia todos.

—Nos vamos a esconder en Chung-Ling del Norte —declaró—. Mientras estamos allí, Kyoshi puede hacer contacto con el amigo de Kuruk para dar seguimiento a cualquier pista espiritual para encontrar a Yun. Matará a dos serpientes arañas de un tiro. ¡Hermano Jinpa! ¿Has terminado de reunir los suministros?

Jinpa se tambaleó a la vuelta de la esquina, cajas y bolsas de arpillera apiladas

en lo alto de sus brazos.

—Si, directora. Podemos estar en el aire en quince minutos.

Hei-Ran había comandado al asistente de Kyoshi de la misma manera que Rangi. Rangi miró a Jinpa, furiosa por su traición. Simplemente se encogió de hombros como para decir que *el Maestro Fuego más aterrador gana* antes de meterse en el corral junto a su bisonte.

—¡No hemos discutido nuestras opciones! — Rangi dijo—. ¡Debemos tener en cuenta tu condición!

—Estará bien —dijo Atuat con un incómodo gesto arrogante de su mano—. El aire fresco y el movimiento serán mejores para su salud que encerrarla en el palacio. Ella sobrevivió al viaje a casa, ¿No?

—Pero— pero— Rangi miró a Kyoshi en busca de refuerzos. Parecía que quería evitar un vuelo con su madre a toda costa.

—¡Pero nada! — Hei-Ran dijo antes de que el Avatar pudiera intervenir—. Puede que no tenga rango ahora, jovencita, ¡Pero sigues siendo mi hija! ¡Te estoy diciendo que vamos a este viaje, y no quiero escuchar más quejas saliendo de tu boca! ¡Ahora cállate!

¿Jovencita? Kyoshi había visto a la directora dar órdenes a la teniente antes, pero esta era una especie de relación nueva y aterradora que había sido desencadenada. La boca de Rangi se curvó en una forma que Kyoshi no sabía que podía lograr.

—¡Oficialmente soy el compañero del Avatar! — Atuat gritó, lanzando sus puños en el aire. El ruido repentino sorprendió a Yingyong y estuvo a punto de aplastar a Jinpa contra un lado del corral—. ¡Voy a conseguir una de esas pinturas de tinta de lujo de nosotros para la posteridad!

Hei-Ran ya estaba inspeccionando las secciones del pelaje de Yingyong en las que Rangi había trabajado.

—¿Llamas a esto cepillar? — Dijo, dirigiendo su desaprobación a su hija—. Parece que usaste un cepillo de cuerpo en lugar de un cepillo elegante. Tendrá que ser rehecho. Todo eso.

—¿Alguien me ayuda? — Jinpa suplicó desde el otro lado, con la voz silenciada por la piel de su propio bisonte.

Zoryu observó el proceso, presa del horror y la consternación.

—Iba a dar un gran discurso sobre cómo el destino de mi nación descansa sobre los hombros de este grupo —dijo a Kyoshi.

Una bolsa se abrió, esparciendo grano por todas partes. Yingyong rugió de

LA SOMBRA DE Kyoshi

alegría y comenzó a lamerlo, casi derribando a Atuat con su lengua.

—Vamos a tener, uh, cuidado —dijo Kyoshi.

Rangi y los demás tuvieron que volver al palacio por algunas cosas más. Hei-Ran acorraló a Kyoshi mientras enderezaba la manta de Yingyong. Las dos estaban solas en el corral.

—No es suficiente, y lo sabes —dijo la mujer mayor en voz baja.

Kyoshi mantuvo sus ojos en su trabajo.

—¿No lo es?

—Mi cabello, mi honor, no son suficientes para equilibrar la escala—. Hei-Ran movió sus manos a lo largo de la silla de montar para que pareciera que estaban hablando de otra cosa, algo trivial—. No hay escapatoria del pasado. Yun es el pecado de mi generación, regresa para atormentarnos. De una forma u otra, me alcanzará.

Ella apretó una de las hebillas más fuerte.

—Rangi puede ver este viaje como un viaje para mi protección. Tú lo ves como una búsqueda de pistas. Pero desde mi perspectiva, estamos atrayendo a Yun lejos del palacio, al aire libre. Vengo con ustedes para actuar como cebo.

Kyoshi comenzó a protestar, pero Hei-Ran no toleraría ninguna discusión.

—Me usarás para atraer a Yun. Dejarás que me mate si es que tienes que hacerlo. No creo que tengas una buena oportunidad de capturarlo sin un sacrificio.

—Rangi nunca lo permitiría—

—Es por eso por lo que estoy hablando contigo en este momento, y no con ella. La estabilidad de la Nación del Fuego es más importante que mi vida—. Ella hizo un gesto en su pelo acortado—. La otra razón por la que me corté el moño es para que no haya más desgracias en el país si me mata. Una persona sin honor no necesita ser vengada. Puedo soportar cualquier insulto, porque no hay más persona para insultar.

Hei-Ran era tan uniforme y firme como la tierra en la que se encontraban.

—En lo que a mí respecta, no merezco escapar de la ira de Yun más de lo que Jianzhu merecía escapar de la tuya. Mi muerte podría cerrar los libros de esta pesadilla. Una ventaja que aceptaría sin dudar.

LA SOMBRA DE Kyoshi

El trabajo falso llegó a sus límites, y se volvieron hacia los demás.

—Mi hija nunca me escucharía sobre tales asuntos —dijo Hei-Ran—. Pero puedo confiar en ti para hacer lo que hay que hacer. ¿Verdad, Kyoshi?

Atrapada entre dos miembros de la familia, Kyoshi no sabía qué decir. Por el bien de Rangi ella debería haber rechazado a Hei-Ran inmediatamente. Pero la escalofriante lógica de la directora era brutal y elegante al mismo tiempo. A Kyoshi le asombró la facilidad con la que Hei-Ran se le ocurrió el cambio.

Hei-Ran tomó su silencio por una respuesta y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Buena niña.

LA SOMBRA DE
KYOSHI

EL SABIO DEL FUEGO

Viajar sobre el Reino Tierra significaba cruzar vastas cadenas montañosas, lagos del tamaño de océanos, desiertos que amenazaban con tragarse sus rasgos circundantes. Kyoshi estaba acostumbrada a pasar grandes franjas de tiempo en la espalda de un bisonte, viendo el paisaje crecer y encogerse mientras volaba de una ciudad a otra.

Viajar a través de la Nación del Fuego fue un paseo rápido en comparación. Llegar a su destino en la isla de Shuhon, la siguiente masa terrestre de la capital, se sintió como voltear un pedazo de bordado de doble cara para ver lo que había en la parte posterior. Chung-Ling del Norte yacía enclavado dentro de los brazos envolventes de roca volcánica, una pequeña brecha en la formación que le daba acceso al mar.

Encontraron un afloramiento en la ladera boscosa donde Yingyong podía quedarse, en lugar de ser forzado a entrar en corrales que no estaban construidos para adaptarse a él. A pesar del corto viaje, Rangi se derramó fuera de la silla de montar, un desastre desigual.

—Tu selección de zona de aterrizaje necesita trabajo —dijo Hei-Ran, persiguiéndola sin piedad.

—No necesita trabajo —murmuró Rangi.

—¡Jovencita, he estado viajando con el Avatar en bisontes desde antes de que nacieras! Cuento dos enfoques a favor del viento y forraje insuficiente. ¿Quieres que el pobre Yingyong se sorprenda con los ladrones? ¿O que muera de hambre?

—¡No vamos a estar aquí tanto tiempo!

—¡Tú no sabes eso! ¿La preparación ya no prevalece? ¿Necesitamos derribar el letrero de la puerta en la academia?

Había sido así todo el vuelo. Kyoshi tomó Rangi de la mano antes de que estallara en llamas.

—¿Por qué no, uh, exploramos por delante? — Ella la arrastró lejos del grupo, por el sendero que conduce al asentamiento. Jinpa y Atuat se quedaron atrás, caminando al ritmo de Hei-Ran. Habían estado en su mayoría tranquilos durante

todo el viaje, sin atreverse a meterse entre cualquier argumento familiar.

—Viajar con mi madre es lo peor —se enfureció Rangi una vez que tuvieron cierta distancia—. Es como tener doce años de nuevo.

—¿Cómo se las arreglaron para ir juntas al Polo Norte?

—¡Ella estaba *en coma!* — Rangi dijo, sorprendiendo a Kyoshi por su ligereza—. ¡Tenerla constantemente en mi oído, en una misión con el Avatar nada menos, es una historia completamente diferente!

No era la reacción que Rangi estaba buscando, pero Kyoshi se hinchó con una repentina felicidad. Ella no pudo evitarlo. Rangi actuando tan completamente normal tiró una cuerda conectada directamente a su corazón. Siempre lo haría.

En un capricho, tomó Rangi por la cintura y la hizo girar. Nadie estaba allí para regañarlas por tocarla inapropiadamente. Rangi se rio a pesar de sí misma y trató de golpearla, pero no pudo llegar tan lejos.

—¡Basta! ¡Me estás avergonzando!

—¡Ese es el punto!

LA SOMBRA DE KYOSHI

La mayoría de las ciudades del Reino Tierra en buen estado y reputación eran cuadradas, creadas para ser sencillas y rígidamente cuadrúpedas de la manera poco imaginativa pero suficiente del Reino Tierra. Sin embargo, cuando los asentamientos se vieron obligados a entrar en parcelas circulares de tierra, Kyoshi estaba acostumbrada a ver ciudades que se arreglaban en anillos, imitando a Ba Sing Se. El diseño deliberadamente hizo que fuera fácil ver quién era rico y quién no.

Pero dentro de su caldera, los residentes de Chung-Ling del Norte habían optado por construir en cuñas. Casas y puestos de mercado se dirigían hacia el centro, separadas por calles que se asemejaban a los radios de una rueda. Sin Maestros Tierra para levantar muros y techos, los edificios habían sido tallados con troncos arrastrados desde las laderas de la montaña. La humedad implacable deformó gran parte de la construcción de la madera, haciendo que la ciudad se inclinara un poco y fuera confusa a la vista.

Y nadie era rico. No en el camino de las capitales de la Nación del Fuego y del Reino Tierra, o ciudades autosuficientes como Omashu y Gaoling. Mientras caminaban por las afueras, pasando por los guardabosques demacrados, vendedores ambulantes que vendían herramientas oxidadas, mirando a las madres

sosteniendo a los niños en sus caderas, Kyoshi reconoció los mismos síntomas en Chung-Ling del Norte que en Yokoya. Tratar de escarbar contra el suelo inflexible desgastaba a una persona de una manera particular.

Kyoshi se dio cuenta de que la prosperidad de la Nación del Fuego que otros países a veces envidiaban era un truco escénico. Ya fuera intencional o no, la capital asumió la mayor parte de lo que los forasteros imaginaban como "la Nación del Fuego", debido a su tamaño más pequeño en comparación con el Reino Tierra. Y la capital siempre se vería bien como un punto de orgullo, ocultando debilidades, nunca faltando para nada.

—Hagamos un reconocimiento y exploremos el recinto ferial —dijo Hei-Ran—. El hombre que buscamos se llama Nyahitha. Es de la tribu Bhanti, aunque prefiere no darlo a conocer. Por respeto debemos fingir ignorancia de sus antecedentes.

—¿Quiénes son la tribu Bhanti? —preguntó Kyoshi.

—Exactamente —dijo Hei-Ran, dándole una mirada aguda.

Caminaron más hacia el interior de la ciudad, en dirección al mar. La irritación de Rangi creció con cada paso. Un extraño podría haber asumido que la chica de aspecto altivo estaba subiendo la nariz ante las dificultades de la gente común en exhibición, pero Kyoshi la conocía mejor que eso.

—¿Cuál es tu problema con este lugar? —susurró—. Has estado en contra de venir aquí desde el principio.

—Es una ciudad de carnaval —murmuró Rangi—. Una sala de juego glorificada. Chung-Ling del Norte solía ser conocido como un lugar donde las experiencias espirituales eran comunes y cualquiera podía ver una visión del otro mundo, no sólo de los iluminados. Pero en lugar de mantener su terreno sagrado, el pueblo saco provecho de su reputación. La gente viene aquí para pagar un 'encuentro espiritual', y una vez que se aburren de eso, entretenimiento barato.

Kyoshi no sabía que existían tales opciones. Si pudiera pagar para hablar con Yangchen, lo haría. Vaciaría cualquiera de los numerosos relatos que Jianzhu le había legado.

—No es real —dijo Rangi, sabiendo exactamente lo que Kyoshi estaba pensando—. Las historias de éxito son de turistas que no están dispuestos a admitir que desperdiciaron su dinero. Y mancha la naturaleza misma de los espíritus. Si yo fuera el Avatar y la única manera de dar un salto profundo fuera engrasar la palma de un médium escénico, enterraría mi cabeza avergonzada.

Tendrían que estar de acuerdo en no estar de acuerdo en ese frente. Rangi

caminó con dificultad unos pasos, antes de que su expresión se ablandara.

—Sin embargo, la ciudad no debería estar tan deteriorada —dijo—. Debe haber habido tantos problemas con las cosechas como dijo el Señor Zoryu. Es tan malo como—

—¿Como el Reino Tierra? —Kyoshi dijo, levantando una ceja.

—Sí, Kyoshi —dijo Rangi, tan inquebrantable como siempre—. Tan malo como algunos lugares en los que hemos estado en el Reino Tierra—. Pateó el polvo—. Ya no sé lo que está pasando en mi propio país. Tal vez he estado fuera demasiado tiempo. Me siento como un forastero.

Kyoshi miró hacia arriba en los segundos pisos de los edificios y leyó la señalización desgastada que colgaba de las ventanas. Había un número desproporcionado de posadas para una ciudad de este tamaño, lo que tenía sentido si muchos visitantes iban y venían. Pero también había estandartes frescos cubiertos de postes y toldos, mostrando peonías aladas, el sello del clan al que pertenecía la madre de Zoryu. Su estado prístino hizo que Kyoshi pensara en edredones que pasaban la mayor parte del año en el armario, utilizadas sólo en ocasiones especiales.

—¿Es este territorio del clan Keohso? —preguntó Rangi.

—Los Keohso tradicionalmente tienen la influencia más fuerte en la isla de Shuhon, sí —dijo Rangi—. Aunque muchas de esas banderas son locales que intentan ganar negocios. Apuesto a que tienen una pancarta para cada clan importante escondido en algún lugar, esperando ser utilizado.

—Sabes, nunca he preguntado de qué clan eres—. Durante todo el tiempo que se conocieron, Kyoshi no había aprendido un hecho tan básico sobre su amiga.

Rangi se rio. Había una aspereza en el sonido.

—Sei'naka. Nuestro símbolo es una piedra de afilar estilizada. Venimos de una pequeña isla al sur de la capital. A veces no se incluye en los mapas hechos en el Reino Tierra.

Ella deliberadamente dejó un ritmo áspero en su acento para que Kyoshi supiera lo grande que era la distancia social del palacio real, si no física.

—No tiene recursos de los que hablar, por lo que mi clan exporta el talento y las habilidades de sus miembros. Somos maestros, guardaespaldas y soldados porque tenemos poco más en lo que recaer. Si no somos los mejores en lo que hacemos, entonces no somos nada.

Nada. La palabra resonó con amargura y temor en la garganta de Rangi, y a través de ella Kyoshi vio más profundamente que nunca en los fuegos de su chica

LA SOMBRA DE Kyoshi

brillante.

Fue el miedo a no ser nada lo que puso el acero en las palabras y acciones de Rangi. La hizo reacia a comprometerse, excepto, aparentemente, en la forma en que hablaba, a pesar de que Kyoshi peleaba a puñetazos con cualquiera que pensara que había *alguna* parte de Rangi que justificara el esconderse. Eso explicó la tensión entre ella y su madre, dos perfeccionistas bajo la misma presión, encerradas en la misma jaula.

—Me gustaría ver tu casa —dijo Kyoshi—. Tu propia pequeña isla. Suena encantadora

Rangi sonrió tristemente.

—Iba a llevarte allí durante las festividades, pero luego sucedió esto.

Kyoshi froto el dorso de sus manos.

—Algún día —dijo.

Desaceleraron para que el resto del grupo pudiera alcanzarlas, caminando como cinco el resto del camino. El pueblo se separó para dejar entrar la vista del mar. Entre la caldera y la orilla, el recinto ferial de Chung-Ling del Norte se extendió sobre la arena compacta. No había ninguna disposición ordenada para las tiendas y puestos de colores brillantes. Hicieron un bosque de diversiones para perderse. A juzgar por las señales de juegos, apuestas, comida y licores caros, se necesitaría un rastro pesado de dinero para navegar por el laberinto.

Todavía era de mañana, y esta ciudad carecía de la inclinación por la precocidad asociada con el resto de la Nación del Fuego, por lo que los ladradores y los traficantes de dados todavía se estaban instalando. Una vez que los trabajadores del recinto ferial se dieron cuenta de la llegada de la fiesta, un gran hurra se levantó en el aire. La fuerte bienvenida no era para el Avatar o dos nobles de la Nación del Fuego, sino para Jinpa. Los obreros gritaron, tratando de llamar su atención.

—¡Maestro! ¡Dame una bendición!

—¡Maestro Aire! ¡Maestro Calvo! ¡Por aquí!

—¡Perdí una oveja koala en las montañas! ¡Dame la suerte que necesito para encontrarla!

Kyoshi no se sorprendió por la recepción. Fuera de Yokoya, cuyos residentes apretados tendían a ver Kelsang como una molestia, los Nómadas del Aire eran a menudo vistos por la gente común del Reino Tierra como portadores de buena fortuna. Dado que los monjes y las monjas tendrían que detenerse en aldeas de todo el mundo a lo largo de sus viajes de templo en templo, la mayoría de los

LA SOMBRA DE KYOSHI

campesinos con mucho gusto proporcionaron hospitalidad a los Maestros Aire a cambio de ayuda con tareas, noticias e historias entretenidas de otras partes del mundo, o la promesa de transmitir mensajes a familiares lejanos.

Tener un Nómada de Aire para decir unas pocas palabras de bendición espiritual sobre un nuevo granero o bebé se consideró una gran suerte entre aquellos que rara vez se encontraban con miembros de la nación errante. Ella se alegró de ver que esa misma actitud prevaleció aquí al otro lado del mar.

Jinpa dio un paso adelante y levantó su bastón/planeador.

—¡Que aquellos a quienes este viento toca tengan éxito en los negocios y la salud! — Gritó.

Giró su bastón con sus aletas de cola abiertas, creando una brisa ancha y suave que barrió ampliamente sobre el recinto ferial. Fue una distribución rápida y equitativa de la suerte, más eficiente que tratar de bendecir a todos a su vez. Los obreros suspiraron y sostuvieron los brazos de par en par, tratando de atrapar la mayor cantidad posible de la riqueza invisible.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Jinpa cerró su bastón a los entusiastas vítores de la multitud, una respuesta más bulliciosa que los aplausos silenciados que los nobles del Fuego le habían dado.

—No tengo idea de si alguna de esas cosas funciona —le susurró a su grupo—. Pero hace feliz a la gente.

—La gente aquí parece menos tensa que en la capital —dijo Atuat. Los vendedores de puestos habían notado sus orígenes polares y dedujeron que, si Atuat había viajado muy lejos para estar aquí, ella debe haber tenido mucho dinero. Desviaron su atención de Jinpa, que podría haber tenido los espíritus de su lado, pero no dinero duro frío.

—¡Princesa del agua! — Gritaron a Atuat—. ¡Reina de la nieve, por aquí! ¡Aquí están los mejores juegos, las mejores bebidas! ¡Sólo lo mejor para una reina!

—Realmente *debería* ser tratada como la realeza más seguido —dijo Atuat. Ella sonrió y saludó a los trabajadores como un dignatario estacionado en lo alto de un carruaje en movimiento lento.

—¿Podemos confiar en ustedes dos para mantener la atención fuera de nuestras espaldas? —Hei-Ran dijo.

—Por supuesto —dijo Jinpa—. Sifu Atuat y yo nos encargaremos de que ustedes tres puedan llevar a cabo sus negocios con discreción. Ella y yo lo haremos… Oh Dios mío, eso es todo nuestro dinero, ¿No?

Atuat estaba ocupada tirando un gran bolso de monedas sobre una mesa a cambio de fichas de juego. Jinpa asintió dando su palabra a Hei-Ran tan tranquilizador como pudo antes de unirse al médico.

Hei-Ran trató de apisonar las venas de su cabeza con los dedos.

—Este es mi castigo —dijo. Una vez que se recuperó de su dolor de cabeza inducido por su amiga, las guio en un camino serpenteante a través de las tiendas de campaña, eligiendo izquierdas y derechas con certeza. De vez en cuando se detenía y olía al aire, dilatando sus fosas nasales.

—Sí, huele mal aquí —dijo Rangi—. ¿Qué esperabas? Estamos cerca de un lecho de algas podridas.

—Lo que estoy buscando no tiene olor —dijo Hei-Ran—. Estoy tratando de ver si me siento más mareada.

En lugar de explicar su declaración críptica, se abrió camino a través de dos puestos que no estaban destinados a tener un camino entre ellos. Sus dueños no apreciaron que cruzara las líneas de negocio, pero una mirada penetrante de la directora los convenció de retener sus objeciones. Kyoshi se sintió obligada a murmurar disculpas mientras se metía en la brecha para alcanzarla.

Llegaron a una gran tienda completamente solitaria. Estaba hecha de tela engrasada con aceite de lino, al estilo de las velas de los barcos diseñadas para dejar pasar la menor cantidad de aire posible. La estructura se veía tan manchada e inflamable que una tos errante de un Maestro Fuego lo haría humo.

Un letrero publicado afuera decía *Visiones espirituales del futuro*. O los personajes fueron pintados en líneas onduladas en una aproximación borrosa de un estado de ensueño, o al pintor simplemente no le importaba lo suficiente para mantener sus trazos limpios. Hei-Ran levantó la solapa de entrada con la punta de su bastón. Las tres se agacharon por dentro.

—¡Bienvenidas! — Gritó el único ocupante, lanzando sus brazos en el aire para saludar a sus clientes potenciales—. ¿Están interesadas en adivinar los secretos del Mundo de los Espíritus? ¿Tienen hambre de vislumbrar el gran tapiz del futuro? ¡A diferencia de lo que los adivinos fraudulentos y místicos podrían afirmar, queridas visitantes, el poder para tales visiones está dentro de *ustedes!* ¡Por un pequeño precio, permítanme simplemente ser… su humilde GUIA!

—Nyahitha —dijo Hei-Ran—. Soy yo.

El hombre parpadeó, adaptándose a la luz que dejaban entrar.

—Oh —dijo dejando caer los brazos—. Eres tú.

Tenía la edad de Hei-Ran. Su rostro marcado llevaba señales de una vida más

dura, más días en el sol abierto. Llevaba piezas de vestuario destinadas a imitar el atuendo ceremonial de un Sabio del Fuego, un sombrero puntiagudo y amplias hombreras sobre los brazos desnudos. El efecto fue menos convincente que las túnicas de Chaejin, el Señor del Fuego.

La tienda estaba vacía, excepto por algunas alfombras y cojines. En el centro, un dispositivo metálico que se asemejaba a un brasero de carbón estaba clavado directamente en el suelo. Sin embargo, no había combustible en él, sólo una pequeña perilla en el costado de la olla.

Kyoshi esperaba que el hombre les ofreciera un asiento para que pudiera dejar de agacharse para caber dentro de la tienda. Pero él y Hei-Ran optaron por mirarse en un silencio frio, recurriendo a lo que obviamente eran viejos recuerdos e intensos disgustos.

—¿Por qué estás aquí? — Nyahitha dijo. Había dejado de gritar y les hablaba en un tono tranquilo y entrecortado.

—La reencarnación de Kuruk necesita tu ayuda —dijo Hei-Ran, gestando a Kyoshi.

Esa era la forma menos favorita de Kyoshi para que la gente se refiera a su Avatariedad. Pero si le daba lo que quería, entonces estaba bien. Se inclinó ante Nyahitha.

El pretendiente sabio la miró arriba y abajo. Kyoshi tenía la misma sensación incómoda de aburrimiento que Tagaka y Lao Ge le habían dado. Gente mayor que encontraría sus profundidades oscuras antes de que ella misma pudiera.

—Siéntense —dijo. Les dio la espalda y se fue por la parte trasera de la tienda.

Se arreglaron lo mejor que pudieron alrededor del dispositivo metálico.

—Sería genial que Kyoshi y yo pudiéramos perder el tiempo adivinando qué problemas tienes con este hombre —dijo Rangi—. Especialmente porque eres tú quien dijo que debíamos conocerlo.

—Es simple —dijo Nyahitha, regresando mucho más rápido de lo que Kyoshi esperaba—. La directora cree que arruiné a Kuruk.

—Y el sabio Nyahitha cree que el resto de los compañeros de Kuruk y yo lo hicimos —dijo Hei-Ran.

Ninguno de ellos se vio aturdido por la hostilidad abierta del otro. Nyahitha puso una bandeja y llenó tazas de té para cada una de ellas. Rangi recogió la suya y frunció el ceño.

—Perdón, pero esto está frío.

—No se permiten incendios —dijo Nyahitha—. No generen ningún calor

aquí—. Kyoshi nunca había oído hablar de un hombre santo de la Nación del Fuego evitando las llamas.

De hecho, se sorprendió de que no estuviera quemando velas por todas partes en la tienda.

—¿Por qué? — Preguntó—. ¿Qué es este lugar?

Nyahitha bebió su té a temperatura ambiente. Por su mueca, era una concesión más que una preferencia.

—Chung-Ling del Norte se construye sobre un depósito de vapores inflamables. En lugar de oro o plata, tenemos gas por debajo de nuestros pies. Si demasiado de este sale en un lugar concentrado, una sola chispa causará una explosión.

—Pero controla el flujo, y se vuelve útil —dijo Hei-Ran.

Nyahitha se encogió de hombros.

—*Útil* es una palabra fuerte. Los primeros visitantes de Chung-Ling del Norte que informaron sobre visiones espirituales probablemente se quedaron demasiado tiempo sobre grietas en la tierra que dejaron que el gas se elevara naturalmente. Respirar los vapores te hará sentir mareado y propenso a tener alucinaciones.

Golpeó la olla de bronce en el suelo.

—Este dispositivo, sin embargo, me permite moderar cuánto vapor sale de un pico natural, una vez que he localizado uno.

—Eres un fraude —gruñó Rangi, olvidando que estaban aquí para buscar su ayuda—. Cobras a la gente por una visión espiritual y luego subes los vapores hasta que sus ojos los engañan.

—Sí, soy culpable de eso—. Nyahitha junto sus manos—. Ahora, ¿Qué puede hacer este viejo fraude por el Avatar?

—Madre, no vamos a dejar que este estafador se acerque a Kyoshi—. Rangi hizo ademan de ponerse de pie.

Hei-Ran agarró a su hija por la hebilla lateral de su armadura y la obligó a bajar.

—A pesar de mis problemas personales con él, Nyahitha también era un verdadero Sabio del Fuego, el siguiente en la fila para los Grandes Sabios antes de que el clan Saowon jugara sucio con el proceso de selección.

Kyoshi pensó en Kelsang, que habría sido abad del Templo del Aire del Sur antes de caer en la desgracia.

—Me gustaría quedarme —dijo. Rangi resopló, pero no hizo más protestas.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Nyahitha escuchó la historia de Kyoshi desde el principio. Esperó tranquila y pacientemente, sin decir nada mientras ella le decía cómo el espíritu bebedor de sangre llamado Padre Glowworm la había elegido como reencarnación de Kuruk y reclamó a Yun como su precio por la tarea. Una vez que terminó, el antiguo sabio se inclinó hacia atrás y cruzó sus brazos.

—La maldición golpea de nuevo —murmuró.

—¿De qué estás hablando? —Kyoshi dijo—. ¿Qué maldición?

—Ese nombre que traes a través de mi puerta es de muy mala suerte —dijo Nyahitha—. Kuruk se enredó con muchos espíritus hostiles durante su Avataridad, y el Padre Glowworm fue uno de los peores. Nunca lo derrotó por completo, y después de su batalla lo condenó a sufrir una fortuna catastrófica en el mundo físico. Cualquiera que hablara del Padre Glowworm sería maldecido de la misma manera, cualquiera que incluso se enterara de su existencia. Creo que la intención era aislar al Avatar de cualquier aliado al que pudiera pedir para ayudarlo a derrotar al espíritu para siempre.

Hubo un silencio incómodo en la tienda, el momento después de abrir una tumba.

—¿Con el debido respeto, una maldición? —Rangi dijo incrédula—. ¿Mala suerte? ¿Estamos cayendo en supersticiones ahora?

—La desgracia de los espíritus es por lo que la gente de las Cuatro Naciones ora para protegerse todos los días —dijo Nyahitha—. Muy poca lluvia, demasiada lluvia, enfermedad, por el banco de peces, estos son asuntos de vida o muerte. Si no crees en las maldiciones, mírame. Solía ser un líder en el Templo Mayor en aquellos días y ¿Dónde estoy ahora? Kuruk no tuvo un final feliz y tampoco Jianzhu el Arquitecto, si lo que me dijiste es cierto.

Zoryu supuestamente estaba maldito, pensó Kyoshi. Muchas personas en el Reino Tierra pensaban en ella de una manera similar.

La fortuna era una criatura invisible e inconquistable que gobernaba tanto a gente común como a los nobles.

—Caíste debido a tus propios vicios —le dijo Hei-Ran a Nyahitha, olvidando con ira que ella era la que había presionado por su ayuda—. Vicios con los que infectaste a Kuruk.

—Traté de asegurarme de que al menos *parte* del vacío dentro de él estuviera lleno de propósito —espetó—, Tú, que pasaste tantos años con él, ¿Qué *produjiste?* ¿Un buen jugador de Pai Sho? Algunos compañeros del Avatar fueron tuyos.

Excusas y excusas para Kuruk. Kyoshi estaba harta. Dio una palmada en la tierra a su lado.

—¡Kuruk era responsable de sí mismo! — Gritó—. Ahora, ¿Vamos a llorar por lo que podría haber sido para el pasado Avatar? ¿O vamos a ayudar al actual?

Hubo un silbido en respuesta. Había soltado el brasero plantado en medio de la tienda. Nyahitha se volvió a centrar y apretó la válvula.

—¿Tu chico tenía alguna característica extraña cuando lo viste por última vez? — Preguntó—. ¿Partes de su cuerpo que parecieran de animales?

Kyoshi negó con la cabeza.

—No que yo pudiera ver. Pero cuando regresó por primera vez en Qinchao, había algo mal con él. Me refiero a un error palpable. Era como si se estuviera enfermando y asustando a todos a su alrededor.

—Nunca he diagnosticado un caso de posesión en la carne, pero supongo que podría tener la esencia de un espíritu dentro de él. Es difícil de decir.

—Por favor —dijo Kyoshi. Necesitaba más que un veredicto cauteloso de su parte—. Tiene que haber algo más que pueda darme. El Padre Glowworm debe tener algún tipo de debilidad. Una manera de romper su control sobre mi amigo.

No tenía miedo de saber que sería una gran batalla para ella salvar a Yun, o una búsqueda a través de los peores lugares del mundo. Estaba preparada para esas cosas.

—Puedo luchar contra ello —dijo Kyoshi—. Sólo dime cómo.

—No tengo ese conocimiento —dijo Nyahitha, desinflando su esperanza—. Kuruk fue el que se enfrentó a espíritus airados. Yo sólo era su guía en esas misiones.

Kyoshi quería gritar dentro de la tienda, tomó el aliento para hacerlo, hasta que recordó que tenían una última opción.

—Entonces enséñame a preguntarle yo misma.

Como no tenía mangas, Nyahitha se limpió la nariz en la tela de su pieza del hombro, doblando el cuello. La miró mientras lo hacía, y Kyoshi podía decir que estaba juzgando su valía, como si estuviera haciendo la petición por razones egoístas. Sabía lo que parecía cuando los viejos decidieron que el destino de un joven era algo ligero y sin peso.

—Vuelve a mí una hora antes del crepúsculo —dijo—. Puedo ayudarte a comunicarte con Kuruk. Pero no a través de esta basura nociva. No lo inhales; te pudrirá desde el interior.

—¿No has estado respirando con cada uno de tus clientes? —Rangi preguntó.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Sonrió entre dientes en respuesta.

Una conmoción vino de afuera. Era un ruido de rabia, la gestación de problemas por venir. Nyahitha se levantó y miro por la solapa de la tienda. Lo que sea que vio lo hizo jurar entre dientes.

—¿Qué es? —preguntó Kyoshi.

—Saowon —dijo—. Normalmente no vienen a Chung-Ling del Norte.

Las palabras de Rangi sobre correr en situaciones complicadas todavía estaban frescas en la mente de Kyoshi.

—¿Podemos mirar desde aquí?

Nyahitha paso la mano por una costura pegajosa entre el techo y la pared de la tienda, dejando a los cuatro mirar a través de la grieta. Se sentía un poco infantil, alineándose en una fila para espiar, pero funcionó. Kyoshi podía ver el área abierta y cubierta de maleza que rodeaba el puesto de Nyahitha.

Dirigiéndose directamente hacia ellos había una gran procesión de nobleza. La columna viajaba a pie, con un palanquín gigante envuelto en sedas rojas y doradas.

Alrededor de él había un contingente de guerreros armados.

Estos hombres y mujeres parecían listos para una batalla, no para un día en la playa. Mantuvieron sus mandíbulas con una arrogancia diseñada para provocar. Y cada uno fue adornado con tantos diseños de camelia de piedra que la gran bandera aleteando del clan Saowon que llevaban a la cabeza de la procesión era totalmente innecesaria.

Los vendedores de puestos, que habían estado ansiosos por los clientes antes, no estaban contentos de verlos. Muchos de ellos abandonaron sus cabinas y formaron una turba para encontrarse con el Saowon que llegaba. Un hombre de mediana edad con patillas tupidas estaba en la parte delantera de la manada. Estaba muy bien vestido en comparación con el resto de los trabajadores del recinto ferial, pero parecían reunirse a su alrededor en lugar de resentirlo por ello.

—Ese es Sanshur Keohso —dijo Nyahitha—. Es el comerciante de algodón de la ciudad y el principal patrocinador de la feria.

El palanquín se detuvo y sus portadores bajaron cuidadosamente la caja al suelo. La ocupante salió. Era una mujer bonita con una cara delgada y arrugada, con batas escandalosamente caras. Kyoshi estaba segura de que no había estado en la recepción del palacio real. Un gusto tan grandioso habría destacado.

—Lady Huazo —dijo Rangi—. La madre de Chaejin. No estoy segura de por qué está viviendo en los barrios bajos de Chung-Ling del Norte—. Nyahitha

entrecerró los ojos ante su comentario, pero volvió a mirar.

Huazo y Sanshur Keohso se acercaron como los protagonistas de un duelo. Hablar en beneficio de sus respectivos contingentes como actores de escenario significaba que eran lo suficientemente fuertes como para que el grupo de Kyoshi escuchara desde el interior de la tienda. Huazo habló.

—Qué bueno verte. Te he escrito tantas cartas sin respuesta que empecé a preocuparme por tu salud.

—Mi salud está bien, Huazo —dijo el líder del recinto ferial—. Y yo podría haberte ahorrado la visita. La respuesta a tus preguntas, como permanece desde la primera vez que la di, es no. La feria no está a la venta, ni las tierras de cultivo. Mis primos están de acuerdo. Ni un solo centímetro cuadrado de la isla de Shuhon caerá en manos del Saowon

Huazo se humedeció los labios y sonrió.

—Eso es gracioso —dijo—. Dado cómo recientemente compré toda la operación de sal del Maestro Linsu en la costa. *Y* su casa de vacaciones aquí en la ciudad. Supongo que no es tan leal a su hogar como tú. No podía esperar para empacar y salir de este lugar.

Los ojos de Sanshur se nublaron de rabia. La multitud detrás de él se calentó. Huazo bebió de sus reacciones como agua en un desierto.

—Después de firmar los papeles, se me ocurrió que debía celebrar el Festival de Szeto en el nuevo puesto de avanzada de mi clan —dijo—. Y, aquí estoy.

—Con tantos guardias domésticos —dijo Sanshur, mirando fijamente a la fuerza de Saowon.

—Por mi propia seguridad. ¿No te has enterado? Anoche un asesino, un loco, *un Maestro Tierra*, de todas las personas, se infiltró en el palacio real—. Huazo tuvo que cubrirse la boca para evitar que su shock y angustia se derramara—. Los miembros de la corte casi fueron asesinados. Y sucedió justo debajo de la nariz de nuestro querido Señor del Fuego Zoryu. Me han dicho que fue humillante. ¡Absolutamente humillante!

Hei-Ran se quedó dentro de la tienda.

—Chaejin debe haber enviado halcones mensajeros a su clan inmediatamente después del ataque. Los Saowon son como tiburones calamar cuando huelen sangre.

—Eso no explica por qué Huazo está andando en medio del territorio de Keohso en lugar de ver su nuevo negocio —dijo Rangi.

Kyoshi vio la noticia del ataque de Yun propagarse por el lado Keohso. Los

LA SOMBRA DE Kyoshi

trabajadores del recinto ferial comprendieron las implicaciones para el honor de Zoryu, así como lo harían los nobles. Se dio cuenta de que muchos de los hombres de Sanshur sostenían grandes martillos utilizados para clavar estacas de tiendas de campaña al suelo, sierras para hielo tan grandes como espadas, trozos de madera que no tenían otro propósito más que servir como pesados garrotes.

—Sé lo que está haciendo —dijo Kyoshi—. Ella está buscando pelea—. A veces, cuando una banda *daofei* quería ir a la guerra, pero se preocupaba por aparecer en la derecha, se hacían vulnerables paseando por las calles enemigas, las naciones se mantenían en alto, con la esperanza de provocar una pequeña cantidad de violencia sobre sí mismas que podía ser respondida con una fuerza abrumadora. Zoryu le había dicho que esto era parte de la estrategia de Saowon. Preferían que un Keohso los atacara primero.

—Cuidado con lo que dices acerca de nuestro legítimo Señor del Fuego —gruñó Sanshur.

—Simplemente estoy declarando los hechos —dijo Huazo—. Consulta con cualquier persona que te importe en la capital. El Inta o el Lahaisin. Oí que a Lady Mizgen casi le amputan el pie por sus lesiones. De todos modos, no estoy aquí para discutir la fuerza y las capacidades del joven Zoryu. Simplemente vine a su pequeño pueblo encantador para disfrutar y tomar las aguas.

Miró hacia el mar y contemplo las rancias algas que formaban espuma en la orilla.

—Bueno… ya sabes a lo que me refiero. Espero encontrarme contigo de nuevo, Maestro Sanshur.

Caminó tranquilamente de vuelta a su palanquín. Parecía que la crisis podría haberse evitado, pero un miembro de su vanguardia, fuera de la vista de su señora, hizo contacto visual con Sanshur. Luego, como despedida, escupió en el suelo.

—Por favor, dime eso es menos insultante aquí que en el Reino Tierra —Kyoshi susurró.

Rangi y Hei-Ran le dieron una respuesta saliendo de la tienda, abriéndose paso entre las líneas de batalla lo más rápido posible.

Kyoshi miró a Nyahitha.

—¡Ve tras ellas! — Gritó el anciano.

Ella se unió a la carga no demasiado pronto. Varias piedras grandes volaron desde el lado Keohso, apuntando a la espalda de Huazo.

Con una serie de golpes alteró la trayectoria de las rocas con una fuerza inmensa, enviándolas tan lejos al océano que no podía oír las salpicaduras de la tierra.

—Señora Huazo, ¿Es usted? —Hei-Ran gritó con alegría exagerada, haciendo que llamara más la atención que el ataque.

Huazo se dio la vuelta con el ceño fruncido. Se demoró un momento mientras asimilaba la sorpresa, pero rápidamente lo ajustó en una amplia sonrisa.

—¡Hei-Ran! ¡Viva y respirando!

La repentina presencia de la directora fue suficiente para hacer que el lado de Huazo se apartara. Las manos dejaron las empuñaduras de sus espadas y los soldados dieron un paso atrás para dar a su dama espacio para saludar a su vieja conocida. Kyoshi se centró en mantener a su compañera en fila parándose frente a la multitud de Keohso. Puede que no supieran quién era, pero no necesitaba reconocimiento para ser intimidante. Ella hizo un gesto a Sanshur y a sus hombres con los ojos. *¿Viste lo que le hice a esas rocas? ¿Hmm?*

—¡Qué sorpresa maravillosa! — Hei-Ran dijo, como si no hubiera estado escuchando los últimos minutos—. ¿Estás aquí para celebrar la fiesta también?

—Sí, sólo estaba diciendo— Huazo se detuvo a mitad de la frase. Sus ojos se desviaron hacia la cabeza de Hei-Ran. Ella apretó los dedos a los labios de nuevo, su choque genuino esta vez.

Hei-Ran le devolvió la mirada hasta que se dio cuenta. Había olvidado que le habían cortado el pelo en deshonra. Sus manos se apretaron alrededor de su bastión. Se apartó de Huazo, con los ojos deprimidos.

Kyoshi había pensado que entendía el significado de la ceremonia antes, pero se había equivocado. Huazo era la primera ciudadana de la Nación del Fuego de notable rango que habían conocido desde que Hei-Ran perdió su moño, y la orgullosa e invencible directora actuaba como si ya no tuviera derecho de hablar.

La postura de Huazo cambió. Pasó de ser sorprendida con la guardia baja por una presencia formidable a tener el porte de un dador de limosna frente a un mendicante errante.

—Oh, querida —dijo en voz baja—. ¿Tiene esto algo que ver con el ataque al palacio?

—Así es —dijo Hei-Ran. Había encontrado su fuerza y calma de nuevo. No

LA SOMBRA DE Kyoshi

había ninguna vergüenza en responder mejor a su reciente descubierta—. Entre otros fracasos.

—Cómo el destino y la fortuna nos gobiernan a todos —dijo Huazo. Pensó por un momento—. Hei-Ran, el honor es honor, pero la amistad es amistad. Nunca te negaré, sin importar las circunstancias—. Ella buscó un abrazo, y Kyoshi estaba casi lista para cambiar su opinión sobre la mujer.

Pero entonces Huazo usó su mano extendida para acariciar a Hei-Ran en la cabeza como lo haría con un niño. O una mascota.

Kyoshi trató de medir la reacción de Rangi, pero Rangi estaba en blanco, cero, un nulo en el libro mayor. Su mirada atravesaba a Huazo y se dirigía a las estrellas más allá. Si no estaba moviéndose, si no estaba desafiando inmediatamente a Huazo a un Agni Kai, entonces era aceptable que Huazo tratara a Hei-Ran de esta manera. De acuerdo con las reglas de etiqueta, era aceptable.

Hei-Ran no se veía perturbada en absoluto. Ella soportó el movimiento de Huazo de sus cortos mechones de pelo sin fruncir el ceño. Estaba menos molesta que los plebeyos de Keohso, que murmuraron y fruncían el ceño por la falta de cortesía que se exhibía.

Después de lo que se sintió como una eternidad, Huazo la soltó. Se volvió para examinar al resto del grupo de Hei-Ran.

—Eso te convertiría en el Avatar —le dijo a Kyoshi. Después de lo que había hecho, las reglas de introducción eran una idea tardía.

—Así es —dijo Kyoshi, encontrando difícil hablar con Rangi confundida a pocos metros de distancia—. Supongo que su hijo le escribió sobre mí.

—¡Lo hizo! Nuestra familia está doblemente bendecida para que ambos nos encontremos contigo en tan poco tiempo.

—Cuando le escribas, dale un mensaje por mí—. Kyoshi endureció su mirada—. Dile que es un buen Sabio del Fuego. Y nada más.

Los labios de Huazo se separaron cuando descubrió lo que Kyoshi estaba diciendo. Fue interesante ver a su mente trabajando y su cara tratando de ocultarlo, deduciendo lo que el Avatar sabía y lo que su hijo podría haber revelado. La conclusión de que tendría que pasar por Kyoshi para llegar a Zoryu no la preocupó en lo más mínimo.

Un ruido feliz vino de Rangi, tan fuera de lugar que Kyoshi casi sacó sus armas por la sorpresa.

—¡Koulin! — Los pies de Rangi cavaron en la arena mientras corría para encontrarse con uno de los guardias de Huazo en el extremo de la formación. Era una chica de su edad que estaba igualmente encantada de verla. Tenía una cara redonda y agradable y llevaba el pelo casi idéntico al de Rangi.

—¡Rangi! — Las dos chicas casi chocan. Se aferraron a las manos de la otra y sonrieron, ajenas a su entorno. El cambio repentino en el estado de ánimo de Rangi fue extraño.

—Mi sobrina, Koulin —le explicó Huazo a Kyoshi—. Esas dos estaban en el mismo año en la academia. Los lazos forjados en la escuela, por el yunque de la educación, son más fuertes que cualquier otro. Estoy segura de que lo entiendes.

Huazo habría sabido que, como campesino del Reino Tierra, las probabilidades de que Kyoshi tuviera un nivel de educación formal similar a Rangi o Koulin eran nulas. Su pequeña excavación dolió menos que la forma en que la cara de Rangi brilló por su amiga. Ella no podía recordar haber sido recibida de tal manera.

Al ver que había logrado un éxito, Huazo decidió irse con una nota alta. Ella hizo ademan de cubrir un bostezo de boca pequeña.

—Disculpas, Avatar; Estoy tan cansada por mi viaje. Debería ir a mi alojamiento. Estoy segura de que te veré a ti y a tus compañeras durante las festividades. ¡Koulin! Ven ahora.

Rangi y Koulin se separaron a regañadientes. Huazo volvió a su palanquín. Kyoshi, con los pies plantados, vio el laborioso y prologado proceso de reorganización del contingente de Saowon. Volvió la cabeza como la serpiente más lenta del mundo, sin escupir esta vez, y marchó de regreso a la ciudad.

Sanshur Keohso apareció repentinamente al lado de Kyoshi, mirando la columna en retirada con ella, como si la tarea de despedir a los Saowon hubiera requerido a los dos por igual.

—Demonios de lengua tenedor, eso son. Me alegro de que el Avatar esté aquí para mantenerlos en línea.

Ella lo miró.

—¡Fue tu lado al que atrapé lanzando piedras!

—¡Huazo y su clan han estado mordiendo trozos de las otras islas como buitres león! — Dijo, como si eso fuera una excusa para el comportamiento de sus parientes—. ¡Voy a ser un montón de cenizas cremadas antes de dejarle tener

LA SOMBRA DE Kyoshi

a Shuhon! ¡A ella y a su hijo por igual!

—¡No somos rubíes! — Gritó otro hombre de la multitud del recinto ferial—. ¡Sabemos acerca de los trucos sucios que Chaejin el Usurpador está haciendo en la corte!

—Apoyamos al legítimo Señor del Fuego Zoryu, mientras su llama arda —dijo Sanshur—. ¿Nos vas a decir que estamos equivocados por ser leales a la corona?

—¡El Señor del Fuego no necesita que empieces la violencia por él!

—¿Así que debemos dejar que nos insulten? ¿Como lo que le hizo a tu compañera?

Kyoshi no tuvo respuesta para eso. Miró a Rangi y Hei-Ran, pero no dijeron nada. Debe haber habido algún tipo de regla en la Nación del Fuego en el trabajo donde no podían decirles a sus propios compatriotas cómo interpretar su deshonra personal.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—¡No te preocupes! — Sanshur declaró—. ¡Te apoyamos contra los gusanos Ma'inka! ¡Puedes contar con nosotros! — Los obreros del recinto ferial hicieron sonar sus herramientas, gritando alabanzas al Avatar y al Señor del Fuego mientras despreciaban al Saowon.

Hei-Ran se acercó a Kyoshi.

—Vamonos —susurró—. Recuerda que tenemos una misión aquí. Si nos vemos atrapadas en esta tontería, lo empeoraremos.

—¿Estás segura? Los hombres de Sanshur parecen realmente enfadados.

—No son los hombres de Sanshur lo que me preocupa.

Hei-Ran miró a su hija. Rangi miró al mar, perdida en algún lugar en las olas agitadas.

Irse no fue fácil. Tuvieron que vagar por las tiendas, buscando a Atuat y Jinpa. Los encontraron cerca de las tiendas de juego ofreciendo las apuestas más altas. El monje parecía haber envejecido una década, sudor y surcos marcando su frente.

—Tuve mala suerte —explicó Atuat—. Pero Jinpa aquí nos llevó de vuelta al punto de equilibrio.

Los restos de conmoción permanecieron en su rostro, como si hubiera sido testigo de la profanación de una reliquia sagrada.

—Yo… nunca he visto a nadie jugar Pai Sho como al médico. Casi tendrías que ser un genio en el juego para hacer lo que ella hizo.

En este punto Kyoshi simplemente se alegró de que los dos no se hubieran ahogado en el mar o se hubieran quedado atrapados en un agujero. Volvieron a la ciudad. Mientras caminaban, Hei-Ran le dio a Kyoshi otra mirada significativa. Rangi se estaba adelantando del grupo.

Kyoshi la alcanzó, pero no sabía que decir.

—Es bueno saber que hay al menos un Saowon tolerable —se aventuró—. Koulin debe recordarte los viejos tiempos de la academia.

—Kyoshi —dijo Rangi lentamente—. Yo era *miserable* en la academia.

—¿Qué? — Casi se detiene en seco.

—¿No eras la estudiante número uno en tu clase? ¿No te graduaste antes de la escuela de oficiales?

—Esas cosas no son mutuamente excluyentes —dijo Rangi—. Tuve motivación para obtener esas puntuaciones. No pude salir de ese lugar lo suficientemente rápido.

Debe de haber habido señales que Kyoshi paso por alto en el camino. ¿De qué otra manera podría haber entendido tan mal una gran parte de la vida de Rangi?

—Lo siento. Yo—No lo sabía.

—No es tu culpa. Sólo he mencionado fragmentos de esos días, nunca la historia completa—. Su tono fue cuidadosamente medido, compuesto con esfuerzo.

—¿Recuerdas cuando te dije que los otros estudiantes solían difundir rumores y chismes sobre mi madre? ¿Verdad?

—Sí —. Había sido un secreto compartido en un iceberg a la deriva en el océano, las dos acostadas bajo la misma manta juntas. Circunstancias que difícilmente se podrían olvidar.

Rangi asomo la barbilla en dirección a la ciudad. Kyoshi sabía que apuntaba a Koulin, dondequiera que estuviera la sobrina de Huazo.

—Es una técnica característica de Saowon. Ofrecer insultos con una negación plausible. Había algunos pequeños monstruos viciosos en la escuela, pero ella, ella era la peor.

—¿No podías… retarla? —Kyoshi no estaba segura de a qué edad permitió la Nación del Fuego los Agni Kai's. Y después de lo que ella había pasado personalmente en el *Lei Tai*, tenía sentimientos encontrados sobre la práctica de duelos en general. Pero ella asumió que el comportamiento que Rangi estaba

LA SOMBRA DE Kyoshi

describiendo habría terminado en algún tipo de desafío.

Rangi negó con la cabeza.

—Ella tuvo cuidado de no decir nada a mi cara que lo justificara. Se lo dejó a los compinches que eran demasiado débiles para que yo los confrontara sin parecer una matona. Sé exactamente cómo se siente El Señor de Fuego Zoryu, tratando de ganar una guerra de insultos contra un enemigo al que no puede enfrentar.

Se mordió el labio, tratando de convencerse a sí misma más que nadie.

—¿Y qué podría haber hecho, en realidad? Yo era la hija de la directora. Cualquier pelea en la que me haya metido se habría reflejado mal en ella, o habría hecho que pareciera que estaba abusando de mi estatus. ¿Se suponía que iba a quejarme con un maestro que los otros niños decían cosas malas sobre mi madre?

Kyoshi no podía creerlo.

—Pensé que la academia era esta... esta maravillosa experiencia que te formó.

—Lo hizo. Aprendí todo lo que sé allí. Pero no fui feliz hasta que me fui y encontré un propósito en el exterior—. Le dio a Kyoshi una sonrisa inclinada llena de angustia—. Servir al Avatar.

Kelsang solía decir que había dolor y alegría en todas las cosas, a menudo cuando trataba de consolar a Kyoshi sobre sus primeros años en Yokoya. Durante su visita a la Nación del Fuego, Kyoshi había estado emocionada cada vez que descubría otro pequeño alijo de información sobre Rangi, como desenterrar otro tesoro. Pero bajo el brillo había vida, mugrienta y sucia e imposible de pulir.

Ella lo tomaría de todos modos. Junto con todo lo demás sobre su chica, no importaba lo inesperado o doloroso que fuera. Se necesitó cada gramo de su fuerza de voluntad para no inclinarse y darle a la Maestra Fuego un beso prohibido en la parte superior de su cabeza.

Juntas caminaron por la calle que dividía los distritos de invitados, atravesando las divisiones de restaurantes y tiendas. Rangi señaló algunas tradiciones relacionadas con el festival que vieron en el camino. Las serpentinas de papel colgadas sobre las puertas estaban destinadas a peinar a los visitantes que entraban para tener buena suerte. Los comerciantes cocinaban ollas de frijoles para representar los inventarios que se contaban. Las bebidas oscuras y azucaradas que se vendían en todas partes simbolizaban la prodigiosa cantidad de tinta que Avatar Szeto utilizó a lo largo de su carrera. Si no hubiera sido por lo desagradable de la playa, podrían haber fingido que estaban aquí para divertirse.

Pero la realidad se entrometió una vez más, una vez que redondearon la

esquina de la posada en la que se alojaban. Un grupo de hombres aparecieron en su vista. Kyoshi podía distinguir por las nubes de polvo y juramentos, la forma en que sus puños subían y bajaban, lo que estaba en el centro del anillo. Su víctima.

Empujo con sus hombros a dos de los hombres a la vez, enviándolos volando lejos del grupo. Rangi tomó a los otros dos atacantes por la parte posterior de sus cuellos y los tiró hacia abajo, golpeándolos en el suelo.

Kyoshi esperaba que el joven aturdido y sangrante que ellos habían estado golpeando fuera un Saowon, aislado del grupo de Huazo, pero a juzgar por su ropa era un lugareño como los otros cuatro hombres.

—¿Qué está pasando aquí? — Ella gritó.

—¡Atrapamos a este traidor poniendo una bandera de camelia de piedra sobre su puesto! — Dijo uno de los hombres retorciéndose en el agarre de Rangi.

—Sólo quería hacer algunos negocios —murmuró el joven vendedor mientras se arrodillaba.

—¿Y eso era más importante para ti que el honor de tu clan? ¡Ningún sobrino mío va a ir al Saowon! —. El cabecilla trató de patear más polvo en la dirección de su pariente golpeado.

Kyoshi compartió una mirada de preocupación con Rangi. Había tomado menos de una hora desde la llegada del Saowon para que estallara una pelea, y ni siquiera había sido entre clanes rivales. Kyoshi podía ver los granos de violencia cristalizándose en una forma más completa. Bajo sus pies, Chung-Ling del Norte se estaba preparando para explotar.

LA SOMBRA DE Kyoshi

EJERCICIOS ESPIRITUALES

—No me sorprende que fueran parientes —dijo Nyahitha cuando Kyoshi le contó sobre el acto de agresión que había detenido—. Los enemigos son enemigos, pero nadie puede avergonzarte como tu propia familia.

Ella y Rangi habían llevado inmediatamente a los delincuentes a la cárcel de la ciudad. Pero la respuesta indiferente del juez local al crimen y su fuerte parecido familiar con el tío de la víctima significaba que era poco probable que estuvieran encerrados por más tiempo que de la noche a la mañana. Tendría que recordar las caras de los alborotadores si los viera por la ciudad por la mañana.

Kyoshi siguió a Nyahitha por un sendero estrecho que recorría el borde de la caldera. Eran sólo ellos dos. Todo su grupo se había presentado a su tienda a la hora acordada. Él había echado un vistazo al grupo variopinto antes de declarar que los avances espirituales no eran una actividad grupal. Necesitaría al Avatar solo.

Subir ahí había sido un trabajo sudoroso en la humedad de la isla. Era más fácil hablar ahora, expuestos a brisas refrescantes que corrían a través de los bordes de las alturas de los acantilados.

—No es una buena señal —dijo Nyahitha—. Las peleas no suelen estallar hasta más tarde en el festival, una vez que el alcohol comienza a fluir. Estoy seguro de que tienes un montón de agresión ebria en el Reino Tierra, pero aquí, donde tienes que vengar cada estúpido desaire a tu nombre… —Hizo una mueca—. Te digo, no me encanta esa parte de mi país.

Kyoshi conocía la sensación. Los hábitos ocultos y corruptos del Reino Tierra le habían causado un dolor sin fin.

—Al menos no habrá Agni Kai’s —dijo Nyahitha—. Es una ofensa espiritual quemar a otra persona durante las fiestas.

Caminaron más lejos hasta llegar a un acantilado que dominaba una llanura creciente, una pendiente suave aplanada que llevaba las marcas de arado y azada. La mayor parte del suelo había sido removido y vaciado.

—No hay suficiente luz para verlo claramente ahora, pero allí están los

LA SOMBRA DE Kyoshi

campos de melón —dijo Nyahitha, señalando un parche todavía verde en el lado opuesto de la aldea—. Son un cultivo extremadamente sensible, por lo que permanecen en el suelo hasta el final del festival. Sin embargo, me sorprendería que sobrevivieran tanto tiempo. Este pueblo se está marchitando, Avatar. El dinero del turista ayuda, pero no es suficiente.

—¿Crees que los rumores son ciertos? ¿Podrían los espíritus estar enojados con el Señor del Fuego Zoryu por alguna razón?

—*El hombre adivina, los espíritus actúan* —dijo Nyahitha, mostrando una vieja expresión—. Podrías tratar de preguntarles tú misma una vez que descubras cómo—. Señaló un muñón en otro claro cercano—. Ahí es donde ataríamos a tu bisonte volador, si tuvieras uno.

Kyoshi frunció el ceño.

—Tengo un bisonte. O al menos el acceso a uno.

—¿Qué? — El grito de Nyahitha resonó en el aire de la noche—. ¿Por qué no lo dijiste? ¡Llevamos una hora de excursión! ¡Podríamos haber volado aquí en minutos!

—¡Usted no me dijo a dónde íbamos! ¡Pensé que caminar era parte del ejercicio espiritual!

Los dos se detuvieron de jurarse el uno al otro. Entre la obsesión de la Compañía de Opera Voladora con Pengpeng y las quejas de Nyahitha por no haber traído a Yingyong, Kyoshi estaba empezando a pensar que el mundo estaría mejor si el Avatar simplemente reencarnara en un bisonte del cielo de ahora en adelante. Al menos entonces sería universalmente amado.

—Muy bien, siéntate —dijo Nyahitha—. En cualquier lugar está bien, siempre y cuando me des un poco de espacio delante de ti.

Kyoshi tomó su posición.

—No vamos a usar incienso, ¿Verdad? — Había tenido malas experiencias con el incienso, por decir lo menos.

—No, no vamos a usar incienso—. El enfoque de Nyahitha parecía renunciar a tantas trampas espirituales como fuera posible. Había dejado atrás su ridículo traje falso de Sabio del Fuego y llevaba una simple túnica de algodón, notablemente desprovista de cualquier símbolo del clan.

—Sabes, acabo de pensar en algo —dijo Kyoshi mientras él se sentaba frente a ella—. Si no funciona con Kuruk, podrías guiarme a Yangchen. Ella mediaba entre los humanos y los espíritus.

Nyahitha dejó salir un largo silbido entre dientes.

LA SOMBRA DE KYOSHI

—Yo… no creo que Yangchen sea de tanta ayuda como crees.

—Eso es una tontería. Yangchen era el Avatar perfecto—. O al menos mejor que Kuruk en todos los sentidos posibles—. Ella sería capaz de ayudarme de alguna manera.

—Si la alcanzaras, tal vez. Algunos sabios, incluyéndome a mí, creen que tienes que ir por la cadena de tus vidas pasadas en orden inverso si quieres comunicarte con ellos. No puedes hablar con Yangchen ni con los avatares más antiguos antes de conectarte con Kuruk.

—Excelente —Kyoshi dijo, levantando las manos y rompiendo su postura meditativa—. ¡Así que además de todo lo demás, Kuruk es un muro que me impide alcanzar todo mi potencial!

—Él no es un—lo juro, de haber sabido que eras su reencarnación desde el principio, el Reino Tierra se habría ahorrado muchos problemas si te hubieran traído antes que yo. ¡Ustedes dos son *exactamente* iguales!

Kyoshi farfulló, indignada hasta la medula. ¿Cómo se atreve —a tener el descaro para insinuar tal—

Nyahitha rápidamente hizo una lista con sus dedos.

—¡Ambos idolatran a Yangchen hasta el extremo, ambos son tercos como rocas cuando se trata de lo que quieren, y ninguno de ustedes tiene ningún control sobre sus emociones! ¡Recuerda mis palabras, algún día vas a estropearlo todo debido a tus sentimientos personales, como lo hizo él!

—¡Me alegro de que pudieras saber todo eso por las *dos* conversaciones que tuvimos! —Kyoshi había pensado que los días de tutores místicos declarando unilateralmente quién era ella en *realidad* habían terminado, pero aparentemente no—. ¿Ahora podemos ponernos manos a la obra?

Nyahitha se limpió la boca y se calmó en un estado más conveniente para un guía espiritual de un Avatar.

—Hay varias maneras en que Kuruk podría hablar con nosotros —explicó—. Lo más sencillo es que simplemente tuvieras una visión de él. Este método tiende a tener éxito en ubicaciones con significado para los avatares anteriores. Este lugar era donde Kuruk meditaba y se recuperaba de sus propios viajes espirituales.

Una visión en un lugar importante para el Avatar del Agua. Eso podría explicar su aparición en el Templo del Aire del Sur. Y, pensó, con cierto disgusto, los escombros que había hecho de la isla de Yangchen.

—La desventaja es que cualquier mensaje que recibas de una visión tiende a

ser unidireccional —dijo Nyahitha—. No es tan útil si tienes que hacerle preguntas. Otra forma de tener más de una conversación es si se apodera de tu cuerpo y me habla en persona. Tendría que transmitir lo que quieras preguntarle.

Kyoshi frunció el ceño. Ella estaba claramente incómoda con la idea de ser poseída por otra persona. Y Kuruk era una de las últimas personas que quería que controlara su cuerpo, incluso si él era su propia vida pasada.

Nyahitha notó su renuencia.

—Si no te gusta eso, el método final, que es el más difícil y menos probable que suceda después de una sesión de práctica, es si lograses entrar al Mundo Espiritual meditando. Allí, podrías hablar con él cara a cara. Este es el nivel de comunión que la mayoría de las personas asocian con las habilidades del Avatar. Es la forma más eficiente y clara de aprovechar la sabiduría de las generaciones anteriores.

Hizo una pausa.

—¿Pero? — Kyoshi preguntó.

—El espíritu de Kuruk no necesariamente va a estar ahí para saludarte. Y tu cuerpo se vuelve físicamente indefenso mientras tu espíritu está del otro lado. Y a veces no recuerdas nada de lo que aprendiste una vez que regresas al mundo físico.

Tal vez estaba mejor inhalando el gas dentro de la tienda sucia.

—La comunicación no suena como el gran y útil poder que se describe.

—Nada es útil hasta que lo practiques.

Nyahitha unió sus manos, dedos a los dedos, de palma a palma. Después de una respiración profunda los separó, creando un pequeño y parpadeante fuego en el espacio vacío. Flotaba en el aire, del tamaño y la suavidad de la llama de una vela.

Su voz perdió su tono cascarrabias.

—Centra tu atención en esta única llama —dijo—. Es una llama, y son muchas. Cambia a cada momento.

Kyoshi se relajó por la forma de las palabras de su guía.

—Ningún fuego es el mismo fuego —dijo Nyahitha—. Ningún Avatar es siempre la misma persona. Tú y la llama cambian con cada momento, cada generación. *Eres* una sola llama, y eres muchas.

Los sonidos que brotaban de Nyahitha se convirtieron en ecos de sí mismos, un matiz, una reverberación. Perdieron su significado y encontraron su peso.

—Una y muchas. Tú eres la llama. Una de muchas, una y muchas.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Las nubes cobraron velocidad. Los árboles le susurraban al oído. Las estrellas parpadearon, bostezaron y se entregaron a la noche. La voz de Nyahitha se convirtió en la suya. Ella estaba repitiendo después de él espontáneamente, y multitudes de sí misma gritaron en respuesta, una ceremonia de juramento en la que ella era la líder y la seguidora a la vez.

Y entonces.

LA SOMBRA DE KYOSHI

EL MENSAJE

El hielo de Agna Qel'a era tan claro y puro que Kyoshi instintivamente se frotó los brazos para calentarlos. A pesar del cambio repentino, el tirón de su mente por todo el mundo, ella sabía exactamente dónde estaba y lo que estaba mirando. Tenía la certeza de haber estado aquí antes.

Kuruk se sentó en un gran banquete, largas mesas de hielo dispuestas con carnes crudas y asadas, selectos trozos de pescado. Para él y el resto de sus parientes, la sala glacial era cálida y luminosa con el calor de docenas de lámparas de grasa, y se reían de los temblorosos dignatarios extranjeros de pieles rojas y abrigos verdes que intentaban levantar sus copas con sus gruesas manoplas para brindar. En el transcurso de la noche se acercó a sus mayores, preguntándoles: ¿Cómo lo sabías? ¿Cuáles fueron las señales? Nunca había controlado los otros elementos hasta que le dijeron que lo intentara, confiando en su éxito. Semanas atrás, se había quedado asombrado cuando el cristal brillante que le dieron se elevó en el aire bajo su mando.

Los sabios de la Tribu del Agua del Norte sólo le dieron sonrisas traviesas en respuesta y le aseguraron que el procedimiento no revelado había ido sin problemas, un signo auspicioso para su época. El sucesor de Yangchen sería digno de su legado y su paz continuaría durante cien generaciones. Kuruk se rindió, sonrió y asintió. Aunque esa noche estaba destinada a ser una celebración, la absoluta certeza de todos los demás impidió que la alegría llegara plenamente a su corazón.

Kyoshi estaba viendo un recuerdo de su vida pasada. Ella miró a un joven Kuruk desde todos los ángulos a la vez, reconociendo lo que estaba pasando por su mente con cada movimiento de su hermoso rostro.

—¡Kuruk! — Trató de gritar, sin resultado. Su voz abandono su cuerpo, pero no hubo ida y vuelta, ningún eco. Eran imágenes, no gente que podía escucharla y responderle. Fue encarcelada, una audiencia en la actuación de otra persona, obligada a ver una obra que no tenía ninguna posibilidad de alterar.

La Tierra Control fue tan fácil para él. Demasiado fácil. Las rocas bailaban a sus órdenes, pero su forma era inadecuada, su maestro desalentado de Ba Sing

LA SOMBRA DE Kyoshi

Se gruñó. Demasiado flojo y ondulado, no había suficiente fuerza. No estaba adoptando la actitud de un Maestro Tierra. Kuruk luchó con el por qué la influencia de su estilo de Agua Control era considerado un detrimento a las otras formas de control de los elementos. Los elementos—estaban conectados. Uno fluía hacia el siguiente, compartiendo la misma energía. Deseaba que sus maestros mayores pudieran ver eso. Tener una mente en lugar de cuatro, ¿no era esa la fuerza del Avatar? Para cambiar constantemente su identidad de un lado a otro, Maestro agua-Maestro tierra-Maestro agua-Mastro fuego-Mastro aire, *la tensión lo destrozaría.*

Sorprendentemente, la única persona que estuvo de acuerdo con él fue un miembro más joven de la delegación del Reino Tierra, un chico remilgado de la tribu Gan Jin. A pesar de la diferencia en sus personalidades, Kuruk comenzó a pasar el rato con Jianzhu cada vez más. Estaba claro que el chico tenso necesitaba un amigo. Y el Avatar también necesitaba uno. Tenía mucha gente a la que le gustaba, *pero eso no era lo mismo que la verdadera amistad.*

Tomo un tiempo sorprendentemente largo sentarse juntos en una mesa de Pai Sho. Para cuando el primer partido concluyó, el vínculo de Kuruk con Jianzhu era absoluto.

Los dos se pusieron sus máscaras y sufrieron las lecciones de sus mayores hasta dominio del fuego y el aire. Es mejor simplemente cumplir que luchar contra la tradición en todos los frentes. Fingió ser un estudiante modelo delante de sus maestros, se mordió su lengua en las correcciones que podría haber hecho a sus *posiciones. Incluso inventó una técnica que podría haberle hecho ganar flechas, una manera de crear un colchón de aire bajo un objeto pesado para que pudiera ser deslizado y movido sobre un piso con facilidad. Una manera perfecta de organizar todas esas estatuas que tenían alrededor de los Templos del Aire.*

La gente que conocía a Kuruk de niño se habría sorprendido de su buen comportamiento. Sin embargo, había una razón para ello, una recompensa que estaba al final del ciclo elemental. Un bisonte del cielo. podrías tener todo tipo de aventuras una vez que tenía una montura voladora a su disposición. El mundo se abriría, sin restricciones de distancia.

Así fue como uno de los monjes jóvenes del Templo del Aire del Sur lo atrapó a él y a Jianzhu escabulléndose en el corral, con la esperanza de experimentar con un paseo, y los inmovilizo en la pared con una ráfaga de aire que ondeó sus mejillas durante minutos.

El pelo de Jianzhu se levantó como espinas de cactus mientras los dos se

arrodillaban frente al abad del templo y a los ancianos de Kuruk, temblando por los castigos que podrían recibir. Idiotas, *se les dijo. Cada Avatar normalmente viajaba de forma independiente; simplemente podrían haber esperado su oportunidad. Ahora, en su primer viaje, iban a ser acompañados hasta el olvido.*

El monje que los había maltratado tanto fue asignado como compañero del Avatar, a pesar de sus protestas de que no quería tener nada que ver con dos ladrones de bisontes. Se sorprendieron al saber que tenía la misma edad que ellos, su tamaño y su envidiable barba lo hacían parecer mayor. Era un buen castigo. El Avatar tenía de compañero a este tal Kelsang, atado a un gruñón nada divertido.

—¡No! — Kyoshi se agitó de un lado a otro, incapaz de liberarse—. *¡NO!*

Ella había resistido las náuseas de tener que mirar una versión más joven de la sonrisa de Jianzhu y verlo divertirse. Se había tragado su odio recordándose a sí misma que el hombre estaba muerto. Pero ver a Kelsang de nuevo era demasiado.

Ella no podía advertirle del monstruo que se deslizaba hacía su vida disfrazado de un amigo. Ella no podía cambiar su destino. Estaba viendo una ola chocar inexorablemente contra la orilla, donde se rompería y se disiparía, irrecuperable.

El último miembro de su grupo sería un adulto. Los tres estarían acompañados por uno de los maestros superiores más estrictos y duros de la Real Academia. Un hombre Sei'naka. Los jefes de clan más poderosos de la Nación del Fuego se lo pensaron dos veces antes de jugar con un Sei'naka. Pero, como lo quiso el destino, el hombre se enfermó. Envió a un pariente más joven en su lugar, asegurándoles que el arreglo sería sólo temporal. Kuruk sabía que tenía que tirar de todos los hilos que pudiera para hacerlo permanente una vez que vio a Hei-Ran.

Estaba convencido de que los espíritus le habían dado una visión ese día en el puerto del Primer Señor. La chica que llegó era un sueño ambulante de pelo negro de noche y labios feroces y ojos que cortaban como cuchillos. Tuvo que preguntar rápidamente. Tuvo que aclarar sus sentimientos, mientras que su corazón palpitaba en su pecho como un tambor de batalla dándole el valor de acercarse a alguien tan hermoso. Encendió su encanto, un arma que nunca le había fallado en el pasado.

Hei-Ran tardó menos de un minuto en proclamar fríamente que no estaba interesada en una relación con el Avatar. Jianzhu y Kelsang se unieron por primera vez por la miseria de su amigo en común, dándole palmadas en las espaldas y riéndose de la brutalidad con que lo habían derribado. Pero mientras

LA SOMBRA DE KYOSHI

los dos se divertían, se habían perdido a Hei-Ran dándole a Kuruk un parpadeo lento, una sonrisa, y un pequeño comentario de que el romance estaba prohibido… mientras estaba de servicio.

Finalmente, viaje por el mundo en un bisonte. Mientras la brisa agitaba su cabello, el sol calentando su piel, Kuruk sorprendió a sus compañeros pidiendo más entrenamiento de control de los elementos. ¿Por qué? *preguntaron. Eran jóvenes, no los expertos establecidos en sus disciplinas. Y Kuruk era un prodigio del control de los elementos, ya un maestro de los cuatro elementos. ¿Qué necesidad tenía para seguir practicando?*

Explicó que la distinción entre los mejores grandes maestros de Pai Sho y aquellos que eran mediocres era que los verdaderos genios simplemente jugaban más juegos que sus contrapartes de menor rango. Nunca dejaron de aprender. Jianzhu, Kelsang y Hei-Ran, podrían mejorar el Avatar. Podrían mejorarse mutuamente. El desafío constante era la clave del crecimiento.

Y así practicaron a lo largo de las paradas de sus viajes. Practicaron entre sí, identificando y corrigiendo y destruyendo los hábitos del otro, hasta que sintieron que los cuatro podían hablar sin hablar, sus espíritus fundiéndose en una sola piscina. Kuruk sabía que sus compañeros tenían potencial de grandeza, heterodoxia, mucho más allá de lo que sus mayores esperaban o incluso ellos mismos.

Kelsang lo confirmó una noche cuando admitió que había visitado el Mundo del Espíritus sin querer. Sus descripciones de criaturas coloridas y translúcidas, plantas parlantes, paisajes cambiantes, habían confundido y perturbado a los monjes mayores que pensaban en el reino fuera de lo físico como un lugar austero de vacío que reflejaba el desapego del visitante.

Eso fue exactamente, dijo Kuruk. En el instante en que los hechos no estaban de acuerdo con sus nociones preconcebidas, la gente perdía la cabeza. Eso lo resolvió. Kelsang iba a guiar al Avatar al Mundo Espiritual.

El monje accedió de buena gana, ansioso por que alguien compartiera las maravillas que había visto en lugar de ridiculizarlo por ello. Eligieron un prado en el Reino Tierra cerca de Yaoping donde se decía que a Yangchen le gustaba practicar el uso del Estado Avatar para potenciar su Aire Control. Kelsang y Kuruk se sentaron en la hierba, uno frente al otro.

Aunque el ejercicio había sido idea suya, Kuruk no se dedicó a la meditación de inmediato. Se tomó un momento para ver la respiración de Kelsang agitar los pelos gruesos de su bigote. Sintió los ojos de Jianzhu y Hei-Ran en su espalda,

sus miradas llenas de calidez.

Sus amigos. Los amaba tanto. La vida era buena. Era simplemente bueno, y el mundo era un lugar maravilloso.

Las uñas de Kyoshi estaban mojadas. Se había roto la piel de la palma de la mano. La sangre goteaba por sus dedos.

Todavía podía ver la cara de Kelsang. Había visto al hombre que le había salvado la vida, que la había criado. Había visto la cara de su padre. Kuruk había pasado mucho tiempo con él.

Sus los ojos le dolieron de repente. Picaban por la luz del amanecer. Nyahitha estaba sentado de espaldas hacia el este, por lo que el sol naciente caía sus hombros. La miró con asombro y confusión.

—Tu espíritu dejó tu cuerpo —dijo. Si no lo supiera mejor, habría jurado que había admiración en su voz—. Dejé que la llama se apagara después de los primeros diez minutos una vez que quedó claro que no la necesitabas. Nunca he visto a nadie acostumbrarse a viajar tan rápido. ¿Estaba Kuruk allí? ¿Te habló del Padre Glowworm?

—No encontré a Kuruk—. Kyoshi sonó como si la hubieran estrangulado. Sus palabras no le pertenecían—. Sólo sus recuerdos. Y ellos… no eran los que estaba buscando

Las visiones habían sido torturas. Ver a Kelsang reírse y lanzar su brazo sobre el hombro del hombre que un día le cortaría la garganta y lo dejaría desangrarse en una montaña. Viendo a Hei-Ran en su mejor momento, sabiendo que le robarían su fuerza y su honor.

Todos habían empezado como tan buenos amigos, y sin embargo Kuruk había dejado que la gente que más lo amaba se alejara como paja en el viento, por los caminos hacia la ruina. Debería haber hecho más por ellos. Debería haber luchado más duro para mantenerlos juntos.

—No aprendí nada —se ahogó Kyoshi—. Sólo que su vida fue mucho más fácil que la mía.

Nyahitha miró a Kyoshi con tristeza. Luego resopló, aclarando el contenido de su nariz en su garganta.

—Muy bien. Vámonos. Hemos terminado aquí.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Bien por ella.

—¿Hay otra técnica que podamos probar? ¿Tal vez un lugar diferente?

—Podríamos, pero no creo que lo hagas mejor que esto. Éste es tu límite.

Nyahitha se puso de pie y se sacudió el polvo.

—Puede que seas buena meditando, pero nunca hablarás con Kuruk ni con ninguno de tus otros predecesores en el ciclo del Avatar si te aferraras tanto a tus resentimientos. Los defectos de Kuruk no te impiden conseguir lo que quieres. Los tuyos sí. Tendrás que encontrar otra forma de rescatar al chico de las garras del Padre Glowworm.

Con furia, Kyoshi cruzó la distancia y agarró a Nyahitha por el frente de sus túnicas. La miró con calma, como si esperara por completo el gesto amenazante. Él había visto en sus pensamientos y la encontró deseosa.

Ella lo dejó ir tan bruscamente como pudo.

—Permítanme compartir contigo algunos consejos, la sabiduría de mis años —dijo Nyahitha, enderezando las arrugas que le había dado—. Puedes tener tu pasado, o puedes tener tu futuro. No las dos cosas. Podemos intentarlo de nuevo una vez que entiendas esto—. Decidiendo que su futuro estaba de vuelta en la ciudad, comenzó la caminata por la montaña.

Kyoshi vio a su antiguo guía alejarse, sintiéndose tan impotente como siempre. Venir aquí había sido un error. Nunca debió creer que Kuruk podría darle respuestas. No había nada más que pudiera hacer en este momento que seguir en la estela de Nyahitha, la amargura brotaba en su garganta.

No habían ido muy lejos cuando el sabio, tal vez sintiendo que estaba al borde de las lágrimas, habló.

—No estaba mintiendo cuando dije que tenías el potencial de una gran disciplina espiritual —dijo mientras continuaba abriéndose camino a través del estrecho espacio—. Debes haber tenido un buen maestro mostrándote los fundamentos.

Su piedad fue peor que su antagonismo.

—No eres el primer anciano con el que he meditado, si eso es lo que quieres decir—. Había aprendido a los pies de un supuesto inmortal. Se habría reflejado mal en ella si no hubiera captado un truco o dos sobre la mente interior.

Nyahitha se encogió de hombros.

—Quienquiera que fuera tiene mis saludos. Podía sentir el velo entre mundos adelgazarse alrededor de tus hombros, Avatar. Los espíritus de las islas pasaron y te hablaron esta noche. Es sólo cuestión de poder descifrar sus mensajes ocultos.

El amanecer puso aún más en evidencia la belleza robusta de las Islas del Fuego. El sol doraba los campos debajo de ellos, y desde esa altura, el disco de Chung-Ling del Norte parecía el suave sello de un artista en una pintura de la naturaleza. Pero a medida que el resplandor en sus ojos disminuyó, restaurando la tierra cultivada a sus colores naturales, surgió una discrepancia inquietante.

Kyoshi se detuvo dónde estaba y señaló el campo de melón de la ladera.

—¿Los espíritus hicieron eso? —Preguntó—. Porque si lo hicieron, creo que su mensaje es bastante claro.

Las hojas de melón crearon una densa manta de vegetación sobre el suelo. Pero muchas de las plantas, en una sola noche, se secaron y se volvieron de color amarillo enfermizo en franjas que se destacaban claramente contra su entorno verde. Desde esta distancia, los cultivos moribundos formaron patrones que parecían pinceladas gigantes.

Y los caracteres perfectamente legibles deletreaban *Viva, Señor del Fuego Chaejin.*

LA SOMBRA DE KYOSHI

INTERLUDIO: SUPERVIVENCIA

Yun levantó las manos cuando el Padre Glowworm se abalanzó sobre él. *Esto es todo,* pensó. *Aquí es donde termina*. El chico que resultó ser nada desaparecería sin dejar rastro.

Pero su cuerpo era más fuerte que su voluntad. Por la gran memoria y práctica, las formas talladas en sus músculos y huesos, su gesto de rendición se convirtió en un Puño Perforador del cielo, un uppercut.

La tierra. La tierra que lo amaba cuando nada más lo haría. Debió saber que incluso en su momento más bajo, nunca sería abandonado por su elemento. Una explosión concentrada de barro y rocas sueltas azotaron al Padre Glowworm a través del iris. El espíritu gritó y detuvo su carga.

Yun miró su propia mano en shock, como si este fuera el primer acto de Tierra Control que hubiera realizado. Las lágrimas brotaron de sus ojos, nublando su visión.

—Oh, mira—. Se limpió la cara con el brazo y respiró—. Puedo hacerlo aquí.

El duelo se desató durante tres días y tres noches fue como su fábula habría ido, si lo contara otro.

En verdad, no supo cuánto tiempo luchó contra el Padre Glowworm. El tiempo parecía funcionar diferente ahí. En un momento recordó arrastrándose sobre sus manos y rodillas hacia el borde del pantano, dispuesto a poner sus labios en el fondo de un charco, necesitando beber más de lo que quería defenderse. Pero los zarcillos de baba habían bloqueado su camino, obligándolo a girarse y seguir luchando. Ya no se trataba de depredadores y presas, sino odio y terquedad lo que lo llevaba a cabo.

Yun tuvo que elaborar estrategias sobre qué partes de su cuerpo podía sacrificar, como si fuera uno de los maniquíes para heridas en los que él y el Maestro Amak solían practicar. Un codo torcido era mejor que una costilla rota. El sangrado de la cabeza estaba bien, pero tenía que proteger sus arterias. Sobre todo,

no podía perder el conocimiento, ya fuera por agotamiento o por un golpe de gracia.

Y dio lo mejor que pudo. Golpeó el espíritu con columnas de piedra sólida, lo roció con nubes de guijarros, casi lo atrapó en una mano gigante de barro. Una observación a lo largo de la lucha le dio astillas de esperanza, asomando a través de rayos de sol. Cada vez que golpeaba directamente y heria de verdad al espíritu, se encogía de tamaño. Un marcador de progreso.

—Así que —jadeó Yun durante una pausa mientras se doblaba por la cintura y respiraba con dificultad—. ¿Cómo me comparo con Kuruk? — Su sangre y sudor goteaban de la punta de su nariz, acariciándose y mezclándose en el suelo—. Lo sé de buena fe, soy su igual cuando se trata de Tierra Control.

Su enemigo continuó revoloteando a través de los árboles, pero a un ritmo más lento y desigual. El espíritu había perdido el control sobre gran parte de su baba. Tenía menos armas con las que trabajar.

—Tú, pequeña mancha presuntuosa. Si Avatar Kuruk no me hubiera debilitado hace tantos años, te habría terminado en un instante.

—¡Y, sin embargo, aquí estoy! — Yun gritó, desperdiciando aire precioso, haciendo agonizar a sus propios músculos rotos—. ¡Qué inconveniente para ti!

El Padre Glowworm se rio, sabiendo que Yun podría haberse dirigido a otra persona.

—Sí —dijo el espíritu, teniendo en cuenta sus palabras—. Eres más problemático de lo que mereces. Hay comidas más fáciles de comer.

Se paró entre dos troncos delgados, como un visco vertical de contemplación. El Padre Glowworm había comenzado la batalla del tamaño de una rueda de carromato, pero ahora no era más grande que una calabaza descuidada.

—¿Qué le dices a una especie de tregua? Tengo una propuesta para ti.

Después de la Tierra Control y el Pai Sho, Yun se destacó en hacer tratos. Apretó un pulgar contra una fosa nasal y expulsó un coágulo de sangre de la otra.

—Estoy escuchando.

—Puedo concederte algo de mi poder. Serías capaz de crear un pasaje entre los mundos humano y espiritual. A cambio, me traerías gente. No mucha. No quiero ser conocido.

Podría volver a casa. Sacrificar inocentes no le sentaba bien a Yun, pero era importante escuchar los términos completos de la otra parte durante una negociación, no importaba cuán escandaloso fuera.

—¿Qué se necesita? ¿Para qué me des tal poder?

—Nuestras formas tendrían que entrelazarse, pero sólo brevemente. Es un acto simple. Uno físico.

—¿Me… poseerías? ¿Pasarías a través de mí?

—Llámalo como quieras. Siembre y cuando ambos bajemos la guardia el tiempo suficiente para fusionarnos.

El espíritu se volvió magnánimo con su explicación, revelando más de lo que sentía que era necesario.

—Es posible que notes algunos cambios en tu naturaleza física como resultado, pero no es un problema. En todo caso, te volverías más fuerte.

Yun reconoció una declaración de doble filo cuando escuchó una. Pero mantener su buena apariencia no era una preocupación. Luchó contra el dolor de su brazo y levantó las manos. Sin movimientos repentinos de Tierra Control.

—Acepto.

El Padre Glowworm relajó sus zarcillos. Una capa de baba cubrió el suelo.

—Acércate.

Yun se acercó lentamente. Dientes dispersos rodaban bajo sus pies y rastros de moco se aferraban a sus plantas. Ubicado en la bifurcación de un árbol, el Padre Glowworm palpitaba de anticipación. Las ramas que lo rodeaban parecían parte de una cara. Durante su lucha nunca había salido de la cubierta parcial de la arboleda. Yun recordó cómo el espíritu había preferido permanecer dentro del túnel de piedra que Jianzhu había abierto en la montaña, en Xishaan. Un ojo desprotegido necesitaba una cuenca.

Una energía acogedora irradiada del espíritu, prometiendo una terrible transformación, la disolución líquida y el renacimiento de una larva envuelta en su capullo. Se había abierto. Se había preparado para el fin de la negociación.

También Yun.

Apartó las manos. Todo el piso de la arboleda los siguió. La capa del suelo que contenía las raíces de los árboles se barrió hacia la izquierda y la derecha, dividiéndose por la mitad en una línea que corría bajo el Padre Glowworm.

El espíritu de repente se vio despojado de su ropa y protección por el acto de marea de Tierra Control. Cayó al nuevo nivel de tierra que Yun creó y aullaba con sorpresa.

Yun casi hizo lo mismo. El acto de fuerza bruta había tomado cada gramo de su ser. Kyoshi podría haberlo hecho fácilmente. Pero el esfuerzo de lavar la capa superficial del suelo casi lo mata.

Tenía que hacer un último movimiento. Volviendo a juntar sus brazos, casi en

LA SOMBRA DE Kyoshi

un abrazo, atrapó al Padre Glowworm en las mandíbulas de una visera de tierra. Aplastado en su agarre pedregoso, el espíritu se encogió aún más.

—¡Niño desgraciado! — El espíritu se retorcía con furia impotente—. ¿Te ofrecí poder y recurres a trucos? Ni siquiera Kuruk se habría deshonrado a sí mismo en tal… *aaagh.*

Yun cerró el pulgar y el dedo índice. Las rocas apretaron más juntas.

—Basta con Kuruk.

Bajo su presión implacable, el Padre Glowworm había sido aplastado hasta el volumen de una ciruela pasa.

—¡Detente! ¡Si no te fusionas conmigo no puedes volver a casa!

—Lo sé—. Yun extendió la mano y arrancó el ojo encogido de la roca. Estaba húmedo y pegajoso como una ciruela pasa—. Sólo será en mis términos, no en los suyos.

—¿Qué estás haciendo? — El Padre Glowworm chilló en sus dedos, no menos fuerte por su tamaño reducido.

—Exactamente lo que me ibas a hacer—. Sin darle más consideración, Yun se metió el globo ocular en su boca.

La esfera estalló entre sus dientes. El sabor amargo de la gelatina dentro se apodero de su lengua y un grito resonó en sus extremidades, haciendo vibrar sus huesos como las cuerdas de un *erhu*[3]. Las nubes enfermizas de arriba huyeron hacia la cubierta del horizonte. Podía sentir los árboles escondiendo sus rostros en la vergüenza.

No necesitaba que un maestro mayor y más sabio se lo dijera para comprender. La combinación con un ser inmortal de una manera tan sacrílega creó un agujero permanente en el tejido. Era un crimen contra el orden. Una abominable violación del equilibrio espiritual.

Yun se tragó su bocado y dejó que el cambio lo superara. Nunca había sido un comedor exigente.

[3] También llamado nanhu (南胡, "violín sureño") «violín chino» o «violín chino de dos cuerdas» es un instrumento de cuerda frotada con dos cuerdas y que se toca con arco.

RESIGNACIÓN

Kyoshi y Nyahitha corrieron por la montaña tan rápido como sus viejos huesos se lo permitieron. Lo cual, en su pánico, fue sorprendentemente rápido.

—Los espíritus hablan de maneras sutiles, ¿Verdad? — ella gritó. Patino sobre un trozo de roca húmeda, casi girando los tobillos. Lo que habría dado para que las fuerzas ocultas detrás del movimiento del mundo se mantuvieran ocultas en su vida.

—¡Este no es un mensaje espiritual! ¡Es una declaración de guerra! ¡Si el Saowon *o* el Keohso ven esto, Chung-Ling del Norte se ahogará en sangre!

Tenía razón. Chaejin había estado trabajando en el ángulo de ser favorecido por entidades más allá del ámbito físico. La repentina e inexplicable aparición de este mensaje de la noche a la mañana enfurecería a los partidarios de Zoryu y envalentonaría a los suyos. Si una sola pancarta mal colocada podía provocar una pelea, una provocación de este tamaño podría ser el preludio de un motín en toda regla.

No tenía sentido el por qué a los espíritus les importaría qué hermano se sentara en el trono. ¿El entrenamiento de Chaejin en el Templo Mayor le gano algún tipo de buena voluntad con las islas mismas? ¿Había hecho algún tipo de trato sobrenatural? A pesar de las visiones que había tenido, el enemigo del que estaba tratando de rescatar a Yun, no podía creer que los espíritus garabatearían el nombre de alguien en el paisaje como un vándalo. Y tampoco parecía que Nyahitha lo hiciera.

Se le ocurrió que no tenía forma de deshacer el mensaje. No a menos que estuviera dispuesta y fuera capaz de destruir toda la ladera o de incendiar las últimas cosechas que quedaba de un pueblo hambriento. Podía ver la sonrisa engreída de Chaejin, burlándose de ella mientras corría. *El Avatar no puede luchar contra la historia.*

Ella y Nyahitha sólo se apresuraban hacia lo inevitable. Cuando llegaron al centro del pueblo, la gente asombrada ya estaba saliendo a trompicones de sus hogares para mirar la escritura gigante.

Nyahitha se detuvo y se dobló, con las manos en las rodillas.

—Llegamos demasiado tarde —dijo entre jadeos. Inhalar tanto gas no podría haber sido bueno para su resistencia.

—Encuentra a mis amigos y diles lo que pasó—. El Avatar iba a ser necesario aquí en medio de Chung-Ling del Norte. Los miembros del clan Saowon y Keohso empezaban a reunirse en vigor.

Desde un lado de la plaza, Sanshur y un grupo muy grande de resistentes. Eran hombres con cicatrices de batalla que Kyoshi no había visto antes en la feria, o alrededor de la ciudad. Basándose en la forma en que se comportaban, adivinó que eran experimentados combatientes y guardias que debieron venir de otros asentamientos en la isla de Shuhon. Después de ver a Huazo llegar ayer, Sanshur había pedido refuerzos de su clan.

El contingente de Saowon abarracó el extremo opuesto, disfrutando de lo que el amanecer había traído. Los hombres detrás de Huazo y Koulin se rieron y vitorearon la ostensible voluntad de los espíritus. Era demasiado temprano para que nadie se hubiera puesto la armadura, así que estaban vestidos con túnicas de verano de algodón de manga ancha impresas con camelias de piedra blanca y roja brillante. La disparidad entre los tejidos nítidos y teñidos audazmente de los Saowon y los trapos descoloridos y destrozados de los lugareños de Keohso hizo que la elección de la ropa pareciera más una burla que adecuada.

—¡Sanshur! — Huazo llamó. Para ser una persona de aspecto delicado, tenía una voz poderosa cuando la necesitaba—. ¡Mira lo que han hecho los espíritus!

—¡Nada de espíritus! —Sanshur gritó, su rostro tan escarlata como la chaqueta exterior de Huazo—. Marca mis palabras; ¡Esta es la traición de Saowon y nada más! — Su indignación no pudo ocultar el hecho de que estaba hablando en beneficio de los aldeanos que no eran leales a Keohso. Tenía un miedo mortal de la mancha que este mensaje dejaría en su clan.

Los hombres que temían por su imagen tendían a actuar precipitadamente, y en este sentido Sanshur no era diferente del niño en Loongkau que había atacado a Kyoshi con un *dao* oxidado. A su señal, la línea de batalla de Keohso comenzó a avanzar.

Huazo no se inmuto. La sonrisa que compartió con su sobrina dijo que quería este enfrentamiento tanto como Sanshur.

—¿Por qué no le preguntamos al Avatar cómo interpretar estos símbolos? Está justo ahí. ¡Avatar Kyoshi! Puedes leer, ¿No? ¿Cómo debemos interpretar este milagro? ¿Crees que nuestro querido y difunto Señor Chaeryu podría estar

hablándonos desde el más allá?

Kyoshi trató de encontrar una respuesta relevante que la hiciera sonar como una autoridad espiritual y cambiara la dirección en la que se dirigía este encuentro, pero no había nada que pudiera decir tan fuerte como toda una ladera. Corrió hacia el medio del espacio cada vez más reducido entre los dos clanes.

—¡Retírense, todos ustedes! — Gritó. Los recuerdos de Kuruk habían sido una obra de teatro, pero ahora ella era la actriz, no el público. Y una mala actuación podría conducir a un desastre nacional—. ¡Quiero que todos vuelvan a sus habitaciones de inmediato!

—¡Bien, porque no hay nada que ver aquí! — Ululó un hombre de Saowon.

—¡Fuera del camino, Avatar! — Sanshur gritó—. ¡Esto no es un negocio de extranjeros! ¡Los insultos y la pérfida de este tamaño necesitan ser respondidos, día santo o no!

El tabú contra Agni Kai's durante el festival estaba trabajando en su contra. En otra época del año, los clanes podrían haber satisfecho su honor a través del duelo de fuego. Sin la liberación del ritual proporcionado, la situación se disolvía en algo más peligroso e incognoscible.

Huazo se mantuvo firme. Sus hombres pasaron por delante de ella como agua del río alrededor de una piedra. Koulin marchaba a la cabeza, los guerreros mayores de Saowon confiaron en ella como la punta de una lanza.

Kyoshi oyó pasos corriendo hacia ella por detrás. Era Rangi. Sin ni siquiera asentir, su guardaespaldas entro pulcramente para cubrir su flanco, encajando al Avatar tan de cerca como una empuñadura a una hoja. Parecía demacrada y exhausta, como si hubiera pasado toda la noche despierta preocupándose por las pruebas espirituales de Kyoshi. Pero ella estaba aquí, gracias a las estrellas. Ahora, juntas, tenían la oportunidad de mantener la paz.

Los dos clanes se acercaron, atrapándolas entre las mandíbulas de una visera.

—¡Escuchen al Avatar! — Rangi le gritó al Keohso. Como miembro de la Nación del Fuego y un clan neutral, con suerte podría arbitrar con éxito—. Kyoshi es la Maestra Fuego de más alto rango presente, respeta la corona, y tiene la última palabra cuando se trata de los espíritus! ¡Están en deuda con ella tanto como con el mismo Szeto!

Se volvió a dirigirse al Saowon y a su ex compañera de clase.

—Koulin —suplicó Rangi en voz baja—. Ayúdanos a detener esto. No necesitas guardar los rencores de tu tía por ella. Te lo suplico.

Koulin levantó una mano, deteniendo el avance de Saowon. Se acercó, sola.

Hizo una pausa frente a Kyoshi y Rangi, y les dio una sonrisa cálida y reflexiva.

—Oh, Rangi —dijo ella—. Mi querida amiga.

Bajó la voz para que sólo Kyoshi y Rangi pudieran oír. Las características agradables y bonitas de Koulin se torcieron en un desdén tan profundo que dejó surcos en su rostro.

—*Por supuesto, la hija de un animal descuidado y sin honor recurriría a la mendicidad* —susurró, con la intención deliberada de un asesino.

Rangi parpadeó. Asintió. Luego, antes de que Kyoshi pudiera detenerla, golpeó a Koulin en la mandíbula.

El Saowon había encontrado su excusa en el ataque de Rangi. El Keohso lo tomó como un ejemplo a seguir. Alrededor de Kyoshi, los miembros rivales del clan rugieron y se atacaban entre sí.

Kyoshi todavía estaba tratando de procesar lo que acababa de suceder cuando un hombre se estrelló contra su espalda. Ella se dio la vuelta y arrojó al delincuente a un lado, lanzándolo sobre dos de sus parientes. O sus enemigos. Ya las líneas se habían fusionado en una pelea campal sin frente definido. Keohso y Saowon lucharon entre sí con uñas y dientes, con todo menos cuchillas desenvainadas y fuego.

Kyoshi giró sobre las puntas de tus pies y arremetió, enviando una ráfaga de viento a toda velocidad hacia el grupo más grande de personas que pudo distinguir. Los aplasto como trigo en una tormenta, pero con los combatientes ya encerrados juntos, simplemente continuaron su lucha en el suelo, luchando en el polvo. Cuerpos aplastados amontonados en su cintura como muñecos de nieve, impidiendo sus movimientos.

Se abrió camino hacia la bolsa de espacio que se había formado alrededor de Rangi y Koulin. Huazo había desaparecido, dejando a su sobrina para manejar las cosas. Rangi levantó la mano hacia Kyoshi, una orden silenciosa de no interferir. Koulin limpió la sangre de su sonrisa. El golpe había sido duro, pero ella había seguido adelante, esperándolo y deseándolo.

—¿Qué dices? — Le preguntó a Rangi— ¿Con las reglas después del toque de queda? ¿Sin quemaduras ni puños?

—Estaba pensando lo mismo —respondió Rangi.

Las dos se acercaron la una a la otra. En lugar de recurrir a golpes y patadas

LA SOMBRA DE Kyoshi

elegantes al estilo normal y de largo alcance que Kyoshi estaba acostumbrada a ver en los Maestros Fuego, se agarraron por la nunca y cayeron en un intercambio de golpes brutales y viciosos con sus rodillas y codos.

La primera explosión de calor hizo que Kyoshi pensara que habían roto las prohibiciones del festival. Pero entonces recordó que los Maestros Fuego calificados podían hacer daño extremo con la fuerza de conmoción de su Fuego Control por sí solos. Cada vez que Rangi y Koulin golpeaban con la rodilla en las costillas de la otra, o apuntaban un codo a la sien de su oponente, dejaban escapar una onda de choque que sacudía los dientes de Kyoshi.

No había forma de que pudieran seguir así. Absorbieron los golpes de la otra con sus espinillas y antebrazos y su piel enrojeciendo por seguir la línea del fuego abierto. Koulin intentó estampar su frente en el ojo de Rangi y apenas falló, haciéndole una herida a lo largo del pómulo.

Rangi se tambaleó, sus rodillas temblaban. Koulin la siguió en persecución, hambrienta de explotar su ventaja. Pero había caído en una trampa. Con el espacio extra, Rangi le dio la espalda a Koulin y saltó al aire.

Fue un movimiento que pocos otros, pero Kyoshi reconocería. Caminando en el aire, pero no de la forma en que Rangi lo había hecho en Bahía Camaleón. Las llamas salieron disparadas sólo de uno de sus pies, impulsándola a dar una voltereta hacia atrás, golpeándola con mayor velocidad y fuerza. Su rodilla se estrelló contra la cabeza de Koulin como un mazo.

Koulin se había desmayado antes de que se golpeara contra el suelo. Ella cayó de bruces, flácida como un trapo húmedo. Toda la pelea había pasado en segundos.

Rangi, respirando pesadamente por el esfuerzo y el dolor, pero de alguna manera completamente tranquila, se arrastró de rodillas hasta Koulin. Sin dudarlo, dio la vuelta a la chica inconsciente y levantó los puños para golpear a su oponente indefenso de nuevo.

—¿Qué estás haciendo? — Kyoshi gritó. Agarró a Rangi y la apartó de Koulin.

—Yo— Rangi luchó para encontrar una respuesta. El horror se apoderó de ella cuando su mente finalmente alcanzó su cuerpo. Miró la batalla que había desatado sobre la plaza de la ciudad, y luego a Koulin, que no se movía en absoluto—. Yo—

Kyoshi había visto a Rangi comenzar una pelea una vez, en una plataforma de *Lei Tai*, pero había sido una maniobra calculada, no una ruptura completa. Si la

locura del honor familiar podía hacer que alguien tan disciplinado como Rangi perdiera el control, entonces no se sabía qué pasaría si esta violencia traspasara los límites de Chung-Ling del Norte y la isla de Shuhon.

—¡Llévala a Sifu Atuat! — Kyoshi ordenó.

Todavía en estado de shock, Rangi entrelazo sus brazos bajo los de Koulin y se colgó a la chica sobre sus hombros. Se tambaleó a través del tumulto, entrando en los espacios abiertos que pudo encontrar. Kyoshi tuvo que confiar en la suerte y lo que quedaba de honor del clan porque nadie las golpeara por la espalda.

No podía usar Tierra Control en el frenesí, no sin arriesgarse a causar lesiones graves a sus objetivos. Ella recurrió a separar al Keohso y al Saowon con sus propias manos, lanzando oponentes tan lejos el uno del otro como podía. A veces tenía que separar sus cabezas primero. Pareja por pareja, se atravesó entre la multitud, creando paz a través de la fuerza bruta.

Kyoshi vio a Jinpa viniendo a ella, sofocando la violencia a su manera. Muchos de los combatientes simplemente se detuvieron cuando lo vieron, la gracia de un Nómada Aire lo suficiente como para calmar sus temperamentos. A los que no lo hicieron los separo con su bastón, golpeándolos en las espinillas y las manos como un maestro de escuela enojado hasta que soltaron a sus enemigos.

—¡Avatar! — El gritó. Sus esfuerzos combinados estaban trabajando, lentamente, y ella podía oírlo durante el estruendo—. Atuat ha establecido un hospital de campaña en uno de los restaurantes—. Señaló uno de los edificios más cercanos al lado del Saowon—. Nuestra posada no tenía suficiente espacio para mantener a los heridos. Rangi está ahí en este momento.

Los transeúntes del pueblo ya estaban arrastrando a los guerreros más mal golpeados en esa dirección. Kyoshi le iba a decir a Jinpa que lo había hecho bien, que todo su equipo, a pesar de sus muchos errores y humillaciones y fracasos desde que llegaron a Chung-Ling del Norte, lo habían hecho bien. Pero cuando miró a su alrededor y vio que la pelea se estaba reduciendo hasta sus brasas, no hubo tranquilidad. Sólo el pensamiento palpitante en su cabeza de que todos en el pueblo estaban aquí, viendo la pelea o participando en la pelea o recuperándose de la pelea.

Una profunda y extraña enfermedad ondeó a través de su centro.

—¿Dónde está Hei-Ran? — Dijo—. ¿Quién está con ella?

—Ella todavía está en nuestra posada… por sí misma—. Jinpa también se dio cuenta y juró una maldición impropia de su pueblo.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Todo este enfrentamiento. No se podría haber diseñado una diversión más perfecta. Después de todo, ¿Por qué Yun cambiaría de táctica si seguía detrás de ellos?

Kyoshi corrió directamente hacía la posada en la que aún no había dormido, derribando a los hombres, pisoteándolos a toda prisa. Jinpa se quedó atrás, siendo golpeado en el cuello y derribado por un codo errante de Saowon. No había tiempo para esperar a que se pusiera de pie y se sacudiera. Tenía que llegar a Hei-Ran.

La calle a la que estaba tratando de llegar estaba a varias cuadras de la plaza, y cuando se alejó del ruido, un silencio fantasmal cayó sobre ella como un manto. Sus propios pasos y su respiración entrecortada eran más fuertes que el choque de nudillos contra los huesos que había estado escuchando hasta ahora. Encontró la esquina donde el hombre un día antes casi le había hundido la cabeza a su sobrino y entró en la posada.

En el interior, la sala común era cálida, alegre y bien iluminada. Este establecimiento estaba en lo profundo del lado de Keohso de la ciudad, por lo que cojines y alfombras adornadas con la peonía alada yacían sobre cada superficie que los sostenía. En el centro del suelo se había establecido una tabla Pai Sho de madera desgastada. Por un lado, estaba sentada Hei-Ran. En el otro, Yun.

—No te muevas, Kyoshi —dijo Yun—. Ella está en grave peligro en este momento—. Sus ojos se mantuvieron en el tablero, examinando el juego que yacía en sus etapas intermedias. Había estado forzando a la madre de Rangi a jugar.

En lugar de su ropa del Reino Tierra, Yun vestía túnicas del Saowon robadas, una camelia de piedra estampada en su hombro. Se había escabullido a través del caos exterior mezclándose. Sin trucos de Tierra Control. Sólo las habilidades de un infiltrado, su aprendizaje hecho posible por la mujer que estaba sentada frente a él.

—Kyoshi, recuerda lo que te dije—. Hei-Ran habló con la misma determinación tranquila que tenía antes de cortarse el pelo y dejar ir su honor. Ahora estaba lista para dar lo poco que le quedaba—. Recuerda lo que es importante. No tendrás una mejor oportunidad que esta.

Yun colocó un azulejo con firmeza, haciendo un fuerte *clic* contra el tablero que indicaba que las piezas habían sido talladas en piedra de alta calidad.

—Mi victoria en dieciocho movimientos, Sifu —dijo—. No hay necesidad de continuar. Se acabó.

Hei-Ran asintió con la cabeza.

Las fichas de Pai Sho volaron desde el tablero a la mano de Yun, siguiendo sus movimientos. En un instante, se fusionaron y se reformaron en una espiga larga y delgada que apuntó a la base del cuello de Hei-Ran.

Kyoshi gritó y levantó las manos, empujando contra la daga con su Tierra Control, pero Yun mantuvo su agarre en la piedra. Su Tierra Control se opuso al suyo, de la misma manera en que ella y Jianzhu se habían enfrentado en la casa de té de piedra de Qinchao.

Sólo que, aquí y ahora, Yun era más fuerte que Jianzhu. Pese a la resistencia de Kyoshi durante todo el camino, él hundió la daga en la garganta de Hei-Ran.

LA SOMBRA DE
KYOSHI

DEBILIDAD

Sobre el sonido del avatar gritando, Yun y Hei-Ran se miraron el uno al otro. Él se aferró a la punta de la piedra, como si quisiera mantener una conexión física con su muerte, de la misma manera que había abrazado a Jianzhu mientras lo mataba. Él le dio una sonrisa de despedida.

Pero Hei-Ran aún no estaba lista para despedirse. Sus ojos de bronce brillaron con claridad y propósito. Cuando la sangre brotó de su herida, agarró a Yun por la muñeca. Ella se atraganto involuntariamente, con espasmos en su espalda, lo acercó aún más. La daga se hundió más profundamente en su cuerpo.

Yun frunció el ceño, no esperaba esto. Trató de apartar la mano, pero no pudo. La última resistencia de Hei-Ran lo había convertido en hierro. Los senderos escarlatas brotaban de sus labios, pero nunca le quitó los ojos de encima a su antiguo estudiante. Hei-Ran levantó una mano y con un esfuerzo que Kyoshi pudo ver que la estaba matando tanto como la sangre que llenaba sus pulmones hizo una bola de fuego.

El fuego en sus manos la hizo parecer un Señor del Fuego capturado en retrato, invicto hasta el final. Ella empujó su palma hacia Yun.

Él se las arregló para liberarse y girar a un lado justo antes de que el fuego golpeara en su torso. Su hombro todavía quedó atrapado en las llamas y silbó de dolor, empujando a Hei-Ran al suelo, el movimiento retiro la daga con un sonido húmedo enfermizo. Corrió por las escaleras que llevaban desde la sala común hasta el nivel superior de la posada, agarrando su brazo quemado.

Kyoshi no pudo detenerlo. La misión fue olvidada, el plan no era nada. Tenía que ayudar a la madre de Rangi. Se apresuró al lado de Hei-Ran y trató de pensar en la dolorosa herida, para averiguar su próxima acción.

La expresión de desvanecimiento de Hei-Ran era de furia, reservada solo para el Avatar.

—Ve… tras... él —gorgoteó a Kyoshi a través de su propia sangre.

Yun había optado por una fuga de segunda estancia. Y estaba herido. Kyoshi podría haberlo alcanzado con los pasos de polvo, su ventaja secreta de la

Compañía de Opera Voladora que le permitía correr por los tejados. Pero hacerlo habría significado dejar que Hei-Ran se desangrara. Habría significado que Rangi perdería a su madre otra vez.

Se arremangó las mangas y las sujetó en el túnel de la garganta de Hei-Ran. La sangre seguía deslizándose entre sus dedos, disminuyendo para darle esperanza, y luego brotaba más fuerte en oleadas. Se dio cuenta de que era el patrón de un latido del corazón. No tenía tiempo que perder.

Recogió la parte superior del cuerpo de Hei-Ran del suelo en preparación para moverla.

—*¡N-no!* — La directora saltó—. *¡Kyoshi!* — Hubo un estallido final de indignación en los ojos de la directora, indignación por la debilidad del Avatar, antes de que se cerraran.

Kyoshi había desechado su oportunidad de cumplir con su deber. No podía hacer lo que había que hacer. Habría consecuencias por elegir sus vínculos personales por encima de todo, a largo plazo.

Pero ahora mismo, tenía que aferrarse a la madre de Rangi tan fuerte como pudiera. Levantó Hei-Ran y salió corriendo por la puerta en la dirección opuesta a la que Yun se había ido. Necesitaban un milagro. Uno que estaba actualmente al otro lado de la ciudad.

Kyoshi se sentó dentro de la tienda de fideos Erizo de Coral con Nyahitha y Jinpa. El restaurante había estado cerrado por las vacaciones, así que estaba oscuro, y las estufas estaban frías. Las largas mesas de madera ocupaban la mayor parte del espacio del piso. Habían pagado al dueño para que se apoderaran de sus apartamentos arriba también, donde Atuat trabajaba en Hei-Ran, Rangi a su lado.

Kyoshi miró alrededor de la mesa oscura y anudada a Jinpa y Nyahitha, el Maestro Aire sin flechas y el falso Sabio del Fuego. En circunstancias normales, estos dos hombres habrían sido sus consejeros espirituales. Qué trío hicieron.

—La lucha parece haberse detenido —dijo Jinpa. Había estado buscando algo positivo que decir por un tiempo.

—Sólo por el momento —dijo Nyahitha—. Hay demasiados heridos en ambos lados. Aún peor, algunos de los combatientes más jóvenes y estúpidos se reunieron fuera de la plaza de la ciudad y rompieron el tabú sobre el Fuego Control nocivo dañino durante las festividades.

LA SOMBRA DE KYOSHI

—Los Saowon y los Keohso se lamerán un poco sus heridas por un tiempo, y entonces el conflicto se extendería fuera de las fronteras de Chung-Ling del Norte. Cada uno de los clanes piensa que tienen una causa justa para atacar al otro ahora.

—¿No hay nada que podamos hacer? — Jinpa preguntó.

—Así es como se ven los comienzos de las guerras en la Nación del Fuego — dijo Nyahitha—. Si las mediaciones de Agni Kai's y el Avatar no funcionaron en el pasado, no sé cómo funcionarán ahora.

Kyoshi apoyó su frente contra sus nudillos y miró los patrones de torbellino en el grano de madera. La situación entre los clanes rivales ya había sido precaria, pero su decisión de venir a Chung-Ling del Norte había empujado al país al límite. Ella era la culpable de lo que pasaría después.

Y ella había desperdiciado la oportunidad que Hei-Ran le había dado de derribar a Yun. Había violado su promesa a Rangi de mantener a su madre fuera del daño. Ella no podía simplemente fallar a lo largo de un camino como la mayoría de la gente; tuvo que ser destrozada por sus fracasos en todas las direcciones.

LA SOMBRA DE KYOSHI

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos antes de que la lucha comience en serio? — Preguntó.

—Unos días —dijo Nyahitha—. Si tienes un plan, será mejor que sea simple y rápido.

No tenía ningún plan. No tenía nada.

Atuat bajó las escaleras, limpiándose las manos con una toalla limpia. Afortunadamente no había sangre en ella.

—Ella está muy furiosa contigo —le dijo el médico a Kyoshi.

—¿Cuál de ellas?

—Ambas—. Atuat hizo un gesto con el pulgar hacia arriba las escaleras, donde madre e hija esperaban—. Yo no querría ser tú en este momento.

No había ningún lugar para mostrar valor, excepto aquí. Kyoshi aceptó las miradas compasivas de Jinpa y Nyahitha y fue a ver a Rangi y a Hei-Ran.

Podía decir que la habitación estaba más caliente antes de entrar en ella. Kyoshi se agachó dentro de los dormitorios del restaurante y vio a Hei-Ran apoyada en una cama pequeña, una gruesa capa de vendas envolviendo su cuello. Estaba pálida por la pérdida de sangre, lo que sólo contrarrestaba la ira que brotaba de sus ojos. En una mesa a su lado había un pedazo de pizarra y varios trozos de tiza, tomados de las tablas de pedidos del restaurante de abajo. Debe

haber estado usándolo para comunicarse con Atuat y Rangi, incapaz de hablar por su herida.

Rangi estaba al pie de la cama, tan inmóvil que Kyoshi se preguntó cuánto le había revelado Hei-Ran sobre la conversación que habían tenido solas en los establos del palacio, sobre la táctica de atraer a Yun al aire libre.

—Usaste a mi madre como cebo —dijo Rangi.

Aparentemente, todo.

—No estaba de acuerdo con el plan —dijo Kyoshi débilmente.

—De acuerdo. Simplemente seguiste adelante. *Jing* neutral, ¿Eh? Te callaste y no me dijiste que quería sacrificarse. ¿Lo habrías mencionado sobre su cadáver? ¿Me lo habrías dicho entonces?

No estaba describiendo la verdad de los pensamientos de Kyoshi. Pero los pensamientos no importaban. Sólo acciones y sus resultados.

—¡Rangi, por favor! ¡Lo siento!

—No me pidas disculpas —dijo Rangi—. No hay necesidad. Porque a partir de este momento, no soy *nada* para ti. ¿Me oyes, Avatar Kyoshi? *Nada*—. Pasó por Kyoshi y corrió por las escaleras.

Kyoshi apenas la vio irse. Estaba demasiado atascada en como Rangi la había llamado. No podía recordar a Rangi dirigiéndose a ella como "Avatar Kyoshi" durante todo el tiempo que se conocían. Ni en Yokoya, ni en Bahía Camaleón, ni en Hujiang ni en Zigan. Escuchar esas palabras de sus labios era como una hoja que bajaba entre ellas, fría, afilada y definitiva.

El cuerpo de Kyoshi comenzó a palpitar. Tomó grandes bocanadas de aire secas, con las entrañas retorciéndose. Desde que Jianzhu se había llevado a Rangi, ella había estado tan obsesionada con los peligros externos que podrían separarlas. Nunca había pensado en perderla diciendo algo equivocado o guardando silencio en el momento equivocado.

No podía respirar. Ella no quería. No era un futuro al que pudiera enfrentarse. Fue encarcelada de nuevo, como si hubiera estado en los recuerdos de Kuruk, obligada a ver procedimientos que no podía soportar presenciar.

Hubo un pequeño movimiento preciso contra la frente de Kyoshi. Algo blanco y polvoriento cayó al suelo. Hei-Ran le había arrojado un trozo de tiza.

La directora sostuvo su pizarra y tocó su superficie, mostrando a Kyoshi lo que había escrito.

—*Deja de entrar en pánico* —decía—. *Ella no te va a dejar*.

—P-ero ella dijo —Kyoshi era un desastre lloroso, un naufragio amenazando

con derramar su contenido en el mar.

Hei-Ran puso los ojos en blanco, limpió la pizarra y escribió más sobre ella con un trozo de tiza fresco. Sus golpes eran tan rápidos y eficientes que podría haber superado a algunos altavoces. Después de todo, era profesora de carrera.

—Dice muchas cosas. Sí, está enojada contigo. Esto no significa que ella se irá para siempre.

Rangi acababa de alejarse mientras lo hacía sonar para la eternidad.

—¿Cómo lo sabes?

Limpiar. Raspar.

—Es mi hija. Crees que la conoces muy bien. La conozco desde que nació.

Hei-Ran dio la vuelta al tablero para usar la parte de atrás.

—Eventualmente volverá con alguna señal de que aún le importa. Normalmente le toma una semana perdonarme. Dale tiempo.

Kyoshi se limpió la cara, sollozando como una niña. No fue fácil recuperarse de un golpe así. ¿Y si Hei-Ran se equivocaba?

La directora no le iba a dar tiempo para meditar en el tema.

—¿Yun?

—Busqué en la ciudad con la ayuda de algunos de los lugareños más razonables. Se ha ido. Podría estar en cualquier parte de la isla de Shuhon. O puede haber escapado por mar.

—Perdiste tu oportunidad—. Hei-Ran estaba menos enojada y juiciosa esta vez. Ella simplemente estaba declarando los hechos.

—No podía dejarte morir. Por el bien de Rangi, no pude—. Hei-Ran suspiró, jadeando por su nariz. La exhalación agravó su herida y tosió un escupitajo rosa. Kyoshi se acercó a ella, pero levantó la mano para decir que estaba bien. Ella volvió a escribir, el polvo de tiza gruesa en la pizarra por ahora.

—Ya no es lo único que nos lleva a la guerra. El Saowon y el Keohso usarán lo que paso hoy como una causa justa para luchar. Ambos dirán que estaban defendiendo su honor.

Kyoshi miró los trazos de tiza. No por falta de comprensión, sino porque los caracteres estimularon un recuerdo en ella. Tuvo que buscarlo, sentirlo rozar sus dedos antes de que pudiera captar la idea.

Para ayudar al proceso, ella extendió la mano para hacer Tierra Control, aplicando la fuerza más suave contra la tabla de Hei-Ran. Con el toque de su Tierra Control, la tiza mineral barrió la pizarra. Con el nivel de control de Kyoshi, eso fue lo mejor que pudo hacer. Incluso con sus abanicos nunca había tenido la

LA SOMBRA DE KYOSHI

afinación para poder crear palabras en la tierra.

Pero conocía a alguien que podía hacer precisamente eso.

—Yun está trabajando en nombre del Saowon —dijo Kyoshi—. La Nación del Fuego lo ha hecho su cómplice a cambio de su servicio.

Hei-Ran frunció el ceño.

—*¿Qué te hace decir eso?* — Escribió en su pizarra recién limpiada.

—Todo lo que ha hecho ha fortalecido la posición del Saowon y debilitado la de Zoryu. Humilló al Señor del Fuego en la fiesta. Creó el mensaje en la ladera.

¿Cómo pudo no haberse dado cuenta de esto antes? Yun pudo haber sido entrenado como un asesino, pero su especialidad era cerrar tratos. Asegurándose de que ambas partes consiguieran lo que querían. El Saowon lo cobijaría mientras trabajaba para su venganza, e inclinaría la política de la Nación del Fuego a su favor sembrando el caos.

—No te sigo en la escritura de cultivos. Pero si resulta que tienes razón entonces—

Hei-Ran se quedó sin espacio en la pizarra y la tiró a un lado. Se movió en su cama para empezar a escribir en la pared.

—Chaejin y Huazo han estado actuando deshonestamente todo este tiempo. Un vínculo entre el Saowon y Yun los convertiría de un clan que lucha por el trono en una conspiración de traidores. Tendrían que someterse ante la justicia si se enteran. Los otros clanes respetan la fuerza y la astucia, pero no podrían perdonar invitar a un extranjero a un ataque contra la Nación del fuego.

Kyoshi miró el cabello recortado de Hei-Ran con una nueva admiración por el sacrificio de la mujer y la compostura de hierro bajo el toque insultante de Huazo. Si el honor fuera la razón citada para el derramamiento de sangre, el conflicto podría evitarse despojándolo por completo.

—Ahora mismo, es sólo una corazonada —dijo Kyoshi—. Tengo que hacer un seguimiento de algunas cosas para confirmarlo—. Se volvió para irse, pero su camino fue bloqueado por Rangi irrumpiendo de nuevo en la habitación.

Rangi miró furiosamente a Kyoshi y empujó un cuenco caliente humeante en sus manos. Estaba lleno de fideos amarillos.

—¡No has comido desde ayer por la tarde! — Gritó. Arrojó un par de palillos en el suelo y se fue tan abruptamente como había entrado.

Kyoshi miró fijamente el tazón. No había habido combustible en la cocina, lo que significaba que Rangi debía haberlo cocinado con su propio Fuego Control.

Miró hacia arriba para ver a Hei-Ran con una expresión que casi cruza la línea

LA SOMBRA DE Kyoshi

de la presunción.

—¿Ves? Incluso más rápido de lo que pensaba. Significas todo para ella, Kyoshi.

Ella estaba pasando la tiza hasta la protuberancia

—Mi hija te ama. Lo que significa que tú también eres mi hija. Para bien o para mal, eres parte de nuestra familia.

Hei-Ran sonrió.

—Ahora continua, antes de que tu comida se enfríe. Necesitas tus fuerzas.

Kyoshi inclinó sus rodillas temblorosas y recogió los palillos, sin importarle que hubieran estado en el suelo. Los fideos no tenían sabor, hervidos de seco, y por lo tanto demasiado alcalinos que todavía olían a lejía.

Eran lo mejor que había probado en su vida. Las lágrimas corrían por la cara de Kyoshi mientras comía, Hei-Ran observaba para asegurarse de que terminara.

LA SOMBRA DE
KYOSHI

ESCALADA

—Llévanos abajo —dijo Kyoshi—. Eran sólo ella y Jinpa ahora mismo.

—¿A dónde? — Dijo — ¿Por el *Viva* —o por el —*Señor Chaejin?*

—¡A cualquier lugar!

Yingyong descendió en picada sobre el cultivo de melón enfermo y aterrizo en la "parte" izquierda de las palabras. La escritura era lo suficientemente detallada como para que una vez desmontados, pudieran caminar entre los huecos de los trazos. Yingyong inmediatamente se puso a hurgar en el suelo con la nariz.

—¡Chico! — Jinpa lo regañó—. ¡No lo hagas! ¡Esos no son tuyos!

La mayoría de la gente habría asumido que el bisonte iría tras los tubérculos dulces de las plantas sanas, pero el bisonte pasó su tiempo lamiendo el suelo, apuntando su lengua gigante bajo los melones marchitos y amarillentos.

—¡Oye! — Jinpa tiró de su pelaje—. ¡Te enfermarás!

El comportamiento de Yingyong se sumó a la sospecha de Kyoshi. Ella encontró un pedazo de tierra que no había lamido todavía y se agachó. Por encima de su cabeza había una planta enfermiza. Hizo una mueca, sabiendo que estaba a punto de estar a la altura de un insulto que los extranjeros a veces lanzaban a los nativos del Reino Tierra. Ella tomó un montón de tierra y se lo metió en la boca.

—Kyoshi, ¿Estás comiendo *tierra?* —Jinpa dijo.

No se lo estaba comiendo, simplemente lo estaba probando. Una técnica burda pero efectiva que los agricultores pobres como los de Yokoya a veces utilizaban para diagnosticar sus condiciones de campo. Kyoshi se dio la vuelta para enfrentarse a él y escupió su bocado de arena a un lado.

—Es salado —dijo—. Este campo ha sido envenenado con sal.

Kyoshi se limpió la lengua en la manga y escupió de nuevo.

—Yun introdujo un mensaje en el suelo para matar a las plantas por encima de él. Huazo suministró los materiales. Ella compró el negocio local de la sal hace poco.

Todo se sumó. Yun y los Saowon estaban trabajando juntos. Habían elegido su "Avatar", y Zoryu tenía el suyo.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—¿Qué hacemos ahora? — Jinpa preguntó.

—Llévanos de vuelta —dijo Kyoshi—. Quiero hablar con todo el mundo antes de hacer algo precipitado.

—*No creo que sea suficiente*—. Hei-Ran escribió en su pizarra.

A la vuelta de Kyoshi al restaurante, la directora se había unido al resto del grupo de abajo. Rangi protestó por el movimiento por miedo a empeorar sus heridas. El combate de gritos y garabatos alcanzó tales proporciones que Hei-Ran se vio obligada a ordenar a Rangi que se fuera y se tranquilizara con un "*jovencita"* escrito duramente. Una silla yacía hecha añicos junto a la puerta como la réplica final de su hija.

Era Kyoshi sola con Jinpa y la gente mayor.

—*Creo que tienes razón sobre Yun trabajando con el Saowon* —aclaro Hei-Ran—. *Pero no resistirá con el resto de los clanes.*

Nyahitha estuvo de acuerdo.

—Tu evidencia se basa en una técnica de Tierra Control de la que nadie ha oído antes.

—Entonces sólo me queda una opción —dijo Kyoshi—. Encontrar a los líderes del Saowon y conseguir una confesión de ellos—. Una declaración del culpable era tan válida en la Nación del Fuego como lo era en el Reino Tierra.

Nadie se perdió la implicación. Había una posibilidad de que Kyoshi tuviera que enfrentarse a los Saowon con algo más que hechos. Era bueno que Rangi no estuviera aquí. Ella creía que el Avatar tenía el deber de seguir el camino de la rectitud. Tenía fe.

El resto del grupo, no tanto. Kyoshi miró alrededor de la mesa a su nuevo conjunto de compañeros, reunidos por casualidad en lugar de estar por elección. Hicieron una colección abigarrada de representantes de todas las naciones. Centró su atención en Jinpa.

Hei-Ran, Atuat y Nyahitha habían sido desgastados por la vida y sus insultos, pero el Nómada Aire todavía era joven. Sus creencias pacifistas deberían haberle impedido acompañar a Kyoshi hacia donde se dirigía. Esperó algún tipo de contraargumento por la paz y la neutralidad. Pero nunca llegó.

Jinpa pasó un dedo sobre la mesa del restaurante, inspeccionando en busca de polvo. El gesto lo envejeció, lo hizo parecer un inversor considerando comprar

LA SOMBRA DE Kyoshi

todo el establecimiento.

—Sólo dime adónde llevarte, Avatar —dijo.

Qué equipo formaron. Una Maestra Fuego deshonrada, un Sabio sin santidad, un médico que deja morir a la gente, y un Nómada Aire que se involucra en la política sucia del mundo. Con Avatar Kyoshi en el centro. Ninguno de ellos era lo que se suponía que eran. La Compañía de Opera Voladora podría haberse llevado mejor con este grupo de lo que pensaba.

Kyoshi hizo señas a todos para que escucharan de cerca.

—Esto es lo que va a pasar —dijo.

El puerto viable más cercano estaba al sur de la playa del recinto ferial, alrededor de una curva de la costa. El paseo marítimo se había llenado con optimismo lleno de puestos para que los vendedores de bocadillos y vendedores de chucherías emboscaran a los turistas que llegaban antes de entrar a Chung-Ling del Norte. Los cangrejos de los arrecifes correteaban libremente sobre las rocas irregulares. Las aves que se los habrían comido se habían negado a atiborrarse.

Kyoshi y Atuat llegaron al amanecer para esperar a Huazo en el muelle húmedo de madera. A Kyoshi se le había metido en la cabeza que una Maestra Agua adicional podría ser un respaldo útil tan cerca del océano, pero Huazo llegó sin su sobrina y sólo dos guardias. Su contingente había sido dejado atrás en la ciudad. Debe haberle convenido mantener una fuerza en Shuhon para enfrentarse a la inminente agresión del Keohso, mientras se retiraba discretamente.

—¿Se va tan pronto? — Dijo Kyoshi. El único ferry estaba en la isla se desplazó cerca en el agua, listo para arribar—. El Festival de Szeto aún no ha terminado.

Huazo se sorprendió al verla, pero, como siempre, lo manejó bien.

—Este pueblo me ha dado lo que necesito.

Kyoshi ya no tenía la paciencia para balbucear eufemismos.

—¿Dónde está Yun? — Gruñó.

—Yun. ¿Es este el chico que el Reino Terra pensó que era el Avatar antes que tú? ¿El que atacó el palacio real y humilló a Zoryu?

El cortés frente de Huazo había pasado de molesto a nauseabundo. Anteriormente, Kyoshi había repasado sus planes con su grupo de una manera tranquila y racional, pero enfrentarse cara a cara con una de las personas que la

mantenía alejada de Yun era una nueva prueba. Estaba demasiado cerca de su meta final para mantener la compostura.

—Sé que ha estado trabajando para ti —dijo Kyoshi—. Dime dónde está.

Huazo estiró el cuello para que Kyoshi pudiera ver la perfección de su rostro mentiroso.

—No tengo idea de quién es esta persona. Nunca lo he conocido.

Kyoshi dibujó círculos en el aire con sus muñecas, invocando movimientos de Agua Control. El choque de las olas silbó en sus oídos. El agua era calma y tranquilidad, pero también era la furia de una tormenta.

Arrojó sus energías a la nave. Las cuerdas que lo amarraban al muelle se rompieron como hilos. Una ola tan ancha como un río llevó el barco mar adentro, elevándolo más alto. Una vez que llegó a unos cien metros, la marejada que Kyoshi creó se congeló en un instante, dejando el ferry en el aire con garras de hielo. Los hombres de Huazo saltaron hacia atrás y gritaron de asombro.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—Por las aletas de La —murmuró Atuat al ver la fuerza completa del Avatar por primera vez—. Tienes suficiente potencia bruta para congelar a una orca polar.

Huazo ordenó a sus sirvientes que se retiraran mientras Kyoshi se acercaba y se cernía sobre ella. Ella la miró desafiante.

—No tienes nada, Avatar. Trata de intimidarme todo lo que quieras; lastimarme incluso. Sólo estarías fortaleciendo la posición de mi clan en la próxima guerra. No hay nada que puedas hacerme para conseguir lo que quieres.

A su manera, la mujer era tan valiente como Hei-Ran.

—Tenía la sensación de que podría decir eso. Vendrás conmigo a la Isla Capital. Sola.

La matriarca de Saowon estalló en una sonrisa, como si le hubieran dado un regalo.

—Así es —dijo a sus guardias antes de que saltaran sobre Kyoshi con Fuego Control—. El Avatar me toma como rehén en nombre de Zoryu. Estoy a punto de ser falsamente encarcelada—. Sus hombres parecían inseguros—. Envíen mensajes al resto del clan y a nuestros aliados —dijo Huazo—. Diganles lo que pasó aquí. Nada del Keohso hasta que me liberen de la injusticia de Zoryu y su bandida contratada, el Avatar—. Ella le dio a Kyoshi un guiño que decía: *Así es como se crea la imagen de los eventos a medida que suceden, niña*.

Huazo tomó a Kyoshi por el codo y llevó a su aparente captor al muelle. Las dos podrían haber sido una dama y su criada, saliendo a dar un paseo por la

mañana.

—¿Juegas a Pai Sho, querida? — Preguntó.

Kyoshi se tensó tan fuerte que Huazo podía sentirlo en sus bíceps.

—Lo tomo como un no —dijo Huazo—. Pensé tanto. Verás, querida, una de las primeras lecciones que un jugador aprende es nunca interrumpir a tu oponente cuando está a la mitad de cometer un error fatal.

Para cuando las tres regresaron al Erizo de Coral, Jinpa había recuperado a Yingyong y estaba encaramado en la parte superior del cuello del bisonte, terminando los preparativos para su vuelo. La gran bestia llenó la mayor parte del callejón al lado del edificio. Hei-Ran esperó junto a la puerta. Se había quitado algunas de las vendas del cuello, pero todavía sentía claramente los efectos de su herida.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Al verla, Huazo estalló de risa.

—¡Oh, esto se vuelve más divertido cada segundo! — Su sonrisa se volvió fría y malvada—. Sabes lo que esto significa, Hei-Ran. El Avatar se ha deshonrado a sí misma y tú te has unido a ella. Cuando mi clan finalmente triunfe, no habrá piedad para el Sei'naka.

Hei-Ran habló, la lesión transformando su voz normalmente elegante en un terrible susurro.

—*No tenemos necesidad de misericordia. Sólo de la justicia.*

El sonido terrible junto con la cruda determinación en su voz silenció a Huazo por primera vez. Kyoshi tomó la matriarca del clan Saowon por la cintura, provocando un grito, y la levantó en brazos a Jinpa, quien la metió en la silla de montar. Huazo saltó a la esquina como un rollo de tela, sus finas túnicas y capas de enaguas se acumulaban a su alrededor.

Kyoshi se enfrentó a Hei-Ran una última vez.

—¿Y si tiene razón? — Murmuró. No había manera de que la reputación del Avatar saliera ilesa de este asunto—. Al hacer esto estoy arruinando mi propio honor.

—*Sólo porque entiendes el verdadero significado y valor de la palabra* —dijo Hei-Ran con voz áspera—. *El honor no puede ser demasiado codiciado, jovencita. A veces debe establecerse por el bien de los demás*.

Como para calmar las dudas de Kyoshi, Rangi dio la vuelta a la esquina,

sosteniendo cestas de suministros. El plan había sido mantenerla alejada mientras el Avatar despegaba con Huazo, pero ella había regresado demasiado pronto, tal vez incapaz de encontrar lo que necesitaba en los mercados de la ciudad en declive. Dejó caer su carga tan pronto como vio a su rehén, rollos de gasa y fajos de hierbas medicinales esparciéndose a sus pies.

—¿Qué está pasando aquí? — Rangi gritó mientras corría hacia Kyoshi—. ¿Has perdido la cabeza?

Kyoshi sacó a uno de sus abanicos. Tan suavemente como pudo, hundió a Rangi en el suelo, a mitad de sus espinillas.

—¿Qué en nombre de—Kyoshi, eres tú? — Rangi araño el suelo alrededor de sus piernas, tratando de desarraigarse—. ¡Basta! ¡Déjame salir!

Hay lugares a los que mi hija nunca irá, Hei-Ran había dicho una vez.

Había lugares donde Kyoshi nunca llevaría Rangi.

Rangi justa, honorable y amable que creía en lo que representaba el Avatar.

Kyoshi se inclinó y besó a Rangi en la parte superior de su cabeza.

—Por favor perdóname —susurró ella, antes de subir a la silla de Yingyong.

—¡Kyoshi! — Rangi gritó, atrapada donde estaba. Jinpa rompió las riendas y Yingyong se levantó en el aire—. *¡Kyoshi!*

Kyoshi apretó los dientes y deseó que el bisonte pudiera subir más rápido. Necesitaba estar en lo alto del cielo, donde el aire era delgado y ya no podía oír a Rangi gritar su nombre.

LA SOMBRA DE Kyoshi

LA COMPAÑÍA

—Tengo hambre —dijo Huazo.

Si Kyoshi sólo pudo mantener una lección aprendida en sus diecisiete años de vida, era que la elección de compañeros de viaje era la decisión más importante que podrías tomar. Olvídate de los avatares que vagan por el mundo con sus profesores de control de elementos. Los Avatares vagaban por el mundo con las pocas personas seleccionadas que no querían estrangular con sus propias manos a mitad del viaje.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—Por última vez, hay grano seco en el saco que has estado usando como almohada —dijo Kyoshi.

—¿Y nada más?

—*¡Y nada más!*

Huazo hizo un ruido con los dientes. Abrió la bolsa y vertió un poco de mijo tostado en la palma de la mano. Luego se lo arrojó a la boca, haciendo crujir el grano más ruidosamente de lo que Kyoshi esperaba de una noble refinada.

—Chaeryu y yo solíamos pelear así cuando viajamos —dijo—. Le encantaba la idea de estar cerca de la naturaleza, así que siempre empacaba lo menos posible en nuestros viajes. Si se hubiera salido con la suya, habría habido guardias en nuestra procesión. Sólo nosotros dos y lo que podíamos llevar, trotando a través del desierto de las islas.

El pensamiento de Lady Huazo y el difunto Señor del Fuego acampando al aire libre, como la Compañía de Opera Voladora y sus comidas de rata elefante, era tan incongruente que la curiosidad de Kyoshi se apoderó de ella.

—¿Realmente solían pasarlo mal?

Huazo se encogió de hombros.

—Te ves tan escéptica. Cualquier pasatiempo se siente como la aventura más gloriosa cuando eres joven y estás enamorado. Huir a las montañas era la forma en que escapábamos de las presiones de la corte.

—¿Qué pasó?

Huazo sabía que Kyoshi la estaba presionando y respondió de todos modos.

—Lo que pasó fue que éramos jóvenes. Y simplemente estábamos enamorados. ¿Qué es eso comparado con las presiones del clan y del país? Nada. En algún momento, ya fuera una sugerencia plantada en su cabeza por sus asesores o una idea que se le ocurrió en su soledad, el Señor del Fuego Chaeryu se convenció de que podía hacerlo mejor sin mí.

Se quito una cáscara de sus dientes y la tiró a un lado.

—Podría haber sido sobre el poder, la política. Las fortunas suben y bajan más rápido aquí en la Nación del Fuego que en el estancado Reino Tierra, Avatar. En aquellos días los Saowon eran débiles. Y no fui bien recibida en la capital como la amante del Señor del Fuego. Hay ciertas maneras en que se supone que los miembros de la familia real deben conocer a sus futuras parejas y enamorarse de adolescentes no cuenta.

Huazo se acostó contra el borde del sillín y extendió su mano.

—Agua.

Kyoshi estaba tan cautivada por la historia que olvidó criticar a Huazo por ser una rehén tan exigente. Entregó la piel de agua y Huazo la bebió hasta que quedó vacío.

—El mijo realmente te seca la boca —dijo—. De todos modos, ¿Dónde estaba? Oh, sí. El peor momento de mi vida. Los ministros de Chaeryu—muchos de ellos pertenecientes al clan Sei'naka, organizaron todo como un asesinato. Fue en una de esas miserables y malditas fiestas de jardín. Chaeryu ya había estado pensando en terminar nuestra relación, pero no estaba seguro de ello. No hasta que sus consejeros sacaron a la luz a Lady Sulan del clan Keohso frente a él.

La mujer con la que Chaeryu se casó, pensó Kyoshi. *La madre de Zoryu.*

—Estaba mirando su cara cuando sucedió —dijo Huazo—. Vi el momento exacto en que Chaeryu la miró y los pensamientos sobre mí desaparecieron de su cabeza. Las piezas caían en su lugar para el Señor del Fuego. Tenía la excusa, el permiso para 'hacer el sacrificio final' y dejar de lado su amor por mí. Vi cómo se ensancho su sonrisa cuando se dio cuenta de que podía perseguir a la encantadora joven Sulan y ser completamente inocente a los ojos de nuestro país.

Huazo sonrió con una esquina de su boca y frunció el ceño con la otra.

—Podría haber luchado en su corazón un poco más. Si fuera su inevitable y desafortunado deber de soltarme, podría haberlo hecho un poco más solemnemente, en lugar de usar esa cara grande y estúpida que solía reservar sólo para mí.

Recordó una parte importante de la historia y se rio.

—Fue un momento desafortunado para estar embarazada de su primer hijo. Puedes imaginar la vergüenza de Chaeryu cuando se lo dije.

Kyoshi se preguntó si alguna vez lo expresó así frente a Chaejin, y que pensaría su hijo si lo hiciera. Los padres tenían maneras de cortar a sus hijos.

—Así que lo has estado tomando contra los Keohso desde entonces.

—¿Qué? ¡No! — Huazo se burló—. Me haces sonar tan mezquina. Me dediqué a hacer crecer la fortuna de los Saowon porque eso es lo que hacen los líderes del clan. Y yo fui una de las mejores de nuestra historia. ¿Crees que los otros nobles no tratan de sacar a sus rivales o sueñan con tener a sus hijos sentados en el trono? Cada familia de nacimiento con nivel suficiente ha querido ser dueña de este país desde Toz. Sus preciosas mujeres Sei'naka lo intentarían si tuvieran la fuerza.

Huazo parecía disfrutar de cómo el Avatar se desanimó incorrectamente en el nivel de los rencores personales, como un niño.

LA SOMBRA DE

—Nunca odié a la pequeña Sulan —dijo—. Ella era demasiado pura para la corte. Si quieres escuchar una historia sobre cómo era, escucha.

Ella trazaba un carácter en el suelo de la silla de montar con el dedo, la elegancia en su caligrafía era clara para ver incluso sin tinta. Ella también lo hizo al revés, para que Kyoshi pudiera leerlo de lado derecho hacia arriba, una hazaña discreta pero extremadamente impresionante. El carácter era *Zo*, *a* veces pronunciado *So* y significaba "antepasado".

—Durante generaciones, el carácter de *Zo* ha sido utilizado para nombres por los Saowon y sólo los Saowon —explicó Huazo—. Pero es lo mismo que el de 'Zoryu'. Chaeryu le dio al hijo de otra mujer el carácter de *mi* familia para su nombre.

Kyoshi contuvo el aliento con fuerza.

—¿Ves? — Dijo Huazo—. Incluso tú, un extranjero, entiende. Los Agni Kai's han sido luchas a muerte por insultos menores. Pero Chaeryu lo hizo porque Sulan quería, y Sulan quería *porque pensaba que sonaba bonito.* ¡Se inclinó ante sus caprichos sin sentido y al hacerlo enfureció a todo un clan!

Echó los hombros más alto.

—¿Yo, personalmente? Estaba menos molesta por el insulto que sorprendida, completamente sorprendida de que Sulan no entendiera que sería una mala idea. ¿Cómo puede ser tan ingenua la futura Dama de Fuego? ¿Cuánto daño iba a causar con su insensatez?

Huazo golpeó su pecho con la mano, con los dedos torcidos como la garra de

un águila cuervo.

—¡Podríamos haber tenido una Dama de Fuego que realmente sabía cómo utilizar el poder! ¡Podría haber traído éxito y prosperidad al resto del país como lo hice para el Saowon!

Y podría haber tenido un gran mentor en ti, Kyoshi no podía evitar pensar en este futuro que se había marchitado en la vid, uno donde no tenía razón para entrar en conflicto con Huazo. *El Avatar y la Dama del Fuego, trabajando juntas como aliadas.*

—Chaejin es tu segunda oportunidad en el trono —dijo Kyoshi—. No es más que tu manera de reclamar lo que debería haber sido.

—Chaejin es mi hijo y lo amo —espetó Huazo indignada—. Pero sí, él tomando la corona de la progenie de Sulan rectificaría algunos errores del pasado.

—A costa de hundir a la nación en la guerra. Puedes afirmar no odiar a Zoryu y Sulan todo lo que quieras, pero tus acciones no siguen tus palabras.

El líder del Saowon sonrió.

—Tal vez tengas razón. Es tan difícil mantener los asuntos personales fuera de nuestros deberes, ¿No, Avatar? — La máscara se deslizó sobre la cara de Huazo, ocultando la franqueza que había compartido tan abiertamente momentos antes.

—Todavía no sé nada de Yan. ¿O fue Yao? No puedo recordar.

Gracias por hacer esto más fácil, Kyoshi pensó como la Isla Capital apareció a la vista.

—A la izquierda —le dijo a Jinpa—. Voy a tener que guiarte el resto del camino.

Aterrizaron en una costa rocosa, la vista del puerto del Primer Señor bloqueada por promontorios salientes. Ahí, las aguas eran demasiado peligrosas para que los barcos atracaran o incluso se quedaran. Las poderosas olas se estrellaron contra los acantilados casi verticales, creando un silbido ensordecedor. La única señal de interferencia humana era una pequeña cabaña enclavada en un peñasco. Kyoshi tuvo que confiar en un débil recuerdo de una descripción escrita para encontrarlo.

—Pensé que íbamos al palacio —dijo Huazo.

—Lo haremos —respondió Kyoshi—. Eventualmente.

No había escaleras ni caminos a la casa desde los acantilados por encima o por

LA SOMBRA DE Kyoshi

las aguas de abajo. Un visitante necesitaría un bisonte o tendría que ser un maestro extremadamente hábil para alcanzarla. Jinpa bajó a Yingyong lo más que pudo, pero no había suficiente espacio para aterrizar.

Kyoshi creo una rampa para que Huazo pudiera bajar.

—Entra —le dijo—. Ponte cómoda. Debería haber más comida conservada y agua dulce, pero dudo que la necesites. Volveremos en menos de dos horas.

Huazo olfateo confundida y disgustada hacia la casa. Estaba cubierta por una gruesa capa de excrementos de aves marinas.

—¿No vas a vigilarme?

—¿Adónde podrías ir? — Kyoshi dijo.

Recibir la orden de entrar en esa extraña e inexplicable casa que existía desafiando la lógica inquietó a Huazo por primera vez desde que Kyoshi conoció a la mujer. Pero se negó a mostrar debilidad.

—Bueno, no es un bungaló de la Isla Ember, pero servirá—. Luchó más allá de su vacilación y marchó a través del puente.

Kyoshi y Jinpa la vieron proceder cuidadosamente dentro, tal vez buscando trampas. Una vez que desapareció de la vista, se volvió hacia Kyoshi.

—Fue una historia increíble esa que te contó —dijo—. ¿Son amigas ahora?

—No lo creo.

—Bien. Sería difícil si de repente te encariñas con Huazo.

Una vez más, mostró la falta de los escrúpulos típicos de un Maestro Aire. Por todos los derechos, ella debería haber tenido que encerrarlo en el suelo junto a Rangi. En su lugar, él la estaba habilitando de la misma manera que los Saowon estaban haciendo con Yun.

—Jinpa —dijo ella—. ¿Cuánto tiempo llevas viajando conmigo como mi asistente y asesor?

Se rascó la parte superior de la cabeza. No se había afeitado en mucho tiempo, y su cabello empezaba a crecer de nuevo.

—Bueno, no recuerdo la fecha en que lo hicimos oficial. Pero supongo que podrías empezar a contar desde la primera vez que tuviste que salir del Templo del Aire del Sur para limpiar las flotas de la Quinta Nación antes de que pudieran reformarse. Luego fuimos al Oasis de las Palmeras Místicas y nos encontramos con ese problema con los mercaderes cabeza de escarabajo y sus mercenarios. Para cuando destruiste las Garras Esmeralda, la gente sabía que debían pasar por mí para hablar contigo.

Kyoshi asintió. Podía contar cada una de esas aventuras a través de las

cicatrices de su cuerpo, hasta e incluyendo la incursión en Loongkau.

—Todo, negocios brutales. Y, sin embargo, ni una sola vez me has aconsejado que siga el camino de la paz.

Jinpa se metió la lengua debajo del labio inferior. Miró lejos de ella.

—Me has visto recibir muchos castigos —dijo Kyoshi—. Pero también me has visto infligir una gran cantidad de ellos, y no has dicho nada. Qué extraño para un Nómada Aire. No creo que la simple deferencia al Avatar sea lo que te mantiene callado mientras me miras violar tus valores espirituales una y otra vez.

Ella lo había atrapado. Puede que no tuviera los detalles, pero lo había descubierto de todos modos

—Es como sospechas —dijo Jinpa—. Soy un Nómada Aire. Pero también soy otra cosa. Pertenezco a… otra comunidad.

—Tus amigos con los que juegas Pai Sho.

—Sí. Los miembros mayores del grupo estuvieron de acuerdo en que debería ayudarte a establecer tu Avatariedad de cualquier manera que pudiera. Incluso si tus acciones van en contra de lo que me han enseñado como maestro aire.

Se frotó la parte posterior de la cabeza, incómodo por revelar tanto.

—Tener dos identidades significa que sirvo a dos ideales diferentes. Probablemente por eso tampoco soy muy bueno en ninguno de los dos. A veces esas creencias entran en conflicto entre sí.

Kyoshi era de ascendencia del Reino Tierra y de parentesco Nómada Aire. Ella era el puente entre los humanos y los espíritus, una figura pública y un *daofei.* Su propio estatus a medias hizo más fácil entender a otros que estaban divididos en diferentes direcciones.

—Sé lo que creen los Nómadas Aire —dijo—. ¿Cuál es el otro ideal?

—Las filosofías de la belleza y la verdad. No suena tan diferente de las enseñanzas de un Nómada Aire a primera vista. Pero para defender esos valores se requiere un profundo apego y amor por el mundo mayor que los Nómadas Aire iluminados se supone que no deben tener. Algunos de mis amigos de las otras naciones argumentarían que, en ocasiones, la verdad y la belleza deben ser defendidas con fealdad. Afirmarían que un jardinero que cuida una flor para que otros puedan disfrutar de ella florecer por unos momentos debe pasar mucho tiempo con las manos enterradas en la tierra.

Kyoshi habría elegido una referencia menos agradable que la suciedad.

—¿Qué crees entonces?

Jinpa sonrió tristemente.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—Creo que tengo que hacer las paces con mis propias decisiones, como todos los demás.

El tinte de dolor en su expresión le recordaba demasiado a Kelsang para que ella creyera que Jinpa estaba en completa paz consigo mismo. Los forasteros asumían con envidia y condescendientemente que los Maestros Aire vivían en un estado de felicidad inocente, pero eso no dio a los monjes y monjas suficiente crédito por su fuerza interior. Por lo que Kyoshi sabía, pertenecer a la nación errante significaba una lucha constante de tu propia moral contra la del mundo.

Ella no le pidió que nombrara a su grupo. Preferiría que una sociedad secreta tratara de ayudarla por una vez, en lugar de ir tras ella con hachas.

—Tal vez después de que todo este hecho, puedo ser menos conflictiva, y empezar a comprometerme más —dijo Kyoshi. Ella podría soportar para hacer la vida de su asistente un poco más fácil. Se lo merecía.

Jinpa miró a la casa donde Lady Huazo estaba descansando en su interior.

—Creo que los dos estamos comprometidos ahora. ¿Al palacio?

—Al palacio.

LA SOMBRA DE KYOSHI

EL BORDE

—*¡¿Secuestraste al líder del clan Saowon?!*

El grito de conmoción de Zoryu resonó en la sala de guerra. Por suerte, los únicos que lo oyeron fueron Kyoshi, Jinpa y la multitud de dragones tallados envueltos alrededor de los pilares y paredes. Ella le había pedido al Señor del Fuego que despidiera a su séquito, y luego le pidió de nuevo que despidiera a los guardias al asecho que sin duda habían duplicado en número desde el ataque de Yun.

Ella le había informado de todo lo que pasó en Chung-Ling del Norte, pero los detalles sólo habían hecho que Zoryu se enfadara más.

—¡Se suponía que me ayudarías a prevenir una guerra, no a crear una a partir de tela entera!

—Estamos impidiendo una guerra. Los Saowon han estado trabajando con Yun. Una vez que hagamos pública la conexión, puedes tratar con ellos como traidores sin honor. Ninguna cantidad de manipulación de la opinión pública o la etiqueta de la corte o de afirmar que es realmente culpa del Keohso puede excusarlos.

Kyoshi reiteró el plan. No era muy complicado.

—Tráeme a Chaejin y te traeré una confesión.

La boca de Zoryu se abrió y cerró. Kyoshi sabía lo que estaba pasando. Había llegado el momento de que el Señor del Fuego hiciera su movimiento, e incluso ante su propia destrucción no podía hacerlo, no quería hacerlo. Ya fuera la debilidad que había mostrado cuando se trataba de su hermano, o la falta de determinación en general, no podía firmar la imagen que Kyoshi había dibujado, entintado y coloreado para él.

Ella se lanzó hacia adelante y agarró a Zoryu por los hombros. Manipular al Señor del Fuego probablemente era castigado con la muerte, pero en este momento Kyoshi sólo podía ver a un joven asustado cuya debilidad iba a hacer que todos fueran asesinados. Se vio a sí misma. Y lo odiaba.

—Tienes que ser más fuerte —dijo. Podría haberle estado hablando en un

espejo—. *Tenemos* que ser más fuertes. Nuestros oponentes en este juego están jugando con sangre y están dispuestos a romper todas las reglas. Tenemos que romper algunas también.

—Kyoshi, si esto no funciona, sólo habré acelerado mi propia muerte.

Zoryu pudo haber tenido sus problemas políticos, pero aún no lo había perdido todo. Todavía era un relativamente recién llegado a una vida al borde del abismo. Si un camino de una bifurcación te prometía el olvido, no importaba realmente lo que el otro camino tuviera reservado.

—Hay un dicho entre los indigentes del Anillo Inferior Ba Sing Se —dijo Kyoshi—. Los que son tan pobres que, si encuentran una pieza de cobre en la calle, la llevan directamente a las guaridas de juegos de azar y a las raquetas de números, porque una sola moneda no hará una diferencia en su supervivencia. '*Tu aceptas el riesgo de ganar, o la garantía de perder*.'

Ella dejó que las palabras se hundieran.

—Ahora, ¿Puedes traerme a Chaejin? ¿Sí o no?

Zoryu volvió a trabajar con su mandíbula alrededor de la nada, y ella luchó contra el impulso de abofetearlo. Pero, como un pato tortuga recién nacido dando sus primeros pasos hacia el agua, asintió con la cabeza.

—Tendré que traer a algunas personas, y no creo que pueda confiar en que todas puedan mantener sus bocas cerradas, por lo que no tendrás mucho tiempo antes de que se corra la voz. Pero voy a hacer que suceda.

—Sé rápido al respecto. Voy a esperar en mis aposentos para tu señal—. Se volvió para salir de la sala de guerra sin esperar que la despidieran.

—Avatar —dijo Zoryu, llamando su atención de vuelta.

Sus ojos ardían con más luz de la que había visto de él hasta ahora. Si los retratistas reales querían capturar la semejanza de Zoryu durante los siglos, podrían hacer algo peor que elegir este momento.

—Puede que aún no sea el gobernante más fuerte —dijo. Ya sonaba más claro y respaldado con un propósito—. Pero yo haría cualquier cosa por el bien de la Nación del Fuego. Por favor, entiende eso.

Ella asintió con la cabeza, el gesto de dos personas a punto de sumergirse juntas en profundidades desconocidas.

—Realmente tengo que agradecerte, Avatar —dijo Chaejin, sus palabras ligeramente silenciadas por el saco de arpillera que le cubría la cabeza. Se sentó frente a Kyoshi en la parte posterior de la silla de Yingyong—. Has hecho crecer mi leyenda de maneras con las que no podía soñar. ¿Acusado injustamente, forzado a soportar la injusticia de los hombres mientras son bendecidos por los espíritus? La historia convertirá mi reinado en una canción para los siglos.

Los agentes de Zoryu habían encontrado a Chaejin tan dispuesto a cumplir con su propio secuestro que no se habían molestado en amordazarlo o contenerlo. Los hombres anodinos que llevaban la ropa de los ministros subalternos le dijeron a Kyoshi que simplemente le habían pedido que saliera de la casa de té donde lo encontraron y se subiera a su carruaje. Pasaron por las sinuosas calles de la capital como un noble y algunos de los criados de su casa a un paseo por los prados aislados que rodeaban las afueras de la ciudad.

Sólo hasta que abrieron la puerta del carruaje y dejaron salir a Chaejin, le tiraron la bolsa por encima de la cabeza como ella había pedido. Y lo hicieron tan torpemente que Chaejin había echado un buen vistazo a Kyoshi y a Jinpa esperando con Yingyong. Le había dado una sonrisa de complicidad antes de que su cara desapareciera bajo la capucha.

—Sin embargo, tengo una queja —dijo Chaejin, olfateando—. ¿Qué es ese olor abominable?

—Los excrementos de aves marinas —dijo Kyoshi.

—Ah. Sabía que estábamos cerca del océano. Es difícil saber en qué dirección entramos. Nunca he viajado en avión antes.

Kyoshi le quitó la capucha de la cabeza, lo que pudo haber hecho él mismo, pero decidió aceptar plenamente el papel de un cautivo sufriente. Jinpa bajó el bisonte, nivelado con la plataforma en la que se encontraba la cabaña.

—Encantador —se burló Chaejin—. ¿Es esta la residencia privada del Avatar en la Nación del Fuego?

—En cierto modo —dijo Kyoshi—. Solía pertenecer al Maestro Jianzhu del Reino Tierra. Ahora soy la dueña—. Ella se inclinó más cerca de su oreja—. Tu madre está adentro.

Para Chaejin, fue una tangente repentina y se rio.

—Muy graciosa, Avatar. ¿Tú y yo tenemos negocios aquí o no?

Kyoshi arrancó violentamente los cimientos de la cabaña con Tierra Control.

Los tablones y las astillas volaron al aire como si hubieran sido atrapados en un tornado. Huazo, de repente revelada, gritó con sorpresa.

—¡Madre! — Chaejin trató de alcanzarla, pero Kyoshi no había hecho una rampa esta vez. La brecha entre la silla de Yingyong y la plataforma de piedra era demasiado larga para que el pudiera saltar. Estaban, sin embargo, lo suficientemente cerca como para que todos se escucharan.

—¿Qué significa todo esto? — Huazo gritó—. ¡Te dije que no sé dónde está Yun!

—Así que ahora recuerdas su nombre —dijo Kyoshi. Ella hizo una seña de corte con sus manos en el acantilado. Las grietas corrían alrededor de la roca en la que se encontraba Huazo, hinchando finas líneas de polvo. La plataforma se tambaleo, amenazando con sumergirse en el mar.

Chaejin abrió sus brazos presa del pánico, como si pudiera controlar la tierra él mismo.

LA SOMBRA DE

—¡No! ¡Detente!

—Kyoshi, ¿Qué estás haciendo? — Jinpa gritó—. ¡Pensé que sólo ibas a asustarlos un poco! — El shock del Maestro Aire era real, y no un acto realizado para convencer al Saowon. No le había dicho a Jinpa hasta dónde estaba realmente dispuesta a llegar. Ni siquiera ella misma lo sabía bien.

—¿Dónde está Yun? — A Kyoshi no le importaba si Huazo o Chaejin se lo decían. Uno de ellos tenía que saberlo—. Han estado trabajando con él todo este tiempo, en el palacio y en Chung-Ling del Norte. ¡Admítanlo! ¿Dónde está?

La piedra que apoyaba a Huazo bajo otro pie.

—¡Kyoshi, es suficiente! — Jinpa dijo. Tomó las riendas para alejarse.

—No lo hagas —ordenó a Jinpa—. Podría perder el control sobre la piedra.

Un movimiento en falso haría que Lady Huazo cayera en picado al mar.

—¡No sabemos dónde está Yun! — Chaejin lloró—. ¡Nunca hemos tratado con él!

Su negación enfureció a Kyoshi. Con su otra mano lo agarró por la garganta y lo inclinó sobre la barandilla de la silla. Ahora los dos Saowon amenazaban con caerse.

—¡Deja ir a mi hijo, monstruo! — Huazo gritó sobre sus manos y rodillas—. ¡Víbora! ¡Animal!

Kyoshi sería esas cosas si fuera necesario.

—Sólo voy a preguntar una vez más —dijo, y en su corazón, ella sabía que no era una exageración. Había perdido la paciencia, su honor, a su amigo. Ella había

llegado a sus límites. Ella había terminado, finalmente terminado, y a menos que Huazo o Chaejin respondieran, ellos también habrían terminado—. ¿Dónde está Yun?

KYOSHI.

Ella sacudió la cabeza confundida. Normalmente no oía la voz de Kuruk tan claramente. Su ronco gruñido atravesó el rugido de las olas, el silbido del viento.

KYOSHI. ESTO NO ES LO QUE ERES.

Chaejin levantó su rostro lleno de lágrimas y gimió de impotencia. Era el mismo grito que la niña de Loongkau había hecho, viendo a sus padres arrastrados a la calle. Tal vez Kyoshi había llorado así una vez, mientras veía a un bisonte volar lejos de Yokoya, para nunca regresar.

Sollozando, Huazo se arrastró hasta el borde del acantilado y llegó a su hijo. Era un gesto infructuoso, pero estaría mucho más cerca de su hijo, a quien amaba más que a su propia vida.

Kyoshi finalmente vio la verdad, abierta y desnuda. No sabían dónde estaba Yun. No habían estado trabajando con él. En su frenesí, casi había matado a madre e hijo uno frente al otro.

Ella arrojó Chaejin a la plataforma junto a su madre antes de que accidentalmente lo estrangulara. Podía oír a Jianzhu riéndose al oído. O tal vez era Kelsang llorando por la pérdida de su hija, su traición a su ejemplo.

Sacó sus abanicos, provocando lloriqueos de Huazo y Chaejin. Otra fuerte grieta de roca sonó. En lugar de anunciar un deslizamiento de tierra, todo el peñasco en el que estaban se elevó más alto, montando el borde de la pared de roca hacia el cielo.

Sin necesidad de que le dijeran, Jinpa subió a Yingyong en el aire, manteniendo el ritmo de Tierra Control de Kyoshi. La plataforma se detuvo en la cima del acantilado, dejando nivelado al Saowon a un campo de hierbas gruesas.

—Váyanse —les ordenó—. *¡Váyanse!*

Al principio se alejaron arrastrándose, sin confiar en la firmeza del suelo ni en su cambio repentino de disposición. Entonces Huazo y Chaejin comenzaron a

creer que aún podrían sobrevivir. Se levantaron y corrieron, golpeando sus pies torpes y sin práctica. La planitud de las cimas del acantilado significaba que Kyoshi podía verlos ir durante el tiempo que quisiera. Verlos participar en el ritual más humillante e igualador, la huida para la vida los hizo parecer vencidos y pequeños.

Kyoshi se dio la vuelta, incapaz de soportar la vista por más tiempo. Se tambaleó hasta el borde de la silla de montar, cayó de rodillas y vomitó el vacío en el océano.

—¡Kyoshi! — Jinpa soltó las riendas y trepó en la silla de montar con ella. La agarró por los hombros, preguntándose si todavía estaba enloquecida—. ¡Contrólate!

Trató de disculparse por arriesgarse tanto en este juego desesperado, feo y vil y salir con las manos vacías. Por estar tan completa y absolutamente equivocada acerca de la conexión entre Yun y el Saowon. Por casi hacerlo cómplice de su crimen.

Pero sólo era capaz de producir jadeos entre cortados. Al ver que era incoherente, Jinpa volvió a la posición del conductor y los llevó volando, haciendo una línea recta a la capital. Kyoshi se negó a mirar por encima de los rieles de abajo. Si lo hacía, vería a Huazo y Chaejin moviéndose en la misma dirección.

Los había forzado a su estado más bajo y los aterrorizó hasta los huesos. Si solo eso fuera el final, la conclusión de los tratos del Avatar con el Saowon. Qué conveniente sería si dar a alguien suficiente merecido los silenciara para siempre.

Pero con el tiempo iban a volver con sus parientes, y no mucho después, a la corte real misma. Huazo y Chaejin se darían cuenta de lo que pasó. La historia de su trato por parte de Zoryu y el Avatar sería utilizada como la causa justa de una guerra. Kyoshi no sólo había avivado las llamas. Había arrojado aceite al fuego.

Pensó en Yun jugando a Pai Sho con Hei-Ran y cómo había predicho el final de su juego. Cómo Hei-Ran casi había cruzado su mano sobre el tablero en acuerdo. Si tan solo pudiera ver tan lejos, leer un tablero y saber dónde caerían las fichas finales. Pero en vez de eso, estaba amurallada por todos lados. Para ella, el futuro era un vacío impenetrable donde había flaqueado, herido y empeorado las cosas con cada paso.

No sólo fue la perdedora del juego. Había sido un error para ella alguna vez jugar.

LA SOMBRA DE KYOSHI

FORMAS DE VIDA Y MUERTE

Cuando llegaron al palacio, Kyoshi estaba temblando. Jinpa recogió los fragmentos de ella tan suave y metódicamente como una vez había recogido el desorden en la mansión del Avatar.

Primero, un lugar para guardar el desorden. La llevó a su habitación y la sentó en su cama. Luego se encargó de encontrar a Zoryu y hacerle saber que el plan no había funcionado.

La falta de un Señor del Fuego enojado golpeando su puerta para exigir respuestas por su fracaso probablemente significó que Zoryu había decidido retirarse y colapsar como Kyoshi estaba haciendo en ese momento. Quedaba un trozo de mecha para quemar antes de que su país lanzara la espada y el fuego contra sí mismo, y fue exactamente el tiempo que tardarían Huazo y Chaejin en volver del acantilado a la capital. ¿Un día? ¿Dos? Tan pronto como se reunieran con su clan, un nuevo y sangriento capítulo en la historia de la Nación del Fuego comenzaría.

Kyoshi perdió unas horas preciosas de su tiempo restante antes de ese momento durmiendo. Un futuro simpático escrito, cortando los registros para entender realmente *por qué* la Nación del Fuego estallaba en una guerra civil bajo el mandato de Kyoshi, podría declarar que el Avatar se había desmayado por el esfuerzo y el agotamiento. En realidad, era el tipo de sueño en el que tenía miedo del mañana y lo que la mañana traería. Lágrimas brotaron de sus ojos cerrados mientras caía en el sueño de la debilidad. Ella ya no podía soportar estar despierta.

La gris oscuro era su mortaja, hasta que Jinpa la despertó, sacudiendo sus hombros.

—Avatar. El Señor del Fuego está pidiendo una asamblea. Tengo prohibido ir, pero tú debes estar allí.

Huazo y Chaejin debieron haber llegado. Al menos Zoryu estaba usando sus últimos momentos de paz para hablar con su pueblo, en lugar de esconderse. Al final lo había hecho mejor que ella.

Kyoshi se arrastró por los pasillos del palacio. Se sentía como si estuviera en

descomposición con cada paso, escamas de su descamación para revelar hueco debajo. Era una capa de pintura seca que no rodeaba nada.

Escucho una risita emocionada. Una joven pareja noble corrió más allá de ellos, sin hacerle caso al Avatar, la mujer sosteniendo su falda para que no se arrastrara, su escolta tratando de enyesar su sonrisa con solemnidad. El susurro más breve pasó entre ellos:

—*…él está acabado…*

Parecían ir en la misma dirección que Kyoshi. Al doblar la esquina, la sala se llenó de más miembros de la corte, murmurando el uno al otro. Entró en fila detrás de ellos, llevada por la marea, hasta que llegó a una habitación grande en la que no habían estado antes, un teatro con un escenario a lo largo de una pared. Debe haber sido construido para que la familia real pudiera ver obras de teatro sin tener que codearse con los residentes de la Ciudad Caldera, o peor aún, Ciudad del Puerto.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Solo era espacio para estar de pie. Kyoshi se quedó cerca por la parte de atrás. Como con cualquier actuación, hubo una espera agonizante hasta que el primer actor emergió. La multitud se calló cuando Zoryu salió al escenario, luciendo demacrado y resignado. Un bigote ralo se había formado sobre su labio superior como el moho en el pan.

—Mis amigos —dijo—. Ha sido un momento difícil para nuestra gran nación. En lugar de paz y abundancia, el Festival de Szeto de este año ha traído un horrendo ataque a la santidad del palacio, los cuerpos de nuestra corte y la propia historia de la Nación del Fuego. La ruina de la galería del Avatar de Fuego es una herida grave en mi corazón. Nunca sanará.

Zoryu era mucho mejor hablando solo, desde una posición elevada, que en la mezcla en una multitud donde podía ser eclipsado por sus enemigos políticos. El encorvamiento de sus hombros era menos pronunciado, y había una mirada de piedra en sus ojos.

—Me dije a mí mismo que si no podía vengar este desaire a nuestro honor, no tenía derecho a llamarme Señor del Fuego —dijo—. Eso todavía es cierto.

Su público se agitaba como tallos de trigo en la brisa. No era una mera actualización.

Alrededor de una cuarta parte de los nobles entraron en esta habitación eran Saowon. Sonrieron deleitados por su victoria. Los hombres y mujeres que Kyoshi podía identificar como Keohso eran menos de la mitad que los Saowon. La ira deformó sus rostros hasta el punto en que pensó que sus narices comenzarían a

sangrar. No había necesidad de símbolos florales para decir quién pertenecía a qué clan.

Los nobles que no formaban parte de una facción u otra en esta rivalidad ya estaban mirando alrededor, preguntándose si habían cubierto suficientemente sus apuestas a favor del Saowon. Pequeños anillos de espacio comenzaron a formarse alrededor del furioso Keohso mientras la gente buscaba más distancia de ellos.

Zoryu levantó la mano.

—Que se sepa que los espíritus de las islas han estado observando mi reinado desde sus inicios, juzgando mi aptitud para ser Señor del Fuego. Con el ataque al palacio, me pusieron a prueba final—. Barrió su mirada sobre la habitación—. Y la he pasado. He encontrado al perpetrador. Sáquenlo por favor.

La declaración fue tan repentina que Kyoshi se rio entre dientes. El perpetrador era Yun. Lo que significa que Zoryu encontró a Yun.

¿Zoryu había encontrado a Yun?

Su risa se heló en su garganta, solidificándose en púas y bordes cortantes. Dos guardias del palacio sacaron a su cautivo con los ojos vendados, encorvado por el peso de sus grilletes de hierro. Kyoshi sólo podía ver la parte superior de su cabello castaño cuando lo obligaron a arrodillarse junto a Zoryu.

Estaba sucediendo demasiado rápido. El escenario se sintió desarticulado en el tiempo del público y Kyoshi, como si estuviera atrapada en el mismo trance que su sesión con Nyahitha en la montaña. Ella levantó el brazo hacia Yun y abrió la boca para gritar, pero Zoryu, trabajando en un ritmo más rápido, se lanzó a la siguiente etapa de su discurso.

—Este hombre ha confesado crímenes contra la Nación del Fuego, por los cuales será ejecutado —dijo. Kyoshi no debería haber estado tan sorprendida al oírlo mencionar la pena capital. Pero en un prolongado ataque de ingenuidad, ella no había considerado en absoluto que encontrar a Yun significaría entregarlo a una sentencia de muerte.

Zoryu agarró a Yun por la cabeza e inclinó su rostro hacia la luz en la habitación. Fue un gesto significativo destinado a dar a la audiencia una mejor mirada, tanto al cautivo como al dominio de Zoryu sobre él.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa, bestia despreciable?

—No—. Las facciones de Yun estaban muy manchadas de suciedad. Llevaba las mismas túnicas con las que había aparecido en la fiesta—. Me infiltré en el palacio. Agredí a los miembros de la corte. Destrocé la galería real. Maté al Canciller Dairin—. Yun respiró hondo—. ¡Y lo hice a instancias del clan

Saowon!

Un estruendo de conmoción pasó a través de la multitud. Tuvo que gritar para ser escuchado durante el estruendo.

—¡Me pagó Huazo del Saowon para humillar al Señor del Fuego Zoryu! ¡Blasfemé con señales falsas de los espíritus de las islas! ¡Cometí malas acciones aquí y en Chung-Ling del Norte para instigar una guerra que podría poner a Chaejin el usurpador en el trono!

Era una confesión de todo lo que Kyoshi pensaba que el Saowon había conspirado. Los resultados exactos que esperaba lograr.

Se oyó el ruido de las botas por el pasillo. Los nobles comenzaron a gritar y empujarse unos a otros en la sala llena de gente.

—¡Traición! — Zoryu gritó, avivando los fuegos de la confusión y el pánico en lugar de calmar a sus súbditos—. ¡Han escuchado testimonios de traición contra la propia Nación del Fuego! ¡Todos los ciudadanos que permanecieron fieles a nuestro país, independientemente de su clan! ¡Apodérense de los criminales de Saowon, aquí y ahora!

Los Keohso fueron los primeros en actuar, apenas necesitando una razón. Saltaron sobre sus enemigos y los arrastraron hasta el suelo, una ridícula pelea de hombres refinados y damas de seda agitándose como si una rabia borracha de repente los hubiera poseído. Esta era la pelea de Chung-Ling del Norte escrita más pequeña y mejor vestida, el rencor de una humilde ciudad campesina continuando en el aire enrarecido del palacio real. Los seres humanos podían cubrirse con títulos y etiquetas, pero en sus corazones todos eran el mismo animal.

Los nobles no afiliados se enfrentaron a un dilema. Hasta ahora, las mareas de poder habían estado fluyendo claramente en una dirección. La súbita declaración de Zoryu les pedía que cambiaran de rumbo, que saltaran de sus barcos condenados y comenzaran a nadar contra corriente.

Kyoshi vio los destellos de cálculo correr a través del resto de los clanes, más rápido que un rayo. Eran matemáticas de pandillas. El Saowon realmente había sobrepasado los límites recientemente, ¿No? Eran la familia más grande, pero sus números palidecieron en comparación con el resto de la Nación del Fuego, unificada.

La gente de La Nación del Fuego era un pueblo decisivo. El resto de los clanes no encontraron más ventaja en aliarse con los Saowon. Se volvieron contra sus vecinos con una violencia aún mayor que el Keohso, golpeando a cualquiera que

LA SOMBRA DE Kyoshi

llevara camelias de piedra a someterse con celo demostrativo, necesitando compensar el terreno perdido. Los guardias del palacio, presumiblemente leales a Zoryu, estaban inundando la habitación. Nadie quería ser atrapado simpatizando con los traidores.

Zoryu y su prisionero fueron empujados por los guardias tan pronto como comenzó la violencia. Kyoshi luchó su camino hasta el escenario, deslizándose por hombres con rostros ensangrentados, casi pisando a una mujer arrastrándose por el suelo. Se subió a la plataforma vacía y siguió por el pasaje oscuro.

Inmediatamente se estrelló en una curva cerrada. La salida del escenario era menos un túnel y más una catacumba, girando a izquierda y derecha y bifurcando en múltiples caminos. Ella iluminó su camino a través del laberinto de paredes de madera con fuego acunado en su mano y eligió su ruta escuchando el sonido de cadenas traqueteando. Sola, era más rápida que dos hombres arrastrando a un tercero.

Entró en un pasillo amplio y recto donde una emboscada esperaba. Media docena de nuevos guardias le cerraron el paso, ya en posiciones de combate. Los captores de Yun se apresuraron a llegar a otro pasaje al final del pasillo.

Kyoshi envió un torrente de viento de una de sus palmas que pasó por encima del escuadrón de guardias y cerró la pesada puerta de madera de la salida. Yun estaba cerca del suelo y estaba bloqueado por grilletes de hierro, por lo que se salvó de la peor parte, pero uno de sus captores fue arrojado a la pared trasera y quedo noqueado. El otro trató de abrir la puerta por el mango del anillo de bronce, pero Kyoshi mantuvo la presión del vendaval y por lo que se negó a moverse.

El resto de los soldados atacaron. Eran la élite real, sin duda seleccionada entre los mejores de los mejores para servir en el palacio.

Pero Kyoshi era el Avatar. Y todavía tenía una mano libre.

Avanzó por el pasillo a través de la tormenta de bolas de fuego, desviándolas al principio a la izquierda y a la derecha, y luego simplemente atrapándolas una vez que calculó hasta qué punto su fuerza de control cruda superaba a sus oponentes. No tenía que pasar más tiempo en ese espacio confinado, ni poseer una mejor técnica. Podría abrumarlos.

—¡Pide refuerzos! — Gritó uno de los guardias mientras su golpe de fuego inoportuno se disipaba ineficazmente contra el pecho de Kyoshi. Pero sólo había dos maneras de salir del pasillo, y ella controlaba ambas. Movió una muñeca para contraatacar.

El sucio secreto del Aire Control que Kyoshi había aprendido a través de la experiencia era que podía ser absolutamente devastador en espacios cerrados. Rodeados de objetos duros, el suave arte de monjes y monjas se volvía completamente brutal. Envió el viento de un lado a otro con rápidos cambios de dirección. Los guardias fueron tomados por la cintura, arrojados a choques estremecedores con las paredes y los techos. Se derrumbaron en montones blindados.

Kyoshi se acercó al hombre encadenado y con los ojos vendados se las había arreglado para sentarse.

—¿Quién eres? — Preguntó—. ¿Quién eres, realmente? Porque sé que no eres Yun.

Él se encogió.

—¿Qué quieres decir? Soy Yun, el hombre que atacó el palacio, el falso Avatar—

Ella arrebató la tela atada sobre sus ojos para revelar los iris dorados. Era de la Nación del Fuego, aunque se parecía mucho al hombre por el que se hacía pasar. Tenía las mismas facciones hermosas de la cara que Yun, el mismo pelo, la misma construcción. La similitud era increíble, tan fraterno como Zoryu y Chaejin.

Pero Kyoshi sabía que era falso desde la primera palabra que había dicho en voz alta. Había sido entrenado para sonar como Yun y era lo suficientemente bueno para engañar a los nobles que habían estado en la fiesta. Pero no era lo suficientemente bueno para engañar a alguien que había vivido con Yun y que había oído todas las emociones que su voz podía producir, risas y desesperación y tal vez incluso amor en algún punto intermedio.

Tampoco fue herido en el hombro. Kyoshi no había compartido ese detalle con Zoryu. Si lo hubiera hecho, el Señor del Fuego habría quemado sin duda al hombre para mantener la artimaña.

Kyoshi se arrodilló y agarró las fijaciones entre sus tobillos, calentándolas en sus manos. Había hecho este truco de metal una vez antes, pero en la mansión del gobernador Te no tenía que preocuparse por quemar a alguien más.

—¿Qué estás haciendo? — Gritó el hombre. Trató de liberarse de ella.

—¡Deja de moverte! ¡Te sacaré de aquí! ¡No te dejaré morir por crímenes que no cometiste!

—¡No puedes! ¡Déjame en paz! ¡Necesito esto!

Se necesitó mucho para distraerla tanto que podía sentir el dolor de quemarse a

sí misma a través del entumecimiento de sus cicatrices por el relámpago. Ella siseó y dejó caer el hierro al rojo vivo.

—¡¿Necesitas morir?!

—*¡Sí!* ¡Por mi familia en Hanno'wu, no tenemos nada! ¡Menos que nada! Mis deudas— ¡El Señor del Fuego me prometió que se pagarían con mi muerte! ¡Esto es lo último que puedo hacer por mi esposa e hijos!

Los gritos resonaron y rebotaron en las paredes.

—Por favor —le rogó el hombre—. Me prometieron una ejecución rápida y misericordiosa. Mi familia se morirá de hambre si no hago esto. Sálvame y los estarás matando.

En su lucha por más argumentos que lanzar a Kyoshi, el hombre que probablemente era un granjero o un pescador en su suerte recurrió al más alto nivel de la política.

—La corte necesita su chivo expiatorio, ¿No? Entiendo la situación; No soy estúpido. ¡Dejarme morir es necesario para el país!

Habló el argumento del Señor del Fuego en nombre de Zoryu. Era necesario. Todo era *necesario.* Un hombre inocente iba a morir, y el mundo entero hasta la víctima misma le susurraba al oído para que se retirara y dejara que sucediera.

El grito de Kyoshi comenzó bajo en su estómago y llenó su cuerpo. Era un sonido de pura y total desesperación. El país se salvaría. Su lado había ganado.

Los guardias que rodeaban la esquina fueron arrojados de vuelta por sus gritos de angustia, el fantasma se liberó de sus pulmones. El impostor de Yun, tan listo para morir, se estremeció de sus aullidos como si fueran maldiciones. Kyoshi gritó en la oscuridad, una y otra vez, su odio por el mundo y ella misma en espiral en el olvido.

LA SOMBRA DE KYOSHI

LIMPIEZA

Encontró a Zoryu en la sala de guerra. Una gran mesa había sido puesta en medio de los dragones. En la parte superior había dos mapas, uno de las Islas del Fuego, y otro de una sola masa de tierra que se asemejaba a la cabeza de un pez. Ma'inka. La isla parecía el plato principal de un banquete, listo para ser tallado y servido.

El Señor del Fuego mismo estaba solo en la sala vacía, sin asesores que le dieran consejo, inclinándose sobre la mesa de estrategia con las manos extendidas mientras la pesada carga de gobierno pesaba sobre sus hombros. Kyoshi se preguntó por qué se quedó allí, sin reaccionar a su entrada, hasta que se dio cuenta de que había otra persona en la esquina de la habitación. Una artista haciendo un boceto, garabateando diligentemente sobre un pequeño lienzo.

Zoryu quería capturar el momento más crucial de su reinado para la posteridad. La pose era demasiado informal para su entrada en la galería real. Esto estaba destinado a ser una obra maestra más íntima, algo para mostrar a sus nietos y a los nietos de sus nietos. No hay gloria en la victoria, para alguien tan sabio como Zoryu, sólo el dolor y la carga del liderazgo.

—Vete —dijo Kyoshi a la artista. La joven metió su boceto bajo el brazo y comenzó a buscar la puerta antes de recordar esperar el permiso de su Señor del Fuego. Zoryu la despidió.

—Antes de hoy, ella habría salido directamente de esta habitación sin una segunda mirada hacia mí —le dijo a Kyoshi una vez que estaban solos—. Estoy progresando.

Así era.

—¿Dónde encontraste al doble?

—Secretos comerciales de la realeza —dijo—. El Maestro Jianzhu y Yun me aconsejaron sobre cómo reiniciar el programa, antes de que supiera que existías. *Abogaron* por la utilidad de tener un señuelo para Yun. Aparentemente, la práctica es buena para hacer discursos y frustrar a los asesinos.

Zoryu se rio entre dientes por la ironía.

—Las personas no son tan únicas como creen que son y la Nación del Fuego es un país poblado. Deberías consultarlo con el Rey Tierra; te sorprendería de quién tiene copias por ahí.

La miró arriba y abajo.

—No creo que nadie pueda encontrar tu gusto, así que no te preocupes. Sólo habrá un Avatar Kyoshi.

Pudo haber sido demasiado.

—¿Qué pasará con el Saowon?

—Voy a reunir y arrestar a los que están aquí en la capital. Los otros clanes harán lo mismo a través de sus islas de origen, en nombre del Señor del Fuego. Y luego haré que los maten.

Sin hacer una pausa para considerar el peso de lo que dijo, hizo gestos en el mapa de la mesa.

—En cuanto a Ma'inka, creo que el Saowon se retirará a sus fuertes de montaña, momento en el que habrá un largo asedio. Los asedios siempre son asuntos desagradables, pero no tienen que ser sangrientos. Con el resto de las casas nobles del país unidas detrás de mí, podré matar de hambre a los Saowon. O matarlos sin más.

Todo un clan de la Nación del Fuego borrado la faz de la tierra. Tan simple como eso. Salió de alrededor de la mesa y lo golpeó una vez con los nudillos.

d—Es mejor que lo que hubiera pasado si fuera del otro lado. Para mi mejor suposición, tres quintas partes de los clanes se habrían unido a los Saowon y se habrían vuelto contra mí, si las cosas continuaran como se dirigían. Habría sido una guerra abierta en toda la Nación del Fuego.

En lugar de resignarse a un conflicto de desgaste, Zoryu había aislado a sus enemigos, los había marcado como criminales y los había atrapado en una sola isla. Había jugado sus fichas magistralmente. Pero todavía había un defecto crítico en su operación.

—Si el Yun real aparece de nuevo, tu artimaña estará expuesta —dijo—. Todo se derrumbaría.

—Oh, lo sé. La Nación del Fuego se destrozaría en el caos y la confusión. Todo lo que he hecho es darte más tiempo para encontrarlo.

La primera vez que Zoryu le explicó el precipicio en el que se balanceaba la Nación del Fuego, había sido un grito de ayuda. Ahora, repetido aquí, era un ultimátum.

—No has terminado de ayudarme, Kyoshi —dijo en voz baja—. No quieres

que mi nación sufra más que yo. Tú y yo todavía estamos en esto juntos.

Un gobernante que tiene a su propio país como rehén. Ella había estado tan preocupada por convertirse en Jianzhu, como si el sabio de la Tierra hubiera sido una raza especial de monstruo que amenazaba con renacer a través de ella y sólo ella. Qué noción tan risible. El meollo del asunto era que el mundo hizo crecer a Jianzhus por fanegas. Brotaron del suelo y se multiplicaron a través de los mares. La gente trató de emular a Jianzhu con cada fibra de su ser.

Kyoshi había olvidado sus juramentos *daofei*. Convertirse en el lacayo de una corona era una violación castigada con muchos cuchillos. Por someterse a la voluntad de Zoryu, los rayos la destrozarían.

Lo mejor que pudo hacer en su derrota era salvar tantas vidas como fuera posible.

—Quiero clemencia para el Saowon, si voy a ayudarte.

—¿Por qué debería dársela? Incluso si no estaban colaborando con Yun, estaban socavando mi autoridad. ¿Crees que, si hubiera logrado tomar el trono, Chaejin me habría enviado suavemente al exilio?

Kyoshi pensó en una frase que su amigo Wong le había dicho, en sus días de la Compañía de Opera Voladora. *Una pelea se termina sólo cuando el ganador dice que ha terminado*. Tenía que asegurarse de que Zoryu no cometiera una atrocidad para celebrar su victoria.

—Castígalos de acuerdo con sus trucos, pero no por un acto de traición que no cometieron. No habrá masacre al por mayor.

—Me veré débil.

—Menos mal que eres un político inteligente capaz de adaptar su imagen de acuerdo con las necesidades.

El entrecerró los ojos hacia ella.

—Mientras pides lo imposible, ¿Tienes más demandas?

—Sí. El señuelo de Yun. Quiero que lo envíen a casa con vida, y recompensarlo por sus problemas.

Zoryu se hinchó de resistencia. Este era un problema más grande para él que el destino de sus rivales.

—No. Tengo que celebrar una ejecución. Necesito un cuerpo o el honor de toda la Nación del Fuego quedara insatisfecho. He oído las historias sobre ti, Kyoshi, y sé las cosas que has visto. ¿Qué te importa si un solo campesino vive o muere?

Cruzó la distancia entre ellos y empujó un abanico cerrado debajo de su

barbilla, deteniéndose cerca de su garganta.

—Me preocupo más por su vida que por la tuya en este momento —dijo, examinando los crecientes blancos de los ojos de Zoryu—. Permítanme aclararme perfectamente. Vives encima de lo que yo controlo. Tus islas están rodeadas de mis olas. Llenas tus pulmones a mi discreción. Así que, si escucho alguna noticia sobre 'Yun' siendo ejecutado, realmente sabrás cómo es cuando los espíritus te abandonan frente a los elementos.

Zoryu se acobardo ante su repentina embestida. Siempre lo hacían. Por un breve momento, el Señor del Fuego supo lo que era estar verdaderamente indefenso.

Pero a diferencia de tantos *daofei* y Tríadas antes que él, encontró la fuerza de su título a sus espaldas. Era el gobernante de la Nación del Fuego, y Kyoshi era el Avatar. Ella tenía su propia imagen, por pobre que fuera, en la que pensar. Lentamente, pero con seguridad, Zoryu sonrió ante el farol.

Le hizo el favor de no decir en voz alta lo mal que había exagerado su situación. En su lugar, tomó un aire de piedad.

—Déjame darte un consejo para la próxima vez que veas a Yun —dijo—. He pensado mucho en esto, desde que apareció por primera vez, y creo que sé por qué has estado teniendo tantos problemas contra él. No entiendes sus sentimientos.

Ella presionó el abanico más profundamente en la parte inferior de la mandíbula de Zoryu, pero él no se estremeció.

—Yun nos odia —dijo Zoryu—. Todo lo que ha hecho hasta ahora es porque nos odia. A ti, a mí, a la teniente.

—Eso no es cierto —gruñó Kyoshi—. Fuimos sus amigos. Ha estado actuando por venganza. Él lo dijo.

Zoryu negó con la cabeza.

—No creo que se dé cuenta él mismo. Considera sus acciones, Kyoshi, no sus palabras. ¿A quién ha estado causando más dolor?

—Para empezar, a mí. Según mis cálculos, está enojado conmigo por atreverme a gobernar mi país sin su ayuda. También está furioso con la teniente por tener el amor incondicional de su madre. Lo que Jianzhu le dio no fue nada por el estilo. Y luego estás tú, Kyoshi.

Y luego estaba ella.

—Yun nunca ha sido capaz de dejar de lado el hecho de que no es el Avatar —dijo Zoryu—. Hasta el día de hoy agoniza por lo que debería haber sido. Llora

por su destino perdido y ese dolor se ha convertido en culpa—. El hizo a un lado el abanico, esperando que ella perdiera el control de sus emociones en cualquier momento—. Jianzhu y los demás podrían haber mentido sobre su Avataridad, Kyoshi, pero sólo una persona realmente se la robó. Tú.

Al ver que la había dejado incapaz de responder, se apartó de su agarre y volvió a su mesa de mapas.

—Nos está castigando, Kyoshi, por dejarlo atrás y tener las cosas que no tiene. Y a menos que aceptes la verdad, tarde o temprano te castigará de una manera que ni siquiera puedo imaginar.

Kyoshi se tragó la acumulación en su garganta. Ella no tenía manera de refutar ninguna de las ideas de Zoryu que no fuera por su propia fe obstinada de que conocía mejor a Yun.

—Supongo que puedes decir todo esto porque lo engañaste en Pai Sho —dijo roncamente.

LA SOMBRA DE KYOSHI

—No. Puedo decirlo porque no estoy cegado por el pasado, como ustedes dos. Tal vez realmente está poseído por un espíritu. No cambia lo que hay que hacer.

Señaló a la puerta.

—Ahora, por favor, déjame. Tienes trabajo que hacer, y yo tengo que planificar el futuro de mi país.

SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Kyoshi necesitaba organizar un viaje para sí misma. Ella no podía soportar tener que explicar otro plan a medias a Jinpa, ni lo quería presente cuando lo llevara a cabo. Así que fue a un ministro del palacio con su petición de un barco y mantuvo todo el arreglo que haría su asistente.

A la mañana siguiente, al enterarse de que un barco la esperaba en el puerto, salió del palacio sola. Los guardias abrieron las muchas puertas y puertas sin que ella tuviera que preguntar, o incluso romper el paso. La hacía sentir como un animal de granja siendo guiada fuera de su corral.

Se subió a un carruaje, que la llevó a través de Ciudad Caldera, por la ladera del volcán, y a través de Cuidad del Puerto. La noticia de los actos atroces del Saowon se había extendido de la noche a la mañana a través de la capital y las calles estaban en su mayoría vacías, el Festival de Szeto abandonado a mitad del camino ante tal traición. Las carrozas del desfile permanecieron en callejones laterales, cubiertas de lonas. Las linternas se balancearon con la brisa, apagadas. Kyoshi estuvo a punto de maravillarse con la velocidad de los rumores de la corte antes de darse cuenta de que Zoryu probablemente había difundido la información por toda la isla.

Como la mayoría de los principales clanes, los Saowon habrían tenido una presencia normal y cotidiana en la capital. Negocios y viviendas familiares. Ese ya no era el caso. Preparada para buscarlos, Kyoshi vio señales por todas partes de una purga rápida y eficiente. Una tienda solitaria en una calle comercial podría estar cerrada y oscura mientras sus vecinos seguían abiertos. Un apartamento de lujo, sin duda perteneciente a un noble, no tenía estandarte del clan en su asta de bandera. Las volutas de humo negro se elevaron a lo lejos, agrupadas demasiado cerca unas de otras para ser una coincidencia.

Tuvo que luchar para mantener la acidez de su estómago. *Mejor que la guerra abierta* no era un estándar para vivir. Y, sin embargo, la gente parecía estar bien con ello.

Llegó a los muelles y encontró su barco. Era una balandra bien hecha con una quilla profunda, un viajero rápido del océano sin necesidad de abrazar costas y ríos

como los transportes rechonchos del Reino Tierra. Pero hizo una mueca cuando vio el nombre en el costado.

La Sonrisa de Sulan. El difunto Señor del Fuego Chaeryu podría haberlo encargado para uso personal de su esposa antes de que los dos murieran. Parecía apenas utilizado.

Kyoshi decidió que Huazo tenía la medida correcta. La madre de Zoryu no tuvo culpa en los últimos acontecimientos, o al menos la misma cantidad de culpa que todos los demás en todo este asunto. Kyoshi abordó el barco e hizo todo lo posible para ignorar al transportista de carga vecino al que un equipo de marineros de la Armada de Fuego le quito las decoraciones de camelia de piedra, pintura roja cayo en escamas a la superficie del agua como sangre coagulada.

La tripulación de *La sonrisa de Sulan* la dejó sola mientras navegaban en la dirección que había ordenado. Mientras estaba en la cubierta, podía sentir el agua arrastrando el casco como dedos, agarrando el recipiente, frenándolo más de lo que el aire enrarecido alguna vez hizo a Yingyong o Pengpeng. En comparación con volar, cada método de viaje era un trabajo duro. Ella suponía que podría haber tratado de acelerarlos junto con el Agua Control, pero había oído que era posible dañar y volcar una nave de esa manera si el Maestro Agua no sabía lo que estaba haciendo.

Llegaron al parche oscuro debajo de las olas que estaba buscando. Kyoshi ordenó a la nave que soltara el ancla. El capitán Joonho, un hombre con bigotes como agujas de abeto, estaba a la cabeza de su tripulación de marineros resistentes y golpeados por el clima, esperando su próxima orden.

—Quédate aquí hasta que regrese —le dijo Kyoshi—. No trates de venir a por mí, pase lo que pase.

—No entiendo, Avatar —dijo Joonho—. ¿Regresar de dónde? No hay nada aquí.

Kyoshi se subió a la barandilla de la nave.

—Antes lo había—. Se sumergió en el agua.

Podía oír gritos desde arriba de la superficie. Algunos de los hombres podrían haberse inclinado a sumergirse y rescatarla, pero sus órdenes habían sido claras.

Habrían tenido dificultades para atraparla de todos modos. Kyoshi había usado su armadura completa para poder hundirse más rápido. Ella pateó hacia abajo, nadando hacia las ruinas de la isla de Yangchen. Como antes, le tomó un tiempo vergonzosamente largo recordar que era una Maestra Agua. Con un movimiento de sus brazos, se sumergió más rápido que un elefante koi.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Su vista se convirtió en negrura. El único recordatorio de que estaba nadando a través del agua era el ardor de sus pulmones mientras se quedaba sin aire. Luchó contra los cuchillos en su pecho para seguir adelante, pero su valentía le dio sólo unas cuantas patadas más.

Abrió la boca y tragó a plenitud. Una nube de burbujas escapó de su garganta antes de que el agua de mar entrara a su cuerpo, violando cada espacio que le quedaba. Se estaba ahogando.

Vendría aquí con un equipo de extraños porque ninguno de sus compañeros la habría dejado correr este riesgo. Kyoshi luchó todo el tiempo que pudo, queriendo llevar su conciencia al límite. Con sus últimas reservas de pensamiento, envió su mensaje.

Kuruk. Sal aquí ahora antes de morir, o cruzaré al otro lado y te perseguiré allí.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—Chica. Puedes abrir los ojos.

Kyoshi parpadeó y se despierto. Era cálido y brillante. El olor de la hierba le hizo cosquillas en la nariz.

Ella estaba sentada en un campo verde que rodaba suavemente en la distancia. En un lado del horizonte había una hilera de árboles que parecían colocados a mano, aplicados a la cima de las colinas como el delineador de cejas de Kyoshi cuando llevaba su maquillaje. Frente al bosque había un pico alto que sobresalía en el aire después de unos comienzos en falso. Las líneas de nubes convergieron hasta un punto detrás de él, como si la montaña fuera un rayo de luz que emite sol.

Su predecesor en el ciclo Avatar vestía más casualmente que la única vez que había aparecido completamente ante ella. Kuruk estaba sin sus pieles y sólo llevaba una túnica de verano azul claro de la Tribu del Agua. Sus brazos y cuello todavía estaban adornados con los dientes afilados y las garras de las bestias, ensartados con correas de cuero.

Hizo una media sonrisa torcida que tiró de un lado de su cara más alto.

—He estado tratando de contactarte desde hace mucho tiempo. Pero necesitaba tu ayuda para hacerlo. Un Avatar que habla con sus vidas pasadas requiere una verdadera voluntad desde ambos extremos.

Su mensaje a ella en el Templo del Aire del Sur. *Necesito tu ayuda*. No había

estado pidiendo un favor desde más allá de la tumba. Necesitaba su ayuda para comunicarse adecuadamente. De todas las formas estúpidas y poco claras que él lo expreso.

—¿De qué querías hablar?

—De lo mismo que tú. Tu chico. De él y al Padre Glowworm. Puedo guiarte a lo que buscas. Es por eso por lo que estás aquí ahora, ¿No?

Así que no se había equivocado al ir a Chung-Ling del Norte a conseguir la ayuda de Kuruk. Felicitaciones para ella. La reivindicación se sentía tan bien como ahogarse.

Debería haber mantenido la boca cerrada y tomar la ayuda que Kuruk estaba ofreciendo. Pero había una calma inquietante en su conversación. Estaba sucediendo en completo silencio.

Algo estaba mal.

—Este es el Mundo de los Espíritus, ¿No? — Preguntó—. ¿Dónde están los espíritus? — Los dos eran los únicos seres sentados en el vasto campo. Kyoshi tenía poco en lo que basar sus expectativas, pero a menos que las plantas y las rocas estuvieran vivas, este lugar estaba tan desprovisto de vida como los parches secos del desierto de Si Wong.

Kuruk hizo una mueca.

—La mayoría de los espíritus tienden a alejarme mucho.

—¿Por qué?

No quería decirlo. Pero estaba solo. Mentir no tenía sentido.

—Porque solía cazarlos.

Kyoshi se frotó la cara, sintiendo las grietas y las líneas con sus dedos. Lao Ge lo había mencionado una vez. *Kuruk, el mejor cazador que haya caminado por las Cuatro Naciones.* Los trofeos que habían decorado su cuerpo la primera vez que se manifestó ante ella en su plena regalía. Si matar bestias en el mundo físico ya no planteaba un desafío, entonces no era tan descabellado que un aventurero imprudente y emocionante como Kuruk volvería su mirada hacia los espíritus. Ser el Avatar le habría dado los medios.

—Tú —dijo ella. Era difícil hablar a través de la sonrisa desgarrando su boca y difícil de ver a través de las lágrimas que fluían por su rostro—. Tu eres otra cosa—. Dejar que sus sentimientos se soltaran era como quemar hierbas hervidas.

Era necesario y doloroso y se había pospuesto lo suficiente.

Kuruk tragó, incapaz de encontrar su mirada.

—No es lo que piensas. Yangchen—

—¡No te atrevas! — Kyoshi se rió. Sus lágrimas volaron por su propia garganta mientras jadeaba—. No te atrevas a meterla en esto. No eres digno de su legado. Tu nombre pertenece a la cuneta con el mío.

Aquí estaba, en medio del acto más sagrado que un Avatar podía realizar. Excepto que ella era Kyoshi, y Kuruk era Kuruk. ¿Había habido alguna vez un dúo peor en la historia, un desastre seguido de una catástrofe?

La hilaridad de su situación se apagó como una vela con un vaso colocado sobre ella. Una sensación muerta y sin aire siguió.

—Esto no es justo —dijo—. Nada de esto es justo.

La tierra a su alrededor comenzó a ondear. Oyó un sonido de revoloteo como si se pasaran las imágenes de un libro grueso. Partiendo del horizonte, una grieta en la hierba comenzó a zigzagear y empezaba a formar una telaraña hacia ellos. Piezas del terreno comenzaron a caer en la grieta, dejando en claro que ella y Kuruk no estaban en terreno sólido, sino en una superficie frágil y delgada.

Esto no era Tierra Control. Era un reflejo de las heridas que había sufrido.

Aquí, en el Mundo de los Espíritus, su dolor tenía sustancia.

—¡Te odio! — Gritó a Kuruk. El desgarre en el suelo reveló un tono de color debajo que Kyoshi no podía explicar en el lenguaje de las Cuatro Naciones. Era el tinte del abismo, el remolino del fondo del caos. Si caía en él, no habría vuelta atrás—. ¡Te lo entregaron todo! Yangchen te dio su legado, ¡Y tú lo despilfarraste! ¡Me dejaste un mundo lleno de nada más que sufrimiento y miseria!

El colapso tomó velocidad, corriendo hacia ella y su vida pasada, amenazando con dejarlos caer a ambos en una nueva existencia retorcida. El deslizamiento de tierra consumió los árboles, la hierba, el cielo, abrasando la realidad, encogiendo su mente. En nada, en una onda arremetida.

Kuruk miró a la aniquilación que venía para ambos. Y en respuesta, él le dio una mirada de rendición completa.

—Tienes todo el derecho —dijo suavemente.

En el último segundo, el desmoronamiento se detuvo en el borde de sus pies.

¿Lo tenía?

No, pensó. No lo tenía.

Ella no tenía derecho a perderse en su ira y dejar que la llevara al olvido. No importaba lo que hubiera atravesado. No se permitiría convertirse en una cicatriz

humana, un compendio de pérdida personal. Tenía la obligación de ser más que la suma de sus quejas con el mundo.

Poco a poco, fragmento por fragmento, las superficies y planos del Mundo Espiritual flotaron de nuevo en su lugar, levantados del abismo en el que habían caído, afinándose unos a otros como una placa que se reparaba con laca dorada. Ya fuera su trabajo, o el trabajo de las fuerzas fuera de su control, ella no estaba segura.

De cualquier manera, fue lento. La reconstrucción siempre tomaba más tiempo que la destrucción, limpiando un desastre tomaba más tiempo que hacerlo. Kuruk vio la reparación del paisaje en sí, la neutralidad aún perduraba en su expresión a pesar del hecho de que casi había dado un paso en el aterrador más allá con Kyoshi.

—Viniste aquí en busca de respuestas —le dijo, sosteniendo su mano—. Tengo que mostrarte algo.

—No me toques—. Ella le dio un golpe en la mano.

En el momento en que hicieron contacto, se le ocurrió a Kyoshi que ella no llevaba sus guanteletes en el Mundo de los Espíritus. Sus manos estaban desnudas, y las cicatrices rojas de los relámpagos no se veían por ningún lado, como si sus recuerdos de sí misma no hubieran incorporado el daño a su piel. Nadie le había explicado lo que pasaría si su forma tocaba la de Kuruk en el Mundo de los Espíritus.

Había un destello de luz en su cabeza. Y cuando se calmó, Kyoshi se encontró prisionera una vez más, en la jaula irrompible de la memoria.

LA SOMBRA DE KYOSHI

AMIGOS PERDIDOS

Kuruk abrió los ojos. Ya no estaba en el prado de Yangchen cerca de Yaoping, frente a Kelsang bajo el cielo estrellado. Se dio cuenta de la fuente del conflicto de su amigo Nómada del Aire con sus ancianos cuando se trataba de cómo era el mundo espiritual. El reino más allá de lo físico era diferentes cosas para diferentes personas en diferentes momentos.

El Avatar estaba solo, su amigo no se encontraba en ninguna parte del pantano gris silbante. Se habían perdido el uno al otro en algún lugar del viaje. El agua alrededor de Kuruk se deslizó con—no con vida, sino algo parecido a ella y aún más inquietante por la cercanía. Un grito y el batir de un tambor eran todo lo que podía oír, incesante, histérico, y sólo cuando se enfrentó al agua sucia y se abrió camino a una orilla sólida encontró la fuente.

Un espíritu. No una de las criaturas juguetonas de Kelsang, sino una monstruosidad del tamaño de una casa, agarrando el suelo con brazos como miembros de araña y golpeando su cabeza sin rasgos contra la tierra una y otra vez, causándose un dolor horrible, pero sin cesar su asalto, ni su grito que vino de una boca no discernible. Antes de que pudiera tragarse su horror y tratar de hablar con él, una larga cola se envolvió alrededor de su cuello y lo levantó en el aire.

Su cuerpo se estampo contra el suelo. La repulsión se filtró a través de su piel, una sensación de estar atado a un cadáver. La criatura lo arrojó al suelo y el rebotó como trapos rellenos, desmayándose de un dolor a su forma etérea que hizo todo lo posible para imitar lo físico. Antes de perder el conocimiento, vio lo que el espíritu estaba atacando tan ferozmente con su cráneo. Era un estanque de hielo. El reflejo en el brillo plateado era una vista de la ladera de la ciudad de Yaoping.

Kuruk se despertó con un grito ahogado. Kelsang todavía estaba sentado frente a él, con los ojos cerrados, murmurando cortesías como si asistiera a una ceremonia del té. Kuruk se levantó, ignoró la mirada de sorpresa en las caras de Hei-Ran y Jianzhu, y robó el planeador de su amigo.

Montó su propia ráfaga furiosa de Aire Control hacia Yaoping. No había

tiempo para explicar a los demás lo que sabía en su corazón. Ese espíritu monstruoso había encontrado una grieta entre el Mundo Espiritual y el mundo de los seres humanos. Si se abría paso, iba a masacrar a todos los que encontrara.

Sólo había un lugar donde alguien podía ver la ciudad desde arriba como lo había hecho Kuruk, y esa era la entrada a las minas de sal en la montaña vecina. Aterrizó el planeador y se puso delante del agujero en el mundo, las fauces abiertas de la obscuridad. Reunió su coraje y corrió hacia adentro. Mejor cruzar a través de la grieta e ir en el ataque en el mundo de los Espíritus. Tendría el control de los elementos de esa manera. Kelsang lo había dicho.

Encontró al espíritu enfurecido y comenzó a luchar contra él. No supo cuánto tiempo se desató la batalla. Sólo sabía con sombría certeza que el Avatar correcto había sido elegido para esa tarea. Este enemigo era una bestia, y él era un cazador. Un cazador atacó rápido y fiel, y fue misericordioso con su presa. Un cazador se acercó a su deber con solemne respeto.

Se necesito llevar los cuatro elementos contra el espíritu enloquecido para derribarlo, pero lo hizo. Salió victorioso. La ciudad se salvó. Todo estaría bien.

A la mañana siguiente, sus amigos encontraron al Avatar arrastrándose ciegamente por las calles de Yaoping, echando espuma por la boca.

Pasaron días antes de que pudiera hablar. Destruir el espíritu le había costado un pedazo de su ser, de alguna manera. Estaba sangrando por dentro, perdiendo algo más vital que la sangre, la vitalidad se filtraba de una manera que ningún sanador podía arreglar. Tenía frio. El, un niño del norte que se reía de las ventiscas y nadaba alrededor de icebergs, tenía frio. Nada bombeaba a través de sus venas.

Trató de decirle a Kelsang, Jianzhu y a Hei-Ran lo que pasó y no pudo. Las palabras se le atascaron en la garganta. Inventó una historia sobre un espíritu travieso que lo engañó para que perdiera sus facultades por un momento. Como lo que pasó con los niños errantes en cuentos populares ominosos.

Sus amigos lo dejaron descansar en la cama de una posada. Buscaron un médico. El doctor vino, dijo que no había nada malo con su cuerpo, y le dijo que descansara. Quería morir.

Un día, cuando todos los demás estaban fuera, una sirvienta amable vino y le dio un poco de vino destilado desafiando las órdenes del médico. Le quemó la garganta al bajar, la primera sensación en días que corto el frío. Bebió más, y más, sintiendo el líquido presionar contra la herida dentro de él como un hierro al rojo vivo en una extremidad cortada.

LA SOMBRA DE

Cuando la sirvienta sonrió y puso suavemente una mano sobre su pecho, el Avatar la apretó como si se estuviera ahogando.

No podía recordar la cara de la mujer. Pero recordó la de sus amigos cuando se encontraron con la maraña de las extremidades que se asomaban por debajo de las sábanas y las botellas rotas que llenaban el suelo. Kelsang no lo juzgó. A Jianzhu no le importaba, siendo de la opinión de que si el Avatar tenía un cierto deseo, el Avatar debería apagarlo. Kuruk sólo entendería la diferencia en sus reacciones más adelante en su vida.

Y Hei-Ran, aunque ella nunca lo admitiría, perdió mucho respeto por él en ese momento. La puerta del corazón de la Maestra Fuego, aunque no estaba cerrada para siempre, había sido cerrada firmemente. Siempre iba a haber una parte de ella cerrada a aquellos que no podían dominarse a sí mismos.

Pero se recuperaron. Sus aventuras continuaron. Los amigos del Avatar eran notables. Los amaba tanto. Amaba su inteligencia, sus aspiraciones, su nobleza. Eran simplemente buenas personas. Había tanto bien que este grupo podía hacer por el mundo.

Por eso, cuando llegó el segundo ataque espiritual, fue a enfrentarlo solo de nuevo. Sus amigos insistirían en ayudar si lo supieran. Pero nunca, nunca los haría sufrir lo que el sufrió, ni en mil vidas. Estarían contaminados por la asociación con la acción que tenía que hacer.

Un mal sueño durante una visita a la Nación del Fuego le mostró una grieta en un cenote que suministraba agua sagrada a un rincón de la isla Ma'inka. Corrió a la caverna en medio de la noche y se zambulló en el agua, profanándola. En lugar de golpear su cabeza contra el fondo de piedra, nadó y nadó hacia abajo hasta que encontró la masa de picos retorciéndose, chasqueando y abriéndose camino hasta la superficie. Lo apuñaló con hielo y lo apuñaló con piedra, con los ojos cerrados, los gritos de terror propios. Sus antiguos compañeros de caza de su juventud lo habrían despreciado por no realizar una muerte limpia. No podía mirar a la cosa moribunda.

Una vez terminada la tarea, Kuruk se arrastró sobre el borde del cenote, llorando agua sobre la cornisa. El frío vacío dentro de él había vuelto con fuerza. Se arrastró como un bebé hasta llegar a los pies de un hombre que lo miró con perplejidad y disgusto.

LA SOMBRA DE KOSH

El hombre era un ciudadano de la Nación del Fuego de un clan o tribu que no reconoció. Su nombre era Nyahitha, dijo, y después de recibir una premonición, los ancianos del Bhanti lo habían enviado aquí para ayudar al Avatar. Estaba claro que tenía problemas para creer que este desordenado desastre era el sucesor de la Gran Yangchen.

Nyahitha llevó a Kuruk a un campamento en la selva y realizó algún tipo de ritual de diagnóstico, guiando el calor a lo largo de sus caminos de energía similares a la forma en que un sanador del norte usaría el agua dentro del cuerpo de un paciente. Confirmó lo que Kuruk ya había adivinado, que entrar en contacto con estas creaturas obscuras y destruirlas estaba dañando su propio espíritu. Nyahitha reparó lo que pudo, pero admitió que se cobraría un precio permanente cada vez que se libraba otra de estas batallas. Kuruk ya iba a estar fuera de la carrera por la "Era más larga" en los libros de historia del Avatar. Que forma tan terrible al lado de la cama para un médico, Kuruk bromeó. ¿No podría haberle dado las noticias un poco más suavemente? Luego vomitó sangre por toda la túnica del Sabio del Fuego.

Las terribles advertencias de Nyahitha consolidaron la decisión de Kuruk de no contarle a sus compañeros acerca de las incursiones espirituales. Lo seguían en cualquier peligro y daban sus vidas para proteger la suya. Manchar los espíritus vibrantes de Hei-Ran y Kelsang y Jianzhu con esta enfermedad sería una tragedia demasiado horrible para considerar. No iba a ver que eso sucediera, ni siquiera si significaba su propio olvido.

Comenzó a tomar descansos de sus misiones con ellos para investigar con Nyahitha. Visitaron la biblioteca oculta del Bhanti, un aspirante para el mayor depósito de conocimiento espiritual en el reino físico. Juntos, bajo los tejados puntiagudos de piedra, estudiaron pergaminos y tomos más antiguos que las Propias Cuatro Naciones.

Dedujeron que los espíritus estaban tratando de abrir su camino a través de grietas recién creadas en la frontera entre el Mundo Espiritual y las tierras de los seres humanos. No sabían por qué o cómo se estaban formando estas grietas de repente. Normalmente, los lugares donde los espíritus podían cruzar eran antiguos, sagrados y raros. Se requerían circunstancias especiales como los crepúsculos de las fechas sagradas. Ese ya no parecía ser el caso.

También buscaron una mejor técnica para someter a sus enemigos, pero no encontraron ninguna. Tal vez aún no se había inventado. Kuruk se estremeció al cerrar el último libro prometedor en la biblioteca Bhanti sin encontrar la salvación.

LA SOMBRA DE Roshi

A medida que llegaban más ataques, se dio cuenta de que podía acechar a las criaturas oscuras a través del mundo espiritual mismo, a veces siguiendo la estela de grandes disturbios y tormentas en el paisaje en constante cambio, y a veces confiando en sus propias habilidades de rastreo sobrenaturales, su capacidad para cortar letreros de hielo y roca desnuda y la hoja de hierba más pequeña fuera de lugar. En tales excursiones siempre tuvo que pasar a través de una grieta desde el mundo físico al espiritual, enfrentándose a su presa con su cuerpo físico. Sin su control de elementos no tenía ninguna oportunidad, y tenía más sentido luchar en el lado del Mundo Espiritual de la frontera, para minimizar el daño colateral a los seres humanos.

Y así cazó. Caminó por el reino más allá de lo físico, buscando espíritus con intención asesina tratando de abrirse camino a la población humana. Cada vez que encontraba uno, Kuruk hizo todo lo posible para aplacar la ira del ser, a costa de su sangre, sudor y huesos. Nada funcionó. Para salvar vidas, tuvo que luchar. Tuvo que matar.

Nyahitha y él no le dijeron a nadie lo que hicieron. Eran como personas que se graduaban del robo de menores al crimen organizado, en un abismo demasiado profundo para salir de ahí. Para cuando llegaron a un cierto número de cacerías, los laicos los habrían rechazado por los espíritus que habían destruido, así como los Bhanti o los Nómadas Aire.

El mundo continuó. Tenía gente competente cuidándolo. Kuruk, nunca de reuniones, donde las mentes más rápidas se vieron obligadas a adoptar el ritmo de los más lentos, comenzó a dormir entre ellos, agotado por el dolor persistente y el vino que bebía para embotarlo. Jianzhu inevitablemente arreglaría las cosas con los diplomáticos, los ministros y embajadores para cuando el despertara.

Pasaba las noches de juerga en fiestas, tabernas, en concursos de destreza, tratando de sentirse lo más humano posible con tantos humanos diferentes como fuera posible. En secreto esperaba que Nyahitha encontrara un texto sagrado declarando que el tratamiento oficial para sus síntomas era estar cerca de la vida, la alegría y el toque de cuerpos cálidos, pero no. El hedonismo de su auto-prescrito "proceso de curación" era su propia debilidad que se mostraba, nada más. Nyahitha también participó en el tratamiento, sorprendiendo a Kyoshi con sus indulgencias. El sabio antes austero persiguió el exceso con la inmoderación de un hombre negado.

Kuruk apenas notó que sus amigos se separaran. Los tesoros de su vida se esparcieron por las Cuatro Naciones para seguir sus propios caminos. Todos llegarían a la misma conclusión. No estaban logrando nada de valor en la

LA SOMBRA DE KYOSHI

compañía del Avatar. Se sentía como si un día estuviera jugando Pai Sho con Jianzhu, y al siguiente, estaba leyendo la carta de amonestación de Jianzhu por no asistir a la boda de Hei-Ran.

Hei-Ran. Kuruk había estado loco de dolor cuando apareció en casa de Kelsang con ese poema. Un espíritu había tratado de abrirse paso el día anterior, y su furia acumulada en sí mismo por mentirle a Hei-Ran por omisión sobre tantas cosas diferentes durante todos esos años explotó. Había aniquilado a la criatura con todo el poder del Estado Avatar, un acto indigno sin importar las circunstancias. El poema fue un débil intento de volver el tiempo hacia un punto en el que no era un fracaso tan miserable que abusó de los dones de Yangchen, una época en la que todavía estaba al alcance de merecer el amor de Hei-Ran.

Canalizo su dolor en más investigación con Nyahitha, expediciones más largas al Mundo Espiritual. Finalmente descubrió cómo se estaban creando los túneles al reino físico, y su conocimiento de las bestias volvió a estar en primer plano. Los animales a menudo se apoderaron de las estructuras creadas por otros animales, cómo la forma en que los escarabajos jaguares vivían en los vastos montículos complejos de termitas después de que los residentes originales se movieran para formar otras colonias.

Las grietas en realidad estaban siendo creadas por un solo espíritu. Kuruk cambió su enfoque a identificar los orígenes de los túneles en lugar de los espíritus tratando de usarlos, dando vueltas cada vez más cerca de la fuente, hasta que se encontró con el Padre Glowworm. El barrenador del mundo. Estaba dentro del agujero.

Finalmente había encontrado un espíritu que hablaría con el Avatar. Aprendió que el Padre Glowworm tenía el poder de raspar la barrera entre los mundos físico y espiritual, filtrando fragmentos de su esencia a través de las grietas que hizo para disfrutar del calor y el caos del reino mortal a su placer.

¿Se llevó a algún humano ocasional, aquí y allá? Sí, pero ¿Qué cazador no capturó una presa de elección cuando se presentó la oportunidad? El Padre Glowworm era un depredador sabio y astuto. Podría crear túneles a cualquier lugar del mundo físico, pero mantuvo las salidas en lugares profundos y oscuros donde los humanos no se darían cuenta, y nunca permanecían alrededor de los mismos asentamientos durante mucho tiempo. Si los espíritus inferiores querían ir a la tierra de los humanos utilizando sus pasajes abandonados, eso no era de su incumbencia.

El error de Kuruk fue intercambiar nombres con él. Los espíritus con nombres

auto proclamados eran increíblemente poderosos y peligrosos, le había dicho Nyahitha, y había un poder en las presentaciones. Conocer el nombre del Padre Glowworm finalizó la maldición que se había ido construyendo lentamente sobre el Avatar a lo largo de los años. Secó la tinta del contrato.

El Padre Glowworm también lo sabía. Los dos estarían juntos por mucho tiempo, declaró el espíritu. Tal vez se divertirían.

Kuruk, muerto de agotamiento, mostró al espíritu devorador de humanos su definición de diversión.

Su lucha casi creó un enorme agujero en el límite entre los reinos. El Padre Glowworm era más fuerte que los otros espíritus, y Kuruk era demasiado testarudo para morir. Sus energías se mordían entre sí como cuchillas chocando de un lado a otro, dejando muescas permanentes.

Con un ataque que casi rompe los cimientos del lecho de roca a su alrededor, Kuruk hirió al Padre Glowworm gravemente, el espíritu disminuyo en tamaño y poder varias veces. Pero se las arregló para escapar, retorciéndose en un laberinto interminable de oscuridad.

Fue un resultado que el Avatar encontró aceptable. El decepcionante secreto de Pai Sho que la mayoría de los novatos nunca supieron fue que, en los niveles más altos, la mitad de los partidos entre maestros terminaron en empates insatisfactorios e inconclusos. Había hecho daño duradero a su enemigo, suficiente para asegurase de que el espíritu se mantendría fuera del mundo humano durante al menos una generación o dos.

Y lo había marcado a cambio. Ninguno de ellos sanaría completamente por el encuentro. Se conocerían en sus huesos para siempre, como viejos amigos…

Kyoshi se alejó de los recuerdos de su predecesor suavemente, como si fueran pedazos de cristal demasiado delicados para manejarlos. A diferencia de la sesión de comunión en Chung-Ling del Norte, donde había visto su juventud desarrollarse por sí misma, Kuruk había estado de pie a su lado mientras eran testigos en silencio de los horrores de su vida posterior. No había habido un momento adecuado para hablar con él.

Aun así, ella estaba agradecida por su presencia esta vez. Ella no podría haber manejado ver esos recuerdos por su cuenta. El Padre Glowworm la había asustado, cuando había conocido al espíritu en carne y hueso.

Miró a Kuruk, examinando su rostro tenso pero estoico. En el momento de su muerte, había sido más herido que la piel intacta debajo de su ropa. Su aparición en el Mundo Espiritual debe haber sido alterada por sus propias percepciones y preferencias. Recordó una versión de sí mismo de antes de que los peores días de su vida se apoderaran de él.

El prado a su alrededor había sido reparado y ya no parecía un plato roto.

—¿Por qué había tantos espíritus enojados durante tu época? — Preguntó. Ella entendió ahora que Kuruk sólo había tomado a las criaturas que no podían ser apaciguadas por nada más que la muerte.

—Esa es una pregunta para otro día —dijo—. Para darte la ayuda que buscabas, tuve que compartir recuerdos de mi Avatariedad y el Padre Glowworm. Ahora que recuerdas esta parte de tu vida pasada, podrás encontrar a tu chico en el mundo físico. Confía en mí.

Ella se encontró creyéndole.

—¿Y el resto de tus recuerdos? — Las palabras se escaparon antes de que Kyoshi se diera cuenta de que estaba fisgoneando.

La mandíbula de Kuruk se apretó.

—Hay poco que ver después de perder a mis amigos.

¿Dónde estaba Kuruk? Kyoshi le había preguntado una vez a Kelsang, sintiendo curiosidad por lo que sucedió después de que su grupo se separó. Viajar por el mundo había sido la respuesta. Rompiendo corazones y tomando nombres. Siendo Kuruk. Parecía que el Avatar del Agua lo había estado viviendo solo, teniendo una gran aventura en las Cuatro Naciones.

Pero el dolor en su cara en este momento le decía lo contrario. Después de que los compañeros de su juventud se fueron de su lado, Kuruk había estado solo. Rodeado de un mundo que lo celebraba tal vez, pero completa y totalmente solo.

El hombre frente a ella era una persona físicamente grande, pero mirándolo, sólo podía ver los límites del espacio que Kuruk llenaba. Le recordaba la forma en que el cadáver de Jianzhu parecía encogerse después de que la vida dejó su cuerpo. La muerte y el tiempo hizo a todos pequeños, los redujeron a trivialidades. Ella no tenía ninguna duda de que su sucesor la miraría con escepticismo, preguntándose por qué todo el mundo afirmaba que esta persona Kyoshi era considerada un gigante.

—Me alegro de haberte contactado finalmente, Avatar Kuruk —dijo, y lo decía en serio.

Sus hombros se contrajeron. Y luego se relajaron. Ella no consideró que él

podría haber necesitado esta conexión tanto como ella, asumiendo que una vida pasada podría necesitar cualquier cosa.

—Hay una cosa más que tengo que decirte—. Kuruk de repente parecía reacio, un cambio de opinión apoderándose de él—. Pero no sé si en última instancia vale la pena. No quiero causarte más dolor.

Kyoshi leyó su mueca y se dio cuenta de otro defecto en el carácter de Kuruk. Fuera de sus oponentes de control de elementos, tal vez, no podía soportar ver a otras personas salir heridas.

—Podrías causarlo también.

Kuruk suspiró.

—Ven conmigo.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Caminaron uno al lado del otro. La irrealidad de la distancia y el suelo sólido fluyó a su favor. Unos pocos pasos los sacaron de la pradera y se metieron en el horizonte, como si estuvieran girando el mundo debajo de ellos con los pies.

Se olvidó de observar su viaje y disfrutar de los esplendores del Mundo Espiritual. Para cuando se acordó de buscar los gloriosos paisajes pintados de Kelsang y curiosas criaturas parlantes, llegaron a su destino.

Habían pasado de pesadilla en pesadilla. Kuruk y Kyoshi estaban en la punta de un pantano drenado y muerto. Los árboles que necesitaban sus raíces sumergidas en líquido se habían marchitado hasta convertirse en leña. El suelo de limo de la cuenca se había secado en el polvoriento barro.

Tenía una idea de dónde había ido el agua. Una gran herida en la tierra se había abierto, dividiendo el ancho del borde del pantano. La grieta comenzó pequeña y se deprendió en sus pies como los comienzos de un gran cañón cortado en el desierto. Las profundidades estaban llenas del mismo color salvaje, chocante y sin sentido en el que Kyoshi había amenazado con sumergirse a sí misma y a Kuruk.

El creador de este desgarre había estado donde estaban ahora, el punto de origen claramente marcado como un estallido de indignación.

—¿Yun hizo esto?

—Sí. El Mundo Espiritual reacciona a nuestras emociones. Las heridas que traemos a este lugar tienen características físicas. A diferencia de la ruptura que

creaste, ésta no se está curando. Tu chico la mantiene abierta y supura al aferrarse a su ira.

Kyoshi asintió.

—Lo sé. Yun no está en su sano juicio debido a la influencia del Padre Glowworm.

—No. Te has aferrado a esa excusa el tiempo suficiente—. Kuruk fue gentil pero inflexible—. Lo que necesitaba decirte es que los espíritus pueden poseer el cuerpo de un ser humano, e incluso podrían fusionarse con una persona para darles nuevas formas y tamaños. Pero no se apoderan de los pensamientos de las personas. Yun tiene el control total de sus acciones. Lo ha estado todo el tiempo.

—Oh —dijo Kyoshi. Ella vaciló donde estaba—. Oh—. Si Kuruk tenía razón sobre Yun, entonces Zoryu también.

—Lo siento, chica —dijo Kuruk—. Ojalá no fuera así.

El cielo, un brillo azul claro, comenzó a arremolinarse alrededor de su eje. Las nubes aparecieron con el único propósito de marcar su espiral. Kuruk miró hacia arriba con una expresión decepcionada. *Qué pena. Parece que llueve. Tendremos que acortar la salida*.

Kyoshi trató de hablar y salió agua salada de su boca. Se derramó por la barbilla y humedeció sus túnicas. Quería darle palabras de despedida a Kuruk, pero su garganta estaba gruesa por el mar.

Alguien la puso de costado, y el resto del agua salió corriendo de su cuerpo.

Sintió la cubierta de madera de *La sonrisa de Sula* presionando contra su mejilla. El capitán Joonho y la tripulación la llamaron, frunciendo el ceño de preocupación. Sería mala suerte que un Avatar muriera a bordo de su nave, incluso un tonto del Reino Tierra.

Mientras Kyoshi estaba allí, podía sentir el regalo que Kuruk le había dado. La batalla entre el avatar anterior y el Padre Glowworm había dejado cicatrices de identificación en ambas partes, marcas talladas tan profundas que fueron permanentes.

Ella y Yun eran los herederos de ese legado. Ella podía saber dónde estaba. Era una presencia débil, parpadeando a esta distancia, pero tenía una dirección. Ella sabía que, si lo alcanzaba, si extendía el flujo de su espíritu, podía seguirlo hasta su ubicación. Probablemente la había rastreado a través de la Nación del Fuego usando el mismo método. Eran los faros del otro, dos antorchas en la oscuridad.

Y había usado esa conexión una y otra vez para hacerla sufrir.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Kyoshi resopló e inmediatamente se arrepintió. Se limpió la sensación de sal ardiente de su nariz.

—Pensé que te había dicho que no vinieras a por mí —le dijo al capitán Joonho. Varios marineros goteaban como ella. Los nadadores más fuertes debieron de haberla pescado.

Joonho asintió solemnemente.

—Lo hizo. Pero eso era obviamente una orden estúpida y nunca íbamos a obedecerla.

Si el mundo estuviera lleno de gente sensata como el capitán y su tripulación.

Kyoshi dejó que su cabeza se golpeara de nuevo a la cubierta y cerró los ojos.

—¿Cómo te atreves a desafiar a tu Avatar? — Murmuró.

LA SOMBRA DE
KYOSHI

INTERLUDIO: EL HOMBRE DEL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS

Después de consumir al Padre Glowworm, Yun pasó por los controles que Sifu Amak le había enseñado a realizar después de entrar en contacto con toxinas potencialmente mortales. No había ardor ni entumecimiento en el estómago ni en la piel. Sin hormigueo en los labios. Su visión era tan clara como nunca. Extendió la mano y extendió los dedos; estaban estables.

Sin efecto. Tal vez había bebido lo suficiente en su vida para hacerlo inmune. Si había señales que aparecían cuando un espíritu pasaba a un ser humano, eran enmascarados por su propia carne. No podía discernir si el Padre Glowworm fue destruido, disipado o estaba vivo en algún lugar dentro de él. No le importaba.

Estaba más desconcertado por lo que le había estimulado a comportarse así. Tal vez era un desprecio por su enemigo. Jianzhu le había dicho a menudo que tratara de evitar sentir desprecio en sus deberes políticos. Te hacia actuar irracionalmente, te cegaba a tu propio beneficio.

Jianzhu.

Yun miró a su alrededor, con las manos en las caderas. Decidió, lógicamente, y por su propia voluntad, que debía empezar a cavar. Directamente hacia abajo.

Se arrodilló y enterró los dedos en el suelo húmedo, separando la suciedad. Empujó a los terrones de tierra — ¿Tierra espiritual? — fuera de su camino, tirando de las raíces restantes que se cruzaban en su camino. Desgarro el tejido fibroso, savia sangrando en las líneas de sus palmas. Abriéndose paso a través de la capa de vegetación viva, se encontró con arcilla más oscura. Se fue más profundo.

Excavó como lo hacían los animales, no como tejones con su Tierra Control, sino a la manera de bestias inferiores, malignas, bestias menores que nunca vieron la luz del día, criaturas que ponían larvas y se engordaban, palpitaban luminiscentes en la oscuridad. Arrojó terrones y yesos detrás de él y sobre su cabeza, aunque la manera en que lo hiciera ya no importaba. Perforo más y más profundo, más y más oscuro, hasta que el único sonido en la obscuridad total era

su propio aliento, sus exhalaciones calientes y atrapadas contra su piel.

Yun se despertó boca arriba. Tuvo que abrir los párpados con los dedos, pegados entre si con lágrimas secas y sedimentas. Tuvo suerte. Si se hubiera desmayado bajo el cielo con los ojos abiertos, el sol ardiente lo habría cegado permanentemente.

La otra parte de su cuerpo por el que temía eran sus uñas. Deberían haber estado astilladas, destrozadas, desgastadas hasta las escamas. Había arañado tanta tierra y piedra con las manos que no estaban hechas para ello. Pero estaban bien. Sucias, sí. Kyoshi sin duda le daría un regaño más tarde. Odiaba cuando el, distraídamente, se quitaba la mugre de debajo de las uñas durante todo el día.

—¡Existe el jabón! — Gritó imitando la angustia de su amiga.

Su voz rebotó en las paredes estriadas de un barranco. La escorrentía que lo había tallado se había ido hace mucho. Aquí no creció nada.

Yo... puedo estar muriendo de sed, pensó para sí mismo.

Yun se tambaleó por el camino que la lluvia habría tomado, si hubiera habido alguna. La tierra estaba tan estéril y carente de señales de animales que pensó que todavía estaba en el Mundo de los Espíritus, condenado a vagar por un páramo, hasta que la tierra se apartó para revelar una ciudad debajo de él.

Se abrió camino por la ladera rocosa, encorvado y cojeando hasta que recordó que no estaba herido, sólo cansado. Y posiblemente delirante. No había forma de que nada de lo que había pasado pudiera ser real, ¿Verdad? El Mundo Espiritual era tanto un estado de ánimo como un lugar, según algunos eruditos.

El asentamiento mostraba señales de construcción barata y rápida, el tipo de ciudad en auge construida para explotar oportunidades y personas en igual medida. Podía decir con un par de pasos que la mayoría de los ladrillos no durarían más de unos años. Yun mantuvo la boca cerrada a pesar de estar en el extremo receptor de unas pocas miradas duras de los aldeanos en las afueras.

Entrar y gritar: *¿Qué lugar es éste? ¿Dónde estoy?* era una invitación a los problemas.

Pero por más que lo intentó, perdió toda precaución y compostura una vez que vio el pozo en el centro de la plaza. Corrió hacia él, tropezando con sus propios pies, frenético como una mascota con su amo que regresaba.

Un hombre muy grande sentado en el porche de uno de los edificios más

cercanos lo vio y se levantó lentamente. Se acercó, colocándose firmemente en el camino de Yun. Un pesado garrote colgaba de su cinturón. Yun se detuvo.

—Este es el pozo del gobernador Tuo —dijo el guardia—. Si tienes etiquetas, puedes beber—. Sacudió las fichas de madera tallada que colgaban de una cuerda alrededor de su cuello.

Tenía el toque de Xishaanese en sus sílabas de cuarto tono. Lo que significaba que Yun no estaba lejos de donde había salido por primera vez del mundo humano, arrastrado a esa cueva por el Padre Glowworm. Esta ciudad debe haber sido construida como parte de una nueva operación minera, sus ciudadanos siendo la mano de obra traída desde lejos.

Se preguntó cuántos de los aldeanos sabían que podían vislumbrar su futuro más allá de la cordillera. Sólo tenían que mirar las ruinas abandonadas donde Jianzhu lo había traído a él y a Kyoshi. Una vez que las vitas de mineral se secaran, también lo haría el dinero. Los trabajadores serían desechados como las cáscaras de sus hogares. No le servirían más a nadie.

Yun metió el talón en el polvo. A través de su Tierra Control podía sentir la forma del pozo. La erosión le dijo que había sido excavado en el pasado lejano, probablemente un siglo antes de que cualquier ser humano se diera cuenta de que había riqueza para ser extraída de las montañas.

—¿Puso el gobernador Tuo esa agua en la tierra? ¿Perforo tan bien él mismo? — La lengua de Yun raspó sobre sus labios. Era difícil para las paredes de su garganta separarse una de otra. Lo peor era que *conocía* a Tuo, y el gobernador parsimonioso era exactamente el tipo de hombre que rechazaría a alguien una bebida como esta.

La mano del guardia se movió hacia su garrote.

—Mira —dijo Yun—. Déjame tomar un poco de agua y me aseguraré de que seas recompensado más allá de… —La sentencia murió en un suspiro. Era demasiado débil para ofrecer al hombre una fortuna más allá de su imaginación más salvaje. Se le ocurrió que ya no tenía ninguna fortuna que dar. Había un tesoro de riqueza en la mansión de Yokoya y él no era dueño de nada de eso.

—Ve a probar a una de las tiendas —dijo el guardia. Sacó su arma y señaló a la esquina de la plaza—. Pueden darte su agua si quieren. Pero este de aquí es el pozo del gobernador.

Muy bien. Muy bien. La primera tienda en esa dirección era una casa de té, por lo que conocía. Era sólo un paso más añadido antes de su destino. No había necesidad de desesperarse todavía.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Yun se tambaleó hasta el edificio donde una chimenea envió bocanadas de humo blanco amistoso al aire, lo que indicaba que una estufa estaba ardiendo, hirviendo agua para el té. La entrada estaba al otro lado. Navegó por el callejón usando las paredes como apoyo, rozando su mano contra la textura del ladrillo, y sólo llego a mitad de camino antes de caer al suelo.

Ahora bien, este *es un sentimiento familiar,* pensó, su espalda presionando contra el exterior de un edificio en el que quería estar dentro. Como en los viejos tiempos en Makapu, escuchando en el aula. Sus dientes castañeaban. No se había dado cuenta del frío que tenía.

Su cabeza se inclinó más abajo. Sus pensamientos se desviaron a Kyoshi de nuevo. Podía sentir su calor contra su flanco como si estuviera a su lado. Pero no lo estaba. Estaba en Taihua, la cordillera equivocada, en el extremo opuesto del Reino de la Tierra.

Yun parpadeó para despertar del sueño que amenazó con reclamarlo y nunca dejarlo ir. ¿Cómo supo que Kyoshi estaba en Taihua?

Trató de buscarla de nuevo. Su distancia a través del reino físico no importaba. Estaba seguro de ello ahora. Su espíritu era un faro, una señal brillante en la oscuridad. Constante. Tranquilizador. Único. Era todo lo que quería.

Se arrojó de vuelta a su propio lugar en el mundo, avergonzado. *Por supuesto, su espíritu se destaca entre todos los demás. Ella es el Avatar*.

Estaba demasiado seco para llorar y demasiado cansado para gritar. Aquí, entre los humanos, la tierra no se estremeció automáticamente en homenaje a sus emociones. No había ningún lugar al que pudiera ir el dolor, no había reflejo de su sufrimiento. Otra ola de dolor se apoderó de él, y sólo podía aferrarse a sus propios costados, impotente, tratando de no ahogarse.

—¡Oh, vamos! — Gritó un hombre lo suficientemente fuerte como para hacer vibrar el papel encerado que cubría una ventana por encima de la cabeza de Yun—. ¿Me estás reteniendo media semana por un día perdido?

—Deberías estar agradecido de que no te despida —respondió alguien más con calma, probablemente el dueño de la casa de té—. Te pierdes tu turno, no te pagan. ¿Qué tan difícil es presentarte a trabajar cuando se supone que debes hacerlo?

—¡Es porque usted insiste en usar ese calendario estúpido! — Dijo el primero—. ¿El día seis mil veintisiete de la Era de Yun? ¿Qué eres, un tonto del Anillo Superior que duerme con un retrato de los Avatares bajo su almohada? ¡No va a hacer que este basurero sea más fantasioso!

Yun se congeló al oír su propio nombre. Se referían al calendario del Avatar. Seis mil veinte-pico en su época significo que Yun había estado atrapado en el Mundo de los Espíritus durante aproximadamente una semana.

—¡Me sorprende que no seas un devoto más grande! — Dijo el dueño al vago de su trabajador—. ¿No salvó el Avatar tu lamentable pellejo de la gran reina pirata mala?

—Espera, ¿qué? — Dijo una mujer. Las botas golpearon el suelo como si las hubiera quitado de una silla para sentarse con interés—. Nunca oí hablar de esto. *¿Fuiste* uno de los rehenes de Tagaka?

—Gow aquí es originario de la villa de Lansou al otro lado de estas montañas —dijo el propietario—. Lo agarraron como una pieza de oro en la calle. Arrastrado como un pollo de cerdo escalfado.

—Oh, por favor —dijo el otro hombre—. Cuentas la historia más a menudo que yo—. Sonaba como si considerara toda la experiencia como vergonzosa en lugar de angustiosa, como tropezar con un montón de estiércol.

Yun apretó los ojos. Le habían dado un último poco de suerte. Reunió la energía para ponerse de pie, sin saber si podría hacerlo de nuevo después de esto.

No había puerta, sólo un marco vacío con una cortina atada a un lado. Al entrar, Yun golpeó el puntal de madera para llamar la atención de la gente dentro.

—Siento molestarles —dijo.

Había visto establecimientos más finos, por decir lo menos. El interior estaba amueblado con bobinas de cuerda para mesas. Los bancos eran cajas de suministro volcadas. El dueño, un hombre corpulento de parpados pesados y brazos peludos, estaba limpiando tazas usadas, evidentemente la única limpieza que conocían.

Su mirada se sumergió en el pecho de Yun, donde no se encontraron etiquetas.

—¿Qué quieres?

—Me vendría bien un poco de agua. Por favor.

Oyó una risa de la mujer sentada en una mesa. Tenía el pelo ondulado atado hacia abajo en la cabeza y una cara redonda y plana. Sus botas estaban llenas de lodo seco, pero sólo hasta el tobillo. Debe haber sido una jefa de turno de las minas. Un trabajador regular habría estado cubierto de suciedad de pies a cabeza, y no estaría en una casa de té en medio del día. Yun hizo todo lo posible para no mirar la olla humeante delante de ella, o las hojas largas y húmedas que asomaban por debajo de la tapa de su *gaiwan* de cerámica.

—¿Tienes dinero? — Dijo el propietario.

LA SOMBRA DE

—No lo tengo—. Sus bolsillos estaban vacíos. Y después de regresar al mundo mortal, las túnicas de Yun ya no eran capaces de convencer a nadie de que era rico.

—Entonces lárgate—. El propietario lo dijo con tan poca malicia que sonaba como una agradable *buenas tardes.*

Yun esperaba esta respuesta, pero tuvo una última contra jugada desesperada.

—No pude evitar escuchar su conversación sobre el Avatar. Tú, alguien que obviamente respeta al amo de los cuatro elementos—. Se inclinó ligeramente contra el dueño antes de volverse a Gow—. Y usted, señor, a quien el Avatar rescató del peligro.

Gow era más delgado en cuerpo y cara que su jefe, y con el hábito de cambiar su peso de lado a lado, donde estaba.

—¿Sí? — Dijo defensivamente, sus rasgos pellizcados se vuelven aún más estrechos en sospecha—. ¿Qué hay con eso?

—Sé que suena difícil de creer —dijo Yun—. Pero yo soy el…

Se detuvo. Paso una era en silencio, la casi mentira pegada a sus labios.

—Yo soy Yun —dijo, recuperándose—. Yo soy el hombre al que se refiere su calendario. Lideré los esfuerzos de rescate en los mares del sur—. Les dio un momento para asimilarlo—. Pregunto de nuevo, ¿Puedo *tomar* un poco de agua?

Tal vez habría sido tomado en serio si no hubiera dudado sobre su identidad. Tal vez no habría hecho ninguna diferencia. Los ojos somnolientos del dueño brillaban de diversión, no de reverencia.

—No lo sé —dijo. Inclinó la cabeza hacia Yun—. Gow, ¿Es este tu salvador?

Gow entre cerro los ojos.

—Los marineros que nos recogieron de ese iceberg eran de la Marina de Fuego. No vi a un Avatar hacer nada para rescatarme.

—Sí, pero yo, ya ves, es— La mano de Yun se le fue a la cabeza. Se le escapaba una forma rápida de explicar las complejidades y la logística del transporte de más de mil aldeanos secuestrados del Reino Tierra.

El propietario aprovechó su falta de palabras para ir a la estufa y colocar una olla de hierro fundido en ella. Por la forma pesada en que sonaba, estaba lleno.

—Te diré una cosa —dijo—. Puedes tener toda el agua que quieras, siempre y cuando te quedes ahí—. Golpeó la olla con los nudillos—. Aquí. Toma un trago.

Se le cayó la mandíbula a Yun.

—Usted… ¿Qué?

—Eres del Reino Tierra. Por lo tanto, si eres quien dices ser, entonces no

LA SOMBRA DE Kyoshi

debería ser un problema para ti refrescar a tu boca abierta.

—Parece justo —dijo la jefa de la mina, sonriendo con malicia. Tomó un sorbo deliberadamente largo y ruidoso de su propia taza.

Aunque Gow se había enfadado con su empleador momentos antes, el también encontró el silencio aturdido de Yun como una gran broma.

—¡Vamos, amo de los elementos! — Gritó—. ¿No tienes sed?

Había un zumbido en los oídos de Yun. Era como si se hubiera quedado demasiado cerca de un petardo, hubiera pasado demasiado tiempo viendo la cuerda encendida quemarse hasta sus extremos, y ahora vivía tras la explosión.

—Me están pidiendo que demuestre que soy el Avatar —susurró con voz ronca—. Por un trago de agua.

No había más. No quedaba más en Yun. No había más que tuviera que dar.

Levanto un dedo tembloroso.

—Arriesgué mi vida por ti —dijo, señalando a Gow—. Arriesgué mi vida para salvar la tuya. No estarías aquí ahora mismo si no fuera por mí.

Los ojos de Gow se agrandaron. Intentó protestar, pero algo impidió que las palabras salieran de su garganta. El dueño y la jefa de la mina parecía que iban a burlarse de él por ser señalados, pero Yun los miró fijamente.

—Y ustedes dos. No podían simplemente… no podían solo ayudarme.

—Oye, tranquilo —dijo la mujer, encontrando de repente un acantilado al otro lado de la puerta que habían abierto. Ella se arrastró hacia atrás con su silla, sacudiendo su mesa. Su taza se volcó, derramando su contenido al suelo—. Puedes… puedes quedarte con el mío. Puedes quedarte con lo que queda—. Agarró con torpeza la olla de la que había estado bebiendo, pero sólo logró conseguir la tapa, no el mango—. Tómalo. ¡Tómalo!

Era demasiado tarde para eso.

—Dediqué mi vida a personas como ustedes —dijo Yun. No podía saber si se reía, lloraba o gritaba con sonidos bestiales de furia. El habla humana estaba mezclada en alguna parte—. Quería que florecieran. Quería que prosperaran. Me esforcé tanto.

Hubo un estrepito detrás de él. Vio al dueño de la casa de té huyendo por la

parte trasera de la tienda. Yun barrió su mano sobre el aire y una cadena de tazas de cerámica sucias se agitó como un látigo, aplanándose en el filo de un cuchillo. Cortaron la parte de atrás de las piernas del gran hombre, enviándolo al suelo con un ruido sordo espantoso.

Noqueado. Yun tendría que despertarlo en algún momento. Volvió a Gow y a la jefa de la mina, que temblaba en su lugar, atrapada por el miedo. Vio cómo sus cimientos se balanceaban, tratando de averiguar si lo disfrutaba o no.

Decidió que no importaba. Yun alcanzó el hombro de Gow, dando al hombre una sonrisa conspirativa, y cerró la cortina de la puerta desde el interior.

Yun bebió el agua sulfurosa estancada y del cubo de paredes gruesas. Se desplomó por la parte delantera de su pecho, formando un charco en el suelo frente al pozo de la ciudad. Fue la mejor bebida que había bebido.

Derramó algo en la cara de la guardia de pozos que yacía a sus pies. A diferencia de algunas personas, compartió sus recompensas.

—¿Cómo es el sabor del agua del gobernador? — Preguntó. El líquido salpicaba contra los ojos vidriosos y sin parpadear del cadáver y se acumuló en su boca abierta.

A su alrededor, la ciudad estaba en silencio. Todos los que podían correr, lo habían hecho. Tendría que aprender a controlar sus energías en algún momento si no quería que la gente huyera de él a la vista.

Yun saco otro cubo y lo vertió sobre su cabeza, repitiendo el proceso hasta que su escurrimiento ya no contenía rayas de sangre carmesí. Arrojó el recipiente de madera a un lado y escuchó su sonido hueco.

¿Ves Kyoshi? pensó. *Puedo bañarme sin agua caliente, no hay problema.*

La presencia de su amiga le llamo desde todo el mundo. Aunque no estaba seguro de los detalles, estaba convencido de que había una conexión permanente entre el espíritu que se lo llevó y el Avatar. Kyoshi era Kuruk. Y él era… él era quien era.

—Bueno —dijo en voz alta a nadie—. Parece que me han despedido.

Tal vez era lo mejor. Necesitaría el tiempo libre, porque tenía una lista de cosas que hacer. Muchos asuntos personales de los que ocuparse. Y en la parte superior de la lista estaba presentar sus respetos a Jianzhu.

Lleno de un nuevo propósito, Yun se fue por el camino, silbando a medida que avanzaba.

LA SOMBRA DE Kyoshi

DE NUEVO EN CASA

Yokoya nunca había sido rico. Pero ahora, sin la presencia de Jianzhu, sus perspectivas parecían aún más sombrías de lo que Kyoshi recordaba de niña. Los fantasmas de los sabios que habían caído aquí tomarían mucho tiempo en abandonar su control sobre los muelles en descomposición, los campos endurecidos y rocosos, las casas escasas y golpeadas por el clima.

Había pasado un mes desde la "victoria" de Zoryu. Kyoshi caminó lentamente por la ciudad, vadeando a través de su propio pasado. El malestar en su estómago le dijo que se había equivocado cuando había declarado que sus lazos se cortaron con Yokoya después de la muerte de Kelsang. Ella era y siempre sería de este pueblo. Sólo el hogar podría hacerte sentir tan mal.

Pasó uno de los troncos machacados en la tierra en un intento de complacer a los espíritus y sacudió la cabeza. Tal vez los que habitaron esta península eran amables y estaban contentos por las estacas en el suelo. No estaba fuera de lugar. Los espíritus, por lo que ella estaba aprendiendo, estaban sujetos a todas las variaciones y complejidades de los seres humanos. Estaban los terribles, los irracionales, los crueles, los inofensivos, los que hablaban contigo y los que te obligaban a adivinar sus caprichos como un sirviente que se humilla ante su amo silencioso y sonriente.

Un movimiento le llamó la atención, los niños corrían de un lado a otro. Asomaban la cabeza por detrás de las puertas y las esquinas de las casas, murmurando entre ellos. No llevaba su maquillaje. Eran groseros como eran los niños, mirando al extraño.

Los adultos asintieron con la cabeza mientras continuaban barriendo, un barrido interminable. Empujar la suciedad de un lugar al otro era una carga y una obligación compartidas por los humildes de cada nación. No tenía ninguna duda de que, si visitaba uno de los polos al fin, vería a la gente común haciendo lo mismo con la nieve, conduciendo los montículos de un extremo de un pueblo a otro.

Fue una pequeña piedad que no viera a Aoma ni a nadie de esa tripulación. Entonces recordó la razón. Era la mitad de la jornada laboral. Los aldeanos de su

edad estarían trabajando en los campos, agachados entre los surcos o en el mar acarreando la pesca del día. Ella, la exaltada Avatar, había bajado de una embarcación de recreo perteneciente a la familia real de la Nación del Fuego. No tenía sentido ni estructura, la forma en que el mundo esparcía vidas en el viento como la paja para aterrizar tan lejos.

Abandono la aldea y se adentro en las secciones de barbecho de la tierra. El camino dio un giro brusco alrededor de la ladera, y se preparó para lo que estaba a punto de ver.

La herencia del Avatar, en toda su ruina.

Enfrentar los resultados de su propia negligencia fue difícil. Le hizo preguntarse si alguna vez podría volver llamarse a sí misma una persona ordenada. Los colores una vez vibrantes de las paredes necesitaban una capa fresca de pintura. En el lugar donde debería de estar la puerta orientada al sur estaba vacío, y algunos de los pernos de hierro de sus pesadas puertas estaban empezando a oxidarse. El césped estaba cubierto de malezas.

Era un testimonio de cuánto esfuerzo se necesitaba para mantener una gran mansión en buen estado, para luchar contra los estragos del tiempo y la decadencia. Se necesitó tanta energía para permanecer congelado en un estado eterno, sin cambiar nunca. Una vez que se rindió, desvío su atención durante el más mínimo segundo, el colapso progresó más de lo esperado.

Kyoshi abrió las puertas, el gemido de metal anunciando su presencia. El jardín había prosperado y había muerto en igual medida, ciertos arbustos llegaron a dominar a los demás. El equilibrio se había perdido, o tal vez se había restaurado a una forma desagradable para los seres humanos. Delgados zarcillos de las enredaderas se enroscaron sobre las esculturas al aire libre y habían echado raíces en las arenas del laberinto de meditación. Las malezas resistentes habían tomado el lugar de flores preciosas y efímeras.

Había un mensaje para ella, escrito en guijarros sobre el suelo.

Estoy dentro.

Incluso con la casa en su estado actual, debería haber alguien que la saludara. Los pasillos parecían completamente abandonados. Los pasos de Kyoshi resonaron y crujieron sobre los pisos de madera mientras revisaba cada sección de la mansión. Encontró lo que buscaba en el comedor.

Yun estaba sentado en la cabecera de la mesa larga con un pequeño lugar en frente de él. Se estaba comiendo tranquilamente un plato de dumplings. La tía Mui estaba de pie detrás de él, con lágrimas en los ojos.

Era la fiesta en el jardín de nuevo. El primer pensamiento de Kyoshi fue separar al rehén del captor, para liberar a Mui de los lazos en los que Yun la tenía y ponerla a salvo. Pero antes de que pudiera, Mui soltó un sollozo y saltó hacia ella.

Chocó con Kyoshi y envolvió sus brazos cortos alrededor de la parte baja de su espalda, lo más alto que pudo alcanzar.

—¡Mi niña, mi niña! —Dijo, llorando de alegría—. ¡Por fin, mi niña y mi niño están finalmente en casa!

Kyoshi miró fijamente a Yun por encima de la cabeza de la tía Mui. El la miro a los ojos y bebió un sorbo de té.

—Esta casa volverá a ser un hogar —sollozó Mui, con sus lágrimas formando una mancha húmeda en las túnicas de Kyoshi—. Vamos a limpiar las habitaciones. Haremos que los invitados regresen. Ustedes dos, ustedes dos fueron el corazón de este lugar. Y ahora están juntos otra vez. Todo volverá a ser como antes.

—Sí, tía —dijo Kyoshi, sin apartar sus ojos de los de Yun. Le dio a la mujer mayor un suave apretón y le dio unas palmaditas en la espalda—. Todo estará bien a partir de ahora. Te lo prometo.

Yun sonrió. *Mentir a nuestros ancianos ahora, ¿Verdad? Qué bajo*.

—Tía —dijo—. Deberíamos tener una gran cena esta noche para dar la bienvenida a Kyoshi a casa.

—¡Sí! —Los ojos de Mui brillaban de felicidad—. ¡Por supuesto! Tendré que ir de compras a la ciudad. ¿Qué te gustaría comer, querida?

—Saetas de agujas de oro —dijo Kyoshi con firmeza. Mui buscaría en Yokoya de punta a punta antes de darse cuenta de que no podía encontrarlas. La búsqueda inútil le daría más tiempo a Kyoshi.

Mui asintió, impávida. Salió apresuradamente del comedor, se detuvo junto a la puerta para darle a sus hijos una última mirada radiante, y luego desapareció por el pasillo.

Yun dio suficiente tiempo para que la tía Mui dejara la mansión antes de hablar.

—Ella se irá por un tiempo —dijo—. Y le dio el día libre al resto del personal. La casa debe estar vacía—. Se metió el último dumpling en su boca y puso sus palillos en la mesa, masticando en contemplación—. Si hay algo que he extrañado de este lugar, es la comida de la tía.

—Entonces, ¿qué has estado haciendo durante las últimas semanas? —Yun

LA SOMBRA DE Kyoshi

dijo que una vez que termino—. ¿Dominar el Estado Avatar? ¿O alguna otra técnica de lucha secreta que querías usar contra mí?

—Estaba aprendiendo a sanar. Mi maestra dice que soy el estudiante más rápido que ha visto.

—¿Estás aquí para darle un vistazo a mi brazo entonces? — Rodó el hombro que Hei-Ran había lesionado. Probablemente era la razón por la que se había mantenido tranquilo hasta ahora, y se había recuperado lo suficiente como para no molestarlo—. ¿Vas a tratar de curarme?

Ahora, parecía, que ambos estaban listos.

—No, Yun —dijo Kyoshi—. Estoy aquí para encerrarte.

Yun se apoyó en la mesa, mentón en una mano, interesado en este nuevo desarrollo.

—No se te puede permitir volver a mostrar tu cara en público —dijo Kyoshi—. Zoryu ha logrado contener el daño que has hecho en la Nación del Fuego, pero si resurgieras ahora, el país se desmoronaría.

—¿Y? Eso ya no me importa. Y lo hermoso es que no tiene que importarme. Solía tener que negociar, acomodarme, hacerme hacia atrás para hacer feliz a la gente, pero esos días se acabaron. ¿Sabes lo que pasé las últimas semanas haciendo mientras me recuperaba de mi lesión? Pensé en todos los mentirosos y traidores que he conocido a través de las Cuatro Naciones que me besaron los pies cuando era el Avatar.

Un pensamiento dichoso se le cruzó por la mente y sonrió.

—Y me di cuenta de que podía matarlos a todos —dijo—. No es una exageración. Con suficiente tiempo creo que podría matarlos a todos. Conozco sus nombres. Sé cómo están conectados. Y lo más importante, sé por qué se lo merecen.

Kyoshi esperaba que pudiera convencer a Yun. Ella esperaba que su ira se hubiera saciado al salir de la Nación del Fuego y que él pudiera venir con ella en silencio. Pero estaba claro ahora. El comportamiento de loco de Yun nunca iba a terminar con Jianzhu y Hei-Ran y Lu. A sus ojos, el mundo entero le había hecho daño. No estaba tratando de equilibrar las balanzas con sus asesinatos. Intentaba romper el mecanismo en pedazos.

—Yun —dijo Kyoshi—. No vas a ir ninguna parte.

—¿Ah no? ¿Qué vas a hacer? ¿Enviarme a las prisiones de Laogai? ¿Enciérrame debajo de la casa en una jaula, como Jianzhu hizo con Xu Ping An?

Entonces él sabía sobre eso.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—No quiero pelear contigo, Kyoshi —dijo Yun—. Pero no me vas a dejar muchas opciones aquí.

Sabiendo la verdad, que Yun no estaba siendo controlado por un espíritu, que este era el verdadero él, era tan doloroso como Kuruk había advertido. Hablar con Yun era como sacar púas. Pequeños pedazos de su carne se desgarraban con cada palabra, irrecuperable. Pero había que hacerlo.

Kyoshi saco sus abanicos.

—Yo no dije que tuvieras opción.

Sus cejas se levantaron, como si la estuviera viendo por primera vez. Su amigo había sido poseído de repente por un espíritu. Yun se levantó de su silla y se golpeó los muslos.

—Muy bien, Kyoshi. Vamos a ver cómo se desarrolla esto.

Movió el codo, como un verdulero que hace rebotar una manzana, y una columna cuadrada de piedra atravesó el suelo del comedor, rompiendo tablones y volcando la mesa pesada hacia un lado. Llegó al techo antes de detenerse.

Kyoshi no se movió ni se estremeció. El ataque no estaba dirigido a ella. Estaba montando el tablero de juego, trayendo tierra que los dos que podrían usar.

La piedra había entrado a la casa exactamente entre ella y Yun, a la misma distancia. Se inclinó hacia un lado, su sonrisa sirviendo como un saludo y una señal. *Ahí está. Justo para los dos. Tómalo.*

Como si un frenesí hubiera caído sobre ambos, comenzaron a golpear balas desde el monolito, arrancando rocas del tamaño de un puño y enviándolas a toda velocidad. Apuntaban a ciegas. Los proyectiles de Yun rompieron el yeso de las paredes detrás de ella. Se agachó y dio vueltas, sin dejar nunca su propio bombardeo. Yun la igualó en una violenta parodia del suave movimiento de pies en espiral del Aire Control, manteniéndose en el lado opuesto del pilar. La feroz lluvia de piedras gimió junto a sus oídos.

Kyoshi terminó el desafío temprano al empujar toda la columna de piedra con hoyos y núcleos hacia Yun. Atravesó el comedor con la misma facilidad que un dedo al abrir un sobre, abriéndose paso fuera de la mansión, dejando un rastro de cielo y campo detrás.

Limpió el polvo con una ráfaga de aire. Yun ya no estaba en la habitación con ella.

Había tres salidas que podría haber tomado. Eligió la que conducía a la parte central de la casa con sus muchas habitaciones y pasillos. Sería un campo de

LA SOMBRA DE Kyoshi

batalla más interesante y por lo tanto sería el favorito de Yun.

Kyoshi atravesó los carriles de sus propios recuerdos. Los caminos de la mansión se solidificaron, cambiando de fantasmas a terreno sólido. Ella sabía qué tablas de suelo crujían. Recordó qué giros eran bruscos.

Una espiga de tierra brotó de una pintura cercana en la pared, dirigida a su cabeza.

Ella la enfrento con fuerza bruta, sosteniendo sus abanicos, moliendo la piedra hasta convertirla en polvo a un pie de su cara con pura fuerza de voluntad.

—¡Que fuerza! — Oyó a Yun ulular.

Siguió su voz. Pasó la pila de madera donde una vez había robado un hacha y lo usó para abrir su herencia. La puerta de la cocina, donde inadvertidamente reveló la primera señal de que era el Avatar. La alcoba de meditación de Kelsang. Era una paliza de su pasado. Todo eso era el peso que tenía que soportar.

Kyoshi rodeó una esquina y una pared de ladrillos se entrelazo, bloqueando su camino.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—Oye, vamos —llamó Yun desde la otra dirección—. Sabes que nunca me gustó que entraras en mi habitación.

—Y nunca lo hice —dijo Kyoshi sin dar la vuelta—. Ni siquiera después de que me apoderé de la casa.

—Gracias—. Se acercaba a ella por detrás—. Son las pequeñas bondades las que tienen más significado.

Ella le lanzó una patada, un torrente de aire disparando desde su pie, suficiente viento para limpiar el pasillo desde el suelo hasta el techo. Sólo después de oír un choque contra la pared trasera se paró y miro. La fuerza de su Aire Control había enviado pantallas de papel y las mesas de los pasillos hasta el otro extremo, rompiéndolas en pedazos. Sin embargo, no a Yun.

—Me preguntaba cuándo sacarías los otros elementos a la luz —dijo desde algún lugar cercano. Conocía la casa tan bien como ella, cada rincón y escondite. Había sido su dominio antes de que hubiera sido el de ella.

Kyoshi se movió hacia la parte posterior de la casa, donde estaba la extensión del campo de entrenamiento. Entró en el patio vacío. Olía a paja podrida, el relleno de los maniquíes se pudría por el desuso. Muchos de los discos de arcilla de Tierra Control se habían roto solos, expuestos a estaciones de frío y calor que los blanquearon de marrón a blanco.

Caminó hacia el centro, expuesta y vulnerable a los ataques desde todos los lados.

—Yun —dijo ella—. ¿Puedo decirte algo?

—Por supuesto—. Su voz hizo eco de las paredes circundantes, imposible de localizar.

—Es hora de dejarlo ir—. Kyoshi bajó las manos—. Ya sea que me mates aquí hoy o no, tienes que dejar ir lo que pasó.

Yun emergió de uno de los nichos. Una sombra cayó sobre su rostro, borrando su expresión. Una ola de malicia tan tangible como los elementos salió de él, la maldad enfermiza que ella había sentido cuando regresó por primera vez al mundo de los vivos.

—¿Dejarlo ir? — Gritó. —*¿Dejarlo ir?*

Ella había estado tratando de escoger las palabras que le ayudarían, y en lugar de eso se había puesto nervioso.

—¿Tienes el descaro de decir eso, después de ayudarme a matar a Jianzhu? — Yun gritó—. ¡Tienes exactamente lo que querías, Kyoshi!

Cerró los ojos y dejó que la violencia de sus emociones se apoderaran de ella. Fue una prueba de su templanza. Cuando los abrió de nuevo, todavía seguía firme.

—Y no me trajo paz. Fue un error que te hayan mentido, Yun. Fue un error para Jianzhu hacer lo que hizo. Pero se ha ido. Sea cual sea el dolor y la ira que te quede, tienes que vivir con ello. No se lo puedes poner a nadie más.

Si el chico que conocía todavía estaba dentro en alguna parte, él escucharía lo que ella tenía que decir a continuación.

—No mereces lastimar a más personas por lo que sufriste, Yun. No mereces lastimarme.

Yun se detuvo. Por un momento, Kyoshi pensó que había atravesado las persianas y las cadenas atrapando a su amigo. Había una posibilidad de que hubiera desafiado las probabilidades y se hubiera abierto paso hacia él.

Pero una confianza nacida de un lugar terrible enderezó la columna vertebral de Yun.

—Oh, Kyoshi. Lo has entendido todo mal.

El movimiento que hizo con su mano manchada de tinta se asemejaba al chorro de agua de Tagaka, la reina pirata. Una ola de líquido tan alto como los hombros de Kyoshi la golpearon con fuerza por detrás, dejándola sin aliento.

En su sorpresa pensó que de alguna manera Yun había aprendido a hacer Agua Control. Finalmente había descubierto una manera de evitar las leyes inmutables

LA SOMBRA DE Kyoshi

del mundo. ¿Había dos avatares ahora? ¿O le había robado una parte de su control de elementos, el elemento que más había pasado por alto por falta de experiencia? Fue sólo cuando el chapoteo alrededor de ella se solidificó, atrapando sus extremidades como un árbol atrapado en una tormenta de hielo, que ella entendió.

Había licuado el piso de piedra del patio y lo había estrellado contra ella. Había derretido la roca sin calor. La habilidad de Yun con la Tierra Control era tal que podía tratar su elemento nativo como agua.

Kyoshi estaba encerrada desde la espalda, agarrada tan fuertemente como un pato de tortuga por su propia concha. No podía mover los brazos ni las piernas ni girar la cabeza. Yun se acercó, evitando la línea central de su boca y cualquier posible aliento de dragón.

—No puedo creer que pienses que alguna vez te lastimaría—. Tiró suavemente el abanico cerrado de su mano derecha—. ¡Tú, la única parte inocente en todo este asunto! Nunca te lastimaría, Kyoshi. Por el amor de Yangchen, ¡Yo solía ser toda tu vida!

Dejó caer el arma y este golpeo contra el suelo.

—Sé lo que está pasando aquí. Tus deberes te han afectado, ¿No? Recuerdo cómo era llevar el peso de las Cuatro Naciones sobre mis hombros. Jianzhu solía compararlos con estudiantes rebeldes en un salón de clases, que requerían la guía de una mano fuerte.

Hizo una pausa y se rio.

—Solía creer que significaba mostrar el camino, liderando con el ejemplo. Ahora lo sé mejor. El mundo es un niño que se niega a escuchar, grita haciendo berrinche. Necesita ser abofeteado un par de veces hasta que aprenda a estar callado.

Yun la relevó de su otro abanico y lo arrojo sobre su hombro. Por el pequeño movimiento de su cabeza, no sólo la estaba desarmando. Estaba quitando las partes de ella que lo confundían, tratando de reducirla de nuevo al estado con el que estaba familiarizado, la sirvienta. La Kyoshi en sus recuerdos no llevaba los implementos de la guerra.

La inmortalizaría. Pero ciertas lesiones no se podían deshacer. Yun frunció el ceño profundamente cuando vio la cicatriz alrededor de su garganta, un signo indeleble de cambio.

—¿Ves esto? Esto es de lo que estoy hablando. Mira lo que has sufrido por el bien del deber—. Pellizcó el cuello de su túnica blindada, haciendo sonar los eslabones de su malla interior—. Te obligaron a esconderte en este caparazón. Te

LA SOMBRA DE KYOSHI

convirtieron de una chica gentil en un terror andante. La avatariedad es una maldición. Mira cómo te ha hecho tratarme a mí, tu amigo más viejo y sincero.

—Escúchame, Yun—. Kyoshi se encontró reforzada por un sentimiento desconocido, terrible y poderoso.

Orgullo. Orgullo de sí misma. Orgullo en su deber, no importaba lo grande y terrible e inadecuado que fuera para ella. A pesar de la oposición del hombre y los espíritus, esta era la Era de Kyoshi. No habría otra.

—Llevo esta ropa porque quiero —dijo, lo suficientemente fuerte como para que se escuchara hasta el otro lado del patio—. Esas marcas son lo que soy—. Ella entrecerró los ojos—. Y tengo amigos mucho más sinceros que tú.

Un látigo de agua azotó desde arriba. Yun sólo logró saltar hacia atrás en el último segundo. El líquido crujió como cuero donde habían estado sus pies.

En el techo, a través de las tejas, una mujer delgada con una falda de piel cabalgaba sobre una marea de agua. Ella envió otro latigazo a Yun, forzándolo a alejarse de Kyoshi.

—¡Wong! — Kirima gritó—. ¡Sácala de ahí!

Al otro lado del campo de entrenamiento, un hombre enorme voló por los aires, pisando pilares de tierra tan delicados que parecían hilos. A pesar de su enorme volumen, sus movimientos revoloteando eran tan elegantes y equilibrados como el de un gorrión.

—¡Quédate quieta! — Le gritó a Kyoshi.

Como si pudiera hacer cualquier otra cosa. Wong era uno de los pocos Maestros Tierra que Kyoshi conocía que tenía suficiente control para liberarla sin herirla. Sintió que la piedra se desmoronaba lejos de su espalda y brazos. Ella salió de su prisión, una estatua liberándose del blanco de mármol.

Apenas echó de menos envolver sus brazos alrededor de Yun en una lucha. Él se alejó patinando, moviendo la tierra debajo de él en lugar de sus piernas. Inclino una losa sobre su cabeza para bloquear el torrente que Kirima hacia llover sobre él, esperando un momento antes de enviar a su improvisado escudo volando hacia la Maestra Agua. Ella gritó y se tambaleó hacia un lado, evitando por poco el misil que abrió un hoyo en el techo.

—Lindo —espetó Yun a Kyoshi. Apuntó su índice y medio hacia abajo y los movió hacia arriba imitando a alguien que caminaba, o en este caso, sobre el polvo—. Linda técnica. Nunca los escuche venir con los pies en el suelo. Dime, ¿Rangi también está aquí?

El aire por encima de su cabeza brillaba. Yun miró hacia arriba y rápidamente

LA SOMBRA DE KYOSHI

se alejó del camino antes de que el guardaespaldas del Avatar golpeara su cráneo con un puño de fuego. El impacto ardiente de Rangi rompió la parte del piso en la que había estado parado. La Maestra Fuego retiró su mano de un agujero humeante en el suelo y se puso de pie para enfrentarlo.

—Sí —dijo Rangi—. Aquí estoy.

Por encima de ellos, Jinpa circulaba con Yingyong, la plataforma desde la que había saltado. Después de que abandonaron la Nación del Fuego, Kyoshi lo había enviado a reunir a sus amigos, dándole los lugares de escondite y las palabras de código que necesitaría para ganarse la confianza de Kirima y Wong. Ella le había hecho memorizar partes de los juramentos *daofei* para que pudiera citar su promesa de defender a su hermana jurada.

Y, por último, como conocía bien a sus amigos, le había dado mucho dinero de las bóvedas de Jianzhu para sobornarlos. *Muchísimo dinero.*

Lao Ge no se había presentado, pero difícilmente se podía contar con el viejo en el mejor de los casos. No importaba. La Compañía de Opera Voladora estaba reunida, parada detrás de Kyoshi. Nunca se había sentido más fuerte.

—¿Son estos? — Yun le preguntó—. ¿Son estos los *daofei c*on los que supuestamente has estado corriendo? ¿Esta es la escoria a la que llamas compañeros hoy en día?

—Eh —dijo Kirima. Hizo girar su masa de agua en un anillo giratorio alrededor de su cintura—. No socializamos lo suficiente para eso.

Wong le disparó a Kyoshi una mirada herida y acusadora por no estar más en contacto. Siempre fue el más sensible de su grupo.

Kirima envió un nuevo torrente a Yun. Levantó un pulcro escudo de tierra para bloquearlo de nuevo, pero fue acarreado hacia un lado por la propia Tierra Control de Wong. La explosión de agua derribó los pies de Yun.

Kyoshi trató de hundir sus extremidades en el suelo, como lo había hecho con los nobles de la corte de la Nación del Fuego, pero Yun simplemente se desprendió de la roca sólida, desempolvándola como harina de sus manos.

—La tierra es *mi* elemento —dijo, ignorando el gigantesco plano de tejas del doble de su altura que Wong estaba haciendo detrás de él—. A veces dejo que otras personas lo tomen prestado.

El plano de pisos se estrelló contra Yun. Habría aplastado a una persona normal, incluso a un habilidoso Maestro Tierra, pero para Yun, todo lo que necesitó fue un movimiento de sus hombros para que las losas de roca le salpicaran la espalda. La piedra se hizo añicos a su alrededor en un círculo

LA SOMBRA DE Kyoshi

ordenado, organizando sus propios escombros a su favor, extendiéndose lejos de él como los pétalos de una flor.

Miró a Wong.

—Lo siento —dijo a su asombrado compañero Maestro Tierra—. Supongo que los amigos del Avatar tendrán que probar otra cosa.

—Claro —dijo Rangi. Ella dio un paso adelante e inhaló tan profundamente que se podía oír sobre el patio. Exhaló y luego volvió a respirar lentamente, sin importar lo grande que era una abertura que se estaba dejando sobre sí misma. Casi estaba restringiendo su poder en lugar de liberarlo.

Tras su tercer aliento palpitante y cargado, se abalanzó, liberando una llama tan intensa que casi paso de amarillo a blanco. Era pura ira vengativa haciéndose sólida.

Nada soportaría tal explosión. Yun se deslizó hacia un lado, montando un oleaje de tierra bajo sus pies. Rangi siguió su rastro, rompiendo las columnas del campo de entrenamiento con la fuerza continua de su fuego. Estaba tratando de desaparecer de la existencia al hombre que casi mataba a su madre.

Ella llevó el fuego detrás de Yun mientras él movía a lo largo de un lado del campo de entrenamiento. La ira de Rangi siguió sus rastros haciendo agujeros en las paredes del edificio, consumiendo todo como combustible en momentos, dejando atrás ruinas carbonizadas y ennegrecidas. La llama no se apagó hasta que llego a la equina del patio. Yun saltó de la piedra que había estado montando y se alejó unos pasos de donde terminó el rastro humeante de la furia, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Hubo un descanso momentáneo en la pelea. La ferocidad del ataque había conmocionado a todos menos a la misma Rangi.

—Guau —dijo Yun—. Realmente estás haciéndolo para terminarlo.

Rangi respondió inhalando a través de su nariz de nuevo.

La cabeza de Yun se inclinó y sus ojos se oscurecieron.

—Supongo que yo también debería —dijo. Se hundió en una postura profunda.

Kyoshi se dio cuenta, con miedo repentino, de que era la primera vez que lo había visto realizar un papel fundamental de Tierra Control, como un principiante. Giró los puños, rompiendo con la cintura, y la tierra comenzó a girar violentamente de un lado a otro. Kyoshi y Rangi fueron derribadas, el suelo sólido fue movido de sus pies. Los sólidos cimientos robustos de la mansión se tambalearon como gelatina.

La postura de Yun era baja y ancha, pero sus brazos estaban tan sueltos como los dardos de cuerda mientras pintaba su destrucción. Era el estilo personal de

Tierra Control de Jianzhu, deformado para licuar y aniquilar la piedra en lugar de construir a partir de ella. A su alrededor, las paredes se plegaban sobre sí mismas, succionando hacia abajo en un gemido de madera desgarradora como si la casa hubiera sido construida sobre arenas movedizas en lugar de roca.

Kirima y Wong finalmente perdieron su equilibrio y cayeron del techo hacia el patio. Trataron de encararse en el aire pisando el polvo y la niebla, pero la técnica todavía necesitaba una base firme para trabajar. El suelo vibratorio sacudió las pequeñas columnas de sus elementos, y se estrellaron contra la tierra, con fuerza.

Kyoshi había ordenado a Jinpa que se quedara flotando sobre la pelea, tanto para salvarlo de tener que participar en la violencia como para rescatar a cualquiera que pudiera estar en problemas. Ahora el Maestro Aire decidió, correctamente, que todos estaban en problemas. Vino volando sobre Yingyong para llevar a quien pudiera a un lugar seguro.

Yun levantó un cerco de lanzas de piedra. Un recuerdo de pesadilla de Kelsang deslizándose sobre el iceberg se extendió por la visión de Kyoshi.

—*¡No!* — Ella gritó.

Jinpa vio lo que iba a suceder y rodó a Yingyong de modo que la espalda del bisonte se enfrentara a Yun, cubierto por el gran sillín por al menos una medida de protección. Pero la maniobra dejó al jinete horriblemente expuesto.

El primer punto afilado arranco un trozo de piel de la cola de Yingyong. El segundo y el tercero se enterraron en el suelo de la plataforma de madera. Pero la cuarta lanza aterrizó en su objetivo. Atravesó a Jinpa por el hombro, inmovilizándolo contra el cuerno del sillín.

Yingyong soltó un rugido angustiado en nombre de su amo y se retiró de la inmersión. En un momento de terrible lentitud, se desvió sobre el campo de batalla, dejando que Kyoshi viera a su amigo del Templo del Sur.

Jinpa miró fijamente la piedra incrustada en su cuerpo. El shock en los ojos del monje se desvaneció hasta aceptar la calma. Se recostó contra la cruz de su bisonte como si estuviera tomando una siesta.

Yingyong había tenido suficiente. Con un poderoso golpe de su cola, la gran bestia huyó al cielo, tratando de alejar a su compañero Nómada Aire del peligro.

—Fue un error meter a otros en esto —dijo Yun, gritando para ser escuchado sobre la molienda del suelo y la casa terminando su colapso en escombros. Wong y Kirima se habían recuperado y habían logrado tener una sensación de sincronización sobre los espasmos del suelo. Corrieron y se deslizaron sobre el terremoto para moverse hacia su lado ciego, con los pies borrosos de movimiento.

Yun no volvió la cabeza.

—Te has quedado así... tan vulnerable —le dijo a Kyoshi.

Con sus puños golpeo el suelo. Las grietas se abrieron debajo de los miembros más antiguos de la Compañía de Opera Voladora, trampas cuidadosamente colocadas que se los tragaron hasta las rodillas. Hubo un par de crujidos enfermizos cuando su propio impulso rompió sus piernas. Dejaron salir breves gritos antes de cerrar la boca con fuerza, sin querer darle a Yun la satisfacción de escuchar su dolor.

Con sólo unos pocos gestos de Tierra Control, Yun había arrancado los elementos extraños de Kyoshi, dejando atrás sólo lo que había comenzado con él en Yokoya.

Ella y Rangi. Condensó su control de la tierra hasta el parche bajo sus pies, sacando la superficie de debajo de ellas cada vez que intentaban pararse, socavándolas intencionalmente en las posturas más humillantes. No era casualidad que la única manera de que se mantuvieran estables era permanecer a cuatro patas, inclinadas ante él.

Señaló a la esquina del campo de entrenamiento diezmado. Discos rotos volaron por el patio y se estrellaron contra Kyoshi y Rangi. Las herramientas de entrenamiento fueron diseñadas para romperse en polvo con el impacto, pero también estaban destinadas a dejar moretones duraderos, bajo la creencia de que el mejor y más rápido maestro era el dolor.

Yun las golpeó en los hombros con los bultos voladores de arcilla, en el estómago y la espalda. Kyoshi sabía que no quería noquearlas. Quería castigarlas. Este era un castigo apropiado para aquellos que sobrepasaron sus límites.

Para poner los toques finales en su declaración, se aseguró de que Kyoshi y Rangi tomaran cada una el disco de entrenamiento final a sus mandíbulas. El impacto las arrojó de cabeza sobre los talones, dejándolas boca arriba, dejándolas a ambas jadeando en el cielo, ahogándose sobre el polvo suspendido.

—Kyoshi —tosió Rangi—. ¿Recuerdas lo que traté de enseñarte tantas veces desde el gobernador Te? ¿Y nunca podías hacerlo? Creo que tienes que hacerlo ahora.

—Puedo hacerlo. Pero no por mucho tiempo.

Yun les permitió ponerse de pie tambaleándose, presumiblemente para poder derribarlas una vez más. Kyoshi y Rangi se miraron la una a la otra, el polvo blanco se apelmazó en sus rostros, la mención de la incursión a la luz de la luna de la Compañía de Opera Voladora colgando en el aire. Y en un instante, estaban

poseídas por la misma idea.

Por supuesto que habían estado perdiendo. No se habían puesto la máscara.

Rangi presionó la palma de su mano contra sus labios sangrantes y deslizó una barra carmesí por la barbilla. Era la marca más distintiva de un espíritu de río benevolente adorado en Jang Hui, el mismo diseño que Rangi había elegido la primera y única vez que había usado los colores de la Compañía de Opera Voladora.

Kyoshi recogió la sangre que fluía de su nariz con sus dedos. Cerró los ojos y arrastró unas toscas rayas rojas a través de ellos, estrechándose hacia atrás sobre sus orejas. Estaba muy lejos de su maquillaje normal, las cosas finas a base de aceite de Ba Sing Se, pero serviría.

Juntas, los dos vestían de blanco y rojo de nuevo. Como *daofei*.

—Recuerdo Qinchao —dijo Yun—. Le mostraste una cara así a Jianzhu, una vez.

—Y ahora te la muestro a ti —dijo Kyoshi. Antes de que el pudiera responder, encendió el aire bajo sus pies.

Una llama salió disparada de sus suelas, levantándola del terreno traicionero, impulsando su cuerpo hacia adelante. Ella empujó sus manos detrás de ella para una velocidad extra, controlando el fuego concentrado de estas, quemando su propia falda. Ella estaba dando pasos en el aire, usando la forma de elevación que había innovado el único miembro de la Nación del Fuego de la Compañía de Opera Voladora.

En su sorpresa Yun trató de enviar otro terremoto palpitante para desequilibrarla, pero el paso en el aire no implicaba tocar la tierra en absoluto. Ya no podía quitarle el suelo bajo sus pies.

Kyoshi lo golpeó fuerte en el estómago con su hombro. Se fue rodando por el patio, cambiando el suelo debajo de él para detener su patinaje. Cuando se detuvo, levantó otra pared de tierra para protegerlo de las ráfagas de llamas que Rangi hizo llover desde arriba mientras ella flotaba en lo alto del aire, de pie sobre nada más que la contrafuerza de su propio Fuego Control.

Esta era su única oportunidad, y ambas sabían que no duraría mucho. Dar pasos en el aire sin pausa era imposible incluso para una Maestra Fuego tan talentosa como Rangi. Kyoshi junto sus manos y disparó una enorme bola de fuego amarilla hacia Yun, con la esperanza de que su tamaño y poder abrumador contaran para algo.

Aun así, ella falló. Yun sonrió mientras se apartaba del camino de la esfera

rodante. Pero Rangi actuó más rápido y mejor que ambos. Desde su punto de vista más alto, giró sus brazos en un círculo, imitando a un Maestro Agua, redirigiendo la llama que Kyoshi había puesto en el camino. Kyoshi vio su bola de fuego cambiar de rumbo detrás de Yun como la órbita de un cometa y dar la vuelta para un segundo pase.

Atrapado con la guardia baja de nuevo, la barrera que Yun levantó en el último segundo no era tan gruesa como necesitaba. Explotó bajo el peso de la llama. Hubo una ráfaga de luz cegadora. El humo y el polvo volaron por todas partes.

El poder puro del fuego del Avatar, guiado por la habilidad refinada del *sifu* del Fuego Control del Avatar. En conjunto, tal vez lo habían logrado.

Pero cuando la columna de humo se despejó, Yun no estaba allí. No había nada donde estaba, excepto un pedazo de tierra suelta y quebradiza.

—¡Kyoshi! —Rangi gritó desde arriba—. Puede hacer un túnel—

Yun se levantó detrás de ella, llevado por un montículo creciente de tierra como un chorro de agua, y condujo su mano hacia la parte baja de la espalda de Rangi.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Los labios de Rangi se separaron. Sus llamas se apagaron. Yun dejó que la chica que una vez lo defendió con cuerpo y mente, espíritu y honor, cayera al suelo.

Kyoshi logró llegar a ella a tiempo antes de que se estrellara contra la tierra. Atrapó a Rangi en sus brazos. Su espalda estaba empapada de sangre. Yun la había apuñalado con un pico de tierra como el que había usado en su madre, inclinando el pinchazo debajo de su armadura.

Kyoshi cerró los ojos. Ella sabía que, si los abría, la luz brillaría, los elementos fluirían a través de ella, y su control se enfurecería, imparablemente, hasta que quedara victoriosa, la última persona en pie. Mil voces se lo dijeron. Se había decidido mucho antes de que ella naciera que el poder era una compensación adecuada por perder lo que más apreciaba.

Pero ¿Cuál era el punto? ¿Qué tuvieron que ofrecer las generaciones más que tristeza y dolor? Todo lo que sabía mientras se balanceaba de un lado a otro, acunando a la chica que amaba en una canción de cuna de dolor, era que, si le quitaban a Rangi, ya no sería Kyoshi. Ya no sería humana. Estaría para siempre al otro lado de la grieta, entre los colores arremolinados del vacío que había vislumbrado en el Mundo De los Espíritus, observando a los humanos desde lejos,

una presencia terrible y alienígena.

—Kyoshi.

La voz de Rangi era el único sonido que podía hacerla ver en este momento. Su Maestra Fuego se acercó a su rostro.

—Quédate aquí conmigo —susurró Rangi, con una leve sonrisa en los labios. Se estremeció, y su mano cayó antes de poder tocar el Avatar una última vez.

Kyoshi miró a Yun. La daga de barro ensangrentada que tenía en la mano se convirtió en polvo.

—No debería haber sido así —dijo—. Pero así es como *será,* una y otra vez, si sigues tratando de detenerme.

Ella se había preguntado por qué Kuruk casi la había dejado destruir su entorno en el Mundo De los Espíritus, y por qué la había llevado al sitio del daño que Yun había causado. Yun había fallado su parte de la prueba. Preferiría romper el mundo que su propia autoestima.

Kyoshi sabía lo que quería oír, a pesar de lo que había dicho antes acerca de que ella era inocente. Sólo había una cosa que lo aplacaría.

—Lo siento —susurró Kyoshi suavemente bajo su aliento—. Siento haberte robado tu Avatariedad.

—¿Hmm? —Yun se acercó más—. Tendrás que hablar más fuerte.

—Era tuyo, y yo te lo quité—. Ella no alzó la voz, la guardó para que apenas pudiera oírla—. Siento haberte robado todo, Yun. Siento haberte robado tu futuro.

Se arrodilló a su lado para poder beber de su confesión. Necesitaba oírlo de ella. Pero ella sólo lo necesitaba cerca. Al alcance de su brazo.

—Lo lamento todo —dijo Kyoshi temblando—. Me arrepiento tanto de lo que te hice.

—Muy bien—. Yun asintió solemnemente—. Es bueno oírlo. ¿Por qué más te arrepientes, Kyoshi? Tal vez deberías disculparte por lo que me dijiste antes. Diciéndome que debería olvidar lo que pasó. Eso fue una cosa terrible para decirlo.

—Lo siento por decir que tenías que vivir con tu dolor—. Kyoshi puso su palma en su pecho en un gesto de consuelo—. Porque no lo harás.

El frío que envió a través de su cuerpo formó un túnel de hielo entre sus costillas. Sucedió tan rápido, y con tanta fuerza, la humedad en el aire detrás de él se convirtió en escarcha. De su espalda brotaron alas vaporosas de cristal que desaparecieron con la misma rapidez.

Con su corazón y pulmones congelados, Yun cayó a un lado.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Kyoshi uso la mano con la que había matado a una de las dos personas que había amado y la colocó contra la herida de la otra. Agua. Necesitaba más agua. Sus lágrimas de luz no eran suficientes.

—Por favor —dijo al pasado.

Allí. A lo lejos. Podía sentir una respuesta. Podía oír las voces ayudándola, guiándola a dónde mirar. Kuruk ya no bloqueó su camino. El Avatar del Agua abrió la puerta y le mostró el camino.

El suelo roto frente a ella retumbó y se agrietó. Un diminuto hilo de agua se filtró del pozo que abastecía a la mansión. Era la misma agua que había sacado por el cubo durante sus días de sirviente.

Casi se rio del uso más decepcionante del Estado Avatar de la historia. Una vez sacó la tierra del lecho marino a través de las profundidades del océano. Pero esto era mejor, en su mente. La curación era mejor que la destrucción. El agua cubrió su mano y comenzó a brillar.

Tuvo que reducir su poder tanto como pudo, para no dañar más a Rangi. Pero no había más miedo en el corazón de Kyoshi. Esta vez sería su propio milagro.

LA SOMBRA DE KYOSHI

Kyoshi vio los ojos de Rangi abrirse. La Maestra Fuego miró alrededor de la habitación sencilla de madera, el amplio mueble de madera con sus innumerables cajones pequeños, los mapas de las rutas de energía en las paredes. Ella se levantó con los codos encima de su cama.

—¿Cómo entré en la enfermería? — Ella jadeó.

Era una de las pocas secciones de la mansión todavía en pie.

—Te traje aquí después de estabilizarte —dijo Kyoshi—. He estado trabajando en ti desde entonces.

—Sí —espeto Kirima—. Dejándonos a *nosotros* sufrir todo el tiempo—. Ella señalo a su pierna y luego a Wong, dirigiéndose a sus tablillas. Estaban sentados en las sillas contra la pared opuesta—. ¡Ni siquiera nos diste nada por el dolor!

—¡Jinpa necesitaba más la medicina! — Kyoshi gritó. El monje yacía en la otra cama, envuelto en vendas. Le habían administrado brebajes de hierbas para adormecer la agonía de su hombro y como resultado se había vuelto un poco loco. Estaba ocupado dibujando patrones en el aire con su buen brazo y cantando tranquilamente canciones de taberna que un monje no debería haber conocido. Tal

vez Kyoshi le había dado demasiado.

—¡Este tipo no es miembro de nuestro grupo! — Wong protestó—. ¿Has hecho juramentos de hermandad con él también? ¡Porque no se te permite hacer eso! ¡Sólo puedes hacer la parte de juramento real con un grupo!

—¡Cállate y deja de quejarte! — Kyoshi los extraño tanto que dolía—. El mejor médico del mundo está en camino ahora mismo. Ella puede tratarte mejor que yo.

Volvió a Rangi.

—No estás bien curada. Ya no estás sangrando. Con toda probabilidad vas a coger fiebre por la herida sucia o una tripa perforada, y no tengo la experiencia para hacer nada al respecto. Incluso podrías tener daños permanentes—. El entrenamiento apresurado y centrado de emergencias de Atuat no le había otorgado a Kyoshi tanta habilidad curativa como conocimiento sobre las habilidades que le faltaban.

Rangi vio su angustia.

—Kyoshi, no me importa.

—¡A mí sí! — La confianza de Kyoshi había desaparecido mientras luchaba con la lesión de Rangi. Había sido cuestión de suerte y menos de una pulgada. Tal vez Rangi se había torcido ligeramente en el último segundo, o su armadura había desviado el golpe. La fina hoja de piedra no alcanzo su pulmón. Si hubiera sido así, no la habría podido ayudar.

Kyoshi estaba lista para llamarse a sí misma el Avatar más afortunado que existió.

—Vas a empeorar antes de que estés mejor, pero Sifu Atuat debería estar aquí para entonces. Tu madre también.

Rangi se quedó quieta.

—¿Significa eso que Yun esta… ¿Se acabó?

Los otros, notando su cambio, se quedaron en silencio. A Kyoshi se le había hecho esa misma pregunta hace mucho tiempo, después de la última vez que había visto a Jianzhu y a Yun bajo el mismo techo. Uno de sus mayores miedos, el otro su mayor pesar. Los dos se habían ido.

El vacío dejado atrás le permitió saber la respuesta con certeza esta vez.

—Se acabó —dijo.

Rangi ahueco sus manos sobre su rostro. Inhalaba, pequeños ruidos agudos resonando en sus palmas. Kyoshi presionó su frente con la de Rangi.

Y juntas lloraron por su amigo.

LA SOMBRA DE KYOSHI

LA REUNIÓN

Kyoshi se arrodilló ante la piedra.

Usando sus abanicos, había tratado de grabarlo con la información normalmente escrita sobre el difunto para la posteridad, pero cada vez que lo intentaba, era demasiado para ella.

El año de su nacimiento, el mismo que el suyo, el año en que Kuruk murió. Nombre de la familia —como ella, Yun no tenía uno. La facilidad con la que se había relacionado con la alta sociedad convenció a muchos visitantes de que provenía de una familia noble de posición prominente, pero la verdad era que era un plebeyo, al igual que Kyoshi. La fecha de su muerte—

A veces la gente usaba el calendario Avatar para marcar con precisión cuándo habían fallecido sus seres queridos. Hacerlo en este caso habría significado que Kyoshi escribiera su propio nombre en la lápida de Yun. Tuvo que dejar el espacio en blanco. Entonces resulto que su marcador era inusualmente escaso. *Yun. De Makapu.*

El resto de la piedra estaba vacía, como si todavía pudiera llenarse de un destino no escrito. Ella lo había enterrado en una colina, donde él podía ver el pueblo junto a las olas debajo y ver las nubes pasar por encima de sus cabezas.

Todos se habían ido excepto Rangi, que se quedó al lado de Kyoshi. Eran los tres juntos, como había sido al principio.

—¿Tuve razón? — Le preguntó a Rangi y cualquier espíritu escuchando cerca. Los músculos de su pecho estaban cansados y adoloridos—. ¿Tuve razón en algo en absoluto? ¿Qué dirán de mí? Avatar Kyoshi, ¿Que mató a su amigo porque ella no pudo salvarlo?

—No lo sé —dijo Rangi—. No puedo decirte nada con certeza sobre el futuro. Sólo que voy a estar allí contigo—. Se inclinó, apoyándose en la muleta que había tomado de la enfermería, y besó a Kyoshi en la parte superior de su cabello. Luego cojeó por la colina, dejando a Kyoshi a solas con sus recuerdos.

Kyoshi esperó y esperó hasta que finalmente pensó en la despedida correcta para dar.

—Me gustaría que pudieras haber sido tú, Yun. Si no hubiera sido yo.

Ninguna parte era mentira.

Una ráfaga de viento barrió su cabello. Oyó un chirrido, tal vez un pájaro alborotado en su nido. Miró detrás de ella.

Desde un arbusto cercano, un hocico se asomó. Su dueño salió al claro. Un animal de cuatro patas que se asemejaba a un zorro halcón, sólo que sin el pico y las plumas y peludo por todas partes.

La bestia miró a Kyoshi con ojos verdes brillantes. Se acerco a ella, olfateando en el camino, hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para acariciarlo.

No sabía qué hacer excepto ofrecer su mano. El zorro… el zorro lamió la palma de la mano, la rugosidad de su lengua le hizo cosquillas en su piel. Se arriesgo a rascarle detrás de las orejas. Criaturas como esta no vivían en Yokoya.

El extraño animal se inclinó hacia su toque, disfrutando del contacto, hasta que de repente y arbitrariamente decidió que había sido suficiente. Volvió a chirriarle, moviendo su ancha mandíbula con dientes pequeños y puntiagudos, y luego volvió a correr hacia el arbusto.

Unos segundos más tarde volvió. De alguna manera parecía molesto con ella.

El zorro se paseó en un círculo.

—¿Tu…? ¿Quieres que te siga? — Dijo.

Arañó impacientemente la hierba hasta que ella se levantó.

Kyoshi siguió al zorro a través del bosque, sobre los bordes de las colinas, hacia abajo y por barrancos. No había rastro y casi caía varias veces, por piedras resbaladizas y puentes de troncos podridos. Ella no sabía a dónde iban, y aunque había pasado casi una década en el pueblo, no podía presumir de conocimiento de cada centímetro de la montaña. Vagar era peligroso y gastaba energía. A la versión más joven de ella le gustaba quedarse quieta.

Hablando de eso, perderse como adulto tampoco era una buena idea.

—Hemos ido demasiado lejos —le dijo al zorro. Entonces se dio cuenta de que estaba hablando con un animal. Había ido demasiado lejos, en su cabeza.

El zorro saltó entre dos árboles gruesos. Kyoshi suspiró y se acercó a través del espacio. Se topó con un claro.

En el medio había un manantial, una pequeña piscina con agua clara y fresca que brotaba de la tierra. Estaba rodeada con piedras cubiertas de musgo, y el borde sobresalía de la ladera de la montaña. Era hermoso.

Kyoshi entendió una vez que vio el agua. Kuruk había enviado al zorro para guiarla a un sitio espiritual para que pudieran comunicarse. Su conexión con el

LA SOMBRA DE Kyoshi

Avatar del Agua, como se había hecho evidente, era más fuerte cerca de su elemento nativo.

Vio una mesa plana de una piedra, perfecta para sentarse a meditar. El zorro la vio subir a ella y tomar una posición de piernas cruzadas. Acomodo sus manos con los pulgares tocándose para hacer un círculo, prefiriéndolo en vez del contacto de nudillo con nudillo que los maestros aire utilizaban para alinear sus tatuajes.

Como Nyahitha había observado, no le llevó mucho tiempo separarse de su cuerpo y del mundo físico una vez que cerró los ojos. Tal vez porque el reino de los humanos no la había querido mucho, era fácil separarse de ella. O simplemente se había vuelto más hábil con la práctica. Era difícil para ella admitirlo, pero a costa del esfuerzo suficiente, a veces heroico, esfuerzo inhumano, las cosas podrían mejorar con el tiempo.

Ella sonrió una vez que sintió una presencia frente a ella.

—No quiero revivir recuerdos de ti nadando en esta piscina —le dijo a Kuruk.

—¿Está bien? — Respondió la voz de una mujer con confusión.

Los ojos de Kyoshi se abrieron. No era Kuruk sentado frente a ella.

—No —susurró Kyoshi—. Su corazón latía con fuerza en sus oídos. La bilis le recorrió la lengua—. *¡No no no no NO!*

No estaba lista. No estaba lista para ver el fantasma de su madre. ¿Qué clase de cruel truco le estaba jugando la muerte? ¿Cómo había regresado Jesa del Templo del Aire Oriental para perseguirla?

Kyoshi se arrastró hacia atrás sobre la piedra lisa. Agito los brazos para protegerse de la alta y hermosa mujer Nómada Aire, la que la había abandonado en Yokoya, para nunca regresar.

—¡Tú no estás aquí! ¡Se supone que estás muerta!

El espíritu separó de sus labios y levantó sus cejas de color castaño oscuro. El acto arrugó el tatuaje de flecha azul que yacía sobre su frente afeitada.

—Yo… ¿Lo sé? Kyoshi, ¿Quién crees que soy?

Kyoshi contuvo su aliento entrecortado. Ella apretó sus manos bajo sus brazos para calmar su temblor. Se obligó a pensar racionalmente al respecto, en lugar de entrar en pánico por las mismas arrugas leves de risa sobre los ojos de Jesa, y los ojos grises profundos que las estatuas en los Templos del Aire no podían capturar. La gente podría parecerse. Ninguna cara era tan única como pensaba.

—Yangchen —dijo Kyoshi—. Eres tú.

El Avatar del Aire le dio una sonrisa ligeramente avergonzada. Incluso eso

compartía con Jesa. Era demasiado, y Kyoshi estalló en lágrimas.

—Te pareces a ella —sollozó Kyoshi—. Te pareces a mi madre.

Yangchen se sorprendió. Pero siendo la mujer de la compasión legendaria, sabía exactamente qué hacer. Abrió los brazos y Kyoshi cayó en su abrazo. La sensación de túnicas de Nómada Aire contra su rostro le recordó a Kelsang, y sus gritos alcanzaron un tono más alto.

—Oh, hija mía —murmuró Yangchen, a pesar de que acababan de establecer lo contrario. Ella abrazó a Kyoshi contra su pecho y le acarició el cabello—. Lo siento. Siento mucho no haber estado ahí para ti antes. Pero ahora estoy aquí. Todo va a estar bien.

LA SOMBRA DE Kyoshi

Si había un buen Avatar para que Kyoshi se avergonzara por completo, ese era Yangchen. Szeto o uno de los otros conocidos por su rígida disciplina probablemente no la habría dejado terminar de llorar en sus brazos. No la habrían dejado ser débil por una vez. Yangchen no sólo calmó a Kyoshi con un toque suave, sino que le permitió tomarse todo el tiempo que quisiera para componerse.

—Tengo tantas preguntas — dijo Kyoshi, una vez que pudo sentarse derecha de nuevo—. Eres la primera persona con la que he podido hablar sobre ser un Avatar apropiado.

Yangchen inclinó la cabeza.

—¿Kuruk no pudo guiarte? No podrías haberme llamado sin llegar a él.

—Kuruk pasó sus días luchando contra los espíritus oscuros, no— Kyoshi iba a terminar con *sin hacer ningún tipo de impacto*, pero eso era estarle haciendo un favor al Avatar del Agua. Su mundo podría haberse visto muy diferente si Kuruk no hubiera tomado las decisiones que tomó.

Yangchen leyó sus pensamientos, una hazaña hecha más fácil por el hecho de que eran la misma persona.

—Déjame hacerte a *ti* una pregunta, Kyoshi. ¿Alguna vez te has preguntado por qué había tantos espíritus enojados durante la época de Kuruk?

—Le pregunté, pero no me lo dijo. ¿Los provocó? ¿Los oscureció de alguna manera?

—No, Kyoshi—. El Avatar del Aire no dudo en responder, sólo una tristeza subyacente—. Yo lo hice.

Yangchen usó la sorpresa de Kyoshi para comenzar su explicación.

—Hice todo lo posible para nutrir el crecimiento humano en las Cuatro Naciones —dijo—. Cuando la gente inevitablemente se enfrentaba a los espíritus, yo me ponía del lado de los humanos la mayoría de las veces. El caminante de la montaña de Yaoping, las anguilas fénix que vivían en las cavernas subterráneas de Ma'inka, el viejo general Iron. Muchos espíritus vinieron a mí con quejas de transgresión humana contra sus territorios.

—Les dije que debían dejar el mundo físico en paz y confiar en que sus tierras y aguas serían respetadas por los humanos que vivían cerca. Y confié en esos humanos para respetar el equilibrio de su entorno. Algunas personas mantuvieron sus partes del trato. Pero muchas otras no lo hicieron.

El suspiro que soltó estaba imbuido de una gran culpa.

—Kyoshi, cada Avatar comete errores, y yo fui bastante consistente en los míos. Cuando los humanos violaron las promesas que hice en su nombre demasiadas veces, los espíritus se volvieron oscuros e iracundos. Esos fueron los que Kuruk se vio obligado a cazar.

—¡Pero nada de eso fue tu culpa!

Yangchen torció la cara en desacuerdo. Kyoshi no podía creer que la encarnación de la serenidad pudiera llevar una expresión tan escéptica.

—Le di a cada nación todo lo que quería, pero sólo me di cuenta de mi error demasiado tarde. La gente no debería tener todo lo que quiere. Nadie tiene derecho a todos sus deseos. Para vivir en equilibrio, debemos decidir voluntariamente *no* tomar todo lo que podamos del mundo, y de los demás.

Miró a la piscina junto a ellas.

—Mis decisiones finalmente condujeron al sufrimiento de Kuruk. El pobre chico pensó que era su deber mantener mi legado y mi reputación. Así que lo hizo solo, sin compartir su carga. Podría haber hecho las cosas de manera diferente si hubiera sabido cuánto dolor estaría causando a mi sucesor.

Kyoshi no sabía cómo responder.

—Puedo sentir que estás un poco decepcionada —dijo Yangchen.

No decepcionada. Sólo confundida. Ella había querido desesperadamente conocer a Yangchen, la mujer que supuestamente sabía exactamente qué hacer en cualquier situación dada. Kyoshi esperaba obtener una idea de lo que su futuro como el Avatar tenía, y cómo debía hacer frente a los desafíos por venir.

Llegar a Yangchen se suponía que era el final de su viaje, no el comienzo de la nueva incertidumbre. Kyoshi había venido a aceptar el manto de la Avatariedad con orgullo. Pero ¿Cómo iba a cumplir con su deber de la manera correcta sin

saber por qué esforzarse?

—Que este sea mi primer consejo para ti, Kyoshi —dijo Yangchen—. Hay mil generaciones de vidas pasadas en el ciclo Avatar. Podrías pasar mil años hablando con nosotros, y aún no sabrías cual es la mejor manera de guiar al mundo. Esto es a lo que debes renunciar, Kyoshi, las respuestas fáciles. Debes renunciar a tu deseo de que alguien te diga que tus decisiones fueron correctas al final.

Kyoshi se mordió el labio.

—No entiendo completamente, pero…

Yangchen leyó sus pensamientos de nuevo y sonrió.

—…seguirás intentándolo de todos modos. Ese es el espíritu, Kyoshi.

Su entorno comenzó a espesarse, el mundo físico se volvió dominante una vez más. Su vida pasada había decidido que habían terminado por ahora. Siempre podrían volver a hablar en el futuro. El Avatar del Aire podría haber tratado de impartir a Kyoshi la importancia de la autosuficiencia, pero simplemente saber que no estaba sola era un consuelo inconmensurable.

LA SOMBRA DE Kyoshi

—Una cosa más —dijo Yangchen.

—¿Huh?

—Rompiste una de las reliquias sagradas del Templo del Aire. Una tortuga de arcilla—. Yangchen mostró a Kyoshi un ceño fruncido que se ajustaba a la poderosa dama de acero que había impuesto una gran paz al mundo—. Asegúrate de reemplazarlo. Sólo hay una vida más después de la tuya antes de que sea necesaria de nuevo.

Antes de que Kyoshi pudiera disculparse, Yangchen desapareció.

Kyoshi parpadeó. La salida del Avatar del Aire fue tan poco dramática y directa como la propia mujer. Yangchen vino y se fue como el viento.

Kyoshi se preguntó si el encuentro la había cambiado de alguna manera. Ella no podía detectar una diferencia dentro de sí misma, pero tal vez eso estaría más claro con el tiempo. Recordó lo que Nyahitha le dijo sobre una luz parpadeante, cómo un fuego nunca era el mismo fuego. Kyoshi no era el mismo Avatar que Kuruk o Yangchen. Ni siquiera era la misma Avatar que había sido hace un día.

En el futuro, tal vez, terminaría como piedra tallada. Sería más fácil tratar con el mundo entonces. Sólo podía esperar.

Mientras estaba de pie, sus piernas se llenaron con el dolor de sangre corriendo de vuelta por sus venas. Era una buena señal de que aún era humana. Vio al zorro tomando el sol en una piedra caliente cerca. Abrió un solo ojo verde, y luego se estiró para levantarse con ella.

—Tu eres un espíritu, ¿No? — Dijo a la criatura. Esperaba que desapareciera hace mucho, habiendo cumplido su misión de llevarla a Yangchen. Pero todavía estaba aquí, esperando—. Bueno, si vas a quedarte, ¿Crees que puedes guiarme de vuelta a mis amigos?

El zorro bostezó en respuesta. Escogió una ruta fuera del claro y empezó a descender por la peligrosa pendiente, moviéndose lo suficientemente lento como para que ella lo siguiera.

Aún debía tener cuidado de no perder el equilibrio y caer. Kyoshi mantuvo sus ojos enfocados en su difícil camino, a veces tropezando, pero asegurándose de tener cuidado, dando un paso a la vez.

LA SOMBRA DE
KYOSHI

EPÍLOGO

Después de un largo día en el estudio de la torre, rodeado de reliquias de sus antepasados y los diarios de Toz el Fuerte, el Señor del Fuego Zoryu despidió al Canciller Caoli, exestudiante y sucesor del difunto Canciller Dairin. Los dos habían pasado mucho tiempo juntos, viendo cómo este período de la historia sería visto por las generaciones futuras. Caoli había sugerido imaginativamente llamarlo "La Guerra de la Camelia-Peonía". A pesar de que la guerra era precisamente lo que Zoryu había logrado evitar, le gustó el sonido. Era bonito y poético.

Los cielos eran grises fuera de su ventana, raros para esta época del año. Zoryu se sentó en su silla, una pieza de respaldo alto tallada por un artesano Sei'naka, y vio caer la noche en la oscuridad.

La palabra que había recibido del Avatar indicaba que había ordenado el desastre que se había derramado del Reino Tierra. No tomó a la chica como una mentirosa fuerte. Yun estaba fuera de sí.

Su artimaña se mantendría. El falso Yun todavía permanecía en las prisiones, aunque no en malas condiciones. Huazo, Chaejin y los otros Saowon en la capital estaban bajo arresto domiciliario. Sus parientes en Ma'inka no podían actuar militarmente sin arriesgar sus vidas, por lo que permanecieron encerrados en su isla natal. Un observador podría marcar esto como el momento en que la Nación del Fuego se salvó verdaderamente.

Zoryu lo sabía mejor. Sólo los tontos pensaban que alguna vez se salvaron. Sus luchas apenas empezaban.

La estratagema de Huazo y Chaejin para el trono era el síntoma de una enfermedad más profunda dentro de su país. Mientras los clanes tuvieran el poder y estuvieran influenciados por la codicia y el odio de sus familias gobernantes, la Nación del Fuego estallaría constantemente en estas fiebres de conflicto civil. Lo había hecho en el pasado. Sin cambio, el futuro no sería diferente.

Soñaba con el día en que los ciudadanos de la Nación del Fuego dejaran de usar las insignias tontas de sus islas de origen como razones para iniciar peleas. Anhelaba la capacidad de tomar el excedente de una isla para alimentar a los hambrientos de otra. Quería que su país dejara de quemarse en nombre del honor.

Para hacer realidad su sueño, tendría que romper los clanes. Todos ellos, incluido el Keohso. No podría haber verdadera fuerza en la Nación del Fuego a menos que la lealtad de sus ciudadanos estuviera reservada solo para el Señor del Fuego.

Sería un proyecto generacional. Remodelar el país tomaría décadas, siglos. Zoryu no viviría para ver su gran obra terminada. Pero había plantado la semilla arruinando el Saowon, una de las familias más poderosas de la época. Había demostrado que se podía hacer. Sus hijos, y los hijos de sus hijos, tendrían que continuar sus esfuerzos para debilitar a los clanes, destruirlos, hacerlos irrelevantes.

Y entonces un día, un día, un Señor del Fuego de su línea de sangre miraría a su país fuerte y unido, y se sentaría en el trono en paz.

Pero ahora mismo, Zoryu tenía que pensar en el mañana.

Consideró el ultimátum del Avatar. Perdonar al Saowon parecía sencillo. Era cualquier cosa menos eso. No había nada que pudiera hacer con ellos. El clan fue deshonrado, sin rumbo, desordenado. Ayer había coqueteado con la idea de incorporarlos al Ejército de Fuego permanente, pero dudaba que aceptaran fácilmente la sumisión. Y lo que era peor, la carga de apoyarlos recaería en las arcas del Señor del Fuego.

La mejor y más simple era la que había elegido primero. No se tenía que pagar un salario a un cadáver. Mataría a los Saowon, como los granjeros de la nación habían hecho con sus pollos cerdo plagados.

Simplemente tendría que incumplir su palabra con el Avatar. Desafiar a Kyoshi era la opción sin costo. Las islas se refrescarían con la sangre del clan de su hermano.

Zoryu oyó truenos fuera de su ventana. Los cielos nocturnos se abrieron y comenzó a llover.

Tuvo que mirar fijamente las capas de agua que caían por un buen minuto para creer que eran reales. ¿Lluvia, tan tarde en la temporada? Casi nunca sucedió.

La tensión dejó su cuerpo en una risa incontrolable. Para que la lluvia llegara después del Festival de Szeto era el último signo de la buena fortuna. Se acumularía en las cimas de las montañas, rellenaría los cenotes y aseguraría un comienzo productivo de la próxima temporada de cultivo. Revolvía los mares y atraería a los peces plateados migratorios más cerca de las islas, a redes de espera. Para esa época del próximo año, la Nación del Fuego disfrutaría de una recompensa más allá de la imaginación.

Ni siquiera el Señor del Fuego Chaeryu de los campos verdes podía presumir

LA SOMBRA DE Kyoshi

de tal bendición durante su reinado. Esto era una señal de los espíritus. Las islas aprobaron los planes de Zoryu. Por una vez, en toda su vida, se sintió afortunado.

Hacía tiempo que no era tan feliz. Por eso se necesitó más de un relámpago para que se diera cuenta del hombre agachado en su ventana.

Zoryu gritó y se cayó de su silla. El hombre entró en la habitación, goteando agua en el suelo. A la luz de las velas en el estudio, Zoryu podía ver que el intruso era viejo. Muy viejo. Pero se movió con una gracia mortal y furtiva, como si sus túnicas destrozadas cubrieran los músculos y las escamas de un dragón.

—¡Hola! — Dijo el hombre con brillantez. No presto atención a la lluvia con la que estaba empapado—. Debes ser Zoryu.

Sonrió, y luego frunció el ceño.

—Tú *eres* Zoryu, ¿Verdad? He oído que ha habido muchos negocios divertidos que han estado por ahí recientemente involucrando a personas que se parecen. Usted no me mentiría acerca de ser el Señor del Fuego, ¿Verdad?

Algo sobre el anciano hizo que Zoryu estuviera seguro de que podría haber tenido al doble más parecido en el mundo, un espejo vivo, y esta persona todavía sería capaz de distinguirlos.

—Soy Zoryu —dijo. Su voz sonaba diminuta, como si se hubiera convertido de nuevo en el chico que Chaejin solía mandar en su juventud—. ¿Quién eres?

—Puedes llamarme Lao Ge. O Tieguai. No me importa. Escucha, joven Zoryu. Normalmente yo *-glahck-* a la gente que visito—. Dibujó el dedo a través de la garganta mientras hacía el sonido—. Pero hoy estoy entregando un mensaje en nombre de una amiga. Considérese afortunado.

—¿Cuál es el mensaje? —Zoryu preguntó temblando. Ya tenía una buena idea de quién era.

—Que la gente poderosa como tú todavía está en deuda —dijo el anciano—. Que todavía se te puede localizar. Mi amiga tuvo la corazonada de que podrías estar inclinado a romper tu promesa y derramar un poco de sangre. Escondiendo algunas atrocidades. Este es tu recordatorio para ser el benevolente Señor del Fuego que ella sabe que siempre has querido ser.

Lao Ge se apuntó a sí mismo.

—¿Ahora, yo? Apruebo tu clase de crueldad. Pero mi amiga tiene un corazón más blando. No mucho más blando, eso sí, pero ella lo prefiere cuando la gente tiene la oportunidad de *vivir*—. Se encogió de hombros como si fuera la idea más ridícula que había oído.

—¿Así que ella envía a un asesino para amenazarme? — Zoryu se levantó de su asiento, indignado—. ¡Yo soy el Señor del Fuego! ¡Soy el jefe de Estado

reinante! ¿Así es como el Avatar lleva a cabo la diplomacia ahora?

El viejo puso un solo dedo en el pecho de Zoryu y empujó. Zoryu voló de nuevo en su silla con fuerza, casi volcándola. El dolor punzante ondeaba desde el único punto de contacto. Tuvo que comprobar que no estaba sangrando.

—No lo entiendes —dijo el anciano—. Ella me dijo que te dijera que se da cuenta de que todo su error fue tratar de incursionar en la política contigo.

Su voz se convirtió en un registro mortal.

—Mi amiga no es diplomática. Ella es el fracaso de la diplomacia. Ella es la ruptura de las negociaciones. No hay escalada de hostilidades más allá de ella.

Se detuvo, una sonrisa de abuelo en su cara una vez más. Decidiendo que el mensaje había sido claramente entregado, saltó a la repisa de la ventana para salir. Zoryu no sabía cómo. La caída desde esta altura era de al menos cien pies.

El hombre miró por encima de su hombro para unas palabras de despedida.

—A algunas personas de mi país les gusta creer que Avatar Yangchen ve por ellos. Pero tú, Señor del Fuego. Puedo asegurarte de que Avatar Kyoshi *te ve*.

Zoryu apretó los puños. El sentimiento de impotencia lo enfureció, lo hizo caer en réplicas infantiles.

—¡Ella no puede verme para siempre! — Gritó.

El anciano inclinó la cabeza hacia atrás y se rio para rivalizar con el trueno.

LA SOMBRA DE KYOSHI

RECONOCIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a Michael Dante DiMartino y a todos los que ayudaron a crear Avatar. También me gustaría dar las gracias a Anne Heltzel, Andrew Smith, Joan Hilty, Stephen Barr y a mis amigos y familiares por apoyarme. Y a Karen, supongo.

LA SOMBRA DE KYOSHI

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR F. C. YEE
WITH AVATAR CO-CREATOR MICHAEL DANTE DIMARTINO

Bolstered by more than two dozen men, Mok turned calmer. "Well, girl, what is it you want? Besides checking in on your elders?"

"I want you all to surrender your weapons, vacate the premises, and march yourselves to a magistrate's courthouse for judgement. The nearest one is seven blocks from here."

Several of the hatchet men burst out laughing. The corner of Mok's mouth turned upward. Kyoshi might be the Avatar, but she was vastly outnumbered and trapped in an enclosed space. "We refuse," he said with an exaggerated roll of his hand.

"All right then. In that case, I only have one question." Kyoshi cast her gaze around the room. "Are you sure this is all of you?"

The Triad members glanced at each other. Mok's face swelled with rage, reddening like a berry in the sun.

It wasn't insolence so much as pragmatism, her instinct for tidiness and efficiency rising to the surface. "If not, I can wait until everyone arrives," Kyoshi said. "I don't want to have to go back and check each floor."

"Tear her apart!" Mok screamed.

The hatchet men charged from all directions. Kyoshi drew one of her fans. Two would have been a bit much.

nickelodeon.tv
t#675843

nickelodeon

EL AUTOR QUE MAS VENDIÓ EN EL NEW YORK TIMES F.C. LEE Y EL CO-CREADOR DE AVATAR MICHAEL DANTE DIMARTINO.

Reforzado por más de dos docenas de hombres, Mok se tranquilizó.

—Bueno, chica, ¿Qué es lo que quieres?

¿Además de darles un vistazo a tus sabios?

—Quiero que todos entreguen sus armas, desalojen las instalaciones y marchen a un tribunal de magistrados para ser juzgados. El más cercano está a siete cuadras de aquí.

Varios de los hombres con hachas estallaron de risa. La esquina de la boca de Mok se movió hacia arriba. Kyoshi podría ser el Avatar, pero era muy superada en número y atrapada en un espacio cerrado.

—Nos negamos —dijo con un exagerado giro de su mano.

—Muy bien, entonces. En ese caso, sólo tengo una pregunta—. Kyoshi miró alrededor de la habitación—. ¿Estás seguro de que son todos?

Los miembros de la Tríada se miraron el uno al otro. La cara de Mok se hinchó de rabia, enrojeciendo como una baya al sol. No era la insolencia tanto como el pragmatismo, su instinto de orden y eficiencia se elevaba a la superficie.

—Si no, puedo esperar a que todos lleguen —dijo Kyoshi—. No quiero tener que volver y revisar cada piso.

—¡Desgárrenla! —Mok gritó.

Los hombres del hacha se abalanzaron desde todas las direcciones. Kyoshi sacó uno de sus abanicos. Dos habrían sido demasiado